ME DICEN LA NARCO SATÁNICA

SARA ALDRETE

PLAZA JANÉS

SARA ALDRETE

Me dicen la narcosatánica

A mis padres: por su inmenso amor.
Y a quienes pido perdón, por tanto dolor.

A mis hermanas Tere e Isabel:
Gracias por su insuperable amor. A sus hijos.

A mis cuñados, Jaime y Gerardo,
por lo mucho que les debo.

A VK: Por tu "siempre estaré". Por lo que fue.
Por tu amor y tantos años de apoyo, F.I.N.E

A Mercedes Velasco: Gracias por ser mi hermana del alma.
Compañera del espíritu en mis tristezas de Oriente.
Por siempre, hermana.

A Berlina Chávez, Q.E.P.D.,
te lo debía y te lo cumplo, licenciada.
La vida te fue corta, pero nos diste mucho a tus niñas del Oriente.

A J. R. Uribe: por ser y haber sido por siempre amigo.

A Josefinísima Estrada y a *Sandro Cohen*:

Por el valor infundido.
Por ayudarme a escupir palabras hechas de sangre.
Por el valor que me dieron para sacar las cruces
que me estaban desgarrando el alma.
Gracias. Mil gracias.

Me persigo con un sable de rabia
Mientras tengo las piernas amarradas.

Amordazada estoy
Con cintas de veneno.

Agonizo ante el calendario porque
Aquí no hay nadie más cabrón que el tiempo.

Siento el amanecer, su podredumbre,
Y me devora el cáncer de la envidia.

Me suicido con ácido en la llaga.

Y nada más exijo
Un puñado de cal en el osario.

—Lucía Rivadeneyra
En cada cicatriz cabe la vida

Me dicen la narcosatánica

Desde el 13 de abril de 1989 se me conoce con varios alias, apodos o sobrenombres: la *Sacerdotisa*, la *Madrina*, la *Concubina del Diablo*, la *Narcofanática* y la *Narcosatánica*. O, simplemente, *Satánica*. A partir de ese día, y a lo largo de dos meses, los medios de comunicación, nacionales e internacionales, difundieron mi nombre, mi imagen y mi vinculación con el cubano-nor-teamericano Adolfo de Jesús Constanzo, alias *El Padrino*. Nos declararon culpables de haber asesinado a 13 personas halladas en las inmediaciones del Rancho Santa Elena, en Matamoros, Tamaulipas. Afirmaron que los sacrificamos en ritos satánicos. Adolfo, en efecto, era santero, profesaba la santería y estaba muy bien acreditado en los altos medios políticos, artísticos y policiacos. A pesar de ello, la Policía Judicial Federal también lo acusó de narcotraficante. Porque Constanzo realizaba ritos propios de la santería, los federales derivaron el nombre de esa religión a la palabra *satanería*; de ahí nace el sonoro, escandaloso y escalofriante sobrenombre que recibimos sus forzados acompañantes: los *Narcosatánicos*.

Por once años he cargado con esa fama. He leído libros, artículos y me han contado películas donde me convierten en

la bruja más sanguinaria de la historia. Pero jamás he leído las notas periodísticas que relatan los hechos en los que me vi involucrada. He concedido algunas entrevistas para narrar, a grandes rasgos, mi versión de los hechos, pero esos datos no han tenido la relevancia que le dieron a la fantástica historia. Sin lugar a dudas, soy la protagonista de uno de los casos más sonados y magnificados de la nota roja de la última década. He tratado de mantenerme al margen, lejos del juego de los buscadores de noticias amarillistas. Incluso, me he rehusado a dar entrevistas a medios extranjeros, aunque me pagaban en dólares.

Ahora me decido a escribir de puño y letra mi versión, *mi verdad* de los hechos, partiendo desde las circunstancias en que conocí a Adolfo de Jesús Constanzo y cómo nos empezamos a relacionar. Cómo y por qué me secuestró. Los pormenores de la huida. Cómo de víctima pasé a victimaria. Y cómo, después de que Constanzo me privó de mi libertad, la policía —a la que en un principio creí mi salvadora— me quita, por segunda vez, mi libertad. Ésta es la historia de mi doble secuestro escrita desde el Reclusorio Femenil Oriente. Tengo 35 años de edad y 11 años de haber vivido el milagro más grande de mi existencia: morir y volver a nacer, prueba de que Dios y los ángeles no me abandonaron.

⁂

Finales de julio, principios de agosto de 1987. Eran las 8:30 de la noche. Estaba cansada. Había andado de empresa en empresa; en una y otra maquiladora. Trabajaba en una constructora y estábamos levantando encuestas y solicitudes

de casa habitación para un nuevo proyecto de construcción. Llegué a mi casa y me encontré a mi hermana Mayté:

—Sara, qué bueno que llegaste. Necesito un favor, ¿sí? Quedé de pasar por Paty —su amiga de la infancia—. Y papá no me quiere prestar el coche. Vamos a ir a cenar.

—¡Ay, no! No y no. Vengo rendida.

—Ándale, por favorcito, ¿sí?

—Dile a papá que le prometes que le vas a traer el coche completito.

—No quiere. Ya le dije.

—¡Ay, Mayté, cómo friegas!

—Es en la Álvaro Obregón.

Esa calle es muy conocida y transitada, pues desemboca en el puente nuevo internacional y es el cruce oficial, tanto de coches como de peatones, a lo largo de la avenida. Es de doble sentido y triple carril. Hay infinidad de restaurantes, casas de curiosidades, *curio shops*, como dicen los norteamericanos que abundan en esos lares, discos, heladerías y centros de variedades de lo más *nice*. Era el punto de reunión para adolescentes y los ya no tan jóvenes. Ahí llevé a mi hermana. Y esa circunstancia determinaría mi vida.

—Súbete al carro, antes de que me arrepienta.

Salió corriendo y su amiga venía llegando; vivía a unas cuantas casas de la nuestra. Cuando salí, las dos chiquillas ya estaban dentro del automóvil.

—Apúrale, Sara; se nos hace tarde.

—Ya, ya, voy. ¡Ahorita regreso, má!

—¿No vas a cenar, hija? Vienes llegando y, como siempre, ya te vas.

—No me tardo. Voy a llevar a estas huercas y me regreso

rápido.

Nos fuimos platicando de sus novios, de los regalos de cumpleaños, pues ya venía el de mi hermana. Al entrar a la avenida, de sur a norte, rumbo al puente internacional, por una de las callejuelas que desembocan en la avenida, entró un Grand Marquis. Poco después, por inercia volví la vista hacia el Grand Marquis que ya estaba a un costado del mío. En ese mismo instante, el que iba conduciendo me miró y empezó a seguirme y a hacerme señas de que me parara. Me tocaba el claxon. Iba acompañado de varias personas.

—Y ahora, éstos, ¿qué les picó? —dijo mi hermana.

—Mira, Mayté, está guapo —comentó Paty.

—Ya, niñas. Ya no volteen. Ésos no son de aquí. Traen placas de Jalisco —en una de las veces que me adelanté, por el retrovisor, alcancé a ver la placa delantera.

—¿Ay, cómo crees? Son de por aquí —dijo mi hermana.

—No, mira —me frené y el Marquis se siguió de largo, enfrenándose más adelante. Aceleré y los pasé y no puse la direccional para virar a la izquierda. El Grand Marquis se siguió de largo. Llegamos al restaurant.

—Bájense rápido, que ahí vienen esos tipos.

—Ay, ya vamos. Adiós, Baby. Cuídate y dile a mamá que tan pronto como terminemos de cenar, nos vamos para allá.

—Ya, bye-bye —por el retrovisor alcancé a ver el coche atravesándose el camellón (la banqueta era baja). Aceleré, pero en seguida me alcanzaron. Me hacían señales de que me parase. Yo negaba con la cabeza. La adrenalina se empezó a apoderar de mí. La misma sensación que sentía de pequeña cuando me iba detrás de los sepelios, rumbo al panteón. Me acercaba al féretro antes que lo bajaran al hoyo, y veía la cara

del muertito para identificarlo entre los deudos. Cuando lograba encontrar al muerto entre la gente, el corazón daba un brinco hasta la garganta. Lo acompañaban otros difuntos que ya había visto en anteriores sepelios. Me paraba en las tumbas más altas, me trepaba hasta las estatuas, ya fueran cruces o ángeles, o sólo unos bloques con las leyendas ya conocidas: "Aquí yace el cuerpo de equis. Te recordamos con amor y cariño, tu esposa e hijos", etcétera. Ese tipo de sepulcro era el más propicio porque no tenía que hacer malabares para ver. En ocasiones, al igual que los dolientes, yo también lloraba por esos pobres seres que se quedaban en la Tierra y no querían dejar ir al que ya estaba del otro lado, y al que yo sí podía ver.

Eternamente me han gustado los cementerios. De toda la vida me ha fascinado la luna y su luz intensa en las tumbas blancas. Siempre he tenido fascinación por lo desconocido. Es una atracción que me inunda el alma, el espíritu, y me explota por el cuerpo, como una mente de lucecitas. Nací extraña. Crecí extraña. Y sigo siendo extraña.

Es una sensación de calor que me sube desde los pies hasta los cabellos y, en ocasiones, me baja como una corriente eléctrica, de los cabellos hasta las plantas de los pies. Unos conocedores de lo paranormal que visité durante un congreso en Matamoros consideraron que esa sensación es mi ser etéreo que se quiere desprender del corporal. O como me lo diría el médico: "No, hija, es tu adrenalina provocada en *equis* circunstancias". Es como algo caliente que me hace querer escupir el corazón. El conductor del Marquis me provocó esa sensación. De pronto, me cerró el paso. Casi choca su auto contra el mío.

—¡Tú! ¡Fuera de ahí, rapidito! —le exigí, apuntándole con mi dedo índice.

Se bajó del coche y se acercó a mi ventana. Cerré los seguros y subí los vidrios. *Mi corazón...* Se acercó más al vidrio, lo tocó con sus dedos, indicándome que lo bajara. Le dije que no.

—Ándale, bájalo. No te voy a hacer daño, niña. Sólo quiero hablar contigo.

Su acento era cubano o puertorriqueño. De entre su camisa salieron collares de muchos colores, como los de Elenita, la *Negra*. Como los que usan los santeros en la religión *yoruba* y *lucumí*. Lo sabía, porque estaba estudiando para elaborar un trabajo que quería presentarle al profesor de antropología en la universidad, y con quien me identificaba mucho. Hasta la fecha le guardo admiración porque comprendía y entendía a cada uno de los que platicábamos con él, dentro y fuera de las aulas. Allí, enfrente de mí, tocando en mi ventana, estaba la oportunidad de terminar mi investigación.

—Anda, te lo pido, por favor.

Los claxonazos nos urgían a tomar una determinación. Su coche atravesaba el paso del mío. A señas, le indiqué que nos estacionáramos más adelante, a un lado de la avenida. Se fue a su auto e hizo las maniobras para enderezarse. Se puso en marcha y se estacionó a un lado de la avenida ... Yo me seguí de largo; lo pensé mejor y volvió a darme miedo. Él me persiguió y pensé que, después de todo, lo mejor era parar y hablar de una vez por todas. O continuaría persiguiéndome por toda la ciudad, tan pequeña. Me estacioné y él puso su coche frente al mío.

Adolfo era guapo. Atractivo. Alto (más allá del 1.80).

Corpulento. Ojos claros, casi verdes, cabello castaño muy claro; facciones delicadas, muy finas para ser tan recio. Sonrisa cautivadora. Mirada hipnotizante. Extraordinariamente enigmático.

—¿Y ésos? —señalé sus collares cuando se acercó a abrirme la puerta, tendiéndome la mano para ayudarme a salir del coche. También traía una medalla de una santa con una copa, Santa Bárbara Bendita, *Changó.*

—Ah, sí. Son ... cosas de mi religión. Soy brujo.

—¿Sí? ¿Eres brujo? ¡Guau! ¿En serio?

—Claro, soy santero, niña.

—¿Y sabes todo ese rollo de la baraja y ...?

—Sí, todo. ¿Qué quieres saber? ¿Si has encontrado al amor de tu vida? Está enfrente de tí. Me llamo Adolfo. Adolfo de Jesús Constanzo, ja-ja-ja —y tomé su mano para recibir su saludo de presentación.

En ese momento del auto descendió un joven moreno, cabello oscuro, cuerpo atlético, ceja tupida y guapo; un poco más bajo de estatura que Constanzo. Adentro se quedaron dos o tres personas más; todos hombres.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Constanzo.

—Sara.

—Sara, claro, nombre de princesa. Es hebreo, bíblico, ¿no?

—Sí.

—Él es Martín.

—Mucho gusto —sus dientes blancos y sus labios bien delineados eran el marco perfecto para su sonrisa. Entonces tenía 19 años, pero representaba más.

—Oye, niña, tú sí que eres alta —comentó Adolfo.

—Sí, un poco. Por aquí hay mucha gente alta. ¿De dónde

vienes tú? ¿De Jalisco? ¿De Guadalajara?

—Si —se volvió a mirar a Martín, quien a señas le explicó que yo lo sabía por las placas del coche.

—Claro, de Jalisco. Pero soy de Miami, Florida, cubano-norteamericano. Él sí es de Guadalajara.

—No, vivo allá; pero soy del Distrito Federal.

—¿Y qué hacen los dos aquí, en Matamoros?

—De vacaciones —aseguró Constanzo.

—Pues, sí —reafirmó Martín—. Y pues aquí mi amigo te quería conocer. Desde que te vio en la avenida. Es raro que él se comporte así, ¿eh?

—¿Ah, sí?

—Si —aceptó Adolfo con una gran sonrisa—. No, bueno lo que pasa es que no conocemos a nadie por aquí y pues tú me ... Tú me...

—Te qué... —le pegunté un poco divertida por su turbación.

—Me caíste bien de sólo verte.

—Sí, claro —y me reí.

—Oye, tienes un acento raro. Como que cantas cada palabra —me señaló Adolfo.

—Bueno, pues tú tampoco cantas mal las rancheras. ¿Qué tal cómo te comes las *eses* y *erres*?

—No te ofendas, pero por aquí hablan chistoso —intervino Martín.

—No. No lo tomes a mal —remarcó Adolfo.

Hablamos sobre deportes. Mi carrera, lo que ellos estudiaban o habían estudiado.

—Yo estudié administración de empresas —dijo Adolfo—. Pero ni así me puedo administrar bien. Siempre gasto sin saber en qué.

—Y pues como yo sé un poco de contaduría, le llevo sus cuentas, todo lo de sus impuestos y gastos —puntualizó Martín.

—Ah, mira, qué bien —les comenté.

—No administro empresas de nadie. Sólo la mía —comentó con orgullo y seguridad Adolfo.

—¿Cuál es?

—La brujería, niña. La brujería.

—Ah, sí. Que eres brujo.

—Sí, es en serio. Soy santero, pero nos dicen brujos.

—Pero claro que tiene que ver con brujería y rituales afroantillanos —le dije muy ufana. Lo sé porque he estado haciendo una investigación para un trabajo del colegio.

—Si quieres yo te ayudo.

—Sí, muchísimas gracias. Claro, ¿dónde están viviendo?

—¿Eh?, pues... —y miró a Martín, quien agachó la mirada y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Bueno ... Si no puedo saberlo.

—No es eso. Lo que pasa es no sé cómo se llama el hotel. Martín, dile el nombre.

—Ah, sí. Posada del Sol.

Posada del Sol era, en ese entonces, un hotel conocido porque allí se hospedaba la mayoría de los agentes federales que llegaban de otras ciudades a esa zona. No era uno de los mejores hoteles, pero tenía departamentos en renta.

—¿En ese hotel, por qué? Digo, lo que pasa es que ustedes no se me hacen para ese lugar.

—Además de guapa, inteligente. En realidad somos judiciales, policía secreta, y estamos de vacaciones —y sacó una charola que así lo identificaba. Di un paso atrás. Me miró

como pidiéndome silencio y comprensión—. Investigamos asuntos secretos y delicados, de los que no debes enterarte. Pero también soy brujo.

Noté que Martín no entendía lo que Adolfo estaba diciendo y haciendo. Yo no sabía qué hacer; por un momento me dieron la impresión de que se estaban burlando de mí. La apariencia de Adolfo distaba mucho de la de un judicial. Por su ropa y modales más parecía un joven elegante y mundano vestido a la última europea. Martín regresó con una agenda y se la extendió a Adolfo:

—¿En qué íbamos, niña?

—Ah, pues que...

—Sí, ah, que estás haciendo un trabajo. Yo te ayudo. ¿A qué hora nos vemos?

—Estoy trabajando y por la tarde salgo a correr al parque que, precisamente, está por tu hotel. Ahorita estoy de vacaciones en el colegio.

—Bien, pues te veo por ... No, creo que ... Es una casualidad. Ya habíamos quedado en salir a correr, ¿verdad, Martín?

—Ah, sí. Ya lo habíamos pensado. ¿Pasamos por ti o qué?

—Pues...

—No te voy a robar. Di que sí.

—Está bien. Mañana a las seis de la tarde.

—Okey, te veo mañana.

—Bye, hasta luego.

—Oye, ¿te acompañamos desde el coche?

—No, de verdad, gracias.

—Sí, anda, súbete a tu auto; por aquí hay gente peligrosa.

Me subí y por el retrovisor vi que me iban siguiendo. Conduje el coche hasta la casa de una vecina. Me metí a su

cochera y me bajé del auto. Me despedí con la mano y se fueron. Pasados unos minutos, saqué el carro y lo metí a mi cochera. Apenas estaba entrando a mi casa, cuando sonó el teléfono. Era Adolfo dándome las buenas noches. No le había dado mi número telefónico. Ni aparecía en el directorio; era un número privado.

Al otro día, hice las actividades normales de mi periodo vacacional. Por la tarde, llegó Adolfo, pero no a la casa de mi vecina. Llegó por *mí*, a *mi* casa. Tocó el claxon, ya iba casi de salida. Estaba sorprendida.

—¿Cómo supiste dónde ...?

—Yo lo sé todo. De ti, todo.

Agosto transcurrió rápido; entre lecturas de cartas, salidas a almorzar, a comer o cenar. Entre más sabía de él, más me gustaba la idea de formar parte de su magia, de aprender más, de hablarle de mis cosas extrañas. Siempre tenía la respuesta lista a cualquier pregunta. Parecía que lo sabía todo o casi. Antes que sucedieran los acontecimientos, tenía tan sólo un año con casi siete meses de haberle conocido.

Pronto llegué a la conclusión que Adolfo sí era brujo. Sabía demasiado del tema para no serlo. En un diccionario busqué el significado de brujo: mago que practica la hechicería. En tiempos antiguos se aseguraba que estas personas tenían pacto con demonios y espíritus malignos; o aquellos que, con la mezcla correcta de brebajes, eran los curanderos de las aldeas. El término *brujo* él lo empleaba un poco sarcásticamente, haciendo referencia a la santería, poco conocida en México en ese entonces. Y aun cuando muchísima gente de todos los ámbitos políticos, policiales y artísticos estuviesen inmersos en ella —incluso los

narcotraficantes—, nadie era capaz de destaparse públicamente por temor al escarnio o a que se les llamase superticiosos o brujos.

Adolfo estaba envuelto en una enigmática y maravillosa aura. Muy pronto empecé a decirle *Merlín*. Cumplía con ese requisito que para mí era importante y lo hacía diferente de los demás que yo había conocido: un halo extraño que me hacía sensible y receptora de ese mundo raro. Una vez me dio una prueba de su magia y poder. Íbamos de Matamoros a Brownsville; él iba al volante. Platicábamos de los poderes, que si realmente él era tan bueno como Martín lo aseguraba:

—Claro, güera. Soy buenísimo, ja-ja-ja.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—Ah, pues muchas gracias.

—¿Crees que soy bueno?

—No lo sé.

—Mírame, te he platicado algunas de las cosas que he hecho para mis ahijados.

—Ajá —la fila de coches avanzaba; estábamos a la mitad del puente internacional.

—Muy bien. Tú sabes lo que te he dicho.

—Pues sí.

—Mira, güera —faltaban tres coches para que mostráramos los documentos—. Fíjate: voy a pasar enfrente del oficial y no me va a ver.

—¿Frente a él?

—Sí. Y no me va a ver. ¿Tú crees en mí? ¿Crees en mí? ¿Crees que lo pueda hacer?

—Sí —ignoro por qué le contesté con tanta seguridad.

—Okey. Toma el volante y pasa tranquila. Lo único que necesito es que creas que lo puedo lograr y lo lograré.

—Sí, ¿pero no es peligroso? Es un juego ... un poco peligrosito, ¿no?

—¡No dudes! ¡No dudes!

—No, no dudo. Sé que lo vas a hacer.

Se bajó del coche y me corrí hacia el volante. Lo vi pasar frente al oficial y nadie, absolutamente nadie lo miró pasar. Yo sentía el estómago pegado a la espalda, a mi columna vertebral. Un sudor frío recorría mis huesos, pero no debía dejar de pensar que lo lograría. Algo me decía que si dudaba, lo verían. Todo fue tan normal para él. Avancé unos cuantos coches. Él me estaba esperando a unos metros del puente internacional y allí se subió al coche.

—¿Ves? Tú ves cómo es tan fácil cuando alguien cree en ti. Si hay quien ponga la fe en lo que haces, todo se puede lograr y así es como yo trabajo, niña. Así es como me gano la vida. Y la gente me ayuda a mí.

—¿Les cobras caro?

—Sí, pero los resultados son los mejores que existen. ¿Te asustaste, güera?

—La verdad, un poco de adrenalina me corrió en la sangre. ¡Qué bárbaro!

—Ja-ja-ja. Yo te puedo ayudar en lo que quieras. Tú eres una chica especial y podríamos hacer muchas cosas juntos, ¿eh? Te enseñaría a hacer limpias y curaciones, dependiendo del *registro* que dé el santo (cuando se checa con el coco o los caracoles y se le pregunta por el santo que te va a ayudar. Si es algún santo en especial, se tiene que trabajar en ese santo y la manera en que se le ofrecería bebida, fruta o animal en

pago por la ayuda).

—¿Cómo crees, Adolfo? No. Yo sé algunas cosas y...

—Pero te gusta lo de la santería, ¿eh? Sabes, lo supe desde que te estuve ayudando en el trabajo de la escuela. Eres muy curiosa.

—¿Qué tal? Ahora resulta que, según tú, me conoces bien.

—No. Tal vez no; pero por lo que sé de ti ... Sé que te puede interesar mucho mi religión.

—Como si desde hace tiempo ya la conociera —no quise comentarle las enseñanzas que me había impartido Elenita.

⁂

10 de abril de 1989, 21 horas. En esa fecha y a esa hora llegué al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, en un vuelo nocturno que había tomado en McAllen, Texas, donde me presenté para pagar mi reservación en Continental Airlines. La empleada me informó que mi boleto de ida a la Ciudad de México ya estaba pagado. Me pareció una grata sorpresa y lo tomé como un bello detalle de Adolfo. ¿Quién más podía haberlo hecho? Aunque no dejó de extrañarme que sólo comprara el boleto de ida. Días antes habíamos cenado Martín, él y yo del lado americano y le había contando de mis planes de irme a vacacionar. Le dije que quería descansar después de la convalecencia de mi primer accidente (y último, por supuesto), que había sufrido un mes antes. Apenas podía moverme cuando salí del hospital, casi un mes después del choque. Yo misma me quité los vendajes para irme a descansar.

Me había impactado contra una Suburban setenta y tantos.

La conductora venía en sentido contrario. A consecuencia del choque tuve un problema en la clavícula y el hombro izquierdo y un fuerte golpe en la nuca, un latigazo. Mi coche era un Taurus azul, 88, un regalo que le rechacé a Adolfo. Los señores de la agencia lo llevaron a mi casa con un gran moño rojo. Y la factura a mi nombre. Me mantuve firme en mi negativa y no tuvieron más remedio que llevárselo a Adolfo. Después de varias conversaciones con Martín me propuso que si el problema era el costo del coche, que se lo fuera pagando en mensualidades, si eso me hacía sentirme bien. Acepté y pagué puntualmente. Adolfo jamás estuvo de acuerdo con ese trato y en varias ocasiones se burló de mi actitud, que parecía ofenderlo. A mí me molestaba que quisiera comprarme todo. Pero a él le encantaba obsequiar regalos costosos a la gente que quería o estimaba. Después del accidente el coche fue llevado al taller por la compañía aseguradora. Mi familia jamás volvió a saber de él. Dicen que la policía Judicial Federal lo incautó por órdenes del comandante que fue asignado a mi proceso, en abril o mayo de 1989, como presunta responsable de haber participado en ritos satánicos.

Al salir de la sala internacional del aeropuerto, me sorprendí de ver a tres guardaespaldas de Adolfo esperándome. Me dijeron que me tenían una mala noticia. Uno de ellos me dijo:

—El señor sufrió un infarto. Aunque se le atendió rápidamente, se encuentra muy grave. Quiere verla antes de que fallezca.

De inmediato me condujeron al estacionamiento. Tan pronto subí al Mercedes, aspiré el aroma de Cartier, su loción preferida. Nadie habló durante el trayecto. No sé por dónde

me llevaron. No conocía, no conozco, la ciudad. Llegamos a un edificio (después sabría que estaba ubicado en la calle de Jalapa 51, departamento 1001, propiedad de Adolfo).

—No parece hospital —les dije.

—No. Todos los instrumentos médicos más sofisticados que necesita para respirar, los tiene en su habitación.

Les creí. Al subir al elevador tocaron el botón con el número 10. De pronto el corazón me empezó a latir como loco. Intenté parar el elevador. Un hombre me retiró con fuerza la mano. Me asusté.

—Son órdenes.

Se abrió el elevador. Abrieron la puerta del departamento. Allí estaba Adolfo. Sentado. Fumando un habano. Llena de furia le aventé mi bolso a la cara. A manera de excusa me dijo:

—Traigo un problema muy grave. Tu *ahijado* —dijo esta palabra con marcada ironía— Elio es un hijoeputa.

—¿Quién te crees que eres para tratarme así? —le reclamé —. ¿Qué clase de broma es ésta? Adolfo se rió festivamente y me dijo:

—Sólo quería verte. Tenía ganas de platicar con alguien. Y ese alguien, claro, eres tú.

—Por favor, llévame al aeropuerto. No quiero perder mi vuelo.

—Con todo gusto te llevamos, pero preferiría que cambiaras tu vuelo por otro que salga más tarde. O para mañana. Creo que no voy a poder volver a Matamoros.

—Adolfo, déjame hablar a mi casa y avisarles a mis padres que estoy en México.

—¿No saben en tu casa dónde estás? ¿No les dijiste adonde ibas?

—No. Sólo les dejé dicho con Florencio, el niño que nos ayuda, que salía de viaje, y que llegando al hotel les llamaba.

—Bien, muy bien —y arrancó los cables del teléfono—. Qué pena, ¿eh? Qué pena que aquí no haya teléfono. Voy a hacer algo de lo que tal vez me arrepienta, pero lo tengo que hacer.

Después me informó que mi vuelo, en Mexicana de Aviación, se había cambiado para el día siguiente. *Esto es una locura.* Me atemoricé al grado de casi inmovilizarme.

—Quiero estar sola —le dije —. Me engañaste, Adolfo. Tú sabías que iba a Acapulco...

—Yo mismo te lo sugerí. Dejé pagado tu boleto.

—De ida ... Ahora entiendo.

—No conocías Acapulco. Quedamos que en cuanto hiciera el trabajo para Elio, allá te alcanzábamos. ¿No quedamos en eso?

—No me lo aseguraste. Pero yo escogí el lugar.

—Fui yo. Bueno, no tiene caso. Vas a tener mucho tiempo para estar sola —respondió como para sus adentros.

Y durante un largo rato no cesó de decir palabrotas contra Elio. Lo noté muy extraño, como si no fuera el mismo que hasta entonces había conocido. Se me acercó Martín, quien a manera de explicación del malhumor de Constanzo, me contó que Elio había metido la pata y que los había involucrado en un lío muy gordo. Recordé lo que ya me habían dicho, cuando cenamos en Brownsville: que Elio se había pasado un retén de inspección. Que había tratado de esconderse en el rancho de sus parientes y que los federales lo habían agarrado. Pero que con la brujería de Adolfo, que era muy efectiva, lo iban a soltar. Esa vez no le di la menor importancia ni me explicaron más nada. Al día siguiente, cerca de las ocho de la mañana, Adolfo me dijo:

—Vamos a la calle para que puedas llamar a tu casa.

Me invitó a desayunar. Acepté. En el restaurante le insistí en mi necesidad de hablar por teléfono.

—Sí. Vamos a la casa de un *ahijado* —así llamaba a los adeptos a la santería—. Ahí podrás hablar más a gusto.

Llegamos a una casa. Él tomó el teléfono y llamó a varias personas. En cada llamada su voz y su gesto se iban alterando. Se levantó del sillón y yo me fui acercando a él; en tono imperativo me dijo:

—Espérame aquí. Vengo rápido.

—No me voy a quedar en este lugar; no lo conozco, no sé dónde estoy.

—Tienes que esperarme. Tengo que hacer algo. Es urgente. Y lo tengo que hacer solo. No uses el teléfono.

Ésa fue la palabra mágica: *teléfono*. Volví a poner mi bolso en el sillón. Él salió y esperé unos minutos. Con el corazón en la boca marqué. Era como si el presentimiento que tuve antes de abordar el avión se me estuviese cumpliendo. Antes de despegar el avión me puse a llorar y no supe por qué. De verdad sentí que me estaba alejando de mi tierra para siempre. Sonaba la línea ocupada. Lo intenté muchas veces. Hasta que decidí llamar a mi vecina. Por fin, me contestó:

—Sí, bueno. Hola, Beba, soy yo, Sara.

—Sara, hija, dónde estás. ¿Estás bien? —y me bombardeó a preguntas. No lograba entender bien a bien lo que me decía—. Tus amigos salieron en la televisión y en los periódicos. Dicen que el tal Adolfo es malo. Un loco. Y que ha matado a mucha gente. Apúrate a regresar. La policía agarró a Mayté porque la confundieron contigo. De la impresión, tu madre está en el hospital y a tu papá nadie le quita la idea de que esos hombres

ya te mataron. Él y otros parientes te andan buscando.

Traté de tranquilizarla, pero no pude.

—Salgo para Matamoros. No se preocupen. Voy a aclarar todo. Por favor, dile a mi papá, a mi mamá y a mis hermanas que estoy bien. Ahora mismo me pongo en camino.

Tomé mi bolsa y salí. Estaba en un cuarto piso. Bajé las escaleras y escuché que cerraban el portón de la entrada. Después oí unos pasos que se acercaban. Creo que en el segundo piso toqué a una puerta, pero nadie abrió. Seguí bajando y me topé con Adolfo, Martín y un desconocido.

—Y tú, ¿adonde vas?

No supe qué decirle. Lo primero que me llegó al cerebro fue:

—A buscarte.

Me dio una bofetada y me arrancó el bolso de la mano.

—Tú ni siquiera conoces la ciudad.

Me regresó al departamento. En los escalones finales, antes de entrar al departamento, me dijo:

—Usaste el teléfono, ¿verdad?

Torpemente le contesté que no. Pero al llegar, vio que el aparato no estaba de la misma manera que él lo había dejado. Me miró y me llevó a una recámara. Al entrar vi una veladora y un coco de Elegüa. Allí prendió la televisión y me dijo:

—No sabes cuánto lo siento. No sabes cómo lamento que tenga que ser así.

Me quitó todo lo que llevaba en las manos y en el cuello, y me encerró. Así se inició mi tortura. Mi calvario. Ese cuarto era el más frío, lúgubre, que hubiera conocido hasta entonces. Era el aviso de lo que me esperaba. Adolfo, el Adolfo en el que antes podía confiar, con el que podía platicar de mil y una

cosas, me encerraba y sólo decía *lo siento, lo siento*. Era como si un huracán me arrancara la cabeza. No sabía qué pensar. No sabía siquiera cómo pensar. Todo me daba vueltas. Dicen que el amor en ocasiones mata, pero el amor que él me tenía no era de los que matan, sino de los que torturan y quiebran el alma y el espíritu.

La televisión seguía encendida, a alto volumen (para que no escuchara la conversación que ellos y el desconocido sostenían) en el canal 2, en *Eco Noticias*. Y ahí, de pronto, en la pantalla, apareció la fotografía de Adolfo en compañía de Martín, su fiel compañero y seguidor, su lugarteniente, su amante, como dirían después los medios electrónicos. Martín y Adolfo habían sido buenos amigos en las buenas y en las malas (si es que antes las hubiera habido). Se conocían desde años atrás. Martín dejó hogar y familia para unirse al embrujo de la personalidad de Constanzo. Era el asistente perfecto, guardián, servidor, confidente. "Este cabrón me embrujó, güera", me contaría en una de las pocas pláticas que pudimos tener a solas.

HALLAN UN CEMENTERIO CLANDESTINO EN DONDE UNA SECTA *VUDÚ* ENTERRABA A SUS VICTIMAS

Matamoros, Tamps., 11 de abril. —La Policía Judicial Federal localizó hoy un cementerio clandestino en el rancho Santa Elena —localizado a 30 kilómetros de esta ciudad—, donde se encontraron 13 cadáveres humanos, informó el comandante de la corporación Juan Benítez Ayala. Agregó que una secta *vudú* sacrificaba a personas

para hacer sus ritos y después las enterraba en un corral de la granja. Hay cuatro detenidos, de los cuales se ocultó sus nombres para no entorpecer la investigación respectiva.

Entre los cuerpos hallados se pudieron identificar los de Valente del Fierro, *madrina* de la Judicial Federal; Gilberto Sosa Garza, Víctor Saúl Sauceda Galván y Mark Kilroy, este último, estudiante en medicina de origen estadunidense, quien fue reportado como desaparecido el pasado 14 de marzo, cuando se encontraba de visita en esta ciudad.

A los detenidos se les decomisaron automóviles de lujo último modelo, drogas y armas que tenían en el rancho, dentro de un aparente templo que usaban para realizar sus llamados ritos, mismo que se localiza a un kilómetro del casco de la granja.

Benitez Ayala explicó que los cadáveres fueron encontrados con señales de tortura, apenas visibles por el alto grado de descomposición que presentaban. Los cuerpos fueron concentrados en el anfiteatro del Hospital Civil y en una funeraria local, donde se procedería a su identificación.

El jefe policiaco reveló que en el rancho utilizado por la secta es propiedad de la familia Hernández Rivera, a cuyos miembros se vincula con el tráfico de drogas. Entre los detenidos —según información extraoficial— se encuentra un individuo de dicha familia.

En el templo que usaba la secta *vudú* se encontraron dos cajas de veladoras, así como un gigantesco perol que

contenía cráneos humanos, patas de gallo, cabezas de chivo y cabrito, tortugas y sangre presuntamente humana. En ese lugar también se encontraron cuchillos, machetes, varillas con filo, huesos afilados, entre otros objetos.

El comandante de la Policía Judicial Federal dio a conocer que quien encabezaba a los integrantes de la secta se encuentra prófugo, y de acuerdo con información de los cuatros detenidos, éste es de origen cubano-estadunidense y radica en Brownsville, Texas.

Las primeras investigaciones de la Judicial Federal determinaron que la secta estaba formada por nueve miembros; uno de ellos, mujer.

De acuerdo con informes de la corporación policiaca, en los últimos seis meses más de 50 personas han desaparecido en esta ciudad fronteriza, y se teme que algunas de ellas hayan caído en poder de la secta, que desde hace nueve meses venia operando. Las investigaciones prosiguen, según la judicial.

12 de abril de 1989. *UnoMásUno*, p. 13.

Armando González / corresponsal.

La foto en la pantalla me taladró el cerebro. No lograba ordenar la información: "13 muertos fueron localizados en Matamo ros". "Ritos satánicos". "Adolfo de Jesús Constanzo es buscado por la Procuraduría General de la República". "Es un hombre desquiciado". "En compañía de una banda que fue detenida en la ciudad de Matamoros, Tamaulipas, se dedicaba

a sacrificar seres humanos para ofrecerlos a Satanás a cambio de protección".

En la televisión estaba su retrato. Y yo estaba encerrada en un cuarto. Y detrás de la puerta de ese cuarto estaba él. Todo era tan irreal. *¡No! ¡Tiene que haber algún error!* Algo que me dijera que eso no podía ser cierto. Caí de rodillas al suelo. *Mis padres. Mi familia.* Entró Adolfo y compañía. Me quedé inmóvil como si estuviera congelada. Lo miré a los ojos y le pregunté:

—¿Qué pasa? ¿Es cierto lo que dicen?

—Nunca lo entenderás. Nunca. Pero —quiso bromear sobre su foto—, ¿por qué pusieron ésa? Si hay otras mejores —hizo un esfuerzo y consiguió reírse.

Había un ambiente lleno de vacío. De preguntas sin respuestas. Adolfo volvió a sus sarcasmos:

—¿Trece muertos? Uy, y todavía faltan —me miró y me dijo —: No es cierto, sólo es broma. Vamos, ríete un poco. Quita esa cara de susto.

Me incorporé. Sentí que tenía los ojos hinchados de llorar. Le rogué:

—Déjame ir. Por Dios, te lo suplico.

—No. De aquí hasta el fin del mundo te vas a quedar conmigo.

Quise acercarme a la puerta, me atajó el paso y lo golpeé con los puños en el pecho. Me tomó de las manos. Las suyas eran grandes y muy fuertes. Yo no paraba de llorar y creo que grité un poco. Me abofeteó y me tiró en la cama.

—¡Carajo! ¡Coño! ¡Sálganse de aquí! —les gritó a sus acompañantes.

Como pude, me levanté de la cama y me dirigí a la puerta. La televisión seguía a todo volumen. Gritaba como loca. No sé

qué decía. Llegué a la puerta. Sentí en la nuca un fierro frío. Cortó cartucho:

—Mi amor ... Si te mueves, te mato.

Se me acabó el llanto. Ya no pude llorar. Ni moverme. Un nudo en la garganta. Me tomó del brazo suavemente. Delicado, en demasía, me condujo a la cama y me sentó. Se inclinó y se puso en cuclillas sin soltar el arma que tenía en la mano derecha. La pistola era negra. Tanto como la noche que se me venía encima. Y tan fría como los años que he vivido en prisión, en la tumba que yo misma cavé.

—No llores. No me tengas miedo. Yo no podría hacerte daño. Tú sabes que siempre te he querido, que significas mucho para mí.

—Adolfo, déjame ir —me hinqué—. Déjame ir a mi casa. Te prometo que no le diré a nadie que te he visto. No le digo a nadie que me encerraste. Te lo juro.

—No. Perdóname. Perdóname por todo lo que estás pasando y por cómo estás ahora. Tú vas a estar conmigo, hoy y siempre. No quise pegarte, tú lo sabes, ¿verdad?

Asentí para evitar que volviera a hacerlo.

—Mira, esto es cuestión de un poco de tiempo. No estoy solo. No entiendo qué ocurrió o por qué dicen eso de mí, pero se van a arreglar las cosas. Ya lo verás. No me pueden abandonar en esta situación. Yo no tengo nada que perder, pero ellos sí. Esto viene del gobierno. Por un error me mezclaron y, créeme, antes de que me interroguen, lo tienen que componer porque saben que yo tengo pruebas de sus visitas a mi casa y los trabajos de magia que me pedían.

—Adolfo, por favor. Por favorcito.

—¡Ah, qué bien chingas! No te voy a dejar ir. Tú vas a estar

conmigo hasta el fin de mis días. O qué, ¿ya se te olvidó?

¿Olvidarme? ¿Olvidarlo? ¡No, qué va! Si hasta la fecha esas palabras las llevo clavadas en el alma con un puñal hecho de recuerdos, con filo que corta a muerte.

⁂

Un sábado del mes de septiembre del 87. Acepté visitar a Adolfo en la habitación de su hotel en Matamoros. Quería leerme el caracol, el coco y la baraja española. En cuanto toqué, Martín me hizo pasar de inmediato. Adolfo estaba sentado a una mesa redonda. Me miraba y me iba diciendo todo lo que me esperaba y de lo bien que me hablaban los caracoles. Fue entonces cuando profetizó:

—Tú me vas a dar la espalda. Pero has de estar conmigo *hasta el último día de mi vida.*

Hasta el último día de mi vida, y así fue. Se cumplió su designio.

—Y como acaba de ser tu cumpleaños, te voy a regalar unos santos. Ya sabes, éste es San Francisco de Asís, *Orumila*, que va a ser el santo que te va a proteger. Y también al santo Niño de Atocha, *Elewá*, que te abrirá el camino y este otro es la Virgen de la Caridad del Cobre, que te traerá fortuna.

Guardó silencio un momento, me miró con intensidad y siguió hablando:

—Eres especial —echó la baraja sobre la mesa—. Tú tienes lo que yo necesito. Cásate conmigo.

Me reí y le contesté:

—Estás loco. Ya te conté que todavía no me repongo de mi divorcio y no quiero volver comprometerme con nadie más.

El único compromiso que tengo es con mis estudios y mi familia. Y quiero seguir alcanzando las metas que me he propuesto.

Me tomó la mano derecha, pues con la izquierda yo aún tenía la baraja.

Sara afirmó que ella es participante de la religión llamada *santería cristiana* y que sólo tenía en su casa imágenes de santos que Constanzo le había regalado, como San Francisco de Asís, Santa Bárbara, la Virgen de Caridad del Cobre y el Elewá de *El Padrino*, que era el Santo Niño de Atocha. Según Sara, otra parte de su religión es la del Palo de Mayombe y que nada de esto tiene que ver con figuras o ritos diabólicos.

"Parece que se dedicaba al narcotráfico", dijo Sara cuando fue interrogada acerca de la procedencia del dinero de Constanzo. Agregó también que el motivo de una de las muertes ocurridas en Matamoros le parecía que eran deudas que la víctima contrajo.

El *rayado*, decía Constanzo, distinguía a los miembros de la secta del resto de los humanos. Todo cristiano es un animal, un animalito y cuando se está *rayado* es diferente. El alma muere y se es otra cosa.

"Confirman la muerte de Adolfo de Jesús Constanzo",
La Jornada, p. 15. Clara Guadalupe García

—Sara, sé que es muy rápido. Que tan sólo tenemos un mes de conocernos, pero para el amor no hay calendario.

Le retiré mi mano. No me quiso cobrar. Tomé mi bolso y los santos; le di las gracias y me fui.

⁂

—¿Cómo puedes decir eso?, por Dios Santo. Mírame, Adolfo, mírame —le dije—. Te juro por lo más sagrado que no diré dónde estás —le tomé del brazo.

—A donde yo vaya, tú también irás. Nos conoces. Nos han visto juntos varias veces. No-se-as-pen-de-ja. Te echarían el guante de inmediato. Si te ponen una mano encima, me entrego; pero si me entrego, caen muchos detrás de mí. Esto es un malentendido. Es un enredo del carajo. Y estos hijos de puta no me llaman. Si no se apuran, los voy a aventar. Valientes ahijados tengo. ¡Déjame en paz y cállate!

Se salió del cuarto como demonio. Hablaba y hablaba. Me dejó encerrada. Busqué la forma de escaparme por las ventanas, pero estaban protegidas con herrería. Y estaba muy arriba como para brincar al vacío. Me habría matado. Preferí vivir una muerte insegura y, además, muy lenta.

No razonaba. Sólo escuchaba la tonadita de Eco en la televisión. Hasta que se cortó la electricidad. Ahora sólo oía sus lejanas y apenas audibles voces. El teléfono sonó varias veces y el corazón me brincaba en cada uno de los timbrazos. Era como si la lengua estuviera a punto de ser expulsada. Vomité y vomité. No dormí, no podía. Pensaba que si me que quedaba dormida, podrían pasar muchos días y perdería la cuenta del tiempo. *Tiempo*, cuál, si ya ni siquiera sabía la hora. Adolfo me había quitado mi reloj, mis anillos y mis cadenas. Empezaba a caer la tarde y yo seguía con náuseas. Hacía horas

tenía ganas de ir al sanitario. El cuarto olía a podrido, a vómito. Tenía mucho miedo de acercarme a la puerta. De pronto, Adolfo entró. Ya estaba totalmente oscuro. El día se había ido.

—¿Cómo estás? —me preguntó, como si pudiera oler la pestilencia.

—Quiero ir al baño, por favor —le miré suplicante.

Me llevó del brazo y me introdujo al sanitario. La ventana era tan pequeña que ni de chiste entraría mi cabeza. Me quedé como estúpida, sentada en el excusado. *Es un sueño terrible*. Como trueno escuché la voz de Adolfo. Me limpié los orines con servilletas. No había papel higiénico. Me di cuenta de que seguía orinando y que me había mojado la mano.

—Un momento, por favor. Ya voy.

Tomé otra servilleta del montón que había. Repetí la operación anterior, pero ahora sí con éxito. Me estaba subiendo los pantalones cuando se abrió la puerta:

—Apúrate.

Me llevó nuevamente al cuarto sin darme tiempo de lavarme las manos. Aparte de vomitada, orinada. *Estoy soñando*.

—Nos vamos de aquí. Mañana. Vamos a casa de una ahijada mía.

No le contesté nada. Me arrinconé en una esquina. Entre la cama y la pared, y así permanecí. En esa posición me sentí segura. *Mi madre. Dios mío, cuida a mi mamá. Que no se muera. Que ya salga del hospital. Hazles saber que estoy viva. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado, santificado ... Diosito, dame fuerza. Dame valor. Cuida a mi familia. A mi papá. Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.*

Repetí toda la noche, hasta el alba, la oración que mi madre me enseñó a rezar desde los tres años. Ella me introdujo al mundo celestial con la certeza de que arriba, muy arriba, existía Dios, quien tenía un hijo llamado Jesús el Cristo. Ambos sabían absolutamente todo cuanto sucedía en la Tierra porque los pequeños y grandes sucesos les eran notificados por unos seres blancos, de alas inmensas. Tenían el poder de vernos y oímos sin ser vistos o escuchados. Mi madre así me lo dijo:

—Al nacer, se te dio un ángel guardián, que te va a proteger y a cuidar de todo mal.

Y me compró un cuadrito con la famosa imagen: el ángel que camina por un puente quebradizo, cuidando que unos niños que juegan en él, no caigan al vacío. Larga vestimenta reluciente y brillante, maravillosamente blanca. Alrededor de mi cama sólo tenía dos cuadros religiosos. El de mi Ángel y Jesús, el Mesías, descendiendo de la Cruz. A mí no me gustan los crucifijos, y menos el de esa inscripción en un pedazo de papel clavado, arriba de su cabeza: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum* (Jesús, Rey de los judíos). Le pedí a mi madre:

—No me pongas a Jesús clavado en la cruz.

Ella lo ponía y yo lo quitaba. Hasta que logré que lo cambiara por otro cuadrito, donde se le liberaba de esa cruz de madera tosca, burda, y del peso del mundo.

Los años pasaron y los cuadritos siguieron colgados en la pared rosa, a veces amarillo pálido, de mi recámara. Siempre pensé que Dios y los ángeles sólo se acercaban a los puros, a los seres perfectos sin culpas ni pecados en mente y alma. A los nueve años me sentía cerca de ellos; pero mi sentimiento de culpa por tener contacto con entes y situaciones de otras

dimensiones, así como por mi extraña fascinación hacia lo desconocido y no terrenal, me hacía temer que un día me abandonarían. *No me desampares.*

Cuando ya había entrado mucha luz solar a la recámara, llegó Adolfo y me tomó con violencia del cabello. Traté de agarrarle las manos. Me ordenó:

—Quédate quieta o se me va a ir la mano.

Traía un cuchillo, de los de sierrita de cocina. No me moví. Sólo sentía los jalones y el dolor en el cuero cabelludo. Vi caer mi cabello, al suelo, hasta que terminó. Se quedó con un gran mechón en sus manos.

—Listo. Ya estás. Creo que ni Palacios te hubiera dejado mejor.

Tocaron a la puerta y abrió uno de sus hombres, quien le entregó un tinte para cabello color negro. Nuevamente el negro se hacía presente. Le llamó a Martín para que tiñera mi cabello castaño claro, casi rubio. Pero fue Omar quien lo hizo. Llorando.

—No te preocupes, flaquita. No te apures, yo estoy igual que tú. ¿Sabes? Ya me quiero ir. Y no me deja salir a nada.

Omar era una persona totalmente dependiente de Adolfo. Tenía viviendo en su casa desde antes que apareciera Martín. No sé cómo se conocieron.

—Me tiene *trabajado*. Dice que si me voy, me muero en el camino. Que no lo puedo dejar ... Y le creo. ¿Viste lo de la televisión? Además, eso de que hay tantos muertos ha de ser una jalada. Conozco a muchas personas que lo buscan para consulta. Creo que por eso no me deja ir. Tiene miedo de que me hagan algo. Pero tú... Ay, a ti sí te lleva entre las patas — seguía llorando y no dejaba de hablar.

"Omar es muy débil. Es sensible, pero lo tengo porque es muy hábil en los trabajos de santería", me contó Adolfo. "Está estudiando. Es inteligente ... Hasta donde me conviene".

Omar era bajito de estatura, cabello castaño claro, ojos verdes. Y con una sonrisa cautivadora. Estudiaba el séptimo semestre de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Entró Adolfo y le gritó:

—¡Lárgate de aquí! Ya deja de hablar babosadas —Omar se salió de inmediato y Adolfo me preguntó—: ¿Qué te dijo?

—Nada. No me dijo nada.

—¿Cuánto tiempo hay que dejar esta cosa en el cabello? A ver, Álvaro, lee aquí.

Álvaro de León. Mejor conocido como el *Duby*. Se había ido de Matamoros a trabajar con Adolfo, primero de lavacoches y cuidacasa. Después, de guardaespalda y chofer. En aquella ciudad tamaulipeca fue sonado el caso de un encontronazo a balazos entre diferentes bandos de "amigos". Muchos dicen que fue accidental; otros, que fue con dolo, pero resultaron dos muertos y varios heridos y, desde entonces, Álvaro, el *Duby*, llegó a refugiarse a una de las casas de Adolfo Constanzo a trabajar. Era buscado por la justicia de aquella ciudad para declarar. No se presentó. Se vino a México.

Sólo por protección recurrió el *Duby* al *Diablo Mayor*

La odisea comenzó para *el Duby* cuando mató el 28 de junio de 1988 a Lauro Martínez, hijo de una persona muy poderosa en Matamoros, Tamaulipas, y dueño de un periódico.

"Ese día yo iba acompañado de mi mejor amigo, Carlos, quien tuvo un pleito con Lauro Martínez, este último sacó entre sus ropas una pistola y acribilló a Carlos, para acto seguido intentar matarme a mi también".

Fueron minutos de confusión hasta que me logró herir Lauro de un balazo en la pierna, "yo reaccioné y como pude me defendí y logré matar en un intercambio de balazos a Lauro".

"Como trabajaba para Elio Hernández Rivera en el rancho Santa Elena, acudí a pedir ayuda, a sabiendas de que Elio era narcotraficante y su patrón lo envió con Adolfo de Jesús Constanse para que le diera protección y lo iniciara en la secta". Asimismo aceptó que participó en un rito donde fue sacrificada una persona en el Rancho Santa Elena; sin embargo, los que lo mataron fueron Sergio Martínez y Manlio Ponce, así como *El Padrino*, quienes le cortaron una oreja y un dedo, le picaron las piernas y lo dejaron que se desangrara hasta que finalmente lo mataron a cuchilladas.

[...] Sí cometí delitos, sí sabía del manejo en el tráfico de drogas y sacrificios humanos que practicó Constanse, ya que éste me lo contó una vez que se descubrieron los cadáveres en el Rancho Santa Elena, pero es mentira que yo sepa una madre de brujería, yo me presenté al *rayado* y me inicié en la secta buscando protección (por el asesinato de Lauro Martínez y Saúl Salcedo, que cometí en Matamoros), según me engatusó Elio, pero desconozco cosas satánicas y ritos diabólicos, el que sabe es Omar, ya que conoció desde hace más tiempo a Constanse, yo me limitaba a permanecer escondido en

las diferentes casas sin salir.

17 de mayo, *La Prensa*, pp. 26, 29,
Humberto Huerta Mireles y Alfredo Mora Flores.

El *Duby* es alto, delgado, cabello rubio cenizo y ojos claros. Atractivo. Pasó por varias escuelas. Era famoso por el éxito que tenía con las chicas. Y por broncudo.

—45 minutos, padrino.

—Está bien, vámonos.

Se salieron. El cabello se me hizo como chicle. El tinte me quemaba el cráneo. Hasta mucho después, entró Adolfo y me llevó al baño. Allí estaba Omar. Me metió la cabeza a la regadera. Ya no hablaba. Adolfo estaba parado, junto a la puerta. Me extendió una toalla para secarme:

—Tiene llagas en la cabeza —le comentó Omar.

Adolfo no dijo nada. Me tomó del brazo y me encerró en el cuarto. Alcanzaba a escuchar varias voces. Sacaban objetos de un cuarto vecino al mío. Arrastraban macetas o algo de fierro que rechinaba en el piso. Esas voces eran diferentes de las que habitualmente venía escuchando. Eran otros hombres. Después de un rato, el *Duby* entró al cuarto. Ya estaba oscuro. Traía una funda de almohada. Llegó Adolfo y se la quitó.

—Nos vamos —me comunicó.

Me llevó del brazo hasta la puerta de l salida. Ya no había nadie. Me tuvo un rato parada. Volví la cabeza y había varias chamarras con las iniciales de la Procuraduría General de la República, PGR. También había una gorra con las mismas letras. Adolfo no tomó nada de eso. Es posible que esas prendas pertenecieran a algunos de sus ahijados. Al poco rato,

alguien gritó:

—Ya limpié el carro.

Me bajó las escaleras. Y al llegar al portón de lámina oscura, me puso la funda en la cabeza; me metió al coche. Y ya no vi nada más. Tenía frío. Tenía calor. Pensaba, cada vez que se detenía el carro, que me matarían y me tirarían a la calle. No quería morirme. Pero no quería seguir viviendo así. Peleaba conmigo misma en favor y en contra de mis pensamientos. *Me llamo Sara. Sara Aldrete. Sara. Sara Aldrete Villarreal. Me llamo Sara como una de mis abuelas maternas. Y María por la mamá de mi papá. Sara María. Sara María.*

⁂

Sara se llamó la hermana mayor de mi abuela Cristina. Fue a Sara, a la que primero llamé abuelita. Y la amaba con todo mi corazón. Sara fue quien crió a mi madre cuando Cristina, su hermana, se enfermó después del parto. Yo tenía tres abuelas y eso me hacía importante en la escuela primaria, pues todas tenían sólo dos.

Me hubiera gustado llevar el nombre de mi mamá: María Teresa. Tiene más letras y es más largo e iría acorde con mi 1.86 de estatura, según medidas tomadas por mi médico de cabecera, en Matamoros. Y según mi ficha antropométrica, a mi ingreso en la cárcel.

⁂

El coche continuó su marcha. Yo permanecí todo ese recorrido con el dorso doblado y la cabeza metida entre las

rodillas. Ellos hablaban y hablaban. Oía sin escuchar. A veces el coche avanzaba rapidísimo. Así como el corazón que me palpitaba al máximo y se detenía, según la velocidad del auto.

—Pongámosla en la cajuela —era la voz de Martín—. Mira, Adolfo, es peligroso traerla así. Qué tal si nos detienen para algo. O si grita en algún alto. No nos la vamos a acabar.

—Coño, déjame pensar, Martín. Dejen de hablar todos. No, no va a gritar. ¿Verdad que no vas a decir nada? Tú me lo juraste.

Me costaba trabajo respirar. Sentía un dolor agudo en el estómago, en la espalda. Ya no sentía las piernas. Cada vez era más difícil localizar el dolor exacto en mi cuerpo. Sólo sentía el hormigueo en las piernas. Así como cuando estaba pequeña. No recuerdo cómo fue; el caso es que no podía sostenerme en pie. Era un ataque de poliomielitis o algo parecido. Un día amanecí con unos fierros color plata muy pesados y les atravesaba unas correas de cuero, baqueta, se le llama por mi tierra. No podía moverme libremente. Caminaba siempre con ayuda. Con frecuencia, los brazos de mi padre me levantaban con los hierros puestos, con tal de no verme caminar de esa manera. Mi madre estaba embarazada y aun así, con todo y gran vientre, siempre hubo cupo en su regazo para mí. Para su hija mayor. Todas las noches me daba masaje en las piernas, con aceite, pues las correas me llagaban y me levantaban ámpulas. Recuerdo las oraciones y plegarias de mi madre a la Virgen de San Juan de los Lagos para que le hiciera el milagro de curarme. Y fue escuchada.

⁂

—Ya llegamos, padrino.

—Bájate, Omar. Ve a ver si está Karla.

—Sí, sí está —gritó Omar. Sentí que Adolfo, quien iba a mi lado, descendió del automóvil, el *Duby* aprovechó el momento de decirle a Martín que él quería irse.

—No. Ni *El Padrino* ni yo te lo vamos a permitir. Además, *Duby*, te van a meter a la cárcel si nos dejas. Le debes lealtad a Adolfo. Él te ha ayudado mucho.

—No, pues eso sí. Pero es que esto está muy raro, ¿no?

—Sí, Adolfo no entiende qué es lo que está pasando en Matamoros. Ya ves que agarraron a sus ahijados de allá y los tienen bien madreados. Y, pues, ve a saber qué tanta mentira les hayan hecho hablar. Además, dicen que el puto comandante Benítez le trae ganas a la familia Hernández. Los viste por la televisión, *Duby*. Al Elio es al que se le veía una cara de puteado que no podía con ella. ¿A poco quieres que nos chinguen así?

—No, la verdad, no. El padrino dice que todo se va a aclarar y se va a saber la verdad. Y pues como que hay muchos que ni les conviene salir a luz pública, ¿no?

—Sí, pero por de mientras, mira lo que les están haciendo a los de Matamoros.

Elio Hernández. Me cuesta trabajo hablar de Elio, así como de mis otros tres coacusados: Sergio Martínez, David Serna y Serafín Hernández. Elio era hermano de un respetado agricultor de quien se hablaba mucho por aquellas tierras. Se decía que tenía vínculos con el narcotráfico. Nunca se le comprobó nada. Lo mataron al salir de un restaurante bar, en compañía de un ex policía que pertenecía a una corporación antinarcóticos. Aseguran que fue una emboscada. Pero la

verdad nunca se supo. Elio, al morir su hermano, se encargó de los ranchos y del ganado.

Narcotráfico, atrás de la matanza en Reynosa

Matamoros, Tamps., 12 de abril. —Los 12 cadáveres encontrados ayer en el rancho Santa Elena, a 35 kilómetros de esta ciudad, pertenecían a personas que fueron sacrificadas y sus cuerpos sometidos a canibalismo en un culto satánico practicado por narcotraficantes, de los cuales han sido detenidos 10.

Muestras de órganos vitales, como corazones y cerebros, así como otras partes del cuerpo, fueron halladas en cacerolas de barro y cobre por la Policía Judicial Federal, al hacer una inspección al galerón del rancho, única construcción del lugar y en donde los contrabandistas de drogas realizaban ritos satánicos cada vez que lograban introducir con éxito el estupefaciente hacia los estados Unidos.

[...] La policía localizó hoy, además del altar levantado en el departamento de la *madrina* de esta organización de narcotraficantes satánicos, Sara Aldrete Villarreal, otros dos más en casas de Elio Hernández y Ovidio Hernández [...].

Esta mañana fue posible establecer que el suceso convertido en el caso más dramático de que se tenga memoria en la entidad dio inicio con un simple incidente de tránsito, según declaró hoy en conferencia de prensa,

el coordinador de la campaña permanente contra el narcotráfico de la Procuraduría General de la República, Piedad Silva Arroyo.

El funcionario dijo que uno de los involucrados en los asesinatos Elio Hernández viajaba el martes por la carretera rumbo a Reynosa cuando desatendió una señal de alto en uno de los retenes que han colocado la PGR y el Ejército en las principales carreteras del estado para detectar tráfico de drogas hacia Estados Unidos.

Ante la actitud sospechosa de Elio Hernández, los agentes policiacos emprendieron su persecución hasta el rancho Santa Elena.

Hernández intentó refugiarse en una especie de cabaña ubicada en el lugar. Un galerón de madera rústica con sus ventanas tapiadas. Antes, sin embargo, alcanzó a ser detenido por los oficiales, quienes decidieron inspeccionar el sitio.

Al entrar, hundidos en la penumbra, poco apoco descubrieron el espectáculo que los llenó de sorpresa y estupor, restos humanos como miembros masculinos, corazones, cerebros y otros órganos, así como velas y gallinas negras y cabezas de chivo, dispersos en el piso de un galerón.

[...] Las victimas, algunos conocidos en esta ciudad, eran secuestradas durante recorridos que hacían por las calles de la ciudad con el fin expreso de sacrificarlos. [...]

12 de abril. *El Universal*, Primitivo López Herrera, pp. 1, 4 (sección Provincia).

En cierta forma, me siento culpable de haber presentado a Elio con Adolfo. Todo empezó una tarde que estábamos comiendo en un restaurante Adolfo, Martín y yo. En eso pasó Elio y me saludó de lejos, pero no los presenté. Adolfo me preguntó:

—¿De dónde lo conoces?

—Es amigo de Sergio, ex novio de una amiga mía. Cuando salía mi amiga con Sergio, Elio y yo les hacíamos la balona y salíamos juntos para que no regañaran en su casa a mi amiga. Elio es una buena persona. Tengo años de no verlo. Sé que se casó y me dicen que tiene un bebé muy lindo.

—Ah, sí, ¿y qué más? ¿No es hermano de un tal Saúl? El que mataron por narcotraficante.

Me causó mala espina que Adolfo mostrara tan súbito interés por Elio. Y como a lo mejor era judicial...

—Eso dicen, pero ya sabes que aquí todo es rumor y nadie sabe nada. La familia ha sufrido mucho por eso. Te repito que es gente buena, rancheros trabajadores. Elio y yo nos conocemos desde güerquillos; nos juntábamos mucho. Hasta la gente pensaba que éramos novios.

—Sé que tiene problemas. ¿Y qué más sabes? Conque novios, ¿eh?

—Sólo fuimos amigos, te repito que es gente muy noble. Y no sé nada. Yo qué voy a saber. Ustedes son los que saben.

En marzo de 1988, después de una separación de cuatro meses, Adolfo me llamó por teléfono pidiéndome que le presentara a Elio. Me dijo que éste seguía teniendo problemas y que quería protegerlo, hacerlo su ahijado. Pensé que podía tratarse de una trampa para agarrar a Elio y no le prometí nada. Tampoco sabía si me decía eso como un pretexto para

volverse a acercar a mí después del pleito, por celoso y posesivo, que habíamos tenido en noviembre del 87.

[...] El matamorense Sergio Martínez Salinas, uno de los nueve detenidos en relación con el macabro caso, quien aceptó haber secuestrado al estudiante de la Universidad de Texas en Austin, Mark Kilroy, señaló al cubano Adolfo de Jesús Constanzo de haber sido el sacrificador.

Relató a este corresponsal que él entró en contacto con el cubano cuando hacía sus estudios de *high school* en el Southmost College.

Acusó también a Sara Aldrete, de 24 años de edad, de ser la persona que enganchaba a las futuras victimas de los satánicos.

Sin inmutarse explicó que Constanzo, Helio Hernández y Sara fueron los homicidas del estudiante, a quien le destrozaron el cuerpo.

"Tenia la creencia de que las balas no nos entraban", dijo Sergio Martínez. También entre los detenidos figura Daniel Serna Valdez, estudiante de la Facultad de Agronomía de la Universidad Autónoma de Tamaulipas en Ciudad Victoria, quien a su vez declaró a la Policía que Kilroy se les había escapado en el hotel Del Prado, antes Presidente, de Matamoros, pero más tarde lo localizaron y lo mataron a las tres de la tarde el mismo día de su desaparición.

También confesó este último que "escogíamos a las victimas en las calles y luego los ejecutaban en los altares del Rancho Santa Elena".

14 de abril. *El Universal*, Primitivo López, pp. 1,4 (sección Provincia).

Curiosamente ese mismo día me encontré a Elio en mi colegio. Serafín, su sobrino estudiaba ahí.

—Qué tal vas, ¿eh? —le pregunté.

—Pues ahí la llevo. He adquirido muchas responsabilidades desde la muerte de mi hermano. Y trabajo mucho en la siembra de maíz.

—Ah, pues qué bueno que te va bien.

—Y qué dice tu escuela, ¿eh?

—Aquí, dándole duro.

—Ojalá que yo pudiera hacer lo mismo. pero ahora con tanta cosa ... Desde que murió mi hermano las cosas no han funcionado tan bien. Creo que varias gentes no lo querían. Y pos he tenido que pagar los platos rotos. Las envidias están bien duras. Ando viendo quién me haga una limpia porque ya no la veo venir.

—Oye, si de veras crees en eso ... Yo, bueno, conozco a alguien que te puede ayudar. Tengo un amigo cubano. Es santero —no le dije que ya lo había visto conmigo en el restaurante, meses atrás.

—¿De veras? ¿Crees que me ayude? Mucha gente busca mi desgracia. Quieren matarme —yo estaba muy sorprendida que estuviera en graves problemas, tal como lo había dicho Adolfo —. Bueno, pues preséntame a tu amigo; nada se pierde.

—Sí. Sólo que ahorita no está en la ciudad. Él viaja mucho a ver a sus ahijados. Así les dice porque es como si los bautizara o algo así: Mira, no te podría explicar del todo lo que es la santería porque me tardaría mucho. Pero nomás te digo que

son los mismos santos de los católicos, pero con nombres africanos. Y también te puedo decir que mi amigo es bueno, Elio. Muy bueno en las brujerías y pues igual y te ayuda.

—Oye, pues échame la mano.

—Sí, claro. Cuando él regrese te lo presento.

—Oye, pero ¿dónde nos vemos?

—No. Pues no sé. Mira, la ciudad no es grande, así que ya te veré por algún lado.

—Pero no se te vaya a olvidar. Bueno, pues gusto en verte.

—Igualmente, Elio; cuídate mucho.

—Oye, espérate, ¿cómo se llama ese señor?

—No es señor. Tiene más o menos nuestra edad. Y se llama Adolfo.

[...] No hay pruebas de que la santería haya sancionado en ningún momento los sacrificios humanos, dijo Mercedes Sandoval, que es profesora de Antropología en un instituto del condado de Dade y ha estudiado la santería durante tres décadas.

Puede que un grupo de desequilibrados haya comenzado con la santería y haya terminado con esas barbaridades, agregó. Pero lo que hicieron no es santería.

La santería fue introducida en el Caribe por los esclavos africanos, que mezclaron sus creencias animistas con el dogma católico identificaron a sus dioses con los santos cristianos y realizaron sacrificios de animales para complacer a esos dioses, dijo Sandoval. [...]

14 de abril, *El Universal* (AP), pp. 1,4 (sección Provincia).

Después, por casualidad, nos vimos en otro restaurante y ahí es donde los presenté. Elio le preguntó si podía hablar con él y se apartaron de donde estaba. Al poco rato regresó Adolfo. Le pregunté:

—¿Lo vas a ayudar?

—No lo sé. Vamos a cenar tranquilos y sin comentario de esto.

—Pero, ¿por qué? Si sé que lo puedes ayudar.

—Ya, Sara. Déjame a mí ver esto, ¿sí?

—Ayúdalo. Prométeme que lo vas a ayudar. Y que no le vas a cobrar mucho, ¿sí?

—Ya —sonrió—. Te prometo que lo voy a ver despacio. Y ya, niña, vamos a comer.

Adolfo accedió a verse con Elio pero con la condición que fuera yo quien lo llevara a México. Me hizo sentir que estaba haciéndome un favor. Nos dio cita para el Viernes Santo en la casa que Adolfo tenía en la calle de Papagayos en Atizapán. Elio iría con su esposa, su hermano y su cuñada, como si fuesen de vacaciones. Argumenté que no tenía dinero para transportarme, lo cual era cierto. Adolfo me dijo que me daría para el pasaje en avión; le contesté que me daban miedo los aviones. Y entonces me dio para el boleto en camión. Era claro que tenía mucho interés en hacerle el trabajo a Elio. Pensé que Adolfo quería quedar bien conmigo. Hice 15 horas de camino. Llegué el Miércoles Santo y me quedé en el hotel María Isabel, cerca de la Zona Rosa. Ahí llegarían Elio y su familia. Muy entrada la noche Adolfo me habló y le comenté que no podía dormir por el ruido de la calle y por los nervios porque nunca había estado en México. Adolfo me dijo que al día siguiente mandaría a Martín por mí.

Así fue. Mientras tanto, Adolfo se citó para desayunar con Elio en un Vips. Mientras tanto, yo lo esperaba en la calle de Pomona, donde por fin conocí a Omar. Regresó Adolfo y me comunicó que Elio iba a entrar a su religión, y yo le dije que creí que sólo los cubanos podían pertenecer. Adolfo se rio y me comentó que Omar y Martín era miembros, que ya estaban *rayados*, iniciados. El rayado se hacía en el pecho, espalda, piernas y entre el pulgar e índice de la mano. Que a la ceremonia irían otros ahijados, Jorge Montes y un tal Damián, pero que necesitaba a una madrina y que ninguna de sus ahijadas podía. Pero me pidió que no les enseñara a nadie mis manos porque no estaba rayada. Que no debía decirles que yo no era de la religión ni que carecía del rayado.

ORDENAN CAPTURAR A DOS DIRIGENTES DE LA *SECTA SATÑNICA* QUE ASESINÓ A 14 PERSONAS

Matamoros, Tamps., 12 de abril. —La policía Judicial Federal informó que ya se han girado órdenes de aprehensión en contra de Adolfo de Jesús Constanzo, *El Padrino*, de nacionalidad cubana, y de Sara Aldrete Villarreal, *La Madrina*, quienes encabezaban la "secta satánica" que en los últimos meses sacrificó a 14 personas, según declararon los cuatro detenidos hasta el momento.

Al continuar las investigaciones del caso, se estima que los dos dirigentes del grupo *vudú* huyeron hacia Estados Unidos, donde ya son buscados al igual que en los estados fronterizos del norte del país, junto con su cómplice

Ovidio Hernández, en cuyo domicilio [...] se encontró otro centro ceremonial de la secta, lo mismo que en la casa de *La Madrina* [...]; aunque hasta el momento no se han localizado cadáveres, si se encontraron utensilios de hechicería.

Al informar lo anterior, la agente del Ministerio Público Federal, Piedad Silva Arroyo, indicó que también son buscados Álvaro Darío de León, quien cortó las piernas al joven estadunidense Mark Kilroy durante su sacrificio; Manglio Ponce, Ovidio Álvaro y Martín "n".

En el rancho Santa Elena continúan las excavaciones y se espera encontrar más cuerpos de las victimas de esta secta que venia operando en la ciudad desde 1987, de acuerdo con las declaraciones que han hecho Elio Hernández Rivera, dueño del rancho donde se halló el cementerio clandestino; David Serna Valdés, Serafín Hernández y Sergio Martínez.

El comandante de la Policía Judicial Federal en esta ciudad, Juan Benítez Ayala informó que la banda de narcotraficantes introducía mensualmente unos 5,000 kilogramos de mariguana a Estados Unidos, y realizaba los mencionados "actos diabólicos" para obtener protección contra las balas y los policías en su actividad de tráfico de enervantes.

Los detenidos coincidieron en su declaración preparatoria en que los ritos satánicos fueron iniciados por Adolfo de Jesús Constanzo y Sara Aldrete Villarreal, la cual los reclutó a ellos hace un año para tomar parte en esas ceremonias.

David Serna Valdés y Sergio Ramírez confesaron ser quienes realizaban los secuestros y cavaban las fosas para sepultar a las víctimas, lo que aceptaron hacer por su propia voluntad, pero aseguraron que nunca recibieron paga por ello.

La titular del Ministerio Público Federal, Silvia Arroyo —informó Notimex—, después de escuchar las declaraciones dijo que los delincuentes pueden ser acusados de delitos contra la salud, homicidio calificado, asociación delictuosa, disparo y portación de armas prohibidas, inhumación clandestina y secuestro, por lo que en total se pueden hacer merecedores a una pena de 40 años de cárcel.

Agregó que el velador del rancho donde se encontraba el cementerio clandestino. Domingo Reyes, será citado a declarar y por el momento esta bajo custodia, a fin de darle seguridad y evitar cualquier atentado en su contra, pues aseguró que "nada tiene que ver con el asunto".

En tanto, las autoridades judiciales de Texas, Estados Unidos, giraron instrucciones de aprehensión en contra de *El Padrino* y *La Madrina*, y trabajan para su localización.

La madre del estudiante desaparecido Mark Kilroy, Helen Kilroy, dijo que tenia la esperanza de encontrar a su hijo con vida, por eso nunca abandonamos la búsqueda. Rezamos por él, dijo y agregó, "esto no puede ser más que una obra del diablo".

Benítez Ayala explicó que la secta *vudú* es muy practicada en países como Haití, de donde provienen y se presume que Adolfo de Jesús Constanzo, dada la cercanía

de esa nación con su país de origen, conoció y aprendió esas actividades, que posteriormente trajo a México.

Uno de los elementos de la PJF —comisionado en el caso— dijo que acudió a esta ciudad al tener conocimiento del suceso, que coincide con la desaparición del agente de esa corporación Joaquín Manzo, quien hace tres meses viniera a Matamoros en apoyo a la campaña contra el narcotráfico, y desde entonces no se sabe de su paradero. Además, continuó, era miembro de la religión *vudú*, por lo que se presume puede ser de las víctimas de la secta.

Jueves 13 de abril, *UnoMásUno*,

Armando González / Javier Terrazas / agencias

—Pero vamos a mi casa de Atizapán. Allá te voy a enseñar algo que sólo los iniciados pueden ver —ese día, Adolfo estaba especialmente feliz. Y yo también.

En los meses siguientes, Elio siguió comunicándose con Adolfo a la Ciudad de México cada que necesitaba ayuda. Y cuando Adolfo llegaba a Matamoros nunca me decía si estaba viendo a Elio o a alguno de los muchachos que ahora son mis coacusados (Sergio Martínez, David Serna, Serafín y Elio Hernández). Sólo hablaba de sus ahijados de manera general como cuando lo conocí. Y en dos ocasiones, la última antes de venirme a México, como ya dije, supe que le hacía "trabajos" a Elio contra sus enemigos.

Ellos cuatro creyeron en una religión que los protegería y los ayudaría a vivir con éxito en sus estudios, trabajos y con

su familia. ¿Y cuál fue el resultado? Que en abril de 2000 cumplirán, cumpliremos, 11 años de estar encarcelados.

—Ya, bájala —ordenó Adolfo.

Tenía las piernas entumidas. La espalda adolorida. Y el dolor de estómago era cada vez más intenso. Como pude, caminé. Adentro de la casa me quitaron la funda. Al primero que vi, frente a mí, fue a Adolfo.

[...] Se logró averiguar que Adolfo de Jesús Constanzo, según su pasaporte, nació el 1° de noviembre de 1962, fecha en la cual se sacrificaban recién nacidos con el objeto de ofrendarle al demonio un alma inocente con el fin de obtener los favores del *maligno* y rejuvenecer, además de ser protegidos por el manto del demonio. [...]

16 de mayo, *La Prensa*, Humberto Mireles y Guillermo Ríos M., p.25

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa, flaca?

Después Martín me diría que tenía un color verdoso muy extraño. Martín y Omar me subieron por unas escaleras y me introdujeron a una recámara.

—No te vayas a morir, güera —me suplicó Martín, mientras me tomaba de la mano.

—Sálganse de aquí —entró Adolfo acompañado de una mujer delgada y de facciones finas: rubia, cabello corto y medianamente alta.

—Mira —me dijo—, ella es Karla y vamos a estar un poco, aquí en su casa. En lo que esta vaina se aclara.

A mí no me interesaba quién era ella ni dónde estaba. El dolor que sentía era muy fuerte.

—Adolfo, no se ve muy bien que digamos —comentó Karla.

—No. Ya se le pasará. Es el susto.

Se acercó y me tomó de la barbilla. Me levantó la cara para verme los ojos.

—Tiene fiebre, Karla —dijo Adolfo. La mujer me tocó la frente y asintió.

Me recostaron en una de las dos camas individuales que ahí había. Era un cuarto pequeño, pintado de blanco. Un buró, al centro, dividía el espacio entre las dos camas. Todo me daba vueltas, así como ahora que estoy desenterrando el pasado, caminando por el cementerio, donde hay tantas cruces. Las mujeres que estamos en la cárcel somos como espíritus que deambulan por los mismos lugares. ¿Cuántas veces no habré pisado las mismas losas en este lugar? La cárcel es como estar en una cripta, pero sin estar muerta, en espera del Juicio Final. Nosotras aguardamos ese juicio para salir al exterior, para salir a vivir.

María del Rocío Cuevas Guerra, conocida como la *Karla* entre la secta de Constanzo, y María de Lourdes Bueno López, fueron puestas a disposición de la Procuraduría General de la República por encubrimiento de delitos federales. A ambas se les atribuye conocimiento de los homicidios y narcotráfico que la secta de Constanzo realizó en Matamoros, Tamaulipas, y por ello de sus casos se hará cargo la PGR.

11 de mayo. *El Universal*,

Cuando era niña, me gustaba ir al panteón, ubicado a unas cuadras de la casa. Tendría como seis o siete años. Ese lugar me despertaba la espiritualidad que ya tenía. La tranquilidad que sentía era como la que conocí a los cinco años, cuando llegué a casa de Elenita, la *Negra*. Ella vivía al lado de la casa donde nos habíamos cambiado momentáneamente, en lo que terminaban de construir la casa de mis padres. Elenita era bruja (curandera, santera). Era una negra inmensamente grande y muy gorda. Siempre traía su pañuelo rojo en la cabeza y muchos collares que me encantaba tocar. Ella no me invitó a pasar. Yo entré por la parte trasera de la casa, que se juntaba con la nuestra. La vi sentada, cual grande era. No me regañó.

—¿Cómo te llamas?

—Sarita.

—Vives aquí al lado, ¿verdá?

Me senté a su lado y ella tocó mi cabeza. Me gustaba su casa. Olía a perfumes y siempre estaba lleno de humo y de incienso. Tenía pequeños botes sellados, llenos de cosas extrañas, con letras y colores sin fin. Desde entonces, cada tarde, me escapé a su casa. Me enseñaba magia y la aprendí con habilidad. Me enseñó a *platicar* con la baraja española. Todo eso, a escondidas de su hija y de mis padres. Era un secreto entre las dos, que duró muchos años, hasta que murió. Esa fascinación por los misterios me llevaba a la necesidad de sentir la paz y la tranquilidad del panteón. Había lápidas con cruces y angelitos pintados de blanco. Todo era blanco. Embriagador el olor a tierra mojada, mezclada con los olores

de nardos, azucenas, laureles, rosas. Flores y colores que engalanaban las tumbas, especialmente el día de Todos los Santos Difuntos, el 1° de noviembre. En la fecha llevo la penitencia. Ese día, Adolfo cumplía años. El día de los angelitos.

⁂

Empecé a vomitar espuma blanca. Un sabor amargo que me hacía temblar la quijada y apretar los dientes. Tenía escalofrío, temblaba. Karla le dijo a Adolfo:

—Hay que llevarla al médico.

—¿Cómo se te ocurre tal cosa?

—Adolfo, esta niña se va a morir.

—¿Tienes médico de confianza?

—Sí.

—Llámalo.

—Pero...

—¡Te digo que le llames!

No sé cuánto tiempo pasó. Se abrió mi puerta. Era Karla:

—Ya viene la doctora. Tranquilízate. Aunque te voy a decir una cosa. Estás metida en algo muy grueso. Y quién sabe si Adolfo no te mate antes de que te mueras tú sola.

Adolfo me había hablado de Karla. Que era modelo y que había sido "novia de unos tipos poderosos", pero que ella siempre había estado enamorada de él. Pero que lo había traicionado, pues le había quitado clientes y eso no se lo iba a perdonar nunca. Que era una mujer en quien no debía confiar, pues le había vuelto a la gente en contra de él. Que era una bruja chafa. Que hasta buscaba a otros de sus ahijados

para que le enseñaran a trabajar cosas que no había aprendido con él, porque no le había querido enseñar tanto. Y allí estábamos, en su casa, *of all places*.

—Te deberías ir —siguió diciéndome Karla—. Él te va a hacer mucho daño. Mira la bronca que me estoy aventando, teniéndolos aquí. Tengo hijos, pero le temo a Adolfo de sobremanera. Vete, Sara; mejor ve la manera de escaparte. Me dijo Adolfo que tu familia ya te anda buscando. Tiene a Omar y al *Duby* encerrados en otra recámara. No los deja salir.

Creo que fueron las únicas palabras amables que le escuché decir. Me sentía dentro de un túnel. O como si estuviera al borde del vacío.

Entró Adolfo y habló con Karla. Era una conversación apenas audible. Tocaron a la puerta. Entró la doctora. Adolfo se volvió hacia la ventana, que también tenía rejas. Como las que yo vería por tanto tiempo en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, la Procuraduría General de la República y por tres meses en el apando del Reclusorio Femenil Oriente.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre y un dolor en el estómago.

—¿Le tomaste la temperatura?

—No —y Karla me puso un termómetro bajo el brazo.

—Esta mujer está muy mal —comentó la doctora, mientras me auscultaba—. Hay que llevarla al hospital.

Adolfo se volvió a verlas. La doctora lo miró a los ojos, como no dando crédito a lo que estaba viendo.

—Karla, ¿qué está pasando? ¿Qué sucede? ¿Por qué me llamaste? A este hombre lo están buscando.

Karla no supo qué decirle.

—¿Qué es lo que tiene ella? ¿Cómo está? —preguntó Adolfo.

—Está muy mal. Está deshidratada y tiene una fiebre muy alta —le mostró el termómetro—. Su pulso es débil —y se volvió a mirar a su amiga recriminatoriamente—. Me metiste en un lío.

—¿Qué medicamentos necesita para curarse? Lo que sea necesario, yo lo puedo conseguir. Todo, menos llevarla al hospital.

La doctora apuntó una lista de medicamentos y estuvo conmigo hasta que más o menos me recuperé.

—Yo no puedo salvar a alguien que se está dejando morir —me dijo en algún momento.

No sé si eso quería. Ya llevábamos varios días en esa casa. En todo ese tiempo no había visto a Omar ni a Martín ni al *Duby*.

—Me quiero ir a mi casa. Quiero hablarles a mis papas. Quiero decirles que estoy bien, que ya voy para allá.

En ese momento entró Adolfo y me dijo:

—Nos vamos.

—Déjame aquí.

—Sí, cómo no. ¿Cómo se te ocurre tal pendejada? Ah, se me olvidaba. Ya se les notificó a tus padres que ya te has muerto.

—¿Qué dijiste?

—Sí, ellos prefieren llevar flores al cementerio que tener una hija que ha sido tan malvada. Lo dijeron apenas: "No queremos saber nada de ella. Ojalá no regrese nunca". Y pues les mandé un papel enterándolos de tu muerte y que tu cuerpo está desaparecido. Pero no te preocupes: yo siempre voy a estar contigo. Yo sí te quiero; no te voy a abandonar. Eres lo único que me importa. Omarcito, Martín y yo, de

ahora en adelante, seremos tu familia. Ya no te pongas triste. Mira, tu familia se avergüenza de ti. Nunca te quisieron, ¿ves?

Quiero vomitar. Me siento muy mal. Me estoy ahogando. Me falta aire.

—Karla, ven, córrele. Traéme un vaso de agua.

Llegó con el vaso y me dio de beber. Adolfo me ponía alcohol en la cabeza, en la nuca y en el cuello.

Siento sus manos, vuelvo a sentirlas. Y siento que me ahogo.

—Adolfo, déjame ir. Déjame ir. Déjame.

—No. No puedo. Además, si vas a tu casa, pensarían que eres un fantasma.

Creo que ésa fue la última vez que le pedí que me liberara. Sólo le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque te amo. Porque no puedo permitir que te hagan daño y sé que para joderme lo harán. Tengo que cuidarte para cuidarme.

—Nos vamos —se dirigió a Karla—. Nos llevaremos el carro de la doctorcita y así tampoco podrá decir nada. O me la chingo junto contigo, Karla; tú dices.

—No, Adolfo, cómo crees. No diremos nada, ¿verdad? —la doctora asintió.

—Ponle la funda.

—Ya estuvo, padrino.

—Vámonos.

Me subieron al coche. Escuché pláticas esporádicas. El camino fue largo.

—Padrino, mire, aquí está muy bonito. Cuántos árboles. Está muy verde. Debería vivir por aquí. Compre un terreno

por acá.

—Mira, flaca, aquí está muy bonito.

[...] *El Padrino* optó por andar a salto de mata para despistar a las autoridades, yéndose a Popo Park, en donde alquilaron dos cabañas y permanecieron entre dos y tres días. Después consiguieron una cabaña en un lugar de nombre Club Dorado, en Oaxtepec, y permanecieron tres días y el que hacía las compras era Álvaro.

Posteriormente se fueron a Cuautla, donde estuvieron cinco días. De allí se fueron al centro vacacional de Oaxtepec, donde estuvieron cuatro días, y en donde cambiaron tres veces de cabaña. Estando en ese lugar, Martín Quintana habló telefónicamente a Matamoros, Tamaulipas, con el comandante de la Policía Judicial Federal, Salvador Vidal García, pidiéndole ayuda, y éste contestó que lo mejor era que se entregaran, lo cual indignó a todos los miembros de la secta.

Por tal motivo regresaron a la casa de Karla en el Estado de México, en donde permanecieron un día, ya que ésta les consiguió un departamento en Rio Sena 14, casi esquina con Rio Balsas. [...]

14 de mayo, *La Prensa*, Alfredo Moraflores Junto, pp. 24, 34.

Me destapó la cabeza. Me encontraba en medio de él, Adolfo y Martín, en la parte trasera de un pequeño automóvil. Pequeño para mis largas piernas, entumecidas de nueva

cuenta. En la parte delantera viajaban Omar y Álvaro, al volante; manejaba a gran velocidad. Era una carretera larga, de un solo carril. Casi no pasaban autos. Siempre me gustó la velocidad. Se me hacían cortas las avenidas. La carretera de Matamoros-Monterrey sintió, de vez en cuando, los neumáticos de mi coche.

—Está bonito el paisaje, güera.

Asentí ante la mirada insistente de Martín. Aunque todo me resultaba repugnante.

—¿Quieres que nos paremos? ¿No quieres ir al baño?

—No nos podemos parar. Omar. No seas bruto —le dijo Martín.

Pero no sentía ganas de ir al baño ni de hablar ni de nada. Hasta las ganas de respirar se me iban. Qué carretera más interminable.

—No ha pasado ninguna patrulla —señaló Omar.

—No seas pendejo. Claro que no, por eso nos vinimos por acá a dar toda la vueltesota —respondió Martín, exasperado.

Álvaro seguía al volante. Se tallaba la nuca de vez en cuando. Tampoco hablaba. Sólo dijo algo cuando el coche llegó a un entronque, con una carretera de mejor aspecto que aquella en que habíamos estado viajando:

—Para dónde le doy.

—A ver, Martín, dile tú —ordenó Adolfo.

—A la derecha. Por aquí nos vamos a Popo Park.

Pasamos un pueblito y más adelante llegamos. Sólo una patrulla vimos en todo el trayecto. Obviamente me agacharon, y después me enderezaron.

Estaba oscuro. Avanzamos un poco y entramos a unas callecillas empedradas. Me bajaron del automóvil blanco de la

doctora (después, en las declaraciones, supe que se llamaba María de Lourdes, Malú, como le decía Karla, quien en realidad se llamaba María del Rocío Cuevas). Adolfo me tomó del antebrazo y me condujo al interior de una de esas pequeñas casas. Me llevó casi cargando porque yo no tenía fuerza en las piernas. Me acostó en una de las camas.

FIUÓ LA FIANZA EL JUEZ PARA LAS DOS ENCUBRIDORAS.

Fianza de 8 millones de pesos para obtener libertad provisional, fijó el juez sexto de Distrito en materia penal a la practicante de la santería cristiana, María del Rocío Cuevas Guerra (a) Karla, 3 millones de pesos a la doctora María de Lourdes Bueno López (a) Malú, acusadas de encubrimiento de las actividades de la secta *vudú*.

17 de mayo, *La Prensa*,
Alfredo Moraflores y Humberto Huerta, p.27.

—Mira, güerita, está bonito. Tiene chimenea y todo.

Ni una mirada me digné dirigirle. Me puso unas esposas en la mano izquierda y me enganchó a la cama.

—De verdad, entiéndeme, lo siento mucho. Pero si no te ato, te me vas. Y eso no es bueno. Nada bueno ni para ti ni para mí, ¿okey? Te quiero mucho. Te quiero mucho —tomó mi mano derecha y la besó. Se la puso en el pecho y sentí su corazón. Lo sentí. Quién diría que días más adelante, estaría frente a su cuerpo frío, baleado y abierto, buscándole

precisamente el corazón. "Sácale el corazón a tu diablo. Mete las manos y búscalo. Aquí está tu príncipe. Búscalo y trágatelo. Bruja desgraciada. Mataniños. Te vamos a quemar, culera".

Tengo grabada la cara de espanto del médico legista:

"Ya no le peguen. Es una mujer".

"Es pura hija de perra. Un demonio".

El médico sólo movía negativamente la cabeza:

"Cálmese, niña, cálmese. Todo va a estar bien. Pídale a Dios que le ayude. Éstos son unos animales".

Animales. Adolfo me soltó la mano y escuché un aullido muy cercano.

—No es un perro —dijo Adolfo.

—No. Es un lobo —entró y comentó Martín—. Aquí hay mucho animal de éstos.

—¿Ya ves, flaca? No te puedes ir de aquí o te comen los lobos. Ya te dije: conmigo no te va a faltar nada. Enfrente de los muchachos te debo tratar fuerte porque si no, se me van. Omar está asustado. El pobre siempre fue cobarde, ¿verdad, Martín?

—Sí —Martín seguía pegado a la ventana. Buscando a los lobos.

—Además, Álvaro ya se anda rajando. Pero antes de que se vaya..., lo mato. ¿Me entiendes? ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Sólo asentí ante ese Adolfo desconocido. Nunca antes había sido rudo conmigo. Le conocí amable, cariñoso, y en ocasiones actuaba como un niño tierno y desprotegido. Absolutamente diferente del sujeto que me disparaba con una metralla de letras que dolían y lastimaban. No sé cuántas veces me mató.

No sé cuántas veces morí. Cada día era una nueva resurrección. Martín seguía en la ventana y comentó:

[...] *La Claudia* era vendedor de antigüedades de la Zona Rosa. La Policía Judicial del Distrito informó que Irma Serrano le compraba antigüedades. Se dijo que el trasvesti se ganó la confianza de Serrano por lo que llegó a trabajar directamente para ella.

A principios de 1988, Ramón Paz Esquivel, homosexual que asistía a fiestas vestido de mujer con el nombre de *Claudia Ivette Bojour*, fue detenido por elementos de la policía Judicial del Distrito Federal acusado de haber vendido varios objetos de antigüedad de procedencia dudosa, o sea robados.

Fue en el mes de marzo, cuando junto con cinco sujetos. Ramón Paz Esquivel, *la Claudia*, fue puesto a disposición de la Dirección General de Averiguaciones Previas por el delito de robo. Entre lo objetos estaba un reloj Rolex.

Cuatro meses después fue encontrado destrozado en el interior de tres bolsas. A la una de la mañana del lunes 18 de julio, la policía tomó conocimiento de los hechos. [...]

12 mayo de 89, *La Prensa*,

Tomás Rojas Madrid y Julián Fajardo López, pp. 26, 40.

—Adolfo ... Así aullaban los perros en el cuarto de la *Claudia*, el día que te quiso quebrar la botella en la cabeza. ¿Te

acuerdas de la cara de Jorge? Estaba lleno de pánico cuando vio que abrimos la puerta de su depa, cargando al gordo ése. ¡Ja, ja, ja!

Ramón Paz Esquivel, alias, la *Claudia Ivette* en el mundo trasvesti. Su cuerpo fue hallado en bolsas negras de basura, totalmente despedazado, en 1988.

Salvador Gutiérrez o Jorge Montes, conocido en el ambiente artístico. Tenía un departamento en la colonia Juárez y rentaba un cuarto de servicio a *Claudia Ivette*, quien en repetidas ocasiones había tenido problemas con Martín.

—Con precisión de cirujano, como dijeron los periódicos. Caramba, nunca pensé que tuvieras las agallas para hacerlo, Martín.

No me cabía en la cabeza lo que estaba escuchando. *¿Habían descuartizado a un hombre?*

—Ya me tenía hasta la madre. Hijo de... —a Martín se le iba trasformando la cara y los ojos se le inyectaron de sangre—. Oye, Adolfo, ¿y si sale ese desmadre?

—No, no tiene por qué salir nada de eso. Jorgito está bien amenazado pa' que no abra la boca. Además fue en su depa, en la tina de su propio baño.

—Yo creo que ese cabrón no volvió a bañarse allí, después de como le dejamos atascado hasta las paredes.

—¿Y qué tal el Juan Carlos? Pobre pendejo. No podía creerlo cuando saliste lleno de sangre. Se te quedó viendo como si se le hubiera aparecido un fantasma. ¡Jajaja! —Adolfo reía a carcajadas—. A la gente que quiero, nadie le falta al respeto —finalizó.

—Oye, Adolfo, ¿tú crees que Álvaro diga algo?

—No, el *Duby* no supo ni de qué se trataba. Sólo nos llevó a

tirar las bolsas al terreno ese.

Adolfo se fue acercando a mí. Martín volvió a mirar por la ventana. Tenía las manos dentro de los bolsillos de su pantalón negro. Adolfo me tomó de nuevo de la mano derecha y se inclinó a darme un beso en la cabeza.

—Martín, tráele algo de cenar a la flaca.

—¿Quieres algo ligero, güerita? Te ves re vaciada con el corte que traes y ese color. Pareces muñequita de trapo. Ay, Adolfo, yo la veo muy delgada y muy demacrada. Mira las ojeras que se carga.

—Sí, parece panda. ¡Je-je!

—Oye, ¿y si se nos muere? ¿Qué vamos a hacer si se nos muere?

—La tiramos para que la encuentren y se la lleven a enterrar a su pueblo.

—No mano, qué tal si dan con nosotros. Mejor la enterramos. Total, ni quién sepa dónde quedó —Adolfo apretó mi mano—: ¿Verdad que no te vas a morir? ¿Verdad que no? Ya, tráele algo de comer.

Pero plato que me llevaban, aunque me lo acercaran a la boca, no lo comía. Creo que entendieron. Y empezaron a probar cada cosa que me llevaban antes que yo lo hiciera. Pero ni así comía. Tenía tanto miedo de morir envenenada y que me dejaran ahí para que me tragaran los animales. Sólo bebía agua. Omar era el que me acercaba el vaso a los labios. También estaba ojeroso, apagado.

Adolfo y Álvaro salían a menudo, no sé adonde, a hacer llamadas telefónicas a sus ahijados influyentes. Cada que regresaban, Adolfo llegaba lanzando maldiciones:

—Son una bola de cobardes, hijos de puta. Pero se van a

acordar de mí.

—Padrino, usted, bueno, es cosa que no me importa, pero debería calmarse y hablar con sus ahijados de manera más suave. No los amenace —le sugirió Álvaro.

Yo sólo escuchaba susurros o no conseguía completar los diálogos por el ruido de fichas u objetos que arrastraban sobre madera, en leve escala, como castañuelas. En ocasiones oía risas y una radio que transmitía canciones del momento, ahora conocidas como "viejitas, pero bonitas". Música que al volverla a escuchar me traslada a los rincones de la mente. Si escucho a Mecano, Sasha, Caifanes y su "Negra Tomasa", me dan asco y mareos. Se me revuelve el estómago y me brinca el intestino. La misma sensación que me despertaban aquellos ruidos desagradables, incluyendo la voz de Adolfo.

—Mira, *Duby*, entiende, si no les hablo duro a ésos, se van a seguir haciendo pendejos y no van a solucionar esto. Y yo ya me estoy cansando de tanta jodida huida.

—Cálmate, Adolfo —intervino Martín—. Mejor vamos a pensarle adonde nos vamos. No podemos seguir aquí. Es peligroso. No sabes quiénes están contigo y quién contra ti. Qué tal si nos emboscan y nos matan. Y que tal si... (*No oigo. ¡No oigo! No alcanzo a escuchar. No me puedo acercar a la puerta. Estoy atada a la cama. Ni porque me enderezo lo más que puedo. Me duele el cuello; las muñecas*). ¿Si ese hijo de la chingada (*¿De quién hablan?: ¿Chara? ¿Chata? ¿Chava?*) te entrega? Ya ves que son como espada de dos filos: o te ayudan o te truenan.

—Cállate ya, Martín. Ya no acumules más sal. Es más: voy a hacer una limpia para alejar a estos cabrones que nos pisan los talones.

—Padrino, yo tengo un poco de (*Álvaro no habla fuerte; no*

escucho qué dice. ¿Desconfianza?) ...y me da pendiente, padrino, no sé como vea, pero yo me puedo (*otra vez no escucho bien*)...

—No (*es Adolfo*). Estás loco o qué. No, de aquí no se separa nadie. Entiéndelo de una vez por todas: vamos a estar juntos. ¿Escucharon? ¿Lo oyeron bien? —subió la voz.

—El que se raje, se muere —sentenció Martín—.

—Eso, a mí, traiciones, no, qué va.

—No, padrino; no es eso. Es que...

—Ya, Álvaro, entre tú y Martín me ponen la cabeza loca. Mejor vámonos a cenar. Háblale a Omarcito.

Escuché el abrir y cerrar de una puerta. Ahora es la voz de Omar, quien rechaza la invitación y muy quedamente da las buenas noches. Cuando regresaron, le trajeron un platillo que a él le gustaba.

Al rato entró Omar a verme. Me dijo que si quería ir al baño, me desataba y me llevaría al que estaba al lado del cuarto donde me encontraba. Acepté; tuve la fantasía de que podría irme por la tubería, como el agua. Al salir, instintivamente miré a mi alrededor; de inmediato Adolfo me gritó:

—¿Qué buscas? ¿Me buscabas? A ver, Omar, vete. Yo la regreso.

Volví a sentir sus manos en mi brazo, en mis muñecas. No sabía, entonces, si sentía resentimiento o coraje. La inmensa tristeza en que me encontraba o la mezcla del miedo y el terror, con la sazón de todo lo antes sentido y vivido. Aún no tengo respuestas.

Me devolvió al cuarto y me volvió a esposar.

—A ver, una manita. Bien. Muy bien. La otra manita. Gracias. ¡Qué bien te portas, flaca! Qué bueno que estás

entendiendo. Mira, ya me perteneces. Estás aquí, conmigo. Eres parte de mí. Eres lo único que tengo, güerita. Para los demás eres una basura. Una mal nacida. En cambio, para mí eres lo máximo, por lo que voy a luchar y no te preocupes: mientras yo esté contigo, no te va a pasar nada. No lo voy a permitir. Yo estoy para defenderte.

Me besó en la frente. Ese beso me taladró el cerebro. *Nadie te va a tocar*. Qué irónico. Nadie sino él se exaltaba y se metía al cuarto a lastimarme cuantas veces le diera la gana.

—¡Me estás salando, carajo! Deja de llorar por tu familia. ¡Coño! Deja de pensar en ellos. Me estás dando mala suerte, flaca de mierda.

Me pegó en la mejilla y se salió. Me dejó aturdida. Entró al rato. Me soltó de una mano y me la besó y lloró. Me pidió perdón. Me dijo que me amaba, que me quería mucho. Me ató y se volvió a salir.

Quiero vomitar. Todo me da vueltas. Maldito vértigo. Lo escuché decir:

—Nos vamos mañana, cuando amanezca. Martín, arregla todo. Ve y hablale a aquel cabrón y pregúntale por dónde nos vamos.

Nos vamos. ¿Ahora adonde? ¿Y por cuánto tiempo? ¿Me irán a matar, ahora sí? O a la mejor me dejan aquí, amarrada.

Cuando salimos, hacía frío. Aún no amanecía; estaba muy oscuro.

—Oiga, padrino, ¿por dónde nos vamos a ir?

—Martín te lo va a decir. Cuidado y te me vayas por otro lado porque nos carga la chingada a todos.

—¿Cómo cree? Yo no quiero que pase nada malo.

—Adolfo, me siento mal —dijo Omar—. No sé, como un

dolor de estómago.

—Tómate un Melox o qué, ¿quieres ir al doctor? —se burló Martín; empezó a reírse.

Adolfo me desató y me acarició la mejilla. Omar no dijo nada. Cuando nos acercamos a la puerta de salida, ya se encontraban en el carro Álvaro y Martín, en la parte delantera. Omar, atrás. Me quedé con Adolfo en lo que acercaban el coche a la puerta. Le miré.

—¿Qué me miras? No me veas así. Te voy a sacar los ojos, ¿eh? —rio.

Me metió al carro y él se metió después de mí. A mi lado de nuevo. *De nuevo, qué.* ¿Qué era nuevo? Sólo el lugar adonde nos dirigíamos. Como si todos fuéramos personajes de un cuento barato. No me cubrió la cabeza con la funda. Ahora podía ver una oscuridad de coches que venían, que iban. Un entronque en la carretera. Álvaro se detuvo:

—¿Por dónde, padrino?

—Por acá —respondió Martín.

—¿Seguro? —preguntó Adolfo.

—Sí, por aquí llegamos a Oaxtepec.

El coche dio vuelta a la derecha. Un camino de cerrillos. Curvas y curvas. Nadie dijo nada. Llegamos. El sol ya se asomaba, brillante. Nunca me agacharon. Me puso unos anteojos oscuros. Era un lugar grande. Un letrero: Club Dorado Oaxtepec. Se detuvo el carro.

—Martín, ve y fíjate dónde nos reservó lugar aquel cabrón.

Nerviosismo contagioso. Pasaron los minutos. *Adolfo tiene que estar tranquilo o me mata.* Nos mata. Adolfo tomó el arma de abajo del asiento delantero. Volteaba y volteaba a todos lados.

—¡Qué coños está tomándole tanto tiempo a Martín? —estaba visiblemente nervioso—. ¡Duby!, sal a buscar a ese marica de mierda.

Me duele el cuello. Quiero llorar y no puedo. Volteo a ver a Omar. Me toma de la mano y sonríe. Está asustado. Y él sí puede llorar.

—¡Coooño! ¡Hijo e puta! Donde nos haya tendido una emboscada ... Los voy a matar a todos. Voy a chingarles a su gente. ¡A todos!

Omar me tomaba de la mano con fuerza. Por un momento, las miradas de Omar y las mías se entendieron: correr. Salir del coche corriendo. Adolfo no deja de decir incoherencias. No dejaba de maldecir. Cuando Omar estaba a punto de abrir la portezuela, apareció Martín:

—¡Coño! ¿Por qué tardaste tanto, hijo e puta? ¿Qué te pasó?

—Nada —contestó Martín—. Carajo, Adolfo, ¿cómo se te ocurre mandar a Álvaro por mí? ¿Como puedes ser tan estúpido?

—No me faltes al respeto.

—Ya cálmense, por favor —Omar levantó la voz—. Ya, por favor.

—Omarcito, cálmate. Tranquilo. Bien, ¿se hizo la reservación?

—Sí, sí la hizo, pero agarra la onda. Me tuve que registrar en gran calma mientras el pendejo del empleado veía las noticias. Pensé que iban a pasar las fotos y le tuve que hacer la plática, preguntándole por las canchas de tenis y su uso. ¡No mames! Cuando llegó Álvaro, el güey del empleado se le quedó mirando. Me despedí cuando el *Duby* venía llegando.

—¿Qué hiciste, *Duby?*

—Nada. Le dije a ese tipo que andaba buscando la máquina de hielo y me dijo que estaba afuera.

—Sale. Gracias, mano.

—Órale. Y me vine lueguito que Martín, padrino. No vaya a pensar mal.

Adolfo lo miraba fijamente:

—Álvaro, voy a preguntarle a las cartas si me traicionaste. Y si sale algo malo, te mato, cabrón.

Entramos al estacionamiento.

—Rápido, bájense.

Nos metimos a una pequeña casa. Había una sala, una cocineta. Creo que dos o tres recámaras. Al lado del cuartito en que me metieron estaba el sanitario. Una ventana que daba hacia un pasillo. El ambiente estaba denso. Inmediatamente encendieron la televisión de la pequeña salita. La música de Eco, el sistema noticioso que hora tras hora continuaba. A veces era audible, y a veces sólo se escuchaba la tonadita del programa. Bajaron el volumen y sólo podían oírlo quienes se encontraban casi pegados al aparato. Los imaginaba, porque a pesar de que no me habían atado a la cama, no me atrevía a abrir ni un poquito la puerta.

—¡Cómo chingan la madre! —exclamó Martín.

—Déjalos. Esto de la fama es bueno, ¡ja-ja-ja! —celebró Adolfo.

Ni Omar ni Álvaro parecían estar presentes en la plática. O si lo estaban, eran testigos mudos.

—Vete por el periódico, Martín —ordenó Adolfo—. Habla por teléfono y dile al ahijado que ya estamos aquí. Ah, y no leas el pinche periódico hasta que lo veamos juntos.

—Adolfo, no me gusta; no me late que sepan dónde

estamos. Yo, la mera verdad, desconfío de ellos. ¿Qué tal si te venden?

—Deja de estar regando más sal.

—Analiza lo que te estoy diciendo. Sólo piensa, por un momento, que esto no es bueno. Además, somos muchos. Y no vamos a pasar inadvertidos por mucho tiempo.

—Y qué quieres que haga, coño. ¿Que los mate? ¿Por quién empiezo?

Largo silencio.

—Eso tú lo decides. Yo me voy.

Silencio.

—¿Llevas dinero?

—Sí.

¿Que nos mate? A la que va a querer matar primero es a mí. No le sirvo. Le estorbo. Le dije muchas veces que me quería ir. Álvaro le sirve para manejar. Y a Omar lo quiere mucho. Pero él dice que también me quiere. No, no me puede matar. No, no me debo quedar así como si nada. Me voy a ir. Debo salir de este lugar.

Un frío terrible me invadía. Abrí lentamente la puerta. Olía a comida. La televisión estaba encendida. Me golpeó el olor de ese guisado. Me provocó náuseas. Otra vez mareada. Pero sin ataduras. No vi a nadie. Era una rendija, cada vez más, se abría lentamente. El corazón se me salía del pecho, como si quisiera escupirlo. Mi respiración crecía, se volvía intensa. Un frío sepulcral se me resbalaba por la columna vertebral. *Me dolían los huesos. La puerta no debe rechinar. No debo hacer ruido. Ninguno. No debo. Ya está a la mitad.* ¡Pas! El golpe seco de la puerta. Adolfo me la aventó encima.

—¿Qué se te perdió?

—Nada —las pocas fuerzas que tenía me abandonaron.

Puntos negros. Casi no puedo respirar. Me duele el alma. Se me sale del cuerpo. Me caigo.

—¿Qué quieres? —me preguntó Adolfo, mientras me levantaba del piso.

En eso, se escuchó el reinicio de la cápsula informativa de cada hora. De todas horas, de todos los días. Me metió al cuarto y me sentó en la cama:

—Por favor, quédate aquí, ¿sí, flaquita? No te vayas a parar. Ahorita vengo. Tengo que escuchar algo que me urge saber, ¿okey? No te vayas mover —me levantó la barbilla—, ¿sí? Por ... favor.

Su actitud me paralizó. Ya no entendía nada. *¿Me va a matar o no? O tal vez ya está preparado. No. Me habló diferente. Bonito. Como antes.*

Permanecí quieta, como si me hubiera atado. Como si me hubiera clavado al ras del suelo. Me llevó tiempo recuperar el ritmo respiratorio. Quitarme la opresión del pecho. Creí escuchar cuando Martín llegó. No sé cuándo entró Adolfo a mi cuarto, casi corriendo, y hurgó, desesperado, en el periódico. Dio con la noticia: habían detenido a Teresa Quintana, la hermana que Martín adoraba. Hablaba tanto de ella. Curiosamente, mi hermana también se llama Teresa. Martín me platicaba de su familia y de la vida tan triste que había tenido. Lo que sufrió cuando falleció su madre y que no hubiese podido ir a sepultarla porque Adolfo no se lo permitió; sólo estuvo unos minutos en el velatorio porque su familia censuraba su relación con Adolfo.

Cuando salíamos a cenar los tres, Adolfo, Martín y yo, en Matamoros o Brownsville, los que más hablábamos eramos Martín y yo. Desesperábamos a Adolfo:

—Ya, bájenle un poco; parecen periquillos.

Una de esas veces en un centro comercial, Adolfo me dijo que una de sus ahijadas iba a casarse y que le quería regalar el vestido de novia. Que más o menos era de mi talla y me pidió que le ayudara a escogerlo. Cuando encontré uno de brocado muy hermoso, me pidió que me lo probara. Pidió que me pusieran el velo y posara con el ramo, con zapatos de raso. Adolfo le dijo a la empleada que se lo llevaba. Sacó su tarjeta de crédito y lo pagó. Cuando me dirigía a los vestidores para quitármelo, Adolfo me tomó del brazo y me dijo:

—No, tú así te quedas. De aquí directo al juez. Que luego no digan que no te saqué de blanco.

Jefes de la PJF, vinculados a los narcosátanicos

Jefes de la Policía Judicial Federal estaban vinculados a los narcosa-tánicos. Así lo muestran fotografías en las que aparecen junto con Adolfo de Jesús Constanzo, *El Padrino*. Detrás de este asunto que impactó a la opinión pública está el conocido traficante de drogas.

Los resultados preliminares de la investigación ordenada por el Subprocurador de Investigación y Lucha contra el Narcotráfico de la Procuraduría de la República, Javier Coello Trejo, establecen:

En sus declaraciones los cómplices de Constanzo implicaron al agente federal Salvador Vidal García. Por ello quedó sujeto a investigación y su casa de Atizapán de Zaragoza, Estado de México, fue cateada.

Fueron encontradas en el interior del inmueble fotografías en las que aparece el líder de los *narcosatánicos* al lado de Fausto Valverde Salinas —actual director de división antinarcóticos de la corporación—, Guillermo González Calderoni —comandante de la PJF— y Carlos Armendáriz —comandante de la Judicial capitalina.

[...] Y que los cuerpos de 15 personas encontrados en el Rancho Santa Elena, 11 fueron ejecutados por razones de pugna entre narcotraficantes y el resto por ritos satánicos.

También se estableció que varios jefes policiacos tenían conocimento de las actividades de Constanzo pero lo encubrieron. Pero luego del macabro hallazgo en el Rancho Santa Elena, un federal de nombre Joaquín Manzo, que tenía conocimiento de la situación, dio el pitazo en venganza porque Constanzo le mató a un hermano.

Los agentes que intervienen en la investigación ordenada por Coello Trejo indicaron por último que no saben si se les deje concluir, dado que conforme avanzan encuentran implicaciones "de altos personajes".

21 de mayo, *El Universal*, Manuel Alonso, p. 6 (sección Provincia).

Martín no dejaba de reírse de mi sorpresa y del regocijo de los empleadas. Casi me tiré al suelo para impedirle que me sacara así vestida. Dejé el vestido; ya parece que iba a

aceptarlo. Y él se salió de la tienda, sin importarle que ya se lo habían cargado a su cuenta. Yo lo tomé como una excentricidad más de su parte. Y como un hombre que deseaba pagar por todo y por nada.

Adolfo no permanecía mucho tiempo en Matamoros. Iba y venía con frecuencia de Matamoros a la Ciudad de México. Tenía que atender a sus ahijados de la capital sin desatender a los de allá. En ocasiones Martín se quedaba en Matamoros uno o dos días más y se regresaba a México. Adolfo, Martín y Omar vivían en México, en la misma casa. En los mismos departamentos. Los medios informativos dirían que habían sido amantes. Y lo eran. Adolfo era extravagante, acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos. Le divertían en extremo los juegos sexuales. Era bisexual, por placer. Tenía a sus amiguitas, las *hermanas* como él les decía, Corma y Mara y otras en diferentes estados y países. Connie, Laura, Loma o Lorenza. Cuando salíamos, recibía llamadas telefónicas en el auto. Contestaba y luego me daba una vaga referencia de las fulanas o zutanas. También recibía las llamadas de sus ahijados y ahijadas. Mucha gente lo buscaba y, a final de cuentas, resultó que nadie lo conocía. Cuando nos capturaron los escuché mentir:

—No sé de qué hablan.

—¿Quién es ese tipo?

—¿Satánico? Qué horror. No lo conozco.

—No, yo no tengo nada que ver con esos hijos del Diablo. Yo siempre he sido creyente en la Virgen de Guadalupe.

La policía los puso frente a nosotros para reconocerlos como visitantes asiduos a Adolfo y sus trabajos. Tenían los ojos desorbitados, sudaban ante la mirada de Omar. Él sólo

sonreía y movía la cabeza, negándolos. Álvaro y yo estábamos parados, como dos idiotas, escuchando tanta blasfemia. Soportando los escupitajos en el rostro. Los agentes entraban y salían con gente y más gente. Caras conocidas, del ambiente artístico, y otras desconocidas. A Omar le tocó la peor parte, ya que Álvaro sólo se limitaba a conducir el coche de Adolfo. Y a cuidar a través del circuito cerrado de televisión la entrada, por la noche, cuando Omar y Martín salían con Adolfo. Así lo declararía Omar en la Procuraduría del Distrito Federal.

⁂

Adolfo sudaba mucho. Abría y cerraba el periódico. Caminaba de un lado a otro en el pequeño espacio.

—Tengo que pensar. ¿Qué hago con Martín? ¡Coño! ¡Hijo de puta! —me contagiaba su nerviosismo, su ira—. No lo leyó. No lo sabe —tomó el periódico y lo metió debajo del colchón. Entró Martín y le dijo:

—Ándale, vamos a comer.

—Sí, ya voy. Estoy hablando con la flaca.

—Te espero, voy a ir sirviendo.

—Flaca, si tú le dices algo ... Te rompo la madre. Esto no lo debe saber Martín, por ningún motivo porque se va. Y si se entrega, nos carga la chingada. Tú no sabes en lo que estoy metido. ¿Queda claro?

—Sí.

Escuché las voces de Álvaro y Omar. Iban a comer. Algo platicaban y Martín reía feliz, despreocupado. *Cómo puede reír así. Temblaba sin cesar.* Saqué el periódico. Entró Omar. El

corazón me brincó a la cabeza.

—Flaquita, ¿quieres —me vio el periódico en las manos— ... comer?

—¿Qué es eso? —se acercó tenso, rápido, intrigado.

—Omar ... Por favor no le digas Adolfo que lo saqué —me lo arrebató.

Lo leyó, me lo devolvió y me dijo:

—Guárdalo. No vaya a entrar Adolfo —se salió.

No sabía si guardaría silencio. Cada ruido me resultaba amenazador. Se quebró un vaso o una taza. El estruendo se magnificó en mi cabeza. No, *Omar no le va a decir nada. Somos cómplices; los dos desobedecimos*. Trataba de hablar conmigo misma, apacentar un poco el torrente que me ahogaba el cerebro. Voces:

—Adolfo, mejor le pedimos a ese güey que nos dé varias opciones de camino para que no sepa adonde nos vamos.

—¿Sigues con lo mismo, Martincito?

—Sí, la verdad, algo presiento.

—¿Traición?

—Sí, si así quieres llamarlo.

—No, no creo.

—¿Cómo están? —entendí que Martín se refería a nosotros tres.

—Pues bien, bien.

—No creo que sea buena opción seguir con él.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, creo que él —se acercó la voz de Martín; abrió mi puerta— y la flaca nos quieren dejar. ¿O no, güerita? Moví la cabeza en señal de negación.

—Sí, creo que sí. En cualquier rato te nos vas a ir y no

podemos vivir así, cuidándote.

—Ya déjala, Martín —intervino Omar—. Te crees muy poderoso, ¿no? Se me hace que el que correría rápido a los brazos de la policía serías tú.

—Estás pendejo. Yo no soy así.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

—Eres un cobarde, Martín.

—¡Cállense! ¡Cállense! ¡Los dos, carajo! —gritó Adolfo en el momento que Omar entró con violencia a mi recámara, revolvió las sábanas y cobijas y sacó el pedazo de periódico. Adolfo no pudo detenerlo. Omar, sin más, le informó a Martín:

—Agarraron a tu hermana, pendejo. A tu hermanita querida.

Martín se mostró incrédulo, confuso. Adolfo gritaba incoherencias. Álvaro no estaba. Adolfo intentó quitarle a Martín el periódico. Éste empezó a llorar. Adolfo, enfurecido, le propinó a Omar un tremendo bofetón. Después se me fue encima y me tomó del cabello hasta tirarme de la cama. Martín lloraba, se jalaba los cabellos, daba vueltas y vueltas.

—¡Me voy a entregar! ¡Me voy a entregar!

—¿Para qué te preocupas? Tu hermana ya ha de estar bien cogida y puteada —decía Omar. Adolfo se acercó y volvió a pegarle. Intentaba tomar a Martín del brazo, pero éste se soltaba bruscamente.

—Haz algo, Adolfo. Haz algo. ¡Con una chingada! —gemía Martín.

—Sí, te lo prometo.

—Te voy a madrear, Sara. Te voy a romper el hocico —me gritaba mientras intentaba calmar a Martín. Me aventaba

fuego con la mirada.

—No fue ella, fui yo —se incorporó Omar con sangre en la boca.

—A los dos. A los dos los voy a matar como perros. ¡Perros! Martín no dejaba de lloriquear.

—Martincito, ya cálmate. Tranquilízate, por favor. Vamos a hablar por teléfono y todo se va a arreglar, te lo juro.

—Me voy a entregar. Voy a ir a la policía. Esto debe pararse, Adolfo. Detenerse. Ya.

—Tranquilo. Quieto —Adolfo lo sacó—. Quédense juntos; regreso a arreglármerlas con ustedes.

Omar y yo nos miramos a los ojos y nos tomamos de las manos.

—Tranquila, flaquita. No va a pasar nada —con frecuencia se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Seguía sangrando.

Me duele mucho el estómago. Tengo la boca amarga. Todo el sabor de la hiel de mi vesícula me llena la boca.

Oscureció y ahí estuvimos. Nunca pasó nada. Nada. Silencio. Llegó el otro día y Adolfo entró al cuarto y nos dijo:

—Párense, nos vamos. Rápido, rápido. Ya Álvaro y Martín están en el carro.

Nos subimos al coche en el orden acostumbrado. Llegamos a un teléfono e hicieron varias llamadas. Y de allí nos dirigimos a un lugar del IMSS, cerca de donde estábamos. Llegamos a una casa. Acabábamos de llegar y tembló. La tierra se movió. Casi nadie hablaba. Pero sí alcancé a oír que ya no había problemas con la hermana de Martín. Adolfo y él lo comentaron. Me sentaron en la salita, junto a todos. Adolfo se me acercó y me tomó de la mano, me la besó:

—Te quiero mucho, flaca. Soy muy feliz. Estás conmigo. Espero que entiendas que todo lo hago por el bien de nuestra familia. Nosotros y nadie más —noté que el cabello de Álvaro estaba más claro. Se lo tiñeron al igual que a mí; sólo que a él se lo aclararon. Se veía raro, apenado. Omar se levantó y se fue a servir agua en un vaso. Álvaro se fue al sanitario. Martín se sentó a mi lado. Adolfo se dirigió hacia el ventanal.

—Gracias —me dijo Martín. Lo miré—. Gracias. Ojalá que todo vuelva a la normalidad. Es como un mal sueño. Una mendiga pesadilla. Todo es un engaño —lo miré y no le dije nada.

Llegó la tarde.

—Adolfo, ¿le diste a los ahijados la dirección? —preguntó Martín.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es gente de confianza, Martín. Ellos han aguantado.

—Hasta cuándo. Qué tanto más van a aguantar la presión.

—No hay problema con ellos.

—¿Por qué?

—Porque son del gobierno.

—Ay, Adolfo, esa gente se vende por poco.

—Ya basta, Martincito. ¡Ya! Sabes muy bien que sí me han ayudado.

—Sí, claro ... Ya veo

—Mejor dame una idea. ¿Qué quieres? ¿Qué sugieres?

—Vamos a cambiarnos.

—¿Otra vez?

—Aquí mismo. Hablamos de alguna caseta de aquí cerca, a la salida.

—Bien, si eso te hace sentir bien.

Nos fuimos nuevamente. Recorrimos el lugar y subimos por pequeños cerros, con calles, hasta llegar a unas cabañas. Martín se fue con Álvaro a hablar por teléfono. Volvió muy nervioso.

—Adolfo, ven.

Se metieron en el cuarto que quedaba al lado de la cocina. No alcanzaba a escuchar bien. Álvaro le dijo algo a Omar, que Martín sentía que había traición. Después Omar se encerró en una recámara y Álvaro se salió al coche por unas bolsas.

No sé por qué no intenté huir en ese momento. No lo sé.

Álvaro regresó y puso las bolsas en la cocineta, encima del desayunador. Sólo nos miramos. No dijo nada ni yo pregunté. Pude haber hablado con él, pero existía una horrible desconfianza. Yo no sabía si Adolfo mentía al decir que Álvaro se quería ir. Tal vez lo decía para que yo le pidiera ayuda. No dejaba de hacer suposiciones. Sentía como si el lado izquierdo del cerebro y el derecho pensaran al mismo tiempo dos cosas diferentes. Me preguntaba y me contestaba como en esas películas de Tin Tan o de Pedro Infante donde el ángel y el diablo hablan a la vez.

—Álvaro —gritó Adolfo. Traía el arma en las manos.

Di un brinco y sentí que el corazón estuvo a punto de detenerse.

—Quita esas cosas de allí, coño.

—Sí, señor—obedeció y se dirigió al cuarto donde estaba Martín. Adolfo me miró y se rio.

—Y tú —me tomó del brazo—, vamos hacia la ventana —a lo lejos se veía gente. Niños de un campamento.

—Mira, cómo juegan. ¿No quieres tú un niño? Algo tuyo y

mío —me apretaba del brazo; no veía su cara—. Coloqué mi mano sobre la suya, que estaba fría y le retiré los dedos, a manera de que me soltara.

Un día me contó que tenía una hija en Estados Unidos, que era una niña muy bonita, que su madre también lo era. Que eran muy jóvenes cuando se conocieron. Los padres de ambos los separaron y no se vieron más hasta que conoció a su hija. "Linda, muy hermosa", fueron sus palabras. No lo dudo: Adolfo, ya lo dije, era muy apuesto. Decía que lo guapo lo había sacado de su mamá y lo cabrón de su papá. Yo no los conocí, pero por una fotografía que me mostraron en la Procuraduría, me enteré de cómo era ella. Tenían todas las fotos de su familia. Sólo llegué a hablar por teléfono con su madre. "Una gran mujer", decía Adolfo. Ella tenía la voz agradable y daba la impresión de ser una mujer culta. En la foto se le veía una gran cabellera oscura. Ojos grandes, de mirada profunda. Facciones muy finas. Realmente guapa.

⁂

—¿La vistes? ¿Cuántas veces ha venido a México? —me preguntaban los judiciales a la vez que me jalaban los cabellos —. ¿Ella hace lo mismo? ¿Es parte de esto?

—No, no la he visto. No sé quién es —me abofeteaban.

—Es la madre del demonio. De tu amante.

Me pusieron la fotografía en las manos. Aturdida por los golpes, la miré. No veía a Adolfo en su rostro. Ella es diferente. En la fotografía aparecía con dos niños a su lado. Uno era Adolfo, quien tenía el cabello rubio y no estaba mirando a la cámara. El otro niño se parecía a Adolfo, veía a la

cámara muy serio. Me arrebataron la foto.

—Tienes que decir que sí la vistes. ¿La conociste, acá en el Distrito Federal? Acuérdate: vino varias veces a ver al hijo de la chingada de su mal nacido. ¿Te acordaste? ¿Verdá que sí te acuerdas, puta? Vino a ver a su pinche hijo varias veces —me tomaban de los cabellos y me movían la cabeza como licuadora.

—No, no la conozco. Ella es sólo su mamá. Su madre. No sé si vino o no a esta ciudad.

—¡Llévatela, güey! Tráite al puto del *Duby*. Ése sí se va a acordar, ja-ja-ja. Y si no, te trais al Omar, ya ves que aguanta rebien los chingadazos.

—Sí, mi comandante, pero ya los dos están bien madreados.

—¡Tú te los trais, cabrón! Ése es mi pedo.

⁂

Adolfo me soltó; me puso su brazo alrededor de los hombros, me condujo hacia los bancos del desayunador. Me preguntó:

—¿Tienes miedo?

No le contesté.

—Yo sí. ¿Sabes? Me da miedo que mis ahijados no me vayan a apoyar. Temo que se les olvide el juramento que hicieron y les gane el temor. Mira, esta metralleta está bonita, ¿no? Me la regaló un ahijado, cuando era primer mandatario.

Yo lo escuchaba. Él admiraba el arma. Seguía sin contestarle.

—¿Te acuerdas que tú y yo hasta el fin de los días? Sí, sé que lo recuerdas —seguía viendo el arma—. Al rato nos vamos,

flaca. Este lugar no es seguro. Uno de mis ahijados está viendo lo de la pesquisa y ya siente pasos. Mejor nos vamos sin decirle nada a nadie. O tú, ¿cómo ves? Bien, ¿verdad? Todo sea por el bienestar de la familia.

Salió Martín del cuarto y le dijo:

—Adolfo, la onda es llegarle, pero ya.

—Tranquilo, papá, tranquilo. Pensemos bien qué vamos a hacer. Mira, nos andan buscando dizque en todos los rincones. Ya ves que están limpiando hasta en Estados Unidos; los gringos andan en chinga. Y la Interpol anda en todos lados, dizque buscándonos.

—Tú tienes enemigos en ese grupo.

—Sí, pero también hay amigos. ¿En qué lugar ya no andan buscando tanto?

—Andan como perros por todos lados, Adolfo.

—No, piénsalo bien ... En el Distrito Federal. Ni se imaginan que estaremos de regreso al mero corazón del problema.

—Pero no se lo vamos a decir a nadie, ¿verdad?

—Claro que no. Nos vamos a casa de la Karla, y de allí vemos en dónde conseguimos un departamento o una casa. La compramos o la rentamos. Es lo de menos.

—Sí, creo que tienes razón —Martín se quedó pensando y trazando líneas al aire—. Vámonos, pues.

—No, mijo. Tengo hambre. Comamos algo antes de irnos.

Me quitó del banco y me puso en un sillón que daba al frente de donde él pudiera verme perfectamente.

—Quiero hablar contigo después, ¿okey? Es un favor —me hizo un guiño. Me dio unos pequeños golpes en la mano.

Omar preparaba la comida. Adolfo lo observaba y llamaron a comer a Martín y a Álvaro; en lo que salían, Adolfo le

preguntó a Omar.

—¿Dónde están tus valium?

—¿Para qué?

—Sólo dime dónde están.

—En mi maleta café. ¿Para qué los quieres?

—Quiero que se los empieces a dar a Álvaro en lo que se beba. Muélele uno o dos.

—Adolfo, pero... —en ese momento salieron Martín y Álvaro del cuarto.

Adolfo me miró. Yo sabía que no debía decirle a Álvaro lo que acababa de escuchar.

Aun así, traté de decírselo, pero temía que se lo dijera a Adolfo. Adolfo dominaba a Álvaro de una manera increíble. A todos nos dominaba. Desde ese momento hasta la captura, se le suministraron a Álvaro dos cápsulas diarias. Omar me platicó que Martín compraba los frascos del medicamento en el mercado negro, con un tipo al que le decían el *Piojo*.

—Creo que el *Piojo* ni oye las noticias —me platicó Omar— porque si no, ya nos hubieran agarrado. Bueno, los policías que no conocen a Adolfo. El Álvaro tiene una condición buenísima. Sólo se medio atonta, pero no se cae como vaca a dormir. Ni cuenta se ha dado, pobrecito, manita, pero pues ya ves cómo es Adolfo. El mismo muele las pastillas. Es su nuevo jueguito. Yo tomo las cápsulas para los nervios; tengo años tomándolas. Me tomo una o dos en la noche para dormir.

En otra ocasión Omar me había dicho que Adolfo le tenía los nervios destrozados y me confió algo que me llenó de asombro:

—Me traté de suicidar hace algunos años. Mira —me enseñó la gran cicatriz a lo largo del brazo—. Lo hice porque él no me

dejaba salir a ningún lado. Sólo me tenía trabaje y trabaje. Brujerías y brujerías. Que si el *trabajo* de su ahijada la actriz fulana, que si el de su ahijada, la cantante mengana, que si éste, que si aquél. Ya no podía más. Siempre me decía que con todo lo que yo sabía de él, prefería verme muerto. Y pues que intento matarme. Dejó que me desangrara, hasta que vio que ya no podía respirar, entonces me llevó en una ambulancia a un hospital. Lloré mucho. Yo ya quería regresarme a mi casa, con mis padres. Qué vergüenza para mis hermanos. Tengo una hermana que se llama como tú. Es una chica muy inteligente y me quiere mucho —se quedó pensativo—. Ah, pues, ya después se le pasó la mala onda a Adolfo y decidió que Martín y yo trabajáramos parejo. Y así ya no era tanta la joda. Después, el que se quejaba era Martín. Pues pasó a ser su *mayordomo*, así se dice en la religión al asistente primero. Y yo era el segundo. Para matar animales Martín es muy bueno. Aparte es muy fuerte y puede controlar a los chivos y corderos. Yo no soy tan fuerte y, además, no me gusta ver morir a los animales. Dice Adolfo que soy cobarde y que los santos se van a enojar conmigo porque ellos deben comer y yo no les quiero dar. Ay, flaca, no es mala onda mía. Y Adolfo no lo entiende. Yo soy ... diferente y muy sensible. Yo atiendo muy bien la *nganga* (caldero donde está el palo, el *muerto*). Y hasta se acostumbró a que yo le dé su aguardiente y su habano. Pero eso de la sangre no me late mucho. Nadie es perfecto y no se puede tener todo en la vida. Mírame, yo ya no vuelvo a ser lo que fui. Aprendí a vivir, estoy aprendiendo día a día. Y así voy a llegar a viejito.

Pero lo mataron a los 22 o 23 años. La sentencia de muerte la traía en las venas desde la Procuraduría. Omar me dijo que

lo inyectaron cuando nos hicieron los exámenes físicos. Cuando me lo contó, nos encontrábamos en la puerta del pasillo, esperando entrar a audiencia, en el juzgado 58° Penal, en el edificio antiguo, a un costado del juzgado 25°.

Yo sabía a qué momento se refería. Nos tomaron muestras de orina. Nos checaron las pupilas, las uñas y nos tallaron las manos con algodones para buscar residuos de pólvora. Omar estaba en la celda de enfrente y yo lo alcanzaba a ver por una orilla, sin hablarnos. Con él se encontraba un hombre de bata blanca, al igual que conmigo, pero a mi lado también se hallaba una mujer, probablemente era perito. Omar hizo un movimiento que me llamó la atención: le estaban poniendo una inyección en el brazo. Les pregunté a los que estaban conmigo si también me iban a inyectar y me dijeron que no. Les dije que yo no me iba a dejar. Ellos sólo se rieron y me dijeron que no me iban a poner nada, que me tranquilizara.

—Ahí me chingaron, flaquita. Me metieron el virus del sida. Yo no tenía sida. Me acababa de hacer unos análisis. Ya les dije a mis abogados que busquen los papeles con el resultado o que vayan al laboratorio, pero me dicen que los departamentos y las casas ya las vaciaron y las sellaron. ¿Verdad que me crees? —no supe qué decirle—. Vi a dos o tres ahijados que me hicieron señas de que todo iba a estar bien. Que no abriera la boca de más. Que no dijera nombres y que ellos me iban a sacar de ahí. Yo no sé ni qué pensar, fláis. El licenciado (José Luis Huerta) me pide nombres y yo no debo darlos; se lo juré a Adolfo y la *nganga*. Si los digo me muero, pero sí voy a escribir unos papeles con todos los nombres reales de los ahijados y dónde trabajan. Da gracias a Dios de que Adolfo no quiso enterarte de nada. Así era. Tampoco a mí

me contaba bien a bien sus enjuagues. Era Martín el que le sabía todo. Necesito contratar un seguro de vida. Creo que me quieren matar poco a poco. Me van a trasladar al hospital de Santa Marta Acatitla. Creo que me quieren cuidar para que no se me desarrolle la enfermedad.

A principios del 90, un conocido me dio la noticia:

—Tu compañero de causa murió. Hoy. No se sabe si fue a consecuencia de su enfermedad o si murió de asfixia. No pudieron hacer nada. Dos paros cardiorrespiratorios le vinieron cuando trataron de sacarlo de su asfixia.

Nadie sabe a ciencia cierta cómo fue. También ignoro si escribió la lista de los ahijados de Adolfo. Y si escribió la lista, tal vez alguien la tenga aún.

⁂

Terminaron de comer. Omar recogió los platos y los tiró a la basura; todo era desechable. Martín, los vasos. Álvaro limpió la mesa. Era curioso verlos en esos menesteres. Los supuestos asesinos más temidos y buscados del país, limpiando la mesa. Adolfo acomodó los bancos, dejaron todo en perfecto orden. Adolfo se metió a su cuarto y sacó un aromatizante ambiental. Y empezó a rociar todo el lugar. Empezó a oler a flores.

(En este preciso momento, al escribir los párrafos anteriores, he descubierto la causa de mi asma; se manifiesta cuando detecto ese olor, principalmente cuando se hace el aseo de los sanitarios. No entendía por qué no dejaba de toser y se me iba la respiración. Ahora lo sé. "¿Desde cuándo es usted asmática?", me preguntó el doctor del reclusorio. "No lo sé. Creo que desde niña". No sé por qué le contesté eso.

¿Cuántos secretos puede guardar la mente? ¡Cómo duele encontrarse con uno mismo! Y cuántas lágrimas se guardan para seguir llorando. Lavando el espíritu).

—Nos vamos —indicó Adolfo y se acercó a mí.

—Flaquita, no quiero que Álvaro sepa lo de las pastillas, ¿está bien? Hazme ese favorcito, ¿sí? Lo que pasa es que anda medio nervioso y tengo que calmarlo, por el bien de todos —jugueteaba con el aromatízate en las manos.

No le contesté nada. Sólo lo veía. Qué más daba si le decía que no o que sí. Total, todo se hacía conforme lo que él y Martín decidían. Volvió a agitar el aromatizante y lo comenzó a rociar cerca del sillón donde me encontraba.

—Huele a campo, ¿no es cierto?

Con la cabeza le indiqué que estaba de acuerdo.

—Oye, no te preocupes. No deja de ser emocionante. Tócame, ¿sientes el calor? —colocó mi mano en su cuello; qué ganas de ahorcarlo. Sentí su tibieza y los latidos de su pulsación—. Éste es el calor de la excitación. Me gusta jugar. Si piensan que me van a hacer daño, se equivocan. Mis ahijados saben en la que se meten si algo me pasa. Por eso me tienen que cuidar y ver por mi seguridad.

Me sentí mareada. Pensé que me iba a desmayar. Escuché como si la arena se deslizara por las paredes.

—Está temblando. Coño, Martín, Omar —salieron no sé de dónde y se acercaron a Álvaro.

—Ay, cabrón —dijo Martín—. Está temblando.

—Ya ... No duró mucho —comentó Omar—. Pero si se sintió acá, debe de haber estado gacho en el Distrito Federal.

—Ojalá y se hayan caído todas nuestras propiedades. Así dejarían de estarnos jodiendo. Ya se han robado todo esos

hijos de puta.

—Oye, Adolfo, ¿qué onda con la lana? —preguntó Martín.

—No sé. La caja de seguridad está muy escondida, en el condominio.

—Pues en la casa de Atizapán ya se llevaron todo. Ya viste las noticias, que dizque hallaron hasta el cuarto de los santos. Ya ni la chingan esos cabrones: pusieron una capas negras, diciendo que eran tuyas.

—*Nuestras* —precisó Adolfo.

—Que hasta sangre hallaron. Pura maldita mentira. Lo que hallaron en el cuarto, detrás de los espejos, fueron los dólares, las joyas y las barras de oro. Hijos de puta, eso no lo dicen.

⁂

La mención de ese cuarto me llevó a recordar la fuerte discusión que tuve con Adolfo en noviembre de 1987, en Matamoros. Una tarde me negué a salir con él porque tenía que quedarme a estudiar para un examen. En eso estaba cuando me habló un amigo que vivía en Monterrey y que andaba por allá y que era su último día de visita en Matamoros y por eso acepté su invitación para ir a cenar. Pero la guardia de Adolfo nos detuvo. Le informaron a su jefe que la señorita Sara se encontraba acompañada de un joven. No era la primera vez que me lo hacía. Su guardia me cerraba el paso con su coche. En aquella ocasión los tipos se identificaron como judiciales y me mostraron sus charolas. El *cerrón* me lo daban con una camioneta Bronco con vidrios polarizados al frente. Por atrás se colocaba una Chevrolet de modelo reciente, color guinda o café. Salió un tipo gordo,

grandote y bigotón y me pidió que me esperara un poco, que no me preocupara, que alguien vendría a hablar conmigo.

Mi amigo se asustó. Traté de tranquilizarlo diciéndole que yo entendía lo que estaba sucediendo y que nada nos pasaría. Una hora y media después llegó Adolfo con todo su personal. Las camionetas no se habían movido. Adolfo se acercó a mi ventana. Me abrió la portezuela y me sacó del brazo, tan fuerte que sus dedos parecían ganzúas.

INSPECCIONARON DOS TEMPLOS DE LA SECTA

[...] En el fraccionamiento residencial Las Alamedas, Estado de México, se ubica una casa de dos pisos, pintada de blanco, protegida con extremas medidas de seguridad que incluyen cámaras de circuito cerrado y detectores de calor en el exterior, lujosamente amueblada en combinación de colores blanco, negro y gris.

En ella, cuyo aspecto normal es de clase media alta, la policía encontró dos nichos, presumiblemente del culto *vudú*, que alteran el tipo de decoración de la casa, formados por cientos de alfileres de cabeza dorada colocados en un plato junto a calabazas, guayabas secas, cocos con alcohol semejando cabezas humanas, maíz y charales mezclados en otro recipiente que producían al combinarse un aroma como el de puros cubanos y aguardiente de esa isla, todo lo cual conforma el altar más pequeño del inmueble.

Adentro, luego de traspasar la cocina, también de

negro y blanco, provista con laterías estadunidenses y aparatos eléctricos importados, sigue un bar casero lleno de botellas de ron y vino, únicamente, que conforma la antesala del nicho más amplio.

Al fondo del salón hay más aguardiente, cajas de puros nuevos, y otros usados, esparcidos por el piso, que son rodeados por fruta seca, calabazas huecas, cocos con alcohol, alfileres, maíz y charales colocados frente a un fetiche de 30 centímetros con la figura de un negro haitiano, perfectamente vestido con camisa roja, pantalones y pañoleta blanca, mismo color de la barba y ojos con mirada agresiva.

Esa misma habitación servía de dormitorio al velador que fue capturado por la policía, la que impidió el paso al piso superior de la casa, aunque aseguró que "no había nada".

Roberto Rodríguez, quien vive en la calle de Pelícanos, a espaldas de Papagayo 47, donde está el templo *vudú*, indicó que los que la habitaban, llegaban de vez en cuando a bordo de vehículos New Yorker o Grand Marquis —con placas mexicanas— un Lincoln y un Mercedes Benz, todos de modelo reciente pero estos últimos con matrícula estadunidense.

Los vecinos de este lugar estimaban a los habitantes de esa casa porque "nunca se metieron con nadie y plantaron flores y arbustos de ornato en el jardín de la escuela Justo Sierra, ubicada enfrente del templo clandestino.

En el templo localizado en el Distrito Federal, la

inspección de la Policía Judicial no fue posible, ya que el Ministerio Público Federal selló el departamento 1001 del número 51 de la calle de Jalapa, colonia Roma, donde los vecinos sólo ubican a un joven con estilo punk, quien siempre iba acompañado de una guapa mujer de ojos y cabello claros. [...]

19 de abril, *UnoMásUno*, sin firma, p. 12.

—Bájenlo y póngale una buena chinga.

—¿Qué te pasa, Adolfo? ¿Qué tienes? No le peguen.

—Dejen. No lo toquen todavía. Tú me haces enojar, Sara. Te dije que nos fuéramos a cenar y me dijiste que tenías que estudiar. Y mira nada más. Estás muy divertida.

—Adolfo, espera. Entiende. Tú y yo somos amigos. Y las cosas han quedado muy claras entre tú y yo. Ni te miento ni tienes derecho a hacerme esto —su escolta tenía a mi amigo fuera del coche, en el suelo.

Ninguna persona se veía a través de las ventanas. Nadie por la callecita. Los comercios ya estaban cerrados. Ni un velador. Y si lo había, no osó asomarse por ahí. La misma soledad que rodea a los ahogados que aparecen cotidianamente en el Río Bravo o en las calles de Matamoros.

—Mira, güera, vamos a hablar tranquilamente. Vamos a llegar a un acuerdo. Yo no te pido que seas mi amante. Te ofrezco matrimonio. Un matrimonio lindo con hijos. ¡Ya, muchachos, déjenlo en el carro! —sonreía—. ¡Cómo crees, cómo se te ocurre que le pueda hacer daño a alguien! Sara, no seas así conmigo. Soy un poco loco, pero no tonto. Ven, vamos a hablar tú y yo —me fue llevando hacia su Mercedes.

—¡Mi coche! ¡Mi amigo! ¡Mi bolsa! —grité.

—José, tráele sus cosas. Lleven al ... hombre ese a donde él les diga. Y después llévenme el carro de Sara al Drive Inn. Ahí vamos a cenar.

Su escolta lo siguió. En el coche estaba Martín. Me sentó en medio de los dos. En la parte trasera. Al frente iban dos personas más. Llegamos al restaurante. Yo no dejaba de pensar en mi amigo y en mi coche. Martín sólo me saludó y ya no dijo más. Adolfo llamó por teléfono y después me dijo:

—Me informan que todo está bien. Ya tu amigo está en su casa. Oye, ¿no quieres conocer mi nueva casa, en México?

Así jugaba Adolfo. Martín me comentó un día: "Ay, como si no supieras todo lo que es capaz de hacer con tal de salirse con la suya". Pues no. No lo sabía.

ANTIGUO ARRESTO DE *EL PADRINO* AYUDÓ A LOCALIZAR LA CASA DE LUZBEL

> El arresto registrado el 14 de septiembre de 1988 de Adolfo de Jesús Constanzo [...] permitió a la Judicial Federal dar con el paradero del centro ceremonial en Atizapán de Zaragoza. [...] La detención de Adolfo de Jesús Constanzo se remonta, cuando el día 13 de septiembre del año pasado, en el fraccionamiento Las Alamedas de esa jurisdicción el servicio de agua potable se interrumpió. Por tal motivo, las autoridades municipales ordenaron que unas pipas del cuerpo de bomberos se trasladaran al fraccionamiento a suministrar el preciado líquido a los residentes.

El bombero identificado como Francisco Javier Sulache, arribó a Las Alamedas con un carro-pipa. Eran aproximadamente las 18 horas y el servidor público se encontraba repartiendo el agua entre los vecinos de las calles de Plaza Papagayos y Tecolote. Cuando se encontraba llevando a cabo su tarea, el bombero fue abordado por dos sujetos jóvenes, quienes le solicitaron de manera altanera que los abasteciera del vital liquido. La respuesta del tragahumo fue: "Ahorita de la que sobre se la llevo". Esto enfureció a los dos individuos quienes inmediatamente agredieron verbalmente y a golpes al bombero, quien se retiró no sin antes recibir la amenaza: "Te vas a arrepentir, hasta el trabajo vas a perder". Posteriormente el servidor público levantó un acta por el delito de lesiones e injurias, que fue la número ATI/I/1515/88.

A petición del MP, licenciado Álvaro Jiménez Vidal, elementos de la policía municipal de esta localidad al mando del comandante Pablo Zarate lograron detener a los agresores del bombero, mismos que dijeron llamarse Adolfo de Jesús Constanzo y Álvaro Valdés Galindo. [...] Posteriormente fueron puestos en libertad.

17 de abril, *La Prensa*, Gabriel Rodríguez Vázquez, pp. 28, 32.

Meses después, en marzo, conocería su casa. Cuando vine a acompañar a Elio. Adolfo, muy orgulloso, me mostró todas sus adquisiciones italianas y egipcias; obras de arte. Su cuarto detrás de los espejos. Esa casa la cuidaba Álvaro. Cuando abrió

el espejo, la puerta, entramos a una gran caja de seguridad. En realidad, era toda la habitación. Había muchísimos billetes, atados con ligas, de diferentes denominaciones.

—No son falsos, güera —me señaló Adolfo.

Había dólares, joyas, piedras preciosas en bruto. Varias pinturas al óleo. Y lingotes de oro que parecían tener un sello de banco. Omar y Martín estaban esperándonos cuando salimos de la caja de seguridad.

—No pienses mal. Todo este dinero lo he ganado a pulso, con mi trabajo. Mira, aquí —y me mostró dos libretas grandes, de contabilidad— llevo mis cuentas —vi un libro con muchos nombres y cantidades. El otro libro era de deudas por *trabajos de ayuda* a diferentes ahijados.

—La santería no es mala. Te ayuda y te saca adelante en tus problemas. Lástima que aún no sea reconocida como religión legítima y pura. Lástima que haya quien se burle y se dé golpes de pecho diciendo que es ignorancia; pero bajita la mano ande viendo quién le ayuda a resolver sus problemita. ¿Ves esto? —me enseñó un pergamino—. Te voy a decir un secreto: soy príncipe de una tribu. Sacerdotes curanderos. Pura ayuda, güera, ayuda pura.

—Pero, les cobras. Si les ayudas, ¿por qué les cobras?

—Ah, pues porque la santería es cara. Hay que comprar animales para darle de comer a los santos, orishas. Yo soy *ñañigo* y a los *ñañigos* nos respetan mucho por el poder que tenemos. Soy palero (palo mayombe). Y también tengo que darle de comer a la *nganga* (caldero) donde están mis *eggun* (muertos) y, pues, esos comen y comen bien. Les gusta estar bien atendidos. Les gusta la sangre de chivo y el buen aguardiente y habanos finos. Y eso cuesta. Tengo que pagar

derechos, permisos en los diferentes lugares donde debo trabajar. Todos cobran. Y si no se les paga, los *orishas* se enojan, se ponen bravos. Aparte tengo que comprar las hierbas. Ésas las compro en el mercado de Sonora. Las hierbas curan porque ellas solas son brujas, curadoras, pero con un poco de trabajo, magia, curan para siempre. Mira, güera, donde quiera anda el espíritu, por todas partes. Donde menos lo crees, está. Estamos con ellos, a todas horas. Y yo los puedo manejar y eso que te lo digan todos estos... —me señaló sus libros—. Un solo trabajo no les he fallado. Tengo todo tipo de ahijados. Y casi todos me deben dinero, todavía ... Además, a ti te debo proteger. Te voy a presentar ante mi *eggun*. Te voy a hacer un rayado para protegerte de todo mal, pues me vas ayudar a hacer unos trabajitos que tengo pendientes. Necesito a alguien como tú. No debes tener miedo. Todo va a salir bien.

—Yo no tengo para pagarte tanto dinero, Adolfo. Te he platicado que tengo mis ahorros, que no me falta nada y gasto un buen en ropa y vanidades frívolas. Me pagan en el colegio por las clases, aparte doy asesorías a algunos de mis compañeros en sus casas. Y también gano algún dinero por mis clases de tenis particulares. No me puedo quejar. Mi papá se sigue haciendo cargo de los gastos de la casa. No me permite aportarle nada y me dice: "guárdate tu dinerito, mi hija, para cuando yo ya no pueda; entonces me mantienes, ¿okey?". Entonces me gasto todo mi dinero en mí. Estoy pagándoles el coche.

[...] Hace más de un año la casa —ahora centro ceremonial— marcada con el número 47 del Fraccionamiento las Alamedas estaba en el más completo de los abandonos. El inmueble con el correr del tiempo se estaba destruyendo. Por el mes de octubre comenzó a ser remozado por los albañiles.

Su dueño, cuya fisonomía es idéntica a la fotografía que da a conocer *La Prensa* en días pasados, comenzó a habitarlo en compañía de dos individuos, todos ellos jóvenes.

Lo que nos llamó mucho la atención, fue el equipo sofisticado de seguridad que le fue instalado al inmueble; había cámaras para filmar el exterior de circuito cerrado en lo alto de la casa y hasta en los tinacos. En poco tiempo quedó lista la residencia, la cual muestra una atractiva fachada de color blanco.

Las visitas al templo satánico —que ahora sabemos que lo es por la publicidad que se le ha dado— era de gente adinerada que hacía su arribo a altas horas de la noche, en flamantes automóviles. Tanto el dueño como la gente que moraba en el inmueble eran parcos en el hablar con los vecinos.

17 de abril. *La Prensa*, Gabriel Rodríguez Vázquez, pp. 28, 32.

—Porque quieres. Puedes ver que no me hace falta el dinero. Ya le dije a Martín que no cobre ninguno de los cheques que le estás dando.

—No volvamos a lo mismo. Nada más te digo todo esto para que entiendas que no puedo pagarte lo que acostumbras cobrar por un trabajo. Ni con todos mis ahorros me alcanzaría. Olvídalo, no puedo.

—Pero, ¿te interesa que lo haga, güera?

—Pues la verdad, sí quiero saber lo que haces en la ceremonia.

—Ah, bueno. Que no te importe nada más.

—Ven, vamos. Te voy a llevar al cuarto del *muerto*.

He olvidado todo lo que vi en el cuarto de los espejos. Mi interés creció al escuchar que me presentaría a su *eggun*.

—Oye, pero ¿no estás reglando?

—¿Qué? —me volví a verlo sorprendida—. ¡Qué te importa!

—No, no güera, no lo tomes a mal. Es que si estás en tus días no debes entrar a verlo. Por eso es muy difícil que una mujer pueda trabajar con la *nganga*. Y en muchos lados se les prohíbe la entrada a las mujeres a cualquier ceremonia.

—Ah. No, no estoy reglando.

—Muy bien. Vamos a que lo saludes.

—Sí, sí, vamos pues. Pero ya. Vamos a verlo.

Mi curiosidad iba en aumento. El corazón me brincaba y las piernas se me debilitaban. Sudaba. Pero era muy sabroso sentirme así.

[...] Los vecinos entrevistados por los federales afirmaron que por iniciativa propia los dos jóvenes que habitaban la casa se dispusieron a arreglar el jardín que se ubica frente al templo satánico. Dicho jardín forma parte de las instalaciones de la escuela primaria José Clemente Orozco, cuyo director Leonel Cab y la conserje Elsa

Villavicencio indicaron a este matutino: "Fue voluntad propia de los mentores de la casa embrujada darle otro aspecto al jardín de la escuela; por las mañanas regaban y cortaban el pasto crecido; los jóvenes eran amantes de las flores; éstos a su vez eran callados y con ninguna persona hicieron amistad.

Debido al cuidado y esmero que mostraban por el jardín, las autoridades federales de un momento a otro ordenaran como caso necesario la excavación del referido jardín con el objeto de disipar toda duda ante la existencia de un cementerio clandestino.

18 de abril. *La Prensa*, Gabriel Rodríguez Vázquez, pp. 24, 28.

—Te voy a ir diciendo qué hagas.

Me encantó la idea de verme frente al ser tan poderoso que le trabaja al gran Adolfo. La respiración se me aceleraba. Abrió el cuarto blanco, muy blanco, de paredes, piso y techo. Rosas rojas en una esquina. Cacerolas con hierros, cadenas y mil y una cosas. Y al frente, imponente, grandiosa y macabramente bella, la *nganga*. Se hincó y me hinqué a su lado. Habló en dialecto. Con gran respeto yo lo escuchaba. Veía las veladoras a los lados. Pasó un rato. Seguía sudando. Todo era tan extraño. Un olor a hierbas, alcohol y una mezcla extraña; tal vez era la sangre de los animales que le habían dado en sacrificio. Me empezó a tocar la cabeza. Y me checó en una tabla con signos: era su oráculo supremo.

—El *eggun* me dice que debes protegerte. Yo debo protegerte. Te voy a hacer un rayado.

—¿Un rayado? —pregunté, casi sin saliva.

—Sí, tranquila. No te va a pasar nada. Te lo explico afuera. Ven, saluda.

Fui a donde él estaba e hice las mismas señas que él ante el caldero.

—No des la espalda al salir. Sal como yo.

Estaba helada, pero alegre. Había visto lo que nadie podía ver si no pertenecía a su religión y yo aún no me metía y ya había entrado al cuarto sagrado.

—Mañana te mando a traer para hacerte la protección.

—Pero, ¿por qué Adolfo? No siento que me vaya a pasar algo malo, la verdad.

—Tú no me desobedezcas. Mira, te necesito para que me ayudes y debes protegerte. Mi eggun te quiere proteger.

—Sí, qué debo de hacer. No es malo, ¿verdad?

—No, todo lo contrario. Te va a ir mejor. Te voy a hacer limpias y trabajitos leves. Mira, mañana te vienes con unos pants viejos y te traes ropa blanca nueva, toda una muda.

—Sí —le contesté emocionada.

Me va a proteger. Bueno, no me cae nada mal.

—Oye, y cuánto me vas a cobrar.

—Otra vez con lo mismo. Ya te dije que a ti nada.

—Ah, pero por qué.

—Porque no. Y no me preguntes más.

Al otro día mandó a Martín por mí. Ya estaba en pants y con una bolsa que contenía las recién compradas prendas blancas. Estaba tan emocionada. Feliz de sentir todo eso de cerca y no sólo verlo. Como cuando iba a la casa de Elenita. Constataba lo que había leído en los libros de la biblioteca o cuando andaba por las hierberías para saber más sobre la

religión Yoruba o Lucumí. Ahora la vería de cerca. En mí.

Adolfo me esperaba todo vestido de blanco y con todos sus collares puestos. Se veía increíblemente guapo y enigmático.

—Sara, esto que te voy a hacer no se lo debes decir a nadie. No debes contar lo que veas o alcances a ver, pues va en contra de la religión. Es un bautizo para que nadie te pueda hacer daño —y seguía sus indicaciones con todos mis sentidos —. Se va a sacrificar un animal. No quiero que te asustes, pero es algo que debo hacer.

Vi que tenía dos costales, uno de gallos y otro con un chivito que me dijo era para la iniciación de Elio.

—¿Lo vas a matar?

—Sí, debo darle comida a la *nganga*. Te voy a tapar los ojos y los oídos con una venda. No te preocupes, nada te va a pasar —le miré con un poco de miedo—. No, no temas. ¿Confías en mí, verdad?

De inmediato le contesté que sí confiaba.

—Bien, todo va a empezar. No voy a ver en ti a una mujer. Veo en ti a mi protegida.

Me metió a un cuarto y me rompió los pants que traía puestos. Me bañó. Me ordenó que me vistiera de blanco. Después de haber rezado y orado, habló en dialecto. Entramos al cuarto sagrado, me hincó y me empezó a vendar los ojos. Olía a habano. Me echaba humo encima. Me estaba mareando. Escuché voces que oraban en dialecto, en *patois*. Todo era tan mágico. Me empecé a atemorizar, aun dentro de la emoción por esas voces que escuchaba. Reconocí las voces de Adolfo y la de Martín. Adolfo me daba indicaciones de lo que debía tocar y beber. Era alcohol. Me roció con él, al tiempo en que yo debía escupir el que tenía en la boca. Mucho después sentí

un ardor especial en mis manos, en mis piernas, en mi pecho. Oí el quejido de un chivo. Adolfo me sacó de allí un momento y después me volvió a meter. Oraba y oraba pidiendo mi protección. Minutos después me quitó la venda de los ojos y me destapó los oídos. Me vi llena de sangre en el pecho, manos y piernas.

—No te asustes, ya pasó. Estás protegida. Son pequeñas rayitas que el *eggun* quiere que tengas. Se te van a borrar. No son como las de mis ahijados. Esto es diferente.

Poco podía ver a mi alrededor. Hasta después me di cuenta que ahí estaba Elio. Ya lo había rayado; le había hecho cruces y flechas con una navaja en la espalda, pecho y pantorrillas y luego le dijo:

—Yo soy tu padrino. Martín y Omar son tus mayordomos, Jorge y Damián son tus hermanos y Sara es como tu madrina. Debes cuidarla.

Mientras hablaba yo miraba a un gallo muerto y algo que parecía un chivo pequeñito.

—Te saqué un momento porque el animal no se iba a morir rápido y por la lástima que sentiste al escucharlo.

Comportamiento muy extraño de la sacerdotisa

> [...] En general la señora Aldrete era una estudiante respetada en la Facultad de Texas Southmost College (TSC), que soñaba con obtener un titulo para enseñar educación física. Pero uno de los estudiantes dijo al periódico *Brownsville Herald* que a veces ella usaba collares y le pedía a la gente que no los tocara porque

algo malo les podría ocurrir. [...]

15 de abril, *La Prensa*, (AP), pp. 26, 40.

Elio estaba sangrando mucho; Adolfo me pidió que le echara cenizas del puro para que se la parara la sangre, pero yo me salí a vomitar. Alcancé a escuchar que los demás me dijeron que yo no servía para esas cosas. Para acallar cualquier protesta. Adolfo les dijo que yo era su esposa. Y se fue tras de mí. Yo me sentí muy importante.

Me trataba de calmar diciéndome que el rayado permitía que los espíritus entraran al cuerpo de Elio.

—Estás igual que Omar —me dijo Adolfo en lo que me extendía un klínex.

En ese entonces sólo veía a Omar de lejos; él casi no hablaba ni se acercó a mí en las dos ocasiones que nos habíamos visto.

Ya estaba protegida por Adolfo. Sentía una fortaleza extraordinaria. Sensacional. No se lo conté a nadie. Era un gran secreto. Me dio un amuleto, un collar de cuentas de colores, rojo y blanco, que nadie debía tocar. Me lo puse junto a mi rosario que siempre tengo. Nadie. Pero antes del año caí en la cárcel y todos lo tocaron. Pasó por muchas manos en la Procuraduría. Y yo también.

⁂

—A ver, hija de la chingada. Mira bien. Ésta es la letra de Adolfo. La letra de tu demonio. Fíjate bien, culera. ¿Conoces a esta bola de hijos de la chingada? ¿Los conoces? —los judiciales me tomaban del cabello y metían mi cabeza,

aplastando mi nariz en las hojas del libro.

—Sí, es su escritura.

—¿No que no? Hija de perra. ¿No que no sabías? Los conoces. ¿Los has visto matando gente en las misas negras?

—¿Misas negras? ¿Cuáles misas negras? —no coordinaba, no podía pensar entre tantos jalones y cachetadas. Se acercó uno de los hombres que estaban ahí y el otro se fue.

—Dile a mi pareja que los vistes y ya no te va a pegar. Yo hablo con él. Ándale dile que los vistes con el güey ese —se acercó el otro sujeto y me volvió a preguntar:

—¿Se acuerda, culera? —me volvió a tomar del cabello.

—Tranquilo, pareja, calmado, ya la güerita se acordó. Dile a mi pareja.

—No, señor, no sé quiénes son.

—Ay, qué tonta eres. Eres re pendeja. Así no puedo seguirte defendiendo.

El otro me abofeteó varias veces. Me pegó en los oídos. Sentí como si algo me hubiera explotado en la cabeza. Perdí el sentido. Sentí que me hundía en un pozo negro, con muchos puntitos. Me tomó del cabello y me tironeo de la cabeza.

—Ya, pareja, ya estuvo. Ya déjala.

—¿No que muy chingona? Desgraciada matahumanos. Si no hubiera sido por la pericia de nuestros agentes, ella y su demonio se nos hubieran pelado.

⁂

—Vámonos, cojan sus cosas. Súbanse al carro —Martín y Omar empezaron a revisar si no olvidaban algo.

—Nada de avisarles a los ahijados, Adolfo —señaló Martín—.

Siento que aquél ya está presionando y en cualquier rato se le va la lengua.

—No, el gordo no haría eso. Lo he sacado de muchas broncas. Le salvé el pellejo.

—Esto se está poniendo muy caliente. Y no huele nada bien.

—Cállate, coño. Sigues de salado.

—No, sólo soy realista. Tú eres muy confiado, pero acuérdate de los puestos que ellos tienen. Y no van a permitir que se les desprestigie. Y tus ahijadas, las famosas, imagínate la quemadota que se van a dar si se sabe que andan en esto. Acuérdate que son católicas de hueso colorado.

—Coño, Martín, eso no va a pasar. Carajo, deja ya de repetirlo.

—Adolfito, no te enojes ahorita —le suplicó Omar.

—¿Cómo no? ¡Cómo no! Mira lo que está diciendo Martín.

—Vámonos —ordenó Adolfo, me tomó del brazo y me sacó.

—Lástima, este lugar está bonito —comentó Martín—. Como para tomarse unas vacaciones después de este desmadre.

—Aja—asintió Adolfo—. Oye, ¿aquí compraron lo que comimos?

—Sí.

Orgía de terror, sangre y muerte

Fueron mutiladas vivas las 14 victimas hasta el momento, de la secta *vudú*, a unos les sacaron el corazón, cerebro, intestinos y los huesos; fue diabólico, nunca en mi carrera he visto algo parecido, externó el médico forense Juan José Franco Salas.

A siete de las victimas de los narcofanáticos que se encuentran en el anfiteatro de la funeraria El Rosario se les practicó la autopsia de ley y todos tienen como característica principal: del rostro están cubiertos con cinta adhesiva color gris; todos fueron cercenados de sus genitales, pero con quien más se ensañaron fue con el joven norteamericano a quien, en forma aún inexplicable, le sacaron integra la columna vertebral, con la que hicieron collares de buena suerte, utilizando las vértebras.

La policía Judicial Federal encontró hoy dos cadáveres más, casi momificados, cuya identificación y pormenores no se pueden dar a conocer.

14 de abril. *El Universal*, AP, pp. 1, 4 (sección Provincia).

—¿Dónde?

—Vamos a pasar por ahí. ¿Te quieres comprar algo?

—Sí, vamos, a ver qué veo.

Y con pasmosa tranquilidad Omar y Adolfo se bajaron más adelante. Como si anduvieran de *shopping*. Qué sangre fría podían tener. Poco después salieron cargando unas bolsas.

—Le hablé a... —dijo Adolfo.

—A quién —le interrumpió Martín, molesto.

—Cálmate. Le hablé a la Karla para decirle que todo está bien y que esté al pendiente del teléfono. Porque si le digo que vamos pa'lla, se nos va.

—Ja-ja-ja —creo que fue una broma que sólo ellos entendieron; nadie más se rio.

—Dale duro pa'llegar temprano, Álvaro.

Todos lo obedecían; no importaba que todos estuviéramos interpretando el guión de una mala película, donde todos los participantes decíamos pésimos parlamentos. Tan absurdos como la declaración del judicial sobre los 13 cuerpos hallados en los linderos del rancho Santa Elena. Este es un extracto de su declaración según consta en autos: El cadáver en decúbito ventral a 50 centímetros de profundidad de un individuo del sexo masculino. Un cuerpo al parecer de nacionalidad norteamericana. Éste se encontró a 40 metros del inmueble (de cuatro metros de ancho por ocho metros de largo: "la casita"). Que a dos metros del cuerpo mencionado se localizaron tres cuerpos encimados; a unos dos metros de ésos se localizó el cadáver de una persona de sexo masculino, en posición decúbito ventral; a 20 metros de éste se localizaron dos cuerpos en la misma posición, ambos de sexo masculino. Y uno de ellos al parecer menor de edad. Igualmente se localizó otro cadáver del sexo masculino en la misma posición de los anteriores. Y a un metro de éste, un cuerpo más del sexo masculino. Como a 30 metros de distancia de la casa mencionada se localizó otro cuerpo en la misma posición que los anteriores. A dos metros de éste se ubicó otro cuerpo, del cual no se pudo determinar el sexo, pues al parecer fue quemado, encostalado y decapitado. Y como a 40 metros se localizó un último cadáver en la misma posición, que por lo que se puede apreciar, todos los cadáveres encontrados estaban sin ropa, con aparentes huellas de que dichos individuos fueron torturados antes de ser sepultados.

Del mismo modo aparece la inspección y levantamiento de cadáver diligenciada por el fiscal federal, el 13 de abril de

1989, fecha en que se constituyó el Rancho Santa Elena, y al efectuar un "recorrido" por las instalaciones de la casa a que se ha hecho referencia, se localizó otro cadáver del sexo masculino, en posición decúbito ventral, en una fosa de aproximadamente un metro de profundidad.

El primer absurdo es que de una sola vista del cuerpo putrefacto e hinchado, lleno de tierra, sin columna vertebral, en posición cubito ventral, era el cuerpo (sin tocarlo ni voltearlo para identificarlo) de un hombre de nacionalidad norteamericana, el de Mark Kilroy. Que, por casualidad, era la persona que andaban buscando, totalmente presionados por el gobierno estadunidense. El sheriff *Lone Ranger* encabezaba la búsqueda frenética, en coordinación con la judicial federal del lado mexicano.

Ignoro cómo llegó ese cuerpo ahí ni cómo llegaron los demás cadáveres. Pero es probable que la Judicial Federal de entonces lo pudo haber sabido, según sus dichos. Desafortunadamente, la evidencia —las huellas de los posibles asesinos y torturadores— estaba en la *casita de los sacrificios*, misma que fue incinerada por los propios federales.

Queman el templo de la secta en Matamoros

Matamoros, Tamps., 23 de abril. — La policía Judicial Federal prendió fuego hoy al templo *vudú* del rancho Santa Elena, donde la secta satánica sacrificó a 13 personas en los últimos meses, informó el comandante de la corporación Juan Benítez Ayala, quien además externó que ya se ha conseguido la colaboración a las

autoridades estadunidenses para lograr la captura de quienes encabezaban la banda narcosatánica y que podría tener conexiones con Estados Unidos.

Fue a las 13:45 horas cuando los integrantes de la Judicial Federal rociaron de petróleo y disel las paredes del templo de donde se hallaba el santuario vudú, dijo Benítez Ayala.

Agregó que el lugar fue incendiado con todo lo que había dentro, a fin "de que no quedara nada maldito". En 45 minutos el templo quedó reducido a cenizas, señaló.

Explicó que la destrucción del templo "es un duro golpe para todos los miembros de la secta, pero principalmente para el prófugo Adolfo de Jesús Constanzo y Sara Alderete Villarreal —dirigentes del grupo—, ya que el lugar era considerado como el "corazón" y centro del poder de los narcosatánicos.

24 de abril, *UnoMásUno*, Armando González, p. 11.

En la actualidad seguimos detenidas seis personas supuestamente involucradas en el "Caso Matamoros": David, Elio, Sergio, Serafín, Álvaro y yo. Álvaro, el *Duby*, separó su causa de la nuestra, argumentando la presión social que el juez tenía en ese tiempo. ¿Cómo no hicimos lo mismo?

⁂

—Álvaro, acelera, acelera —exigía Adolfo.

—Sí, señor —Álvaro corrió el coche por el asfalto, sin temer

la posibilidad de que alguna patrulla nos detuviera. O quizás, al igual que yo, era lo que deseábamos: que detuvieran, de una vez por todas, a Adolfo.

Atardecía. El sol empezaba a ponerse cuando llegamos al Distrito Federal. Nos cruzamos con varias patrullas, también con varios agentes de la PGJ; en varios altos se nos emparejaron. Adolfo les decía adiós y se reía.

—Y todavía se ríen. Si supieran quiénes somos —decía Martín, siguiéndole el juego a Adolfo.

—Ni se te ocurra voltear, flaca. Cuidado y hagas cualquier seña, Omar. Va pa'ti también Álvaro.

—Ya vamos a llegar —dijo Martín—. No, no es por aquí, Álvaro. A ver, toma esta avenida. Andale, ándale, por acá.

—Prende la radio —ordenó Adolfo.

—Ya está encendida —indicó Martín.

—Súbele, ponle en las noticias.

—Adolfo, ya deja eso.

—En la w, en XEW, ahí van a decir algo. Ya ves cuánto han hablado de nosotros, hasta en *60 minutos*. Ah, flaca, déjame decirte que la otra vez habló tu papá en la tele y dijo que no te quería ver ni en pintura. Que eres una zorra —me acariciaba el cabello y me apretaba el cuello. Ya no quería saber nada. Ni me importaba lo que fuera a hacer conmigo. Me daba igual si me mataba o me dejaba con vida.

⁂

El coche siguió su marcha. No sé por cuánto tiempo. Llegamos a la casa de Karla. Adolfo se bajó del coche para abrir el portón. Tocó a la puerta y Karla abrió; lo miró con los ojos

desorbitados.

—Adolfo, ¿qué haces aquí, mi cielo?

—¡Abre, coño! Abre —y la hizo a un lado.

—Adolfito, me pones de nervios.

—Bájense y métanse —nos bajamos y miré a Martín.

⁂

—No me mires, así, flaquita. Entiéndeme. Entiéndeme.

No, no te entendí, Martín. Eras tan carismático, dulce y entregado. Enamorado del deporte y de los gimnasios. Y un moreno muy guapo. Me despertabas confianza y por eso te empecé a hacer pequeñas confidencias:

—Martín, estoy nerviosa, hoy tengo cita con un chico que se había ido a vivir al otro lado.

—¿En serio? ¿Es guapo?

—Creo que sí. A mí me gusta.

—Y ¿cuándo sales con él?

—Mañana, a las ocho.

—Oye, pues vamos a cenar y ahí me sigues contando.

—¿Y Adolfo?

—No está. Se fue a México a ver unos ahijados.

Pasó por mí y nos fuimos a cenar al Buen Taco, famoso por sus tacos al pastor, en la avenida Álvaro Obregón. Nos divertíamos; me fascinaba que me hablara de Adolfo y se reafirmara mi idea de que era un ser mágico, especial, a veces tan niño, como un día que fuimos de compras.

—Güera, mira ese globo, ¿no es lindo?

—Claro que sí. Pero es para niños, Adolfo.

—Quiero uno. Vamos a comprar uno. Qué colores tan

bonitos.

Estábamos en el Amigoland Hall en Brownsville.

Este rasgo tierno e infantil de su personalidad era un contraste muy grande con el comportamiento que mostraría esa tarde. Ese día me había llamado por teléfono y busqué excusas para no salir con él. Le dije que tenía otros planes. Me pedía que lo acompañara a hacer unas compras de ropa y regalos para Omar y Martín, pero yo le dije:

—No quiero salir con tu escolta. Por favor, déjalos en tu hotel.

—Yo no puedo hacer eso.

—Pues entonces ve con ellos.

—No, no entiendes que ellos me cuidan.

—¿De qué? ¿De quién? Qué, ¿acaso no eres brujo? ¡Qué decepción, qué triste! Yo te tenía en otro concepto. Y mira nada más, qué humano eres para ser tan mágico.

—Ya, ya. No es que los quiera conmigo, pero mis ahijados me cuidan para que no me falte nada cuando los necesito.

—Será el sereno, mi amigo, pero yo no salgo con ellos. Bueno, bye.

—Okey, okey. Esta bien, chica. Yo paso por ti sólito, ¿sí?

—Sí, pero debo regresar temprano.

Adolfo no dejó de ver escaparates, ver y entrar a cada lugar, emocionado. Me tomó de la mano. Caminamos y caminamos por varias horas. Fuimos a almorzar a The Pancake House. Era mi cumpleaños y se lo comenté; que por eso necesitaba regresar pronto.

—¿Cómo? Hoy, seis de septiembre, cumples años? ¡No lo creo! Esto no puede ser, Sara. ¿A qué hora naciste?

—A las tres y media de la tarde. Por qué, ¿qué tiene de

malo?

—Nada. Lo que pasa es que hoy es el cumpleaños de mi mamá.

—A poco. ¿Hoy?

—Aja. In-creí-ble. A la misma hora. ¡Punto más a mi favor!

—¿De qué hablas, niño?

—De ti y de mí. Esto es una señal muy buena.

—De qué, no entiendo.

—Ya llevamos varios días saliendo. Y, pues, tú me gustas, me encantas. Y yo quiero saber si es que tú y yo...

—No, no. Adolfo, no sigas.

—¿Por qué no? Mira, si tú aceptas andar conmigo, yo te prometo que te cuido y te trato como a una princesa. No soy celoso o posesivo, no soy ... Vamos a formalizar.

—¡Shh!

—Ya si no funciona, tú me lo dices y basta.

—Adolfo, me gusta como nos llevamos. Me encanta como eres. Me entiendes en mis percepciones. Sabes que puedo ver cosas que nadie ve y lo entiendes perfectamente.

—¿A qué viene todo esto? ¿A qué?

—Ya casi tenemos un mes de estar saliendo a diario y viéndonos en el parque para correr y tomándonos de la mano y platicando tan padre, que parecemos novios, a veces nos besamos, pero creo que sólo me gustaría tenerte como amigo. Si acaso somos novios, debemos terminar.

—¿Por qué? ¿En qué te fallé?

—Adolfo, sí eres muy posesivo y eso no me gusta. Cuando quiero salir con mis amigas a ver algún partido de basquetball o volibol nunca puedo, pues tú estás allí. Te me apareces en todos lados aun cuando hayamos hablado anteriormente por

teléfono y te haya dicho que no te podía ver. Eso no me gusta.

—¿Es eso? ¿O es por lo que te comenté? Lo de mis relaciones homosexuales. Dime la verdad.

—Adolfo, no te puedo mentir. Me ahogas. Pero creo que mi decisión tiene algo que ver con tu relación con Martín.

—No soy homosexual. Soy bisexual, que no es lo mismo. Y te lo puedo demostrar.

—No, cómo crees. Si no es cuestión de demostrarlo. Es cuestión de ... No sé ni de qué, pero yo no puedo seguir contigo aun cuando entiendo perfectamente que eres un chavo que ha vivido y sabe mucho. Y que lo mismo toma a una mujer que a un hombre, cuando se le antoja. Eso no va conmigo.

—¿Cómo, asi?

—Sí, yo no quiero eso para mí. Quiero ser tu amiga. Solamente. Espero que me entiendas.

—No, no te entiendo. Me pides que te cuente de mí y de mis cosas. Me dices que me comprendes y luego me mandas al carajo. No, no te entiendo. Qué, ¿no te gusta como beso? ¿Qué hice mal?

—No, no es eso. Lo que pasa es que creo que eres un chavo muy buena onda y linda persona, con sentimientos bonitos, pero creo que no te has enamorado de verdad y que vives por vivir y yo no quiero eso.

—A ti te gusta el peligro. Eso lo sé. Has jugado con fuego. Te gusta comer adrenalina de tu ser. No me vengas con pendejadas.

—¡Adolfo, no te permito...!

—¿No me permites, qué? A mí nadie me manda al carajo — me tomó del brazo y me besó. Me aparté de él como Dios me

dio entendimiento.

—No, no Adolfo, no me quites lo bonito que tengo de ti, por favor.

—Vete al carajo —se subió a su coche y se fue hablando cosas que yo no entendía. Me dejó ahí, parada. Mil cosas pasaron por mi mente: "Tal vez hice mal. A lo mejor no debí... Él es tan tierno, tan detallista, tan ... Bisexual. Chin, qué mala onda, qué estoy diciendo. Estoy confundida".

Vi que su coche regresaba. Adolfo sacó la cabeza por la ventanilla:

—Esto no se queda así. Tú no te burlas de mí. Me vas a buscar. Ya lo verás —y arrancó.

Nunca me había tocado un pretendiente con sus características. La razón principal por la que no quería casarme con él ni con nadie, en ese momento, era porque ya venía de un divorcio, fuerte y terrible, con una persona inmadura y egoísta. Duró cinco meses mi matrimonio. Ni siquiera habíamos terminado de abrir los regalos cuando ya nos habíamos dado cuenta de que eso no era para nosotros. Así lo comprendimos Miguel y yo y nos separamos para no vemos jamás. Regresé a casa y volví a mi rutina de escuela, trabajo y amistades. Y a mis viajes convocados por el colegio. Era común que saliera a convenciones del deporte y a juntas que el grupo escolar tenía con diferentes miembros de los clubs a que pertenecía. Eran tan frecuentes mis salidas, que a mi familia no le extrañaban mis repentinas ausencias. Me consideraban adulta y, además, era una mujer divorciada. Lejos estaban de tratarme como hija de familia, dependiente. Por eso, cuando Adolfo me secuestró, en mi casa eran usuales mis recados verbales o notas con la mínima información.

En diciembre del 87, después de esa discusión, cuando regresaba de un viaje de la escuela a San Antonio, mi hermana me dijo que me había llamado por teléfono Martín, que me comunicara con él al hotel. Supuse que Adolfo no estaba en Matamoros y le llamé.

—Hola, güerita. ¿Cómo estás? De vaga, ya supe.

—Sí, vengo llegando. Estuvo padrísimo todo, fíjate que...

—Mejor paso por ti y vamos a cenar. Ahí me cuentas. ¿Sale?

Me duché rápidamente y me puse unos *jeans* y una sudadera. Estaba amarrando mis agujetas cuando ya estaba Martín.

—Hola, corazón.

—Llegaste antes de lo que imaginé. Mira, ando toda escurrida.

Se rio y arregló el gesto para hablarme serio, suplicante:

—Güera, Adolfo quiere hablar contigo.

—Ah, sí. Pues yo no quiero verlo.

—No lo provoques. Como no lo llamaste, arrancó los cables del teléfono y fue todo un rollo para arreglarlos antes que los del hotel se dieran cuenta.

—Martín ... Yo sé que existe algo entre ustedes y...

—No hay problema por eso. Ni te fijes. A mí no me causa bronca que él tenga algo con las chicas. Yo también tengo por ahí mis amiguitas. Pero él quiere algo formal contigo y tú me gustas para él.

—¡Ay, ya, Martín! Yo no puedo aceptar eso. Va más allá de mi entendimiento. No es que sea anticuada, créeme que lo entiendo perfecto. Pero no es para mí. Tampoco quiero perder tu amistad ni la de Adolfo. Además, es un cretino; me dejó paradota después de discutir conmigo.

—Yo no había visto así a Adolfo con nadie. Él es ... Tan *especial*.

—Sí, creo que ésa es la palabra correcta, Martín.

—Te voy a contar una cosa. Adolfo te metió a la prenda (*nganga*) para que el *muerto* te regresara a él, pero yo te saqué de ahí.

—¿Cómo está eso de que *me metió*‘?

—Sí. ¡Ayjóde! Soy bien hocicón. Te *trabajó* para que lo buscaras.

—Pero, ¿cómo?

—No te lo puedo decir. Aunque sé que a ti te gustaría saber más.

—Sí, no lo niego; pero no por eso tengo que acostarme con él, ¿o sí?

—No, claro que no.

Llegamos al Drive Inn. Era uno de los mejores restaurantes.

—¿Vamos a cenar aquí, Martín? Me hubieras dicho, ¡mira cómo ando en la facha!

—No te preocupes. Te ves linda —me besó la mano.

Me condujo a una mesa y ahí estaba Adolfo. Volteé a ver a Martín; me tomó de la mano:

—¿Me perdonas, bonita? —me suplicó Martín—. Anda, di que sí. Te prometo que seremos amigos —y sonrió.

Adolfo se levantó para acercarme la silla. Me senté. Tenía enfriándose una botella de champaña.

—¿Amigos? —dijo Adolfo.

—Sí. Amigos —le respondí.

---

20 de abril. Matamoros Tamps., — [...] En Ciudad Victoria el corresponsal Javier Terraza reportó que la Judicial Federal ha desviado su atención en aspectos mitológicos y hechicería en lugar de actuar en serio contra los narcotraficantes que operan con la tolerancia de las corporaciones municipales y estatales en la ciudad de Matamoros, principalmente donde a diario "se pasean tranquilamente por la calle", según opinó el legislador parmista, José de la Paz Bermúdez. [...]

21 de abril, *UnoMásUno*, Armando González, p. 12.

Martín sonrió y me tomó de la mano izquierda. Adolfo, de la derecha. Desde que supe de la relación entre ellos, salíamos los tres. Y yo no quería perder a Martín porque ya me había acostumbrado a contarle mis cosas. En los siguientes meses

no tuve noticias de ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Karla.

—Pues venimos a conseguir un lugar para quedamos mientras nos vamos más lejos. Coño, ¿es que no entiendes?.

—Sí, sí, Adolfito, pero es que aquí es muy peligroso. La policía los busca y yo...

—Ya cállate, hija de puta, y mete a éstos en algún lado. Tengo que hablar contigo.

—Sí, Adolfo, lo que tú digas. Me asusta todo esto.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso hablaste con la policía?

—No, ¿cómo crees?

—Te mato, Karla. Te juro que te mato.

—No, Adolfito, ven. Vamos a la sala. Tengo que decirte unas cosas.

Adolfo estaba muy molesto; se fue adelante de Karla:

—Yo soy quien tiene que hablar contigo.

[...] El hallazgo de los 12 cadáveres en tres fosas clandestinas en el rancho Santa Elena, provocó no sólo la condena general de la población sino una psicosis entre la población, porque existen muchos casos de personas desaparecidas que pudieron haber corrido la misma suerte. [...]

13 de abril, *El Universal*, Primitivo López, pp.1, 4.

Martín se quedó con nosotros, en el mismo cuartito donde ya había estado antes. Todo me daba vueltas.

—¡Chingada madre! ¡Qué desmadre es todo esto! ¿De dónde

habrá salido tanta jalada? ¡Muertos! ¡Muertos! ¿De dónde jodidos salen tantos? ¿De dónde vienen? —inquiría Martín.

—Oye, Martín, yo creo que los que deben saber son los de Matamoros. Ellos deben saber bien de qué se trata —aventuró Álvaro.

—Sí, pero a esos pendejos, mira ya cómo los tienen. Esos van a decir cualquier cosa con tal de que ya no se los madreen tanto. Ya ves cómo han salido en la televisión. Acuérdate del rostro de Elio. Se van a aventar el desmadre como si lo hubieran hecho ellos. Hasta las canicas que se robaron de chavos van a confesar. Yo sé cómo se las gastan en la Federal. Les van a seguir rompiendo la madre. Les van a lavar el cerebro.

—¿El cerebro? —intervino Omar, nervioso.

—¡Ey, sí! Pero vas a ver, Omar, como todo se va a aclarar.

—¿Quién es el gringo que dicen que apareció entre los cadáveres? —preguntó Omar.

—Para mí —dijo Álvaro— que es otra de las fosas que encuentran en los ranchos. Mira, Martín, yo trabajé para los Hernández, de chofer.

—¿De chofer? —preguntó, asombrado, Omar.

—Sí. Fue cuando me castigaron en la casa. Que si quería dinero, tenía que trabajar. Y pues a unas cuantas casas vivía el papá de Elio y le pedí chamba. Y me la dio. Él es agricultor y como ya está grande el señor, yo le manejaba su coche. Y nos íbamos de compras a la ferretería, la tlapalería, por donde vivía Sara, por la misma calle, que a comprar cuerdas, que aceite para las máquinas de los ranchos. O lo que necesitara para la agricultura, el riego, la siembra. Varias veces lo llevé al rancho Santa Elena. Y la casita esa que pasó en la tele no

está en la propiedad de los Hernández. Está a un lado del rancho, por ahí pasa una brecha y es camino que da a la carretera. Ahí cualquier carro se anda metiendo y ni se ve el rancho; a menos que te acerques para fisgonear —mientras hablaba, trazaba líneas con el dedo, sobre el buró. Martín y Omar se acercaban para ver el supuesto mapa.

—¡Oye, güey! Eso díselo al Adolfo. Es muy importante que lo sepa —sugirió Martín. Omar asintió.

—Ya sabe que trabajé para el señor Hernández.

—No, eso no. Lo de la famosa casita esa. ¿No ves que ahí es donde nos están involucrando a todos? Donde encontraron enterrados a los muertitos, güey. Y había una olla y botellas y no sé qué tanto más salió en la tele.

[...] Datos proporcionados por nuestro corresponsal en Matamotros indican que el procurador de Justicia del Estado, Aníbal Pérez Vargas, reconoce que el número de personas reportadas como desaparecidas en el último año es superior a las 100, por lo que se teme que hayan sido sacrificadas por esta u otras sectas narcotraficantes. [...]

15 de abril, *La Prensa*, Eleazar Franco y G. Ríos, pp. 26, 38.

—Sí, pos eso sí.

—Cuéntaselo. ¿Por qué no se lo dijiste antes?

—No, pues quién sabe.

—¿A poco sí aparece mucha gente muerta por allá? —preguntó Omar.

—Sí, sí. Hasta en la carretera. Y sin enterrar. O por el Río Bravo. Pero eso es de todos los días. Salen en los periódicos de allá y nunca aparece el que los mató. ¿Verdad? —Álvaro me miró.

—Sí —respondí.

—Oye, Álvaro, ve y dile a Adolfo qué onda con todo esto que nos acabas de contar.

Martín se acercó a mí y en voz baja me empezó a hablar. Álvaro hablaba con Omar.

—Flaca. Flaquita, no estés triste. Mira, tú sabes que Adolfo ahorita está muy nervioso y que a veces no sabe lo que dice. Flaquita, él te quiere mucho. Te ha defendido hasta de mis arranques tan locos. Eres muy importante para él. No te quiere dejar ir porque si lo hace, de alguna manera, sabe que te llevarían a la Procuraduría o alguna delegación para interrogarte qué tanto sabes de nosotros. Y eso no es conveniente. Somos una familia.

—Martín, yo tengo una familia. ¡Me quiero ir! —levanté la voz.

—No, no, flaca. Ni tú ni nadie se va. O qué, ¿quieres que Adolfo mate a tu familia por la pinche terquedad que traes? ¿Eso quieres? ¿Eso quieres?

—No. No. Eso yo ... No.

—Esto va para todos —nos miró—: Ustedes tienen que seguir unidos con nosotros. Adolfo está muy nervioso y nos necesita a ambos —miró a Omar—. Y a todos —miró al *Duby*—. Y a mí. Somos parte de su familia.

—Pero, es que las cosas no van bien, ¿verdad? Yo creo que los ahijados ya hubieran parado esto —dijo Omar—. Ellos pueden hacerlo.

Silencio. Miradas encontradas. Silencio.

—No se sabe desde quién viene todo el despapaye, O por qué la armaron tan de teatro grande —agregó Martín.

—¿Cómo es que no saben? —preguntó Omar.

—¡No, con una chingada! No se sabe nada. En parte creo que viene por la desaparición del tal Mark, el gringo. No sé muy bien, pero creo que lo raptaron de alguna corporación para bajarle la lana. No ves que estaban en el famoso *spring break* o ¿cómo se dice, flaca? Bueno, en eso de las vacaciones antes de la Semana Santa que les dan en el lado gringo. El caso es que parece que el tipo se desapareció cuando una persona lo subió a un carro o una camioneta. En *60 Minutos* dijeron que fue un güey que tenía una cicatriz en la boca o algo así.

[...] La búsqueda de cadáveres se ha intensificado después de que uno de los detenidos, Elio Hernández, dijera que en nueve meses habían dado muerte en sus ritos a dos personas en cada noche de plenilunio.

La policía opina que el número de victimas podría elevarse a 18, ya que cada mes hay dos noches de plenilunio.

15 de abril, *La Prensa*, EFE, pp. 26, 47.

Después supimos cómo pudo haber surgido todo. En uno de los interrogatorios le pidieron a Elio que se quitara sus collares. El contestó:

—No, no puedo quitármelos porque mi padrino me dijo que ellos me protegen. Y que nadie puede tocarlos.

—¿Qué padrino? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿Protección?

—Es santero. Es cubano. Es mi padrino. Practica la santería.

—Qué, a ver más despacio. ¿Satanería? De qué chingaos estás hablando.

—No. *Santería.*

—Y qué, qué hacen o qué. Explícate. Rápido.

—No, pues matamos animales y para que nos protejan les damos de comer a los santos. A los *muertos.* Tenemos nuestras ollas donde darnos su comida a los *muertos.* Es brujería buena.

[...] Uno de los cadáveres fue identificado como el del joven estudiante norteamericano Mark Kilroy, desaparecido el mes pasado en esta ciudad fronteriza, durante un periodo de vacaciones de primavera en la Unión Americana, denominado *Spring Break*, y cuyos familiares ofrecían una recompensa en efectivo de 15,000 dólares o 36 millones de pesos para quien diera datos sobre su paradero. [...]

El representante de la PGR no descartó que el tráfico de enervantes haya sido el móvil de la matanza, pero también sostuvo la hipótesis de que pudieron haberse realizado allí actos de brujería, puesto que se encontraron restos de cabezas de chivo y gallos a medio quemar, así como veladoras propias de ritos de bujería.

En cuanto a la autopsia practicada a los cadáveres, se reveló que todos carecían de cerebro, lo que podría corroborar la hipótesis del jefe policiaco en el sentido de que en ese rancho se venia practicando ritos *vudú.*

El macabro hallazgo, ocurrido a la una de la madrugada de este día, ha conmocionado a la población mientras los diarios locales inundaron esta noche la ciudad con la publicación de ediciones extra en donde se narra en forma detallada el acontecimiento y con impresionantes fotografías de los cadáveres. [...]

12 de abril, *El Universal*,
Primitivo López Herrera, p. 1 (sección Provincia).

Y a partir de ahí se les iluminó el cerebro a los de la Federal. Era una historia maravillosa. Muertos, *satanería*. Ritos. Hermano de supuesto narcotraficante. Trece cadáveres. Los adeptos se *rayan* el cuerpo. Listo: se trata de ritos satánicos. Sacrifican humanos. Constanzo es el líder de la secta satánica. Por tanto, como a mí me consideraban su pareja, yo era la madrina de quién sabe a cuántos (sólo lo fui de Elio). La sacerdotisa. Y estaba reportada como desaparecida. Pues obvio, andaba huyendo al igual que él. Así de simple: se nos inculpó a todos. Eran tan absurdas estas conjeturas que, en el principio, Constanzo creyó que mediante sus influencias conseguiría aclarar todo. Se presume que Adolfo empezó a huir porque algunos ahijados de la Federal le dieron el pitazo; le aconsejaron que se mantuviera lejos hasta que se aclarase el infundio. Le avisaron que se había armado un broncón, por lo de su religión, que a todos les parecía rara porque por allá era casi desconocida.

⁂

Mark Kilroy. Supuestamente su cadáver fue encontrado en una de las fosas el día de las excavaciones, en abril de 1989. Ya habían circulado papeles de *Se busca* en todos los negocios y escuelas de Brownsville, Texas. Pero no eran extraños esos papeles en la frontera, pegados en los postes de luz o paredes. Pero ahora era diferente, pues se decía que el chico era sobrino o hijo de un senador norteamericano. La búsqueda se hizo como nunca antes le habían puesto atención a alguna otra persona perdida. El sheriff, *The Lone Ranger* intensificó la búsqueda. Hasta ahí, no era noticia. Siempre había algún desaparecido por esos lares.

⁂

—A ver, ¿qué les vas a decir a los papas de Mark Kilroy? ¿Qué les vas a decir? ¡Perra! —me preguntaba en inglés *The Lone Ranger*, ante una cámara de televisión. En inglés también le respondía:

—Yo no sabía nada. Yo no sé nada. Lo siento mucho. Siento mucho lo de su hijo —fue lo único que atiné a decir.

Después, *The Lone Ranger* me tomó del cabello y me propinó tremenda bofetada:

—*Bitch! You're a fuckin' witch, you scumbag cunt!* Te deberían quemar viva. A ti y a todos estos brujos. Deberían ir a la cámara de gas o la silla eléctrica para que se quemen y se mueran de dolor. Nos los vamos a llevar a los Estados Unidos para que los maten. Has llevado una doble vida; de día, eres una brillante estudiante y de noche, una bruja del demonio.

[...] Un cable fechado en Houston, Texas, informa que, según declaraciones del agente estadunidense de aduanas de Brownsville, Oran Neck, y el aguacil de Cameron, Texas, George Gavito, ellos tuvieron contacto con Sara María Aldrete, quien les confesó que tuvo participación en los asesinatos de 13 personas en el rancho Santa Elena, de Matamoros, Tamauplipas.

Más aun dijeron, al *Houston Choronicle*, que Sara María Aldrete tenia una personalidad dual, pues ante los periodistas se confesaba inocente y en los interrogatorios aceptaba la intervención en los crímenes.

La versión fue desmentida por los funcionarios de la PGJ del Distrito Federal, al decir que nunca esas autoridades estadunidenses tuvieron contacto alguno con los detenidos. Por una cuestión de soberanía ello no es posible, señaló el director de Procesos, Marco Antonio Diaz. [...] El alguacil de Cameron, Texas, George Gavito fue el hombre que antes que cualquier otra autoridad en territorio mexicano o estadunidense, dio a conocer los asesinatos en el rancho Santa Elena, sobre todo porque él y otros funcionarios de Texas mantuvieron fuertes presiones contra el gobierno de Matamoros, Tamaulipas, para localizar al estudiante Mark Kilroy. [...]

13 de mayo. *La Jomada*, Luis Alberto Rodríguez, p. 26.

Nos escupían. Todo me daba vueltas. Mil vueltas. *Esto no está sucediendo. Tengo que despertar. Yo no hice nada. Yo no maté a nadie. Yo no sé qué está pasando. Álvaro se desmayó. Están igual de*

golpeados que yo. Muy golpeados. Les están dando de patadas. Nos están escupiendo ¡Brujos! ¡Brujos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Que se mueran!

Que nos muramos, para qué. Por qué. Yo no hice nada. Por Dios, yo no hice nada. Qué hice. Qué hicimos. Por qué más golpes. Si nos van a matar que ya lo hagan. Que ya, por Dios, tengan misericordia y me maten. Ya no puedo más. Tengo la costilla rota y me duele.

⁂

—Oye, Martín, ¿a poco dicen que Adolfo mató a esas 13 personas?

—¡Ey! Y dicen que los de Matamoros también.

Yo soy de Matamoros. Pero dicen los de Matamoros, refiriéndose a Elio, a Sergio, a Serafín y a David. No lo están diciendo por mí, ¿o sí? Uy, pues igual. Pensarán que yo ... No, ellos se refieren a Elio y a sus amistades. Pobres. Por lo que dicen acá creo que nadie sabe qué está pasando. Sólo hay que huir. Adónde. Adónde.

Ya para entonces, sentía que mi vida se parecía a un juego de béisbol, donde el pitcher lanza y el bateador pega hits o home run o, de a tiro, lo ponchan. Yo soy como el bateador; con la diferencia que no sé por dónde me llegan los lanzamientos para batear de hit y llegar a home sin out, y sin que me ponchen antes de poder conectar.

Entraron Karla y Adolfo.

—Álvaro, acompáñame —dijo Karla—. Te voy a prestar una ropa de mi hijo para que te pongas guapo. Hasta corbata y todo.

Álvaro venía entrando y se detuvo en la puerta.

—Sí —lo vio Adolfo y le dijo—: Ven, vamos a hablar.

No sé de qué hablaron. Adolfo regresó al cuarto y de una maleta de piel negra, que siempre había llevado consigo desde el principio, la abrió por vez primera delante de mí y sacó un fajo de dólares y varios centenarios.

—Toma, Karla, cámbialo por moneda nacional.

—Pero es mucho, Adolfo.

—¡No te importa cuánto sea! ¡Sólo cámbialo, coño!

—Sí, Adolfito.

—Van a buscar un departamento grande donde pueda estar con mi familia.

—¿Un departamento? —preguntó Karla.

—Sí. O una casa que sea espaciosa. Cómprame alguna casita por algún lado. Ah, pero un buen lado. Una colonia buena, Karla. No me vayas a meter a cualquier lado.

—No, Adolfo, cómo crees.

—Pues anda, muévete. ¿O qué piensas, que me voy a quedar aquí? No te conviene, Karlita. Imagínate que se sepa ... Hasta tus hijos se van a mezclar en esto.

—No, bueno, no es que no te quiera ayudar. Ahorita ya te voy a conseguir un lugar, pero a mis hijos no quiero meterlos en problemas.

—Ja-ja-ja —se carcajeó Adolfo—. Pues anda, mueve el culo, y consigúeme a dónde ir.

—Sí. Ya voy. Anda, *Duby*, ¿ya estás listo?

—Sí. Ya voy.

—Mira, mira, qué guapo te ves, *Duby* —comentó Adolfo—. Ni te pareces al que buscan.

—No, señor; mi foto no la han enseñado en la tele.

—No, además, si es que te conocieran o agarrara la policía,

me llamas al teléfono —le dijo a Karla—. Y de igual manera, si te agarran a ti, el que tiene que hablar eres tú, Álvaro.

—Tenemos que hacer un plan y decidir adónde iríamos por si eso sucediera —sugirió Martín.

—Sí —aceptó Adolfo—. Vamos —salieron del cuarto.

Martín regresó al poco rato:

—Me preocupa Adolfo. Esto se pone cada vez peor. No lo debemos abandonar. Omar, flaca, prométanme que puedo confiar en ustedes. Que nada tiene que preocupar a Adolfo, más de lo que está.

—¡Ay, yo no te prometo nada, Martín! —dijo Omar.

Martín se le fue encima y le dio un golpe que sonó seco. Todo fue tan rápido que no alcancé a ver dónde le pegó. No hubo sangre esta vez. Adolfo entró al cuarto y los sacó.

—¡Ya basta, coño!

Me quedé sola. Adolfo entró a los pocos minutos:

—Estamos mal. Muy mal. Mira, flaca, las cosas no van bien. Todos nos estamos volviendo locos. A mí no me debe tocar la policía. Yo no debo llegar a la policía.

Nervioso, caminaba por todo el pequeño cuarto. Me miraba. Se me acercaba y yo me hacía hacia atrás. Se salió. Regresó con el arma negra en las manos. Hablaba y hablaba, pero yo no tenía oídos. Sólo ojos para ver el arma. Tomó una venda. No sé de dónde la sacó. Pero algo era seguro: me iba a atar. No quería pensar que me taparía los ojos para matarme. Tal como en las películas de ajustes de cuentas. No debía pensar eso.

—Te voy a matar —su voz decidida me taladró el cerebro—. Te voy a matar, Sara. Perdóname. Perdóname.

Me estaba atando de las manos y yo no me movía. No me

podía mover. Mi mente gritaba: *¡Corre! ¡Corre! ¡ Vete de ahí! ¡Aléjate!* Pero el cuerpo no me respondía. Me estaba atando las manos y yo no me movía. Sólo temblaba. Mi quijada se endurecía y no podía ni llorar. No supliqué. No le pedí que no lo hiciera. Estaba sentada en la cama increíblemente atónita. Idiotizada. Puso el arma sobre mis piernas.

—¡Te voy a matar! ¡Voy a matarlos a todos! ¡A todos!

Me terminó de atar. Levantó el arma y la apuntó a mi cabeza. La fue bajando y la presionó en mi pecho. Creo que el corazón se detuvo.

—Qué mal. Qué mal. Yo no quiero hacerlo. Tengo que hacerlo.

Todo me daba vueltas. Bajó el arma hasta mi ombligo. La tuvo un rato ahí. La fue subiendo poco a poco, encima de mi camiseta; aun encima, la sentía fría. Tan fría como las tumbas del cementerio en invierno. Como cuando mi tía Fina y yo fuimos al panteón a ponerle flores a su hija, mi prima, que murió niña. Un angelito. En lo que ella le rezaba, yo me senté en una de las tumbas aledañas. El frío del mármol me heló hasta el cerebelo. Me paré de inmediato. *Ya se enojó el muertito*, pensé. Siempre era yo quien acompañaba a los diferentes miembros de mi familia, pues estaba en camino. Me gustaba y más en los días de visita obligatoria, como los días de muertos. El 1° y 2 de noviembre, cuando las calles que cercanas a la entrada del cementerio se llenaban de flores, dulces, algodones de colores, globos, cañas, frutas ... Era una fiesta. A cada rato me le perdía a mi mamá:

—¿Han visto a mi hija? Es una güerita, así de chiquita.

—Sí, señora Aldrete. Anda comiéndose un algodón entre las tumbas.

Me entretenía leyendo las inscripciones de las tumbas. Al llegar a la casa mi madre me daba un riguroso baño:

—La tierra del panteón no es buena, mi hijita. Tiene muchas impurezas. Es sucia. Tállate detrás de las orejas. Los pies...

A mí, en cambio, la tierra, me parecía pura. Tan sagrada. Qué ironía del destino. Desde hace once años me vengo preguntando si vivo dentro de una tumba. O si estoy en el limbo.

⁂

Adolfo detuvo el arma en mi cuello, cerca de la barbilla, apuntando hacia arriba. Tragué saliva.

—Te quiero. Te quiero mucho, flaquita —pasaba el arma por mi cuerpo, acariciándolo—. Te voy a hacer el amor. Te voy a hacer mía —y ponía el arma en la entrepierna y la iba subiendo—. Pero antes tengo que matarte. Tengo que hacerlo porque te quiero y porque me importas.

No entiendo qué dice. No logro coordinar palabra. Sólo siento el fierro helado en mi barbilla, en mi cuello.

—A ver, si te pego el tiro aquí. Mmm. Se te va a subir al cerebro y te lo va a estallar. No vas a sentir dolor.

Si ya me duele mucho. Tengo la lengua pegada al paladar. Seca.

—Al decir tres. Te vas a morir. Uno ... Dos ... Tres.. ¡Pum!

Estoy muerta. Ya me morí.

Adolfo puso su cabeza en mi estómago. Hincado, se persignó y se salió.

Estoy muerta. Miraba a mi alrededor. Sentía mojado el pantalón. *Sangre. No, no puede ser sangre. La bala me la pegó*

rumbo a la cabeza. Por debajo de la barba. No veo sangre. Bueno, dicen que hay balas que no te sacan sangre. Sólo se quedan ahí adentro y te explotan. Y si estoy muerta, ¿por qué no me he ido del cuerpo? ¿Por qué sigo aquí? Ha de ser porque estoy amarrada. No. No. No. Estoy muerta. No estoy muerta. Me movía en la cama. Daba pequeños brincos. De pronto entró Adolfo, traía unas flores. Laureles o algo así. Blancos. Me los puso en el pecho. Se salió. *Estoy muerta. Estoy muerta. Dios, ven por mí. ¿Estoy muerta? No, no lo estoy. Puedo respirar. Sí, el pecho sube y baja. Ese olor a flor. No me gusta ... Me marea. Quiero vomitar. Un hilo amargo sale de mi boca.* No sé cuánto tiempo pasó. Entró Martín y empezó a desatarme:

—Fíjate que no ha habido problema; no ha llamado nadie. Te voy a decir una cosa. Adolfo me dijo que si agarran a Álvaro lo van matar en la Procuraduría para que no nos aviente. Ya le habló a un ahijado. Yo le digo que no debe hacerlo, que lo van a traicionar, y no me hace caso —terminó de desatarme—. ¿Qué te pasó? ¿Te orinaste?

CONSTANZO FUE ACRIBILLADO Y PRESENTA 16 IMPACTOS

[...] El médico legista y encargado de las relaciones publicas, Héctor Ocampo Vargas, indicó que el cuerpo fue sometido a la necropsia de ley y por lo menos presenta 16 impactos de bala, al parecer 9 milímetros y tres orificios más de salida de igual número de proyectiles.

La muerte de Adolfo de Jesús Constanzo fue

instantánea y se debió a los impactos y heridas producidas por las balas de una ráfaga de metralleta, e incluso presenta fractura de cráneo del lado derecho, donde se aprecia el hundimiento de la cabeza y parte de la frente, provocadas por los impactos.

El dictamen emitido por el doctor Roberto Cervera, quien le practicó la necropsia correspondiente, asentada en el expediente 16 / 435 y con número progresivo 2282 y 1897, en relación a la averiguación 7a /1772 / 989-05 establece que Constanzo murió debido a las heridas producidas por disparos de arma de fuego que penetraron tórax, abdomen y cráneo, lo cual provocó un choque hipovolémico múltiple, que quiere decir que se desangró, además de que resultaron seriamente afectados diversos órganos como el cerebro.

Estoy vivita. Este no puede estarle hablando así a una persona muerta. El no tenía esa facultad, como yo la tengo. Y Adolfo sabía esto. Ya me había puesto a prueba: "¿Cómo es la persona? El espíritu que estás viendo, güera". "Es negro. Alto. Muy alto y tiene los ojos muy profundos," le contesté. "¿Qué más? ¿Cómo está vestido?" "No está vestido. Sólo tiene algo como un trapo al frente. Bajo su cintura". "¿Qué quiere?" "Dice que quiere comer. Que no has cumplido lo que le prometiste". "Ya. Ya no lo mires. Déjalo. Es mi *eggun*, mi *muerto*, al que tengo que alimentar. Él me cuida".

—Mira, flaca, ya no tardan en llegar. Ya vamos a irnos al lugar que consiguieron. Todavía no sabemos si lo rentaron o lo compraron. Te veo muy demacrada. Tienes que echarle

para adelante. No hay de otra. Bueno, tú sabes que Adolfo está muy nervioso. Ten, límpiate la baba. ¡Ufff, huele gachísimo! ¿Por qué no me hablaste para llevarte al baño? Mira, nada más. Cochina.

⁂

—Vamos a ver a tu príncipe demoniaco. A tu señor. Sorpresa que te vas a llevar.

Me condujeron por un pasillo amplio que olía a podrido. No sabía si era mi sangre lo que así olía. Podredumbre mezclada con creolina. Había una fila de planchas de cemento con cuerpos cubiertos con sábanas. Los guardias me pusieron frente a un cuerpo descubierto. Frente al cuerpo estaba un hombre con bata y guantes. El cuerpo estaba abierto desde la parte baja del vientre hasta la clavícula, en forma de una "Y". El cráneo semejaba una tapadera. El cuerpo de Adolfo tenía la piel del pecho levantada, como si estuviera quitándose un suéter. Tenía algodón en los ojos, nariz, boca y oídos. Estaba hinchado, pálido, agujereado de la cabeza a los pies. Desde los pies lo fui recorriendo con la mirada. Lo miré muchas veces. Hoyos en las piernas. Después mi mente se aquietó. Y vi su tatuaje de religión en el hombro izquierdo, en tinta azul. *¿Adolfo? Es Adolfo.*

—Tú lo mataste —dijo en tono firme y acusatorio uno de los agentes.

—Bésalo. Acuéstate —y me obligaron a recostarme a su lado. A poner mis labios sobre el algodón de los suyos.

—¿Dónde están las cuentas bancarias?

—No lo sé.

—Los números. Dame los números.

Descripción de las heridas de Constanzo

El jefe de los *satánicos*, mejor conocido en medios diabólicos como *El Padrino*, presentaba las siguientes heridas de bala: Cuatro orificios de entrada, en los parietales, todos los bordes de entrada invertidos (hacia dentro); otro orificio en el occipital, con expulsión de la masa encefálica.

Cabe destacar que todas las heridas que son descritas tienen los bordes de entrada invertidos y su diámetro es de aproximadamente 8 milímetros.

Tiene otra herida en la cara, exactamente en medio de la pirámide nasal, un poco cargada al lado izquierdo; un proyectil más penetró en la cara lateral del cuello del lado izquierdo; uno más en la región del hemitórax del lado izquierdo en la cara anterior y al nivel del sexto arco costal, a 3 centímetros de la línea media y a 135 centímetros del punto de bipedestación.

El noveno orificio entró en la cara anterior del mismo hemitórax derecho, a nivel del cuarto arco costal y a 6 centímetros de la línea media.

Los siguientes tres balazos los presenta Constanzo en la cara anterior del brazo derecho; uno más en el codo derecho, otro de entrada en la cara anterior del tercio anterior del antebrazo del mismo lado y el catorceavo impacto penetró por el pabellón de la oreja derecha y los

dos últimos en la cara anterior del tercio inferior del antebrazo derecho.

[...] Del mismo modo, Constanzo presenta por lo menos otros tres orificios, pero éstos son de salida de los proyectiles, ya que los bordes son avertidos (hacia fuera).

Una de las heridas de salida está localizada en la cara posterior del brazo derecho, otra a nivel de la primera dorsal y la última a la altura del cuarto arco costal a 3 centímetros de la línea media posterior.

Se pudo apreciar en el cuerpo que el globo ocular del lado derecho resultó afectado por los impactos que materialmente le vaciaron el ojo.

Después me acercaron a la vasija plateada donde tenían la masa encefálica de Martín; él tenía el cuerpo cocido, como engrapado y tenía el cráneo abierto:

—¡Trágatelo! ¡Cómetelo, cabrona! Cómete el cerebro de este puto. Trágatelo —me acercaban la olla a la boca—. ¿Así se los comían? ¡Así se los tragaban, culeros!

—No, no señor. Ya no me hagan esto. Ya, por favor.

—Cállate, puta. Cállate el hocico —me jalaban los cabellos de un lado a otro. Me hundían la cabeza, la cara en la olla que olía a podrido.

—Órale, güey, ya llévate eso a la verga. Me están dando ascos, cabrón —le dijo otro de los que ahí estaban.

—Llévatelo —dijo el que estaba a mi lado. Si no, éste se va a guacarear aquí.

Después me metieron en una pequeña oficina llena de papeles y me pegaron en el cuerpo. Me rompieron una

costilla. El dolor era intenso. Horrible. Inaguantable. No podía respirar.

—¡A ver, culera! ¡Acuérdese, culerita! —me volvió a pegar en el estómago.

—Dale otra vez a esta hija de su pinche madre —me abofetearon.

—¡Quémala! ¡Quémala!

—¿Te acuerdas? ¡Dame los números de las cuentas! —otra vez, al estómago— ¿Cuánto más tienen? ¿Cuánta lana hay? ¡Órale, hija de su pinche madre, acuérdese! —me tomaron del cabello y me tironearon.

—¡No sé, por Dios Santo! Yo no lo sé —me caí de rodillas.

—Ya. Ya, déjenla. Llévensela de aquí. Traigan al Omar.

Me sacaron casi a rastras. Tenía las manos frías y aun con la sensación del cuerpo vacío, sin vísceras, de Adolfo. Escuchando la orden de los agentes: *Búscale el corazón a tu príncipe*.

Aquí, en la cárcel, he recordado esa escena. De día se vive una eterna pesadilla. Real, palpable, cruel. Y de noche vienen los rostros, las voces, las manos, los golpes, los cuerpos de Adolfo y Martín agujereados, baleados, perforados y cortados, casi en dos, a la mitad. Todo pareciera encaminado a parecerse a la novela de Frankenstein. Con esas grandes enmendaduras en el cuerpo de ese monstruo creado por la ciencia y muerto por la sociedad.

El 9 de diciembre era cumpleaños de Martín. Su cuerpo estaba junto al de Adolfo.

⁂

—Hay que limpiar esto antes de que venga Adolfo. Ya hueles mal, flaca. Aguanta. Aguanta tantito nomás. Vas a ver.

Se salió del cuarto. Pasó largo rato. Y ahí me quedé, sin moverme.

—Ya llegaron —dijo Omar. Ya tenemos que irnos. A ver qué dice Adolfo. Flaca, qué tienes. Te veo muy mal. Anda, dime algo. Qué te pasa.

—Nada.

Por fin pude hablar. Me enderecé de la cama y me puse a sacudir la sobrecama y acomodar las almohadas. A como Dios les dio fuerzas a mis piernas, empecé a acomodar la otra cama. Levanté unos vasos hasta que sentí las manos de Omar. Llorando me miró y me quitó los vasos de las manos. Me tomó del brazo y me sentó en la cama.

HASTA EL MOMENTO PERMANECE COMO DESCONOCIDO

A pesar de las identificaciones que ya han realizado sus cómplices, detenidos por las autoridades capitalinas, Adolfo de Jesús Constanzo permanece en los archivos del Servicio Médico Forense como un hombre de 27 años aproximadamente y desconocido.

La descripción es la siguiente: 1.73 de estatura, complexión delgada, tez blanca, pelo castaño y teñido de güero, con corte al estilo *punk*, ojos aceitunados, boca y labios regulares, frente regular, cejas pobladas, sin barba y bigote alineado y aunque se indica que tiene señas particulares en ambos hombros, se le aprecian "los

rayos" característicos de la secta *narcosatánica* consistentes en: del lado izquierdo una raya central de la cual salen en forma inclinada y apuntando hacia arriba, del lado derecho cuatro líneas y al final de la cuarta un número 2, y en el otro lado seis líneas semejando al unirse varias puntas.

Por lo que toca al rayado del lado derecho, éste es para los de mayor jerarquía, según explicaciones en la Procuraduría y consisten en una flecha de unos 8 o 10 centímetros, cuya punta está dirigida hacia la cabeza, debajo de la punta hay una "X" y posteriormente tras flechas, la primera apunta hacia el frente, lo mismo que la tercera y la de enmedio, apuntando hacia la espalda.

Exactamente debajo de las tres flechas que cruzan a la principal, hay una punta que se dirige hacia el pecho y finalmente lo que semeja ser el plumaje de la flecha central y múltiples líneas y un asterisco rodean a la figura que está pigmentada a de color negro, como si fuera un tatuaje.

10 de mayo, *La Prensa*, Humberto Huerta Mireles, pp. 24, 28.

—Calma. Calma. Todo va a estar bien.

Yo aún no podía llorar.

Llegó el otro día. Allí seguíamos.

—Adolfo va a ir a ver el lugar, a ver si le gusta —dijo Martín —. Yo me quedo con Omar y contigo.

En esa casa había mucho silencio. Karla hablaba de sus

hijos, pero nunca se escuchaban voces de niños o adolescentes,

—Martín, Martín. Ve tú, que te lleve Álvaro con Karla.

—Yo, pero tú dijiste...

—Olvídalo. Ve tú. Yo me quedo. Voy a hacer una limpia en este lugar. Aquí, Karla tiene sus santos. Voy a aprovechar para limpiarme bien.

—Okey, como tú digas. Vámonos.

Al poco rato, el ambiente se inundó del aroma de incienso, habanos y hierbas. Escuché la voz de Adolfo hablando en dialecto lucumí. Me sacó del cuarto. Omar estaba hincado, al lado de unas pequeñas bandejas con objetos. Y Adolfo me puso cerca de unas ollas. Me llenaba de humo de puro. Me echaba alcohol de una botella de aguardiente en el cuerpo. Omar me pasaba unas hierbas y las sacudía alrededor del lugar. El cuarto tenía muchos santitos, botellas, velas, veladoras, cirios, plumas de ave. Como en la casa de Elenita. Estuvimos mucho rato. Me regresaron al cuarto. Adolfo me dijo:

—Mira, flaquita —me enseñó una baraja—. Se me había perdido hace mucho y se la encontré a Karla, ¿cómo ves? Tú ya no te preocupes. Todo se va a arreglar. Ya lo verás. ¿Me das un beso?

¿Un beso? Dios mío, cómo se le ocurre. Me jaló del brazo y me acercó a él. Se lo di en la mejilla. Como cuando Judas Iscariote vendió a Jesús. Me tomó de la cara y me dio un beso en la frente.

—No te voy a obligar a nada. Tú me has de pedir que me acueste contigo. Tú me vas a pedir que te haga el amor. Tendremos un hijo. Un lindo bebé tuyo y mío.

Se salió y me dejó recostada en la cama. *Hace rato deseaba matarme y ahora me quiere. No entiendo nada. Todo es una locura.* Había silencio a pesar del televisor encendido. Todos los ruidos eran aterradores. Estoy soñando, me lo repetía sin descanso. *Esto es una pesadilla. No puede ser lo que está sucediendo.*

⁂

Otra pesadilla me la haría vivir uno de mis torturadores psicológicos. Estaba sola en una celda y muy golpeada. Entró un hombre alto con lentes redondos.

—Hola, cómo estás, ¿eh?

—Bien, señor.

—No, pues no se te ve muy bien. Te voy a hacer unas preguntas y me tienes que contestar todo lo que te pregunte.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Sara.

—Sara, qué.

—Sara Aldrete

—Aldrete, qué.

—Aldrete Villarreal —no me daba tiempo a contestar; como si le resultase urgente mi respuesta.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No. No lo sé, señor.

—Te voy a ayudar, pero debes contestar todo.

—Sí, señor.

—¿Cómo dices?

—¡Sí, señor! —le contesté más fuerte.

—¿Cómo se llama tu novio?

—¿Cuál novio?, señor.

—No te hagas ... Tu novio el que te metió en todo esto.

—Ah, se refiere a Adolfo.

—Sí, a ese cabrón.

—No es mi novio. Es mi amigo.

—Ah, ¿no? Pues mira que para ser tu amiguito te metió hasta el cuello en esto.

—No sé a qué se refiere. El va a aclarar todo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Eh? Ya se lo dije.

—¡Contesta! ¿Cómo te llamas?

—Sara Aldrete.

—Aldrete, qué.

—Aldrete Villarreal, señor.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Adolfo Constanzo

—Adolfo, qué.

—Adolfo de Jesús Constanzo.

—¿De dónde eres?

—De Matamoros.

—Matamoros, qué. Contesta, anda.

—Matamoros, Tamaulipas, señor.

—¿Dónde queda eso?

—En Tamaulipas.

—¿Dónde?

—En la frontera con Brownsville, Texas.

—¿Qué hacías? ¿A qué te dedicabas? Aparte de matar gente.

—Yo no he matado gente.

—A qué te dedicabas. Contesta.

—Estudiar y trabajar.

—¿Matando gente?

—No, señor, yo no he matado a nadie.

—¿Quién dijo eso? Tú lo estas diciendo. ¿Cómo sabes que te voy a preguntar eso?

—Yo ... No sé. Usted me lo dijo.

—No. No. Malo. Malo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Otra vez?

—Otra vez, qué. Otra vez, qué, contesta.

—Es que ya se lo dije.

—¿Qué me dijiste?

—Mi nombre.

—No. No me lo has dicho. Dímelo. ¿Te acuerdas de toda la gente que conociste con Adolfo? ¿Te acuerdas que iban a verlo a su casa de las Alamedas? Y tú los veías llegar, y cómo hacían sus ritos. ¿Te acuerdas?

—No, señor, yo no sé nada.

—¡Ah, chingada madre! Me lo acabas de decir hace rato.

—No. Yo...

—Cállate. Vamos a empezar. Sí los viste. Acuérdate. ¡Cómo te llamas! ¡Cómo te llamas! Dame tu nombre.

—Me llamo Sara Aldrete Villarreal.

—Dame tu nombre completo.

—Sara María Aldrete —me interrumpió.

—Aldrete, qué, carajo.

—Villarreal.

—Dímelo completo, rápido.

—Sara María Aldrete Villarreal.

—¿Ya ves? Ya ves cómo te acuerdas. A ver, cómo sabía que

tenías un segundo nombre. Tú me lo dijiste.

—No, señor. Yo no se lo había dicho. Ahorita sí, pero hace rato, no.

—Coopera. Coopera. Haz esto más fácil para ti. O qué, ¿te gusta que te peguen o qué?

—No.

—No, qué.

—No, señor. No me gusta que me peguen. Ya no quiero que me peguen.

—Entonces coopera.

Después de muchas horas, toda la noche, hasta el cambio de guardia, por la mañana me volvió a hacer las mismas preguntas. Y luego me llevaron ante el Ministerio Público para hacer la declaración que ellos consideraran correcta. Si no, de nueva cuenta, me encontraba con el mismo hombre malhumorado.

—No entiendes, ¡carajo! Ya tengo sueño. Ya me quiero ir. Contesta. Contesta.

—Señor, yo no sé más. Ya, por favor. Me duele todo.

—Cállate y ayúdame. ¿Por qué te duele? Si yo no te estoy pegando, ¿o sí?

—No, señor, usted no —ya ni sabía si me dolía más el cuerpo por los golpes o la cabeza que me iba a estallar de tanto escuchar las mismas preguntas.

—¡Eres una inútil! Ya hubiéramos terminado, niña idiota. Empecemos: ¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?

Y otra vez. Y mil veces más. Por días y días. Noches y noches.

⁂

—Ya no tardan en llegar —dijo Adolfo en compañía de Omar. Se veía feliz y tranquilo—. Fíjate que consiguieron un buen lugar.

No le dije nada. Ni siquiera lo volteé a ver.

—Flaquita, ¿estás bien? —me preguntó Omar; lo miré y ya no preguntó más.

—Flaca, me duele que no me quieras hablar —me dijo Adolfo—. Pero tú vas a entender que esto es por tu bien y por el bien de esta tu nueva familia. Me lo vas a agradecer. Hablé con uno de mis ahijados; me dijo que está hablando con gentes de hasta arriba. Y que ya está resuelto lo de los cadáveres que aparecieron, ¿ya ves? Te dije que confiaras en mí. Ya todo se va arreglando.

No entendía qué era lo que se estaba arreglando. Lo que sí sabía era que me moría de miedo y asco. El asco que aún me persigue. Que se incrementó en mi detención. Mis torturadores no me daban una tregua ni cuando se ponían a conversar:

—Oye, güey, éstos mataron un chingo de gente.

—Sí, cabrón. Se chingaron a un buen. Hasta niños mató esta bruja.

—Pos ora los van a matar a ellos, ¿no?

—Pues quién sabe. Como que se nos está viniendo toda la locura de los gringos. Dice mi hermano que está chambiando en los Estados Unidos que allá hay un chingo de locos que matan en sectas del Diablo. Y que no los han encontrado, que andan sueltos.

—¿A poco sí, mano?

—Ey. Y que ora resulta que estos güeyes que ni son de acá se vienen a chingar gente de acá. A ver, ¿por qué no se van a

matar a la pinche gente de su país? Ven acá, pinche vieja —me tomó del cabello y me pegó la cara contra la fría pared—. A ver, culera, váyase a matar gringos, puta, mendiga.

—Ya, güey, suéltala. Va a entrar el comandante y ya ves que dijo que ya no le pegáramos. Que casi se les muere a los de la Federal.

—Ah, pinche vieja. Te espera una vida de infierno, mejor te hubieras muerto. ¡Culera! —me azotó contra la pared. Ya no me dolía ni sentía nada. Tenía el cuerpo adormecido. Me hormigueaba.

—Oye, ¿cómo se llamó el que mató a la esposa de un cuate famoso del otro lado?

—Cuál lado, mano.

—En los estafes nates, cacahuates.

—Uy, pues quién sabe.

—Sí, el que hacía películas.

—¿El que la mató?

—No, él era acá, su marido.

—No, pus no sé.

—El cuete es que andaban metidos en un pedo así como éste. Que mataban gente para dársela al Diablo. La chava esta que te digo estaba panzona, pero aun así se la echaron al plato. Y bien chula la cabrona güera.

—Ay, no mames, güey.

—Sí, una secta así como la de estos ojetes. Bruja de mierda. Mátame ésta —se tocaba el pene—. Cómetela, puta —me acercaba la cabeza a la bragueta.

—Ya, mano. Ya déjala.

—¡Cómo no estuve ayer aquí! Dicen que se la cogieron como perra callejera.

—Sí, eso dicen estos cabrones. Ve tú a saber si es cierto.

—¿Te cogieron sabroso? ¿Te sabes mover rico? Pst, tas bien flaca. Han de haber chupado puro puto hueso.

—Te estás pasando, pareja.

—Nel, mírale la jeta, se ve que le gustó.

—Ya estuvo. Te van a oír los de al lado. Ya se mancharon bien cabrón con ella. Después de pegarle, se la arrinconaron y ahí le dieron duro. Írala, está como ida. Se ha de haber quedado loca. ¿No?

—Ay, sí cómo no. No, güey, se lo merece por culera mataniños.

—Ya. Mejor llégale y vete por unos chescos.

—Sí, ya me dio sed —se volvió para escupirme a la cara y demostrar así que ya no tenía saliva.

Cuando esta pareja de agentes terminó su turno, entró otra pareja. Uno de ellos, apenas entró me extendió una cobija:

—A ver, ten, tápate. No le hagas caso a los compañeros. Hay unos que son así. No todos somos iguales. No tengas miedo, muchacha. No te voy a lastimar. Ya supimos todo lo que te hicieron. Ya. Ya. Tranquila, póntela en los pies.

—Te van a llevar a un reclusorio —intervino el otro joven—. Ahí te van a presentar ante el juez y él va a determinar si eres culpable o no. Y ya te podrás ir a tu casa. Esto ya va a terminar. Tranquila. Yo creo que sí te vas a ir.

—Yo no hice nada, señor. Yo...

—Ya, mejor cálmate y eso díselo al juez, ¿nosotros, qué? No te podemos ayudar.

—La verdad, mi compañero tiene razón. No podemos echarte la mano, pero tú dile al juez. Además, tu papá ya te trajo un abogado.

—Mi... ¿papá? ¿Dónde está?

—Ssshhh. Baja la voz. ¿No ves que no te debemos decir nada?

—No ... No ... Sólo dígame dónde está.

—Ay, mano, a ver ahora qué haces.

—Pero no vayas a decir que nosotros te dijimos, ¿va?

—No, no digo nada. Sólo dígame usted si está bien.

—Sí, está bien. Aunque lo medio maltrataron, pero ya lo soltaron. Le dijeron que ... Bueno, pues que la hija del Diablo no tenía derecho a abogado. Y a él y al abogado los aventaron para afuera.

—¿Le pegaron?

—Ssshhh, habla más bajo. Pues quién sabe. No fue en el turno de nosotros.

—Mira, si te piden cooperar, mejor coopera no sea que le vayan a hacer algo a tu familia.

—¡Son capaces! Ya ves cómo se las gastan. Mira cómo estás. ¿Ya viste a tus compañeros, en las celdas? Anda, ven, asómate.

—No puedo caminar bien —y me ayudó; tomándome del brazo.

Vi a muchas personas. Reconocí a Omar y a Álvaro. Sin duda nos recetaron el mismo tratamiento. Los vi recargados en sus respectivas paredes. Álvaro tenía deforme la cara. Omar tenía sangre seca, como yo, en el rostro. A pesar de nuestro lamentable aspecto, el día de la presentación ante los medios los agentes nos advirtieron:

—Al primero que abra el hocico diciendo que les hemos dado su calentada, nos lo tronamos, ¿entendido? Van a pasar a que los maquillen para que no se les noten los madrazos.

Por doquier se escuchaban gritos de agentes y reporteros. En otra conferencia, los judiciales nos indicaron:

—Sólo van a contestar a las preguntas que nosotros les señalamos, ¿entienden?

Abraham Polo Uscanga y Federico Ponce se colocaron a mis costados. Me sentaron después de tenerme parada con mis coacusados en una mesa con micrófonos al centro. Flashes. Flashes. Cámaras de televisión, cámaras fotográficas. Una locura donde nadie entendía. Todos preguntaban a la vez.

—Uno por uno, señores —pidió alguien. Muchas veces y de varias maneras me preguntaron:

—¿Cómo, siendo una mujer tan inteligente, con tantos honores recibidos, que hasta en el colegio tienen una placa con su nombre inscrito, haya creído en una persona como Adolfo Constanzo? ¿Cómo es posible que la haya involucrado en esto sin haber participado, según usted así lo declara, y algunos compañeros la deslindan de toda responsabilidad?, ¿cómo lo explica? ¿Acaso la embrujó? ¿Nunca se dio cuenta? ¿Usted vio cómo mataban a gente? ¿Usted les ayudó?

Yo les respondía con la verdad en la boca y con el corazón en la mano.

—No lo sé. No me di cuenta cómo terminé involucrada. Creí en él. Confié en él. Yo no sé nada. No me consta nada. No puedo afirmar que era narcotraficante. Nunca hablaba de droga. Él no se drogaba, hasta donde yo supe. Él no era malo.

—¿Cómo puede defenderlo si la secuestró?

—No lo sé.

Muchas voces me preguntaron:

—¿Lo amabas? ¿Lo quería? ¿Qué sentía por él?

—No lo sé. Creo que sí.

Confusión en la sala. Y creció el murmullo cuando yo les pregunté:

—¿Piensan que por habernos detenido se va a terminar la santería? No. Hay mucha gente que conoce esta religión. No es mala. Sólo es una religión.

Al parecer mi declaración les pareció amenazadora. No fue mi intención.

Después mencionaron los asesinatos de Matamoros. Y de que sus habitantes, mis paisanos, me querían linchar. Bien, allí estaba la inteligente idiota. La confiada. La de los honores. Metida hasta el cuello en un verdadero embrollo. ¿Cómo llegué a esto? Aún me lo pregunto.

Sara Aldrete delató a Constanzo a la policía

Sara María Aldrete Villarreal, reconocida como la madrina de la secta satánica mayombe santera, aseguró que el día de la balacera en la que murió *El Padrino* ella lo delató a la policía mediante un papel que arrojó a la calle solicitando a unas personas que llamaran a las autoridades.

Durante su declaración preparatoria ante el juez 58 penal, licenciado Bernardo Tirado Gutiérrez, aclaró que no era amante de Jesús Constanzo y que tampoco ordenó que el *Duby* asesinara al *Padrino* y a Martín Quintana.

Manifestó que de las muertes que se registraron en el Rancho Santa Elena, de Matamoros Tamaulipas, ella se enteró cuando la noticia se difundió en los medios de

comunicación.

13 de mayo, *La Prensa*,
Alfredo a Moraflores y Humberto Huerta Mireles, p. 26.

Todo me daba vuelta. ¿Qué hacía ahí? Aunque algo me era claro: ahora sí mi familia sabría de mí. *Mamá, papá. Estoy viva. No me mataron. Voy para la casa.* Me hubiese gustado gritarles. No pude hacerlo.

—¡Queremos a Sara! ¡Que hable Sara! —gritaban los periodistas.

Me sentaban, me paraban. Me indicaban a qué pregunta responder. Cuando salíamos por un pasillo, aun costado del salón, un periodista norteamericano me preguntó:

—*Sara, did they hurt you?*

—*Yes, they did! Please help me!*

Uno de los días en que estuve en alguna procuraduría me visitó un hombre de cabello entrecano. Era el periodista Paco Huerta. Me hizo algunas preguntas; le contesté como pude dentro del conflicto mental en que me encontraba. Me preguntó cómo me había involucrado en todo eso. Le conté desde que conocí a Adolfo. Todo a grandes rasgos, pues no coordinaba bien mi pensamiento ni mis palabras. Lo que sí recuerdo perfectamente es que le pedí que no divulgara que yo había aventado a la calle un recado pidiendo ayuda a la policía. Tenía miedo que los ahijados no me entendieran. A lo mejor yo había contribuido al desenlace que Adolfo ya había adivinado: *Ayúdame, flaca. Ayúdame a parar todo esto. Me sale muerte en los caracoles y en la baraja. Prefiero que me maten antes que me hagan hablar de mi gente, de mis ahijados. No les digas nada*

de esto a los demás, ¿oíste? Tú debes ayudarme a guardar el secreto, ¿okey? Ayúdame, flaca.

⁂

—Todo va muy bien —me comentó Omar—. Ya no estés triste. ¿Verdad, Adolfo que no debemos ponemos tristes?

Omar estaba muy extraño. No dejaba de hablar hasta que Adolfo lo calló.

—¡Ya, caramba! Ya dije que no tardan en llegar.

—¿No te dijeron dónde está el departamento?

—Sí —sacó una libreta del pantalón—. En la Cuauhtémoc. Es una colonia más o menos, ¿no?

—Ay, Adolfito, pero ahí hay mucha gente y...

—Y ¿qué? Nada nos va a pasar. Ahí nos vamos a estar unas semanas y luego nos vamos a vivir al extranjero. A Sudamérica y luego a Haití. Nos vamos con mi gente. Te va a gustar, flaca. Allá nos vamos a casar. Y tener hijos.

Omar sólo me miraba de reojo.

—¿Me quieres, Omarcito? —le preguntó Adolfo.

—Sí, Adolfo. Sí te quiero. Y lo sabes.

—¿Crees que Martín me quiera?

—Sí, Martín te quiere mucho también.

—¿Y crees que la flaca me quiera?

Omar se quedó callado; a los pocos segundos dijo:

—Sí, claro. La flaquita te quiere. ¿Verdad, flaca?

No contesté, aunque Omar siguió insistiendo:

—¿Sí me quieres, flaquita? —volvió a preguntarme Adolfo. Asentí.

—Bien, qué bien. Yo te quiero mucho, ¿verdad, Omar?

¿Verdad que ya te lo he dicho? Dile. Dile.

—Sí. Te quiere mucho.

—Bueno, pues me voy a hablar por teléfono a varias personas. Nos vamos a ir todos —tomó a Omar de la barbilla—: Todo se va a arreglar, Omarcito —éste asintió—. Claro que si.

En cuanto salió, le dije a Omar:

—Me siento mal.

—Ay, ¿qué tienes? Por favor, ya alíviate. Si supieras lo que acaba de pasarme.

—¿Qué te pasó?

—Pues andaba en los cajones de Karla y me encontré unos condones. Adolfo me vio con ellos en las manos. Y me ha dado tremenda cogida.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Ahorita?

—Sí. En la cama de Karla. Así, a lo bestia. Nada más se acomodó un condón y me echó en la cama y ... Me decía: dime que me quieres. Y yo le decía que no. Ay, flaca, hasta me sangró. Tengo miedo por ti.

—Por ... qué.

—Pues dijo que necesitaba acostarse contigo.

—No. No, Omar. Él me dijo que no me va a hacer nada. Que voy a ser yo quien se lo pida y...

—No sé, flaquita. Sólo te digo lo que me dijo. Además, nadie debe saberlo. ¿Okey? Nadie.

—No lo sabrán.

—Martín me mata. Va a decir que con tanto rollo encima y yo con mis pendejadas.

—No te preocupes, Omar.

—Si te pregunta que si lo quieres, dile que sí; aunque sea con la cabeza, como hace rato.

Dile que sí. Debo decirle que sí. Estoy tan confundida. Yo sí lo quería. Pero esto que me está haciendo no tiene perdón: me mata y me quiere. Y luego me desea. Y luego me odia. Luego se quiere casar. Y luego me odia. Y luego quiere que tengamos hijos. Creo que sigo en la pesadilla.

—¡Ya llegaron! —gritó Adolfo.

Omar salió del cuarto. Escuché un portazo. Voces. Era Martín.

—Ya estuvo. Está pequeño, pero creo que ahí no hay problema.

—¿Dónde está, en qué calle?

—En ... Sena. En Río Sena —dijo Karla—. Es un departamento que tiene una súper vista, pues hace escuadra y por todos lados hay ventanas.

—Está amueblado de todo a todo —puntualizó Martín. Sólo hay que comprar sábanas y cubrecamas.

—Ve con Karla al súper y ahí compran lo que sea necesario. Lleguen pronto, Martín. Porque nos vamos para allá. Vayan al que está en la entrada de la calle. ¡Cómo tengo ganas de un café, en algún lado! Traigan café de grano, también. Compren el súper de una semana. Todo rico, ¿eh?

—Vamos, Karla —dijo Martín.

—¿Cómo es el departamento? —le preguntó Adolfo a Álvaro; con voz adormecida le respondió:

—Está bien, señor. Está como en un cuadro grande. Y tiene tres recámaras. Cocina, baño, balcón.

—¿Balcón? ¿Tiene balcón?

—Pues sí. Creo que sí.

—¿Pues en qué piso está?, coño.

—En el cuarto piso. Hay un Superama enfrentito. Así no

tendremos que usar el coche, señor.

—Eso es bueno. Oye, vamos a tomar un café.

—¿Un café, señor?

—Sí, eso dije. Ahorita que lleguen, nos vamos y dejamos a Martín, aquí con los niños.

—Sí, señor. Pero... ¿no cree que sea peligroso, si sale ahorita; ya ve las noticias y las fotos?

—Ah, sobre eso tengo que decirte algo, Álvaro. Fíjate que salió tu foto en la televisión.

—¿Qué? ¿Cómo cree?, padrino.

—Sí. Te ves muy bien. Tú siempre has sido de muy buen ver, *Duby*.

—Gra-gracias, señor. ¿Pero y si me reconocen?

—No, no te van a reconocer. No te va a pasar nada. Para eso estoy yo: para cuidarlos.

—Sí, padrino.

—Bien, Álvaro. Oye, vamos a la cocina para que te tomes un jugo. Yo te lo hago.

La pastilla. Seguro le va a dar la pastilla. Dónde estará Omar. No lo escucho.

El tiempo transcurría muy lento para mi cuerpo cansado y mi desgastada mente.

⁂

En ocasiones, cuando me siento realmente mal, como en aquel entonces, voy al Centro Escolar del reclusorio en busca del único salón con ventana. Rezo por encontrarlo abierto, que no esté cerrado con llave. Desde ahí puedo ver un pedazo de calle. Me pego a la pequeña ventila como lo haría a un tanque

de oxígeno. Como a un aire de esperanza. Cuando siento que ya no puedo, que me muero una vez más, voy a ese salón tan lleno de luz. Por la ventila consigo ver los coches y mirar hacia el cielo. Ver las luces —si el smog lo permite— de los cerros de alrededor. Escuchar los ladridos de los perros y las voces de la gente que vive frente al reclusorio. Ver los aviones, que a veces pasan muy bajo. Los sigo con la vista e imagino que me voy lejos de mi realidad. Lejos del cuerpo y del alma. Hasta que desparece o alguna voz me trae de vuelta a la cárcel. *No importa. Mañana, tal vez, encuentre mi vuelo.* Siempre he creído que soy libre porque mi espíritu nadie lo puede aprisionar. Mas llevo tantos años viendo injusticias y miserias. Viendo tanto dolor y viviendo tantos sufrimientos de madres arrancadas de sus hijos. O hijas arrancadas de sus padres. O hijas de nadie: despreciadas, abandonadas, aborrecidas por la sociedad y su familia. He visto tanto que mi espíritu, a veces, ya no quiere viajar. Pero sigo luchando por salir de aquí. Pero tal parece que nadie me escucha. Me pregunto, si cuando salga, podré realmente ser libre sabiendo que existen personas que, como yo, están pagando algo que no deben. Que siguen sufriendo sin que alguien haga algo al respecto. Sin que le importe a alguien. Me pregunto si me voy a quedar con las manos atadas. Acostumbrada ya por los golpes que da la vida. ¡Pinche vida, cómo me ha golpeado! Pero la quiero. Qué masoquismo el mío.

⁂

No sé cuánto tiempo más pasó. Llegaron de hacer las compras.

—Mira, todo lo que trajimos, Adolfito —dijo Karla.

—A ver, a ver. Sí, muy bien. Omar, ven acá.

Escuché una puerta abrirse.

—Sí, sí, ya voy —por fin escuchaba la voz de Omar.

—Guarden todo, ya nos vamos.

—Oye, Adolfo, dejen que les prepare algo de cenar —pidió Karla.

—Sí, yo ya tengo hambre —dijo Martín.

—Mira, se nos va a hacer de día, y así no nos vamos a poder ir.

—No importa. Nos vamos mañana. Anda, Adolfo, relájate.

—Ay, Martín, eres tan estúpido a veces.

—No, no me digas así ni te dirijas de ese modo hacia mí, que te he servido más que a cualquier otra persona. Que te he seguido como perro, que.

—Ya. Ya vas de nuevo con tus sentimentalismos baratos —intervino Omar.

—¿A ti quién te habló, pendejo?

—Tu mamá desde el otro mundo, ¡idiota!

—¡Cállate, puto de mierda!

—Te voy a romper tu madre.

—Yo sí tengo madre, güey. Yo sí. No que tú ni a eso llegas, puto.

—Cállate, infeliz. Cállate.

Escuché objetos que se caían. Y las voces de Karla y Adolfo.

—¡Álvaro, Álvaro, ven y ayúdame!

—Ya, muchachos. Ya, por favor, me van a deshacer la casa.

—¡Coño, ya basta! ¡Ya paren o los mato!

Silencio. Un largo silencio. Hasta que lo rompió Adolfo.

—Vamos, Karla, a tomar un café. Llévanos, Álvaro.

Escuché la puerta cerrarse. Se habían ido. Tal vez era mi oportunidad para irme yo también. Temblando abrí la puerta. El picaporte no hizo ruido. Vi que las puertas estaban cerradas, la del baño, y la que supuse eran las de los cuartos. Sólo conocía la del baño. Salí pegada a la pared. No escuchaba ruido alguno. Fui bajando las escaleras peldaño a peldaño. Martín tendría que estar en alguna de las recámaras. Abajo no había ruido. Ni televisión en las recámaras. *A lo mejor se fueron todos y me dejaron sola.* Bajaba. Muy lentamente. Sentía que las rodillas se me doblaban. El estómago pegado a la espalda. Se me iba la respiración. Seguí bajando. De repente creí ver a Martín frente a mí, apuntándome con un arma. Borraba esa imagen. Seguía bajando. Llegué al final de la escalera. Vi hacia la puerta. No había nadie. Ni en la sala ni en el comedor. Pasé a un lado del lugar donde Karla tenía sus santos. Allí estaba Omar hincado, orando. Me pegué a la pared. No me vio. Seguí avanzando hacia la puerta. La abrí lentamente. Despacio. Silenciosamente. Miré hacia atrás. Al volver la vista hacia al frente me topé con Martín:

—¡Ahora, qué! ¿Ahora qué? ¿Adónde vas, cabrona?

Me pegó. Caí al suelo. Me hundí. Oscuridad. Me despertaron unos golpeteos en la cara. Y sentí adormecidas las manos. Estaba atada. Otra vez. Era Omar quien trataba de despertarme.

—Flaca, flaca, qué hiciste. Qué bárbara. Ahora que llegue Adolfo, el Martín le va a decir que te ibas a ir. A ver si no te mata. A ver si no nos mata.

—Ya no me importa lo que haga Adolfo conmigo.

—Ah, ¿no te importa? —intervino Martín—. No te importa, ¿eh? —me miró a los ojos. Me desató e hizo a Omar a un lado

—. ¿Qué demonios estamos haciendo? Ya no sé quién está con nosotros ni quién en contra. Está de la chingada. Mírate, flaca, estás hecha un hueso. Tienes un color de la mierda. No quieres tragar nada. Mira a Omar: ojeroso, no duerme; está hecho un manojo de nervios. Y yo obedezco a Adolfo en todo lo que me dice. Sigo dándole pastillas a Álvaro. Lo sigo chingando para que se amanse y no se quiera ir. ¡Todos nos queremos ir! No sólo tú. Perdóname por el golpe. Yo no sé por qué hago cosas que no debo. Que no quiero hacer. Creo que tengo miedo. Tanto o más que tú.

[...] Durante la presentación de los presuntos responsables detenidos e integrantes de poderosa secta de *narcosatánicos*, a un costado de los funcionarios fue colocada una especie de altar con velas negras encendidas, un libro de misas negras, fetiches, una imagen de la muerte, faldas, pantalones, camisas y blusas de color negro que utilizaban para sus ritos, así como dos sables de origen chino, y mangos de marfil, un cuchillo de monte, una calavera en forma de calabaza, objetos que fueron recogidos en uno de los altares que se habían colocado en el departamento donde los aprehendieron.

[Sara afirma que estos objetos 'fueron sacados de la casa de Karla', aunque la policía afirmó que provenían del departamento de Rio Sena; nota del editor].

8 de mayo. *La Prensa*,

Julián Fajardo López y Tomás Rojas Madrid, pp. 31-32.

En ese instante presentí que Martín pronto moriría. Sentí como si se estuviera despidiendo de todos los acontecimientos. Como si quisiera huir, pero no por su propia mano. No presentí que yo me fuera a morir. El miedo se me había esfumado, como un velo de humo. Dejé de sentir el escalofrío recorriendo la espina dorsal. Dejé de sentir el estómago pegado a la espalda. Había dejado de sentir. Seguía amarrada a la cama; sin estar realmente atada. Parecía inmovilizada por cuerdas invisibles. Ya no quería pensar en nada. *Necesito salir de mí. De mi cuerpo. De mi mente.*

✱ ✱ ✱

Cuando era niña jugaba a ponerme en posición de *Kalimán* con las piernas cruzadas y la mente en blanco: *Serenidad y paciencia. Mucha paciencia.* Repetía y repetía, igual que el personaje de las revistas. Jugaba a imaginar que viajaba y que conocía otros países, otras culturas. Jugaba con el tiempo. Esto llegó a suceder sin necesidad de concentrarme. Sólo era cuestión de cerrar los ojos para transportarme a otras partes. Conocí playas. Pueblos. Lagos y personas extrañas. Todo en sueños. Soñaba que volaba y volaba. Aun en prisión he vuelto a tener esos sueños. Tal vez por eso he aguantado tanto encierro. Gracias a Dios la mente no tiene barrotes. Ni paredes altas.

Esta facultad la conocí cuando tenía cinco años. Mi hermana, la más pequeña, estaba en el moisés y yo dormía en mi cama. Empecé a soñar que un animal horrendo, con pies peludos le comía su cara tan pequeña y blanca. Me desperté y corrí hacia el moisés. Me subí a una madera del costado de las

patas. Y destapé su cara. Ahí estaba. Era una tarántula en la cabeza de mi hermana. Me paralicé unos instantes; no quería ni respirar para no mover al animal. Bajé lo más sigilosa que pude y corrí, gritándole a mi mamá. Ella me tomó de la mano y me dijo:

—No, mi amor. Es un sueño... ¡Santo Dios, cuñado! —le gritó a mi tío, que iba entrando.

Él le ayudó a mi madre a quitar ese monstruo de la cabeza de mi hermana. Yo permanecí donde estaba, cerrando los ojos y tapándome los oídos con las manos. Apreté la quijada y desee que el animal desapareciera. Y lo conseguí: al momento de querer aplastarla, se fue por la blanca pared y despareció. Dice mi tío que dio tremendo brinco y que se trepó a la pared y ya no la encontraron. Movieron todo y nada. Ése fue el primero de mis sueños premonitorios. De los que he tenido, anunciando la muerte de algún familiar o el accidente de algún conocido. Mi madre me miró intensamente y me dijo:

—Gracias, hija. Gracias.

—Pero, mamá. El animal ese está vivo.

—No, hija, se murió.

—Má, está vivo. Se les fue.

—Ya no va a venir.

A partir de ese día, por algún tiempo, antes de irme a dormir, me trepaba al madero del moisés para ver a mi hermana y checar que el animal no estuviera ahí. Se me volvió una obsesión que a nadie confesé.

⁂

Martín continuó hablando, más calmado, más en su papel de

ordenador del caos.

—Vamos a trabajar con la prenda (caldero) para empezar a parar todo con brujería. El pedo es que el gordo no aparece por ningún puto lado y él tiene las cosas —miró a Omar, quien le preguntó:

—¿Y todo lo tiene él?

—Sí, todo. Creo que lo iba a resguardar para que no se lo encontraran.

—¿Y tú crees que no se le haya adelantado algún otro ahijado?

—No, pues quién sabe.

—Ya ves que todos le ofrecieron guardarle los calderos.

—Pero ya ves cómo es Adolfo. No le tiene confianza a casi ninguno de ellos.

—Sí, pero ni a Karla, y mira dónde estamos —señaló Omar.

—Yo sólo sé que todo esto nos está cambiando bien grueso a todos. Adolfo está enloqueciendo. Alucina haber matado a amistades nuestras que están vivas, pero él, en su mente ha construido escenarios donde él aparece haciéndolos cachitos. Sufre muchas pesadillas. Se despierta sudando, aterrorizado. Quiere que le siga la corriente, que acepte que yo participé. Como lo niego, me llama traidor y... —hizo una pausa; parecía muy atormentado. Sacudió la cabeza, jaló aire, y mirándome a los ojos con profunda tristeza me dijo—: Perdóname, Sara. Perdóname por todo lo que te he hecho. Perdónanos por haberte jalado a todo este desmadre. Mira, te juro por lo más sagrado, te juro por mi santo, que no sabemos qué onda con lo que pasa en Matamoros. Créeme que no sabemos el por qué de todo este despapaye. Los ahijados están bien nerviosos por todo lo que ha salido en las noticias. Han agarrado gente a lo

cabrón y muchos de los de Matamoros mejor se fueron de huida, aun sin deberla, por puro méndigo miedo a la Federal. Porque aunque no seas culpable te chingan y hasta te avientan cosas que no son tuyas y ellos bien chingones quesque resuelven el caso. Así son, flaca. Adolfo y yo hemos andado metidos en eso y sabemos cómo se las gastan. Sólo espero que nunca nos hagan lo mismo. Prefiero mil veces que me maten. Es lo más seguro. Adolfo dice que si nos agarran, nos matan. Este lío ya lo conocen en casi todo el mundo.

—Ay, no, ya cállate, Martín. Yo no me quiero morir —dijo Omar.

—No, ¿y tú crees que yo sí? Pero si Adolfo se muere, yo me voy con él.

—No. Yo creo que esto se puede arreglar si Adolfo habla todo y pone las cosas en su lugar.

—No seas pendejo, Omar. Esto ya no se arregla. Nos van a chingar.

Yo sólo los miraba y sentía como si me inflaran globos en los oídos. Y me dolían, pero no tanto como cuando los agentes me los golpearon.

⁂

—A ver, puta, ¿no oyes? ¿No oyes lo que te digo? ¡Tú fuistes!

Y al mismo tiempo me pegaron en los ojos como si me fueran a reventar la cabeza. Tenía los ojos vendados, pegados casi al cerebro, de lo fuerte que me los habían amarrado. Me dolía la cabeza y me fui hundiendo en un hoyo profundo y vacío. Me dolían los oídos. Sentí una mano que me jaloneaba del cuello y me decía frases que mi cerebro no alcanzaba a

descifrar. Y otra vez el golpe seco a los oídos. El vacío.

⁂

—Nos van a matar a todos —repitió enfático Martín.

—Yo-no-me-quie-ro-mo-rir —deletreó Omar. Los dos me miraron. No tenía la mínima intención de unirme a su deseo de vida.

—Bueno —dijo Martín—. Existen otras opciones. No sé, dijo Adolfito que uno de los ahijados le está consiguiendo pasaportes en la Secretaría de Relaciones Exteriores para irnos del país.

—¿A todos?

—No. No a todos. Creo que nos vamos él, tú, la flaca y yo.

—¿Y el Álvaro?

—Pues no sé. Creo que le va a dar dinero para que se esconda en algún lado mientras pasa esto. Aunque yo le dije que, la verdad, no me daba confianza dejarlo acá. Qué tal si va con la policía. Pues no sé, pero ésa es la cosa: a ver qué hacemos con el Álvaro. Definitivamente, a él no lo podemos llevar.

Omar se salió del cuarto. Estaban llegando los demás. A mí ya me tenían sin cuidado las posibles represalias de Adolfo. Martín me dijo:

—Mira, no le voy a decir a Adolfo que te ibas a ir. Pero tú me debes prometer que todo lo que te diga Omar me lo vas a decir. Todo. Y perdóname, ¿sí? Es que me dio miedo de que te fueras y te agarrara la policía. Y, claro, a la reacción de Adolfo. Se hubiera puesto como loco. Más de lo que ya está.

⁂

Loco. Así lo señalaría una de las actas del Ministerio Público: Esquizofrénico, loco, paranoide. "Adolfo de Jesús Constanzo es el homicida que, en compañía de Martín Quintana, Álvaro de León, Omar Orea y Sara Aldrete cometían todo tipo de ilícitos amparados por el Demonio". No deja de ser irónico que Adolfo me quisiera salvar de caer en manos de la policía para que no me hicieran nada. Y fue precisamente lo que provocó al secuestrarme. Al morir sin exculparme. No sé que habría hecho si hubiera quedado con vida. Si fue capaz de matar a la *Claudia* porque molestaba y asediaba a Martín. Y también me pregunto cómo he de olvidar lo que me hicieron. Si existe un medicamento para aliviar el alma, yo lo necesito. Las heridas del cuerpo se curan con el tiempo, pero las del alma siguen vivas y latentes. Hay ocasiones en las que me pongo a pensar en las personas que me torturaron. ¿Se acordarán de lo que me hicieron? ¿Recordarán cuando me violaron? Cuando tenían sus cuerpos encima del mío. ¿Recordarán, acaso, cómo me mordieron la espalda? Los pechos. Cómo se orinaron sobre mi cuerpo. Tal vez ya no se acuerden o ya no quieran recordarlo. Cuando llegué a la cárcel sus rostros taladraban mi cabeza. Los rostros que pude ver. La voces que pude escuchar. *Voy a salir y los voy a perseguir*, pensaba. Pero ahora ya no me interesan. Creo que ya han de quedar muy pocos con vida. Ya no han de ser tantos. Es como si la maldición de Adolfo de Jesús Constanzo los hubiera alcanzado: *El que te toque, se muere*.

⁂

El día que estuve a punto de morir a manos de los federales fue cuando me torturaban con los ojos tapados; ciertas zonas del cuerpo también estaban cubiertas por vendajes, los mismos que me ataban a la camilla. Con los choques, el cuerpo se me levantaba, como en interminable danza. Me mojaban el cuerpo con una esponja. Los *shocks* cada vez eran más intensos. Me pasaban la esponja por el cuerpo y luego me daban descargas de electricidad. Me hacían gritar. Y aprovechaban para ponerme la esponja en la cara para que tragara agua.

—Me muero. Me muero.

—No queremos paja. Estás diciendo pendejadas, habla. Di qué hacían con las víctimas, habla —me interrogaban a la par que me daban choques eléctricos en la espalda, en los pezones, en la boca. Se reían. Se carcajeaban—. ¿No que no, culera? ¿No que no se retorcía, cabrona? ¡Baila, hija de la chingada! ¡Baila, pinche saco de huesos! ¡Pinche culera! ¿Qué le habrá visto ese cabrón?, si es puro hueso la puta. Baila al son de los toques.

Me introdujeron el metal de los choques eléctricos en la vagina. Sentí que me quemaba por dentro: infinitos e intensos calambres. De pronto una luz intensa me llenaba de paz y descanso; ya no me dolía nada. Ni sentía la lengua atorada en la garganta. Ni los huesos retorcerse debajo de mi piel. Ahora todo era tranquilidad. Vi mi cuerpo vendado como una momia. Tenía sangre, moretones por todos lados. Empecé a *caminar*. Vi los rostros de mis torturadores. El lugar. A mis coacusados; cómo les pegaban. Omar tenía una bolsa de plástico en la cara. Vi a los sujetos que vería en el juzgado (y que serían mis coacusados): a Juan Carlos Fragoso, en un

charco de sangre y a su amigo Jorge Montes, el *Carta Brava*, en un tambo sumergían su cabeza y lo hacían tragar agua puerca. A ellos los detuvieron porque Omar aceptó saber que Adolfo y Martín sólo habían matado a la *Claudia* y a nadie más. Por lo tanto, Jorge Montes y Juan Carlos estaban siendo acusados de asesinato, puesto que fue en el departamento de Jorge donde se suscitaron los hechos. No vi al *Duby*; creo que ya no pude caminar por ahí. Llegué a una puerta y vi una escalera de caracol, con una lamparita. Vi a los perros que estaban abajo, en la calle. Las plantas, los coches, un Celebrity café.

Regresé a donde estaba. Me vi frente a mi cuerpo nuevamente. Vi la cara de Federico Ponce Rojas, mi fiscal federal; lo vi a través de una ventana con vidrio, dentro de la misma habitación. Reconocí a varios de mis torturadores. Empecé a caminar hacia la luz y de pronto sentí como si un imán me jalara de regreso a mi propio cuerpo. Como si me succionara para unirme a él. Las voces que hacía unos instantes escuchaba distorsionadas, ahora ya se iban aclarando; ya las entendía.

—¡Se nos va, cabrón!

—¡No mames, güey! ¡Dale unas cachetadas!

—¡Puta, madre! ¡Ya se nos fue, güey!

—¡Pégale en el pecho! ¡Pégale!

Dejé de verme a mí misma y mi entorno, y el dolor volvió. Pero ya no quería volver. Regresaba al dolor intenso. *¡Dios mío! Ya no, ya no quiero regresar ahí. Quiero volver a esa sensación de volar. De no pensar, no sentir. Ser como gas.* Desde entonces me quedé como en un vacío. Como si una parte de mi ya no estuviese conmigo. Después me sacaron a la calle y me

llevaron, ahora lo sé, a una casa de seguridad. Me decían que me llevaban al Campo Militar Número Uno donde me iba a desaparecer. En realidad sólo me sacaron para violarme multitudinariamente.

⁂

—¡Martín, Martín, coño! ¿Dónde estás? Nos vamos de una vez.

—¿Ahorita?

—Sí, ya. A ver, flaca, vámonos. Ya tenemos casa. Está bonita. Es chiquita.

—Omar, Omar —gritó Martín—. Ya recoge las cosas.

—Oye, Martín —dijo Adolfo—. Álvaro anda muy raro. Mejor bájale a las pastillas. Siento que se medio marea de repente.

—No, Adolfo, si lo desapendejas, ese güey sí se va —le respondió Martín en voz baja.

—Pues sí, pero...

Entró Omar al cuarto y me dijo:

—Vente, te ayudo —y me tendió su mano—. Ojalá que el Martín no le diga nada a Adolfo de lo de hace rato. No sé hasta cuándo se vaya a acabar esto. Pero tan pronto como acabe, me voy a ir con mi familia. Y les voy a pedir perdón por todas mis locuras. Sé que ellos me van a entender, ¿verdad, flais?

—Sí, Omar. Sí.

Cuando salimos, Álvaro ya estaba en el carro. Nos acomodamos como siempre, pero ahora Karla nos acompañaba. Nos paramos en un restaurante. Adolfo se bajó con Karla y compraron bisquets, jugos, café y no sé qué tantas cosas más. Los que nos quedamos en el coche no cruzamos una sola palabra. En el resto del trayecto Adolfo reía mucho,

pero se le notaba preocupado. Podía percibirlo y él lo sabía. Algo ya no le había salido. Me extrañaba esa inquietud en un hombre tan seguro de sí mismo. En ese momento recordé una historia que él me había contado: "Fíjate que una vez, uno de mis ahijados estuvo en una aprehensión muy peligrosa". "¿Lo detuvieron?", le pregunté. "No, güera, qué va. Por ahí andábamos y que se desata una balacera, pero él, sabiéndose protegido por los santos, le valió la balacera y se metió en medio de los tiros y desarmó al tipo que les estaba disparando a los federales. Esto sucedió en Jalisco. Después yo le dije: Oye, ahijado, no hagas eso. No tientes a los santos, ¿qué tal si un tiro te llega? Me contestó: No, padrino, no me llega nada. Porque usted está conmigo. ¡Imagínate cómo me hacen trabajar estos!". "No puede ser", le dije. "Qué bueno que tú no eres uno de ellos. Si no, a ti sí te hubieran tocado las balas". "¿Por qué?", le pregunté. "Debes creer. Recuerda, con creer que algo sucederá...". "Sí, claro, eso sí lo sé: sí lo crees, sucede". "Así es, Sara. Cree y harás que suceda". Y me tomó de la mano, la besó y ya no me la soltó.

Pero ahora era Adolfo quien estaba dejando de creer. Su cara era diferente; trataba de aparentar tranquilidad. Se reía. Quería ser como antes, pero yo sabía que no era así. Me miraba y se molestaba: a mí no me engañaba.

—¿Qué me ves? ¿Qué me miras? ¡Deja de verme, coño!

Yo volvía mi mirada para otro lado. *Se aproxima el final. Lo sé*. Sentí que por última vez estaba viendo las luces, las calles, los coches y a mucha gente caminando. Vi todo, menos el cielo. Y ahora es lo único que puedo ver desde mi ventana, en las noches, un pedazo de cielo. Una que otra estrella. Un pedacito de luna de vez en vez. He aprendido a amar la noche.

Su paz y sus ruidos. Todo son voces. No se ven las caras. Sólo oyes.

Rara vez se escuchan grillos.

Se oyen sirenas.

Las voces de los custodios gritando el nombre de alguno de sus compañeros.

O gritando el clásico: *¡Ya apaguen esas luces!*

Los pasos de las custodias, por los pasillos, contándose sus vidas.

En ocasiones, se escuchan los pasos uniformes de grupos de custodios, unos 20 o 30, cuando vienen a hacernos cateos en la madrugada.

Los rechinidos de puertas ya oxidadas, al abrirlas y cerrarlas.

El timbre del teléfono de la esclusa de donde las custodias reciben sus órdenes, donde pasan el *sin novedad*.

O de pronto, las voces, los gritos de las que están siendo trasladadas a la penitenciaria de Tepepan:

—¡No te vayas! ¡No me dejes!

—¡Suélteme, jefa, suélteme!

—¡No quiero irme! ¡Allá me van a matar!

—¡No me lleven! Mis cosas. Mis cosas.

—Háblale a mi abogado. Dile a mi mamá.

Se escucha el ajetreo y los rumores de las que nos quedamos:

—¿Quién se va?

—¿A quién se llevan?

El corazón acelerado. Los interminables nervios. Podrían abrir mi puerta. La respiración entrecortada.

—Adiós. Adiós.

—¡Escríbeme! ¡Te amo!

—Yo también. Yo también. No me olvides.

—Jefa, ya se desmayó fulanita (alguna de las que se quedaron).

Por un rato más salen las voces alteradas en los diferentes dormitorios, gritos de custodias. Y luego el silencio. Lo único que no cambia es mi ventana con su pedazo de cielo.

Siguen los pasos de los rondines.

Las guardias cambiando de turno.

Uno que otro ronquido.

Y así, a medio dormir, transcurren las noches encarceladas.

⁂

—Álvaro, dale vuelta, vamos a dar un paseo por Reforma para que vean El Angel —pidió Adolfo. El coche olía a bisquets y café.

Me pareció impresionante esa columna, con el ángel dorado, lleno de luz.

—Adolfo, ¿no crees que es peligroso? —preguntó Karla.

—¿Por qué? Si ni siquiera saben que estamos aquí.

—Pero, ¿y si es la de malas? —preguntó nuevamente Karla.

—No, Karla, no. Nadie sabe ni lo que buscan ni a quiénes. No nos reconocerían. Síguele, Álvaro. Vamos a dar otro paseíto. Oye, qué rico está este pan. Cómo no lo supimos antes. Martín, fíjate bien dónde es para que vengan a comprar más mañana.

¿En realidad creerá en un mañana?

—Ya vámonos. Ya es tarde —indicó Martín.

—Sí, vámonos. Quiero ir al sanitario —dijo Adolfo.

—Adolfo, ¿y la maleta negra? —preguntó Omar.

—Acá, la tengo en los pies —respondió Martín.

—Ah, qué susto me diste, Omar. Coño. Hasta sudé. ¿No ves que ahí está el arma y el dinero? Ah, por cierto, Karla, necesito que cambies dinero.

—¿Más?

—Sí, más. Lo voy a necesitar. Voy a dejar sólo tres millones de dólares y cambiarme unos diez millones de pesos (cantidad anterior al cambio de moneda). Las piedras preciosas las voy a seguir guardando, por cualquier cosa.

—Qué barbaridad, Adolfito. Donde sí te robaron tremendamente fue en la casa de las Alamedas. Ahí tenías mucho dinero y las barras de oro. ¿O pudiste sacar todo eso? —preguntó Karla.

—Ahí se quedó. Lo que me preocupa es que se me olvidó sacar los libros de contabilidad.

—¿Cuáles? —preguntó alarmado Martín—. ¿El de las cuentas? ¿O el de los nombres y las cuentas de los que te debían?

—Que me deben.

—No jodas, Adolfo. Yo te lo recordé. Éstos que traemos aquí, ¿cuáles son? —empezó a revisar—. ¡Carajo, faltan dos libros!

—Sí, coño, pero se me olvidó, ¿okey?

—Sí, pero date cuenta de lo que puede pasar si esa información cae en manos equivocadas.

—Ya cállate, ya basta. Vamos al departamento, *Duby*; me estoy orinando.

—Sí, señor.

—No está lejos de aquí —indicó Karla.

Pronto llegamos. La calle era de un solo sentido, muy ancha. Nos detuvimos en un edificio de varios pisos.

—Es el de arriba, Adolfo.

—¿Hasta arriba? —levantó la mano señalando—. Es mejor. Así tenemos más visibilidad hacia todos lados. Mira, si aquí está el súper.

—Claro, Adolfo, esto está muy bien. Aquí viviremos juntos —señaló Martín.

—Como una gran familia —dijo Adolfo, me tomó del brazo y me sacó del coche. Me abrazó. Esas actitudes me desconcertaban—. Recárgate en mi hombro, flaca. No voltees a ningún lado.

—Bájense —ordenó Martín—. Baja la maleta, Omar.

Omar obedeció. Martín sacó unas bolsas. Subimos al cuarto piso. Los escalones eran angostos. Llegamos al departamento. Adolfo dio un vistazo desde la puerta y después entró a cada habitación. Vi un teléfono. Eran tres cuartos, un baño, una cocina, sala y comedor. Todo amueblado sin gusto; muy sencillo. Pensé que en comparación a los lujos que Adolfo estaba acostumbrado, ese lugar dejaba mucho que desear, que no le gustaría. Pero me equivoqué. Estaba feliz. Nervioso, pero feliz. Me metió a un cuarto. Tenía dos ventanas que hacían escuadra. Una daba al techo que cubría la puerta de la entrada. Y la otra daba al frente, por la calle donde entramos. Al frente, abajo, había una lavandería. Eso lo descubriría días más tarde. Pues esa noche me puso en la cama y me ató las manos. Cerró las cortinas y se sentó en el único sillón que había en la habitación. No decía nada; sólo me observaba. Pasó un largo rato. Yo escuchaba los coches pasar. Las risas en la calle y voces en algún departamento. Las de Martín, Omar y

Karla.

⁂

En uno de los interrogatorios, de pronto, las luces se prendían y apagaban. Los perros empezaron a aullar y la puerta se abrió de par en par.

—¡Ay, culero, qué pedo!

—Qué pasó, mano. Qué onda.

—No sé. Es el diablo de esta puta.

—Ya mejor no le pegues. Ya no la toques o nos va a cargar la chingada a nosotros, no a ella, cabrón.

—No, güey, vámonos a la verga. Ya déjala.

—Nos quedamos y nos la chingamos por ojete.

—Si nos hace algo el espíritu de ese puto, tú nos la pagas, cabrona —me jaloneó el cabello.

—Cállate, güey. Yo sí creo en eso.

—Sí, yo también.

—Ya, con una chingada. Es el aigre.

—Tápenle los ojos a esa perra.

—Trai la venda, compa.

Empecé a sentir como si los ojos se me fueran hacia atrás, de tanto que me los oprimieron; sentía que iban a explotar.

—A ver, cabroncita, ¿a ver, no que no fue usté? Ya hasta Álvaro dijo que tú le ordenaste que disparara la metralla y los matara. *Mátalos, con una chingada. Obedece*. ¿Verdá que eso dice el *Duby*, compa'?

—Tú ordenaste que mataran al Adolfo y al Martín.

—No, señor. Yo no.

—¿Cómo no? ¿Cómo no? Hija de tu pinche madre. El Álvaro

ya lo confesó.

—No es cierto. Él no los mató.

—Entonces tú sí. ¿Verdad que sí, pinche bruja?

No dejaban de abofetearme. De jalonearme de los cabellos.

—En la cara ya no, pareja. Se le va a notar.

—Y qué, si ya va pa la cárcel por asesina.

—No, güey, en la cara no. Pégale en la panza. Chíngale las piernas.

—Donde caiga, qué te fijas.

—Yo no fui, señor. Yo estaba abajo.

—Tú fuiste.

—No, señor, eso no es cierto.

En cierto momento me dieron a firmar un legajo de hojas.

—Pon tu nombre hija de perra. Ponlo.

Sólo lo puse en las primeras hojas. Las otras no sé quién las terminaría de firmar.

—Aquí, culera, aquí. Si no cooperas, te va a cargar la chingada.

—Cuánta gente tenían en la secta. Cuántas personas.

—Yo no sé —me pegaba en el estómago.

—Ya no le pegues. Mira, yo te voy a ayudar. Ya no te van a pegar, pero coopera —era otra voz que no había escuchado—. A ver, quítenle la venda de los ojos.

No veía nada, aun sin la venda.

Yo no conozco a *los diabólicos*, dijo *La Tigresa*

[...] Ahí, en la habitación decorada con un gran cúmulo de imágenes y hasta con piedras y en donde es

acompañada por diminutos, finos, pero muy ladradores perros, la señora Serrano indicó que ya quisiera asistir a una misa negra, "pero no las encuentro. Ya viajé a Haiti y no hubo nada. Yo quisiera que alguien me invite y prometo que si voy, porque a mi me encanta saber todo lo que es oculto, lo que es misterio".

[...] En su casa hay figuras que representan al demonio e Irma Serrano indicó: "El diablo para mí es seductor. A quién, pregunto, no le gustan los placeres, la lujuria y todas esas cosas que dicen del diablo. A mi me encanta. Así es que mientras digan que el diablo es mi amante, a mi eso no me enoja". Hasta ahí.

9 de mayo. *La Prensa*, Mario Samayoa M., pp. 27, 30.

—Mira, niña. Yo sí creo que eres inocente. Pero tienes que ayudamos para que te puedas ir a tu casa, ¿entendido?

—Sí, señor.

No me podía tallar los ojos, pues tenía las manos atadas detrás de la silla

—A ver, límpiele la cara.

—Sí, traite algo, cabrón —esa voz sí la conocía.

—Supimos que hay muchos artistas metidos en esto.

—No sé, señor.

—¡Cómo no lo vas a saber, chingao! Si está anotado en uno de los libros. Los libros estaban en casa de tu novio.

—No es mi novio.

—*Era*. Ya ves que está bien muerto. Ya lo viste.

No dije nada. No me cabía en la cabeza su imagen muerta.

Serrano dice: "Me encanta Satán: no lo niego. Esta secta no la conozco: me hubiera gustado ser la mera mera petatera de ella, sin sacrificios ni drogas", agregó a los periodistas.

Con pestañas postizas multicolores, un diamante en el párpado derecho y la extravagancia de sus joyas acusó a la prensa de amarillista.

Por su parte, el peinador Alfredo Palacios, íntimo amigo de *La Tigresa*, e incluso compadre, afirmó que su nombre fue confundido con otro Alfredo Palacios, que le vendió la casa de Atizapán a *El Padrino*.

También fustigó las palabras que lo relacionan a él con la secta y dijo ser devoto del Señor de las maravillas de Puebla. "Ya estoy cansado de que desde hace 15 días se me embarre de tanta mié...", fue su comentario último.

10 de mayo, *El Universal*, Antonio Arellano, pp. 25-26.

—Mira, lo único que te pido es que, por favor, por tu bien digas que sí. Que si lo sabías. Quiero ayudarte. Y esto está muy difícil.

—Yo no los maté, señor.

—No, yo sé que no, chingaos. Te estoy hablando de otra cosa. Tú sabías que estas personas —y me extendió una lista— visitaban a Adolfo Constanzo.

—Nunca supe nombres.

—Cómo no. Tienes que decir que sí para que yo te pueda ayudar.

—Pero eso no es cierto. Yo no vivía en su casa y...

—No quieres cooperar, qué lástima. Tápenle los ojos de nuevo.

—No, señor. No me los tape, por favor.

—Ayúdame para ayudarte.

—No es que no quiera, señor. Es que no sé.

—Tápenle los ojos y denle una recordadita.

—Por favor, ya no.

—Órale, tápenselos.

De nuevo regresó el dolor en los ojos y la cabeza que me explotaba.

Adolfo se volvió a verme, me acarició la mejilla y se salió del cuarto. Cerró la puerta. Escuché a Omar que decía:

—Vamos a jugar ajedrez.

—Sí, vamos —le contestó Adolfo—. Dónde está Martín.

—Con Álvaro. Se están tomando un refresco y creo que jugando cartas.

—Ah, okey. Tráelos, pues.

Hablaban. Reían. Después Martín y Álvaro salieron a la calle.

—Trae unas papas fritas. No, mejor palomitas —pidió Adolfo.

Cuando regresaron, Adolfo ordenó que llevaran todas las botanas a la mesa. Escuché muy cerca de mi cuarto la voz de Adolfo. Abrió la puerta y me soltó las manos:

—No quiero problemas, flaca. No quiero, ¿está bien? —asentí, lo miré—. Estoy contento porque estamos juntos. Tengo un presentimiento. La baraja no me quiere hablar.

Eso no es bueno. Nada bueno. No vayas a hacer tonterías. No me obligues a hacerte daño. Sara, mi Sara. Yo te juro que ya quiero que esto se detenga. A veces creo que sería mejor hablar con la Judicial Federal y decirles todo, pero traicionaría a mi gente. A mis ahijados. Ya me han cuidado mucho. Mis ahijados no me lo perdonarían. Prefiero morirme. No, la verdad no sé si lo prefiero. No se lo digas a los muchachos porque sería el caos. Todo se viene abajo. Ayúdame. Ayúdame a detener esta locura. Tú eres fuerte e inteligente. Sé que me entiendes. Lo sé... Camina un poco, al rato vengo a verte.

[...] Constanzo y su grupo fueron localizados por agentes de la policía judicial del Distrito en la colonia Cuauhtémoc, ya que un empleado de un supermercado cercano al edificio departamental donde se escondían, les avisó de compras constantes de un hombre con las características de De León.

Posteriormente se identificó el automóvil New Yorker que utilizaban y se restableció vigilancia afuera del número 19 de la calle de Rio Sena, el pasado sábado.

Ya se tenia planeado atrapar ese mismo día a Constanzo y sus seguidores, pero *El Padrino* precipitó las cosas al sentir la presencia de agentes policiacos, contra quienes disparó.

9 de mayo. *El Universal*, Antonio Arellano, pp. 25, 27.

No me pude mover de la cama. Me quedé ahí recostada. No

pensaba en nada. No podía ni quería. Otro día más. La luz entraba muchísimo. Mi cuarto resplandecía y yo estaba tan oscura, tan fría.

En los tres días siguientes, Álvaro y Martín, o solo Martín, iban al súper de la esquina. Traían lo que Adolfo quería. Comían, charlaban. Pero ese día era diferente. Adolfo levantaba la voz. Les gritaba. Yo tenía las manos desatadas. Me tapaba los oídos. Cerraba los ojos con fuerza. Adolfo estaba enojado. *¿Ahora con quién? Dios mío, que no entre. Que no venga para acá.* Pero entró:

—Tú, ¿qué? ¡Tú qué coños estás haciendo! ¿No te gusta mi voz? ¿No te gusta?

—Adolfo, por favor —le pidió Omar—. Ven, por favor. Déjala. Ella no te ha hecho nada. Fue Martín el que te la hizo.

—¡Hijo de puta, mal nacido! No ha llegado.

—Ya vendrá, tranquilo. Tranquilo.

De sus ojos salía fuego.

—Voy a llamar a la judicial. Los voy a entregar. Mal nacido.

Daba vueltas y salía y entraba. Parecía loco.

—No pienses mal. A lo mejor se fue a visitar a su familia.

—¿Eres pendejo o qué. Omar? ¿Eres pendejo?

—No lo soy. Sólo...

—Ese se fue a acostar con alguien. Ese se fue de puto. Nos van a caer aquí. Nos van a caer. Mejor llamo antes. Tiene tres horas de haber salido y ni siquiera ha llamado.

—Él sabe que no debe tardarse. Ya no tarda.

Adolfo tomó las vendas y me amarró las manos a la cama. Yo temblaba. Lo veía tan desencajado. Y no paraba de hablar y hablar. Omar trató de detenerlo pero siguió. Lo sacó del cuarto. Regresó y me revisó las manos. Las soltó un poco. Yo

terminé de soltármelas. Brinqué y abrí la ventana. Amarré una sábana o dos. Me vi amarrando una, dos, tres, cuatro sábanas ... Y después me vi corriendo entre calles. Llegué a un hospital. Buscaba a una patrulla. No la encontré. No vi policías. Corrí y seguí corriendo hasta que me detuvo la mano de hierro de Adolfo. No supe más. Hasta ahora creo que eso no lo pude haber vivido corporalmente. Tal vez fue un viaje etéreo. No lo sé. Creo haber hablado con alguien. No sé con quién. Marqué un teléfono para pedir ayuda y en ese momento sentí la mano de Adolfo. Aun cuando por televisión he identificado el hospital. Tal vez fue un alucine, como dicen aquí.

Después de un largo rato sonó el teléfono. Contestó Adolfo:

—Dónde andas, coño. Dónde. ¿Todo bien? Ah, bueno. Sí. Ajá. Sí, apúrale. Ven ya. O voy a llamar a la policía y les voy a decir dónde estás y te va a cargar con toda tu gente, coño. Vente pero ya.

Colgó el teléfono y de mejor humor le pidió a Álvaro:

—Ve al Superama y tráeme un pastel de chocolate; de los larguitos, de los que vienen en cartón.

—¿Cuáles? —preguntó Omar.

—De los de chocolate.

—Ah, Suandy.

—Sí. Ya sé. Qué más.

—Lo que quieras. Lo que veas.

Y salió. Adolfo le dijo a Omar:

—Vamos a las ventanas para verlo, que no se vaya a pasar de listo. Es la primera vez que sale solo.

—Ay, Adolfo, pero si está todo atontado.

—Eso sí, ja-ja-ja.

Quiero ir al baño. Necesito hacer del baño. Me urge orinar. Eso sí que era una rareza. Pues casi no orinaba, ya que sólo bebía agua del lavamanos de vez en cuando. Además, casi siempre me orinaba en la cama o en un rincón del cuarto, cuando andaba suelta en la recámara. O cuando llegaba Adolfo y me *mataba*.

BUSCAN AL JEFE DE LA BANDA Y A LA SACERDOTISA

[...] Con sacrificios humanos, magia negra, *vudú*, santería y, al parecer también canibalismo, los presuntos miembros de la banda esperaban volverse invulnerables a tiroteos, persecuciones y detenciones.

Estados Unidos y México tratan de encontrar a la supuesta sacerdotisa, Sara Villarreal Aldrete, de 24 años, una atractiva rubia cuya residencia en Matamoros cuenta con altares del diablo y tiene adornadas sus paredes con sangre humana.

[...] Cinco de los 11 integrantes de la banda satánica revelaron a la policía judicial que Valente Fierro, Gilberto Garza Sosa y Raúl Saucedo Sosa fueron sacrificados por deudas que tenían con el jefe de la banda, Adolfo de Jesús Constanzo, por 603 kilogramos de mariguana vendida en Estados Unidos.

14 de abril, *La Prensa*, EFE, pp. 28, 38.

—Sara, te debes ir. Te vas a ir. No te puedes quedar porque

si no ... Te van a torturar hasta morir. Sé que eres fuerte. Muy fuerte, pero vienen cosas terribles. Yo te voy a liberar —me apuntaba con la metralleta. Me la ponía en la frente, luego en el cuello—. Te quiero tanto. Te quiero mucho. Por eso lo hago. Ojalá mi mamá me pudiera ayudar. Ojalá mi madre me abrazara. La extraño mucho. Me hace falta. Mis hermanos deben de estar muertos de pena por lo que está sucediendo. Son gente buena. Y mírame, dicen que yo maté gente. Coño, ¿qué pasa? ¡Qué pasa! ¿En qué me equivoqué, en dónde fallé? Mi salación fueron los de Matamoros. Yo no debí pisar Matamoros. Coño, no debí. ¿Me creerías si te dijera que me obligaron a matar por deudas ajenas o por venganza? Maté a Gilberto Sosa, otro de tus pretendientes, pero lo matamos por una deuda. O tú, ¿qué piensas? Ya no puedo pensar bien. Pero estos hijos de puta no me van a agarrar así de fácil. ¡Necesito hacerme una cirugía plástica! ¿No conoces a algún médico? ¿Sí, de veras? A ti nadie te reconocería; estás tan flaca que pareces otra. No, mejor me muero. Así que, ¿qué vas a hacer sin mí si me voy? Debes irte antes de que los judiciales te maten de dolor, flaca. Te voy a matar. Te voy a matar —y empezó a llorar.

Una vez más no sentí nada. No pude reaccionar. No me moví. No lo miré. Iba a morir otra vez. *Padre nuestro, que estás en el cielo. Santificado...* Y de ahí no pasaba. Se me olvidaba la oración. Pero tenía la fuerte convicción de que era escuchada por Dios.

⁂

—Ni tu Dios te va salvar de esta, hija de puta. Bruja, ojete.

A mi madre ya me la habían puteado y pincheado bastante. Empecé a tomar valor de no sé dónde y llegó:

—¡Sí, soy bruja! ¡Y se van a morir todos!

Se quedaron callados. Se voltearon a ver unos a otros.

—Todos ustedes serán tocados por la maldición de Satanás. Van a sufrir. Van a llorar. Se van a morir.

Se miraban entre sí los cinco bigotones.

—Cállate, puta,

—Cállala, compa.

—Mira, ya me quiero gomitar. Ay, mestoyhogando —yo lo miraba fijamente.

—Sácalo. Sácalo. Lo va a matar.

—Pégale unas cachetadas. Está posesionada.

—No, yo no le pego.

—Aviéntale algo a la cara. Mírale los ojos. Se le están poniendo amarillos, como a la Diana Salazar.

Los miraba fijamente y me reía.

—No, mano, aquel está guacareando. Se lo van a llevar a la enfermería.

Múltiples personalidades de Sara

> [...] los elementos que participaron en la detención y en los interrogatorios de los *narcosatánicos* explicaron que Sara María Aldrete es una persona muy especial, es simpática, agradable, atractiva y hasta seductora cuando está delante de cámaras, funcionarios y reporteros; sin embargo, tiene otras facetas donde muestra que es violenta, perversa, agresiva y capaz de matar a quien

tenga enfrente, lo cual, aunado a su gran capacidad de inteligencia, la hacen una delincuente sumamente peligrosa.

Es fácil que engañe a cualquiera con su carita de inocente; sin embargo, lleva una maldad enorme en su alma y con tal de zafarse de los problemas y poder manejarse a sus anchas en sus ilícitas operaciones, es capaz de presentarse como el mismo diablo lo hace o, en su defecto, aparentar dulzura como si tuviera una máscara, y cuando te tiene cerca saca las garras.

16 de mayo, *La Prensa*,

Humberto Huerta Míreles y Guillermo Ríos Munive, pp. 25, 27.

Me escupían. Pero eso ya era normal. Ahora la que tomaba las riendas de la situación era yo. Ahora ya sabían que los tenía en las manos. A todo les daría por su lado. Les hablaría amable, pero los miraría fijamente. *Ya no me van a tocar.* Y ya no me pegaron más.

Y ya en prisión el mito de la narcosátanica me ha servido en varias ocasiones. Por ejemplo, en los cateos, que son muy molestos por el tiradero de cosas que hacen en la celda, estancia, como le llaman. Y la desvelada que nos llevamos. Uno de esos cateos se realizó a las cuatro de la mañana. Mi compañera de estancia, Mercedes, dormía profundamente. Yo acababa de regresar del sanitario y empezaba a tomar de nueva cuenta el sueño. De pronto se escucharon pasos de varias personas. Voces.

—Pásenle.

Estoy soñando.

Se abrió nuestra puerta; sólo vivíamos mi amiga Mercedes y yo. Ahora somos seis personas en esta pequeña celda (de nueve metros cuadrados, aproximadamente). De pronto una voz grave ordenó:

—Señoras, enciendan la luz. Esto es una revisión de seguridad pública.

Acostumbraba dormir con la cabeza hacia la puerta debido a que la cama es de piedra y como no puedo cambiar de lugar, sólo cambio mi posición esporádicamente. Entonces colgué más mi cuello y, viendo todo de cabeza, me encontré con una figura tremenda, a trasluz. Estaba vestida completamente de negro. Con un casco inmenso, con protector al frente, chaleco antibalas y botas casi hasta las rodillas.

¡En la madre! Las Tortugas Ninja.

Me enderecé como jalada por una corriente eléctrica. Mercedes encendió la luz:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes?

Yo no pude articular palabra alguna. Tres personas entraron; una de ellas dijo:

—Aquí vienen las de Derechos Humanos. Nada se va a hacer fuera de la ley. Viene el Ministerio Público y gente que va a supervisar nuestro trabajo. Iban diciendo esto conforme iban revisando nuestras pertenencias: cajas, ropa, colchones...

—¿Eres adicta? —me preguntaron.

—No, claro que no.

—¿Y tú?

—No, señora.

—¡Ah, mira nada más! —Meche y yo nos quedamos frías—.

Pásame el celular.

—El celular, ¿cuál? —pregunté.

—Ése. El que está detrás de usted —le indicó a Mercedes, quien se volvió a mirar donde le indicaban y le respondió:

—No, señora, aquí no hay celular.

—Ese que está atrás. No se haga.

—No es que aquí no hay celular —insistió Meche.

—Ése. Ése.

—Ah, ¿éste? Es el control remoto de la tele —le aclaró Meche, quien tomó el aparato y me lo pasó.

—Control. Tele. Control —empecé a decir, mientras apretaba los botones.

Mi broma desató la furia de la señora ninja y empezó a tirar todo al suelo. El azúcar en las cremas de la cara. El Nescafé con la sal. Todo tiraba y revolvía. Me empecé a exasperar y mi paciencia se terminó cuando tomaron una salsera llena de diversas monedas, especialmente de dos onzas troy que me regalaron en un cumpleaños. Se las puse a mis santitos como limosna. Al verlas, una de las custodias dijo:

—Venimos buscando madera, metales. ¡Y mira nomás lo que me encontré! A ver, compañera, pásame la olla esa.

—Cuál, ¿ésta? No. Ésa no la puede tocar —señalé.

—Ah, chin... ¿Y por qué no?

—Porque ése es dinero de mis santos. ¿Qué, no sabe quién soy?

—No, la verdad no.

—Yo soy Sara Aldrete y me dicen la narcosatánica. Soy yo la de las brujerías y sacrificios humanos en el 89.

—Ah, sí. Yo sí me acuerdo. Se metieron un chingo de artistas y políticos, ¿no?

—Y mataron a un chingo de gentes, ¿verdá?

—Sí, eso dicen —Meche me miraba a punto de la risa

—Y, ¿sí?

—Pues tal vez sí. Tal vez no. Pero de que soy bruja, soy bruja. Y este dinerito es de mis santos y no respondo por lo que les pase.

—Ah, pos regrésaselo, compañera. Pídale, de nuestra parte, disculpas a sus santitos. Bueno, pos aquí ya terminamos. Vámonos.

—Sí, gracias. Que les vaya bien.

El cuarto quedó hecho un caos. A las ocho de la mañana terminamos de arreglarlo.

Otra anécdota en que he invocado mis supuestos poderes sucedió en otra revisión en busca de drogas y armas por un grupo especial de seguridad y custodia (los cateos son frecuentes, pero nunca tan terribles e impresionantes como los que realiza ese grupo). Las guardias revolvieron todo sin encontrar nada. Una de ellas ordenó:

—Las vamos a revisar. Pónganse aquí. Tomen sus cosas de valor. Meche tomó su agenda y su dinero y yo tomé mi cangurera. Revisaron a Meche y le pidieron que se saliera del cuarto. Me revisaron a mí. Una de las custodias encontró en un compartimento pequeño una bolsita de plástico con un polvo blanco brillante.

—Ajajá, conque nada de adicciones, ¿eh?

—No, señorita, eso es sal bendita.

—Sí, cómo no. Sal bendita.

—Es sal bendita, tal como se lo estoy diciendo.

—¿Cómo te llamas y por qué estás aquí?

—Sara Aldrete. Estoy por narcosatánica.

—Ah, tú eres la de los muertos del Diablo.

—Nada más ni nada menos.

—¡Ah, caray! ¿Y esto es sal bendita?

—Sí, señorita; pruébela.

—Y la usas para trabajar en ... Bueno, en ... Tú sabes.

—Sí, claro.

—Ah, compañera, dice que es sal bendita.

—¿Ya la probó?

—No. Es que ... Es, es la narcosatánica. Sara Aldrete...

—Ah, ya lleva muchos años aquí, ¿verdad?

—Sí, bastantes.

—¿Y la sal?

—No la sal, no. Ésa me la acaban de traer de Roma. La bendijo el Papa. Ya la revisaron en la entrada. Pruébela, por favor.

—No. No, este.. Yo no la encontré.

—Yo sí, pero no, compañera, yo no la puedo probar. Tengo problemas con la sal.

—Ah, pos llámele a la de Derechos Humanos para que la pruebe.

—Ah, pues sí.

—Seño, licenciada, venga por favor.

—Sí, dígame.

—Mire, aquí la güerita...

—Qué tal, Sara, ¿cómo está?

—Aquí licenciada; todavía ando por acá.

—Ya. Pronto esperamos verla afuera.

—Sí, gracias.

—¿Cuál es el problema?

—Lo que pasa, mi lic, es pues le encontramos esto —le

mostró la bolsita.

—¿Qué contiene?

—Dice que sal bendita.

—¿Sí, Sara?

—Sí, licenciada, la bendijo el santo Papa. La revisaron en la entrada y no hubo problema.

—Ah pues, pruébela —le pidió a la custodia que la encontró.

—Ah, pos es que tengo problemas con la sal: retengo el agua y se me sube la presión y ... No pos no.

—Bien. Bien. A ver, usted —le pidió a la otra.

—Yo no la encontré.

—Bueno, es que yo no vengo a probar lo que ustedes encuentran. Yo vengo a supervisar su labor. Así que pruébela.

La custodia que tenía el sobrecito hizo como que metía el dedo a la bolsita y dijo.

—Sí es sal. Vámonos.

Se despidieron muy amables y me devolvieron la bolsita.

Al poco rato todas se reían de lo que sucedió. Entre risas y bromas seguimos acomodando el tiradero que dejaron.

Y como en estas dos anécdotas, he tenido otras oportunidades que he echado mano de mi fama de narcosatánica para mantener las distancias y el mutuo respeto.

⁂

Me oriné en el clóset. Después volví a escuchar las voces de Omar y de Adolfo.

—Ya viene Álvaro. ¿Ya ves?, está contigo.

—Pero ese Martín me las va a pagar.

—Sí, qué bárbaro, cómo te puso de nervios.

—Tú sí me entiendes, Omarcito. Oye, vamos a hacer una limpia aquí.

—Pero, ¿y tus santos? ¿Y el caldero?

—No te preocupes, ahorita pido que me los traigan un ratito. Sirve que les doy de comer.

—¿Aquí, aquí?

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—¿Pero cómo vas a pasar los animales? ¿Y Álvaro?

—No te preocupes. Yo lo arreglo.

—Oye, Adolfo, ¿pero vas a esperar a Martín, verdad? Yo no los puedo matar. Tú sabes que tengo pesar por los animalitos.

—Cállate, Omar.

—Es que piénsalo bien. Yo no los puedo ni sostener para que les cortes el pescuezo. Además, aquí el ruido que van a hacer. Ya ves cómo cacarean las gallinas cuando se están muriendo. Y los chivos lloran muy feo, Adolfito. Aquí no mates animales. Aquí no. Nos pueden acusar los vecinos.

—Ya, Omar. Yo los mato.

—No, Adolfo, piénsalo bien.

—Creo que voy a traer unas palomas. Sí, eso voy a hacer.

—Sí, creo que eso estaría bien.

—Ahorita que llegue el Álvaro le voy a decir que me acompañe. No, mejor me espero a que llegue Martín y él que las compre. Sí, yo de aquí no me muevo y los dejo solos a ustedes dos.

—Ay, Adolfo, no pasa nada. Yo cuido a la flaca.

—No.

—No te preocupes...

—Ya te dije que no.

—Okey, okey, cálmate.

Pasó un rato. Llegó Martín:

—Traigo un buen de periódicos. Vengan a ver, vengan. Oye, Adolfo, no dejan de culpar a ... Ya sabes quién.

—¿En serio?

—Sí, y la están metiendo grueso en esto. Desde el principio, pero cada día más.

—Ah, qué caray. Pues ni modo. Qué le vamos a hacer.

—Creo que los familiares la reportaron como perdida. Y los judiciales en chinga la metieron en todo este desmadre.

—¿La acusan directamente?

—No, dicen que es tu esposa.

—Ah, mira. Vaya cosa. Ni modo.

Pensé que hablaban de Karla. Nunca supuse que se referían a mí.

—Oye, Martín. Vete a comprar unas palomas. Ve por los santos. Les voy a dar de comer.

—No creo que sea buena idea, Adolfo.

—¿Por qué no? Te lo estoy ordenando. No te lo estoy pidiendo.

—Pero, Adolfo, las cosas no andan bien y no debes hacer...

—Cállate y obedece.

—Pero fíjate dónde estamos. Hay que pasar por donde está el portero y es un fisgón.

—Ven, ven, conmigo, Martincito —entró al cuarto y cerró la puerta. Sólo escuchaba cuchicheos.

—¡Omar, Omar! —era Martín—. Ahora vengo, voy por unas cosas.

Se cerró otra puerta. Sólo escuchaba el ruido de la calle, coches, voces. Pero de ellos, nada. Mucho tiempo después

llegó Martín muy desalentado y dijo:

—Adolfo, no encontré al ahijado.

—¿Cómo que no?

—No. Y fíjate que no había ni un coche; como si hubieran salido de la ciudad.

—Eso no puede ser.

Se cerró la misma puerta. Después salieron a marcar el teléfono. Marcaban y colgaban. Marcaban. Colgaban. A nadie encontraban. Ya estaba oscuro. Entró Omar a mi cuarto.

—Hola, flaquita, cómo estás. ¿Tienes hambre? No has comido nada. Te vas a morir si sigues así —no conseguía prestarle atención a nada de lo que siguió diciéndome—. Si no te cuidas, te vas a poner mal otra vez.

No podía haber *otra vez*, pues nunca me sentí bien. Estaba cada vez más fuera de mí. Fuera de control. Ya no sabía qué pensar o cómo pensar. No dormía. En ocasiones temblaba.

—Ay, flais. Cuídate, ¿sí?

Se salió. Después entró Adolfo y se sentó en el sillón. Me observó por un largo rato:

—Oye, flaca, ¿y si me muero? Tú qué harías si me muero, ¿eh?

Si se muere. No. El no se va a morir. ¿Qué voy a hacer si se muere? Tal vez sea mejor para todos. No, ¿qué hago? No conozco a nadie. Nadie me va a querer ya en mi casa. Estoy sola.

Como si oyera mis pensamientos me contestó:

—No pienso dejarme morir. O mejor, escucha, esto suena mejor: no te vas a deshacer de mí jamás. ¿O qué te digo?

Sólo lo miré.

—Si me muero, ¿llorarías por mí? ¿Te dolería verme muerto? ¿O saberme torturado, golpeado y hasta cogido?

¿Que te gustaría más para mí? ¿O para ti? Dime, flaca, dime —y se reía—. Tal vez, la que se vaya antes seas tú. Mírate. Qué mal te ves. Lo mejor sería que yo los matara. Y nos fuéramos de este mundo a disfrutar el estar juntos. ¿O qué opinas, flaca? Anda, dime. Yo pienso que no los debo dejar solos. Y te voy a decir algo. Si te quedas viva, te van a destrozar. Piensan que eres una persona poco grata por estar conmigo. Ayúdame, sal a buscar a ese cirujano plástico que conoces. Te doy para que tomes un taxi. No le voy a decir nada a Martín; no le gustaría mi idea. Ya ves que no está de acuerdo con lo que vengo haciendo. Ahorita no está. Sé que vas a regresar —hablaba sin parar y yo no conseguía procesar sus palabras. Pero hablaba de morir. De matar—. En mi religión es necesario matar para conseguir la protección. Pero no es la santería cubana pura, es otra.

[...] De manera extraoficial en la PJF existe la versión de que sus colegas de la Judicial capitalina que intervinieron en el sonado caso, fueron quienes liquidaron a Constanzo y posteriormente hicieron que se responsabilizara del asesinato a Álvaro Darío de León.

"Adolfo de Jesús Constanzo sabia demasiado y podía implicar a actuales jefes de la Judicial capitalina que antes estuvieron en la Federal, además de prominentes políticos, artistas y hasta empresarios. Por eso tenían la consigna de matarlo", dijo un alto jefe de la PJF que, por contravenir a sus intereses, "porque el asunto es muy caliente", prefiere mantenerse en el anonimato.

Finalmente dijo: "A nosotros no nos la pegan. Basta

darle un ligero vistazo al expediente e incluso a los exámenes periciales para echar por tierra la versión de que Constanzo fue asesinado por uno de sus seguidores".

16 de mayo, *El Universal*,

Manuel Alonso Enriquez, p.21-22, 2a parte de la primera sección.

Hablaba de que necesitaba iniciar una nueva vida. De hijos. De vida en familia. Y de nuevo volvía a hablar de morir, de seguir matando y de formar una familia en el más allá. Hablaba de una muerte segura. De que cada quien eligiera su destino. Hablaba del suicidio. Pero terminó diciendo que todo iba a tener un buen final. *Se suicidaron. Se mataron. Los mató Álvaro. Era una promesa que se hicieron entre ellos.* Así lo manejarían los medios de información y en las procuradurías. Pero no era cierto. Ellos estaban vivos cuando yo abandoné el departamento. Los mataron en la detención. Y no los mató Álvaro. Tal vez la verdad nunca se sepa. Y a 11 años de los hechos yo sigo sintiendo que fue mi culpa el que hayan matado a Adolfo y a Martín. Sigo sintiendo tanto sus muertes. ¿Qué pensarán sus padres? ¿Quién puede entender todo esto y el porqué de mi proceder? ¿Quién?

—Flaca, ya mis ahijados se han reunido en varias ocasiones para darle solución al problema y ellos están trabajando duro en esto. Quita esa cara. Ya es tarde, deberías dormir. Yo voy a tratar de dormir también —se levantó—. Debo detener esta oleada de situaciones tan terribles. Creo que les estoy fallando a mis ahijados; ellos esperaban más de mi parte. Y creo que no voy a poder ayudarlos y ni sé cómo seguir adelante. No sé

cómo ni para dónde darle. No podemos estar huyendo siempre y ni siquiera puedo tener mis santos para trabajar — me dio un beso en la mejilla y se salió.

Al otro día volvió a tener otro acceso de desesperación, me suplicó llorando que saliera a la calle a buscar un cirujano; que sólo yo podía hacerle ese favor. Claro que yo no conocía a nadie que pudiera hacer ese trabajo, pero para tranquilizarlo, por compasión, salí a la calle, asegurándole que conseguiría un médico. A dos cuadras del edificio le hablé a un pariente. Me dijo que mi familia estaba destrozada por mi culpa. Me senté en la calle hecha una idiota sin pensar en nada. No dando crédito que por fin estuviera en la calle y que fuera incapaz de moverme. Ya sé que resulta difícil de creer, pero así fue. Regresé y le dije a Adolfo que no había encontrado al médico.

Las horas en ese departamento pasaban igual de lentas que las otras horas, que los otros minutos, que los otros segundos. ¿Qué era el tiempo? ¿Cómo medirlo? Por respiraciones, tal vez. O quizá por murmullos y por el paso de los coches. ¿Qué es la eternidad? El tiempo eterno. ¿Quién soy ahora? ¿Quién fui antes? ¿Qué prisión es más fuerte? ¿Cuál es la más severa? ¿La que me privó de la libertad por involucrarme con gente que no conocía? ¿O la que estoy viviendo encarcelada? O tal vez la prisión la lleve en el alma, en el corazón. Iban al Superama, regresaban. Hacían llamadas telefónicas. Salían a comprar bisquets, pollo o pizza o lo que se les antojara. Yo seguía sin querer comer. Seguía orinándome en la cama. Rara vez me llevaban al baño y ahí tomaba agua. Sentía pegada la lengua al paladar. Ya no distinguía las palabras. Ya no quería oír nada. Adolfo seguía entrando al cuarto. Me veía, me

observaba y salía meneando la cabeza:

—Te vas a morir, flaca.

Un día entró (después supe que era sábado. Sábado 6 de mayo de 1989). Ya no coordinaba el movimiento; todo me temblaba. Recuerdo haberle pedido a Dios que me enviara una señal de que yo podía parar todo, que yo podía detener la angustia que sentía. Y detener el dolor de Adolfo. Adolfo me dolía. Martín me dolía. No sabía qué sentir por Omar y Álvaro. Pero sabía que Adolfo ya no podía seguir adelante. Y también sabía que yo me estaba dejando morir lentamente. ¿Qué sentía por él? ¿Por qué me importaba tanto, si él me estaba matando? ¿Por qué me compadecía de él? Tal vez porque aún lo quería. Si es que eso era querer. Tal vez sí lo amé.

—Ayúdame, flaca. Ayúdanos. Lo que necesitamos es irnos del país. Nos vamos a ir a Sudamérica y de ahí, después de un tiempo, nos vamos a Haití. Allá está mi gente. Iniciaremos una vida de familia donde nadie nos conozca. Pero nos van perseguir toda nuestra vida, vamos a huir y huir y huir todo el tiempo. ¿Qué hacemos, princesa? ¿Qué hago? ¡Qué hago! Mis ahijados me dijeron hace días, escucha lo que me dijeron: "Mejor váyase de México, padrino". "¿De la ciudad?", les dije. "No. Del país. Nosotros le conseguimos los pasaportes legales para que no tenga problema en aduana. Claro, que con otros nombres". ¿Cómo ves, flaca? Me dieron la espalda esos cabrones. Estoy acabado. Se quedaron con mi *nganga* y todos mis santos. Ve tú a saber qué estén haciendo con ellos. Me duele tanto, flaca. Tanto. Ya no sé ni qué pensar. Mira hasta dónde los arrastré a todos. Martín se quiere matar. Omar ya no soporta esto y tú... Pero hoy, hoy es un día diferente. Mira el sol —abrió las cortinas de par en par, de ambas ventanas—.

Mira, hoy es un día bueno. Flaca, qué amarilla estás. No qué va, estás verde. Muy verde. Ay, flaca, anímate. Mira ya tengo los pasaportes, al rato te los enseño. He pensado en ir a aclarar todo, pero las cartas me marcan que voy a reventarme solo si voy a la judicial a aclarar las cosas. No debo hacerlo porque me matan esos hijos de puta. Aparte no puedo quedar como un cobarde ante todos mis ahijados. Si así me dicen que los de Matamoros se sienten abandonados por mí; no es cierto, ¿pero cómo los hago entender? Flaca ... Me voy a morir. Me voy a ir y les voy a dejar esta broncota. Eso me duele mucho, pero ayúdame, dime qué debo hacer. ¿Qué hago?

Se salió. Regresó al rato. Yo seguía pidiendo a Dios una señal que me indicara que yo podía salir de ahí. Cuando llegó Adolfo, traía un sobre amarillo grande con cuatro pasaportes: el suyo, los de Omar y Martín y el mío. Era yo la de la foto, pero con otro nombre. Me dijo que los boletos y reservaciones estaban arreglados para el día siguiente.

—Mañana nos vamos a ir lejos de este país. Con los santeros de la ciudad ya no se puede contar. Con mis broncas, todos se van a ir de aquí por un largo rato. Y no van a querer echarme la mano. Después de todo lo que se ha dicho de mí y de la santería calificada como satánica, están muy enojados conmigo. No sé en qué va a parar todo esto, pero la religión no tiene la culpa de nada. Mi nombre va a pasar a la historia, pero ya no voy a estar aquí, en la Tierra. Ya no debo estar aquí. Mira, flaca (retiró los pasaportes de mi estómago: conforme me los fue enseñando los fue dejando en mi abdomen), las cosas no salieron bien. Los de Matamoros dijeron que ellos habían matado a toda esa gente bajo mis

órdenes; hasta describieron la muerte de cada uno de ellos. Dijeron que usaban las columnas vertebrales como collares. ¿Vas tú a creer? Olvídalo, no me entiendes. Estás como ida.

Después entendería de lo que me estaba hablando. En una de las sesiones de tortura, los agentes me preguntarían por el paradero de dos ex agentes federales, un tal Joaquín, y otro que no recuerdo su nombre. Me indicaron, entre golpe y golpe, que debería decir que la guardia personal de Adolfo los había recogido en el aeropuerto de Matamoros y los había llevado a la casita, donde los sacrificaron por órdenes de Adolfo.

Me desató las manos de la cama y me dijo:

—Anda, camina. Camina un poco, que te dé el sol. Que te dé en la cara. Es vitamina. El sol es pura vitamina —abrió las ventanas de par en par—. Camina un poco.

Me enderecé de la cama y me quedé sentada.

—No vayas a intentar algo tonto. Yo te voy a estar viendo.

¿Esta es la señal? Señor, mándame una señal para saber qué hacer.

Como autómata vi el pequeño buró, a un lado de la cama. Y allí vi un pedazo del sobre blanco que contenía fotografías mías, que traía en mi bolso, pero que Adolfo había pegado en la pared, y el sobre estaba allí, vacío. Tomé la parte de enfrente y la corté. Después abrí el cajoncito muy lentamente y allí encontré una pluma. Escribí un recado:

Por favor
Llame usted a
la judicial
y dígale que
en este edificio están

los que ellos buscan
deles la dirección
4° piso
dígales que a la mujer la traen de
rehén.
Se lo suplico por
lo que más quiera
Hable ya o la
van a matar
a la muchacha.

(Trascribo el mensaje tal como lo escribí, el cual está anexado a mi expediente, de donde lo copio). Doblé el papel y me lo puse en la bolsa trasera de mi maloliente pantalón negro. No tenía otro qué ponerme; en mi maleta sólo traía ropa de playa, bronceadores y un vestido de noche, medias y zapatos. Me puse los tenis Reebok, negros. Llegó Adolfo:

—Anda, así, camina. Toma el solecito, princesa.

Obedecí; el corazón me brincaba. Escuchaba los latidos en cada respiración agitada. Me sentía muy mareada. No podía analizar lo qué debía hacer. Adolfo se sentó en un sillón, justo enfrente de la recámara donde yo estaba; desde ese lugar, él podía verme perfectamente, así como a la ventana que daba directamente a la calle. A la que debía acercarme para pedir ayuda. Caminaba por el cuarto formando una escuadra. Adolfo me tomaba el tiempo en cada llegada a la puerta y de regreso. Cada vez me acercaba más y más a la ventana. *Mándame una señal, señor, Jesús mío. Mándame una señal, por favor.*

Y escuché, no sé de dónde, quizá sólo en mi mente, un cántico que escuchaba cuando iba a misa. Me gustaba y

parecía como si me lo estuvieran cantando a mí. *Tú has venido a la orilla, no has buscado ni a sabios ni a ricos, tan sólo quieres que yo te siga. Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo...* Seguí caminando y caminando. De pronto escuché ruidos abajo. Era una camionetita amarilla de donde dos hombres bajaban aparatos para lavar alfombras. Rápido me separé de la ventana y continué caminando. Adolfo tenía la metralleta a un lado del reposet y ya casi no volteaba a verme. Yo me acercaba a la ventana cada vez que podía. Súbitamente escuché ruidos en el departamento contiguo, como si estuvieran aspirando una alfombra. Pasó un largo rato y el ruido se acabó. Adolfo seguía sentado en el sillón y estaba adormilado. Escuche ruidos abajo, en la camioneta. Subían los aparatos. Un hombre se quedó allí. *El corazón me va a estallar, estoy mareada. Dios mío, ayúdame. Ayúdame.* La respiración se me iba. Es como si ahora lo volviera a vivir. Santo Dios. Me asomé a la ventana. El hombre fumaba, creo. Y yo estaba en el cuarto piso. No debo gritar. Seguí caminando. Adolfo dormitaba. Yo caminaba. Me acerqué de nuevo a la ventana. El hombre estaba aún abajo. No me miraba y de pronto, como si algo o alguien le dijera que mirase hacia arriba. Y me vio. Me hizo señas cómo de qué onda. O algo parecido. Yo sólo lo vi. Le hice señas con las manos de que le rogaba que se callara y se esperara un poco. Le aventé el papelito y él lo recogió. Me quité de la ventana. Seguí caminando. Adolfo me miró y se volvió hacia el otro lado. Yo me acerqué de nuevo a la ventana con el corazón mordido entre los dientes. El chico ya tenía el papel en la mano. Le hice señas de nuevo, le rogué que me ayudara. Llegó el otro hombre, hablaron y se volvieron a verme. Me quité de la ventana. Cuando me volví a

asomar, ya se habían ido. Me entró una paranoia increíble. No sabía si lo había tirado. Si ese papel se había quedado en el suelo y cuando Martín fuera al súper lo encontraría. Me matarían. Ahora sí me matarían. Intempestivamente entró Adolfo al cuarto y me dijo:

—¿Qué haces, flaca, qué ves?

Sólo lo miré. Sentí que me hundía en un pozo muy profundo. Él me sostuvo del brazo y me llevó a la cama.

—Creo que voy a cerrar las ventanas. Cómo ves, ¿te amarro? No, creo que mejor te dejo suelta un rato —se salió.

—Álvaro, Álvaro, ve al súper y trae pollo para hervir. Quiero comer una ensalada.

Al poco rato me sacó del cuarto y me puso a barrer el piso de la sala y el comedor. Nunca antes me había puesto a hacer el quehacer.

—Qué bonita te ves, flaca. Qué bueno que sabes barrer.

Terminé y llegó Álvaro con las compras, sin dejar de haber sido vigilado por la mirada de Adolfo desde el departamento. Me metí al cuarto.

—Omar, Omar, ponte a hervir el pollo.

Entró Adolfo y me acarició la mejilla:

—Creo que es el adiós, flaca—pensé que habían encontrado la nota. Pensé que me iba matar—. Hasta el último día. Hasta el último día conmigo —y me besó la frente.

Perdí la noción de toda palabra. Estaba sentada en la cama, pero en realidad no estaba allí. Pasó un largo rato. El habló y habló no sé qué. Ya no sentía el corazón. De pronto se escuchó la radio de una patrulla:

—¡Es aquí la dirección! Psss. Psss.

—Sí. Cambio y fuera. Psss. ¡Suerte!

—¡Ya nos cayeron, Adolfo! ¡Ya llegaron! —gritó Martín.

—¡Chingada madre! ¡Coño! ¡Dispárenles! ¡Dispárenles!

Y en medio de la nada surgió la guerra. Era como estar en medio de dos países en conflicto. Estruendo. Balazos. Explosiones. Gritos. Me tapaba los oídos. La cara. Me tiré al piso.

—¡Al suelo! ¡Al suelo todos! ¡Omar, tírate al suelo!

TRAS UN INTENSO TIROTEO CAPTURARON EN EL DF A 5 *NARCOSATÁNICOS*

Después de 45 minutos de intenso tiroteo, la policía judicial del Distrito Federal logró la captura de Sara Aldrete Villarreal, señalada como una de las principales cabezas de la secta *narcosatánica*, que efectuaba ritos en el rancho Santa Elena, de Matamoros, Tamaulipas. Asimismo, fueron detenidas cuatro personas más, en tanto que una pareja fue encontrada muerta, en el interior de un clóset del departamento 14 de Rio Sena 19, colonia Cuauhtémoc, donde se inició la balacera.

Pese al hermetismo con que las autoridades judiciales manejaron el asunto, se logró saber de la detención de la mencionada mujer, amante de Adolfo de Jesús Constanzo, jefe de dicha banda de narcotraficantes, además dedicados a realizar cultos satánicos.

Antes de ser capturados por la policía en la azotea del inmueble, desde donde disparaban sus armas automáticas, los individuos estuvieron arrojando a la calle, desde la ventana del mencionado departamento,

fajos de dólares de todas las denominaciones; otra cantidad de billetes verdes, incalculable hasta el momento, la incendiaron en la estufa del inmueble.

Luego de la captura de las cinco personas, la policía descubrió en uno de los clósets del departamento 14, los cadáveres de dos personas de apariencia extranjera, de aproximadamente entre 25 y 30 años de edad; uno de los occisos, sentado en un pequeño banco, vestía pantaloncillo de color azul, a rayas, camisa playera también azul, y zapatos mocasines, tipo cheyene.

Por su parte, el tenista George Gavito, alguacil del condado de Cameron, Texas, declaró que anoche las autoridades mexicanas confirmaron a investigadores estadunidenses la muerte de Adolfo de Jesús Constanzo jefe de la mencionada banda; resultó muerto durante el enfrentamiento. Sin embargo, la gráfica en la que aparece el hombre muerto en el clóset no coincide con las señas particulares de Constanzo.

Ahora bien, las autoridades judiciales desconocen hasta el momento si los dos individuos asesinados fueron victimados en otro lugar, o bien llevados ahí para ser ultimados por alguna venganza de la mafia.

Por su parte, el mayor José Salomón Tanús, director de investigaciones, dijo que durante el operativo de captura se realizó la detención de los hermanos Jorge Arturo y Alejandro Mercado Celis, de 23 y 26 años, en los momentos en que se echaban a correr luego del cerco policiaco. Los otros dos sujetos, cuyos nombres se desconocen fueron detenidos junto con Sara Aldrete.

Poco después de las 13:30 horas, la Policía Judicial fue alertada por teléfono en el sentido de que estaban disparando desde un departamento ubicado en el tercer piso del mencionado edificio, y de inmediato se iniciaron varios operativos. Uno de los sujetos empezó a disparar y a lanzar fajos de dólares hasta la calle, al tiempo que disparaba sus armas. Pese a ello, los curiosos se lanzaron al lugar para recoger los billetes, exponiéndose a ser alcanzados por un proyectil.

Después de 45 minutos de tiroteo, los agentes de la Judicial, con chalecos blindados, pudieron penetrar al edificio y llegar hasta el departamento 14, el cual estaba con las puertas abiertas y presentaba completo desorden en el interior. En el clóset de una de las recámaras fue donde se encontraron los cadáveres.

Los investigadores llegaron hasta la azotea del inmueble y allí lograron acorralar a los tres delincuentes —entre ellos a Sara— a quienes decomisaron las armas de alto poder; de inmediato fueron trasladados al sector Miguel Hidalgo-Cuajimalpa.

7 de mayo, *Excélsior*, Alfonso Millares y Juan Rivas, pp. 4-A, 43.

Balazos. Balazos. Gritos afuera y adentro del edificio. Helicópteros. Personas trepadas en los edificios de enfrente disparando hacia donde estábamos; destrozaban los vidrios.

Quebraban las paredes. Una bala me rozó el cabello. Se incrustó en la pared.

—Me voy a morir. Me van a matar —gritaba Adolfo. De su boca sólo escuchaba maldiciones y, Martín, igual.

Todo era confusión. No pude más y salí pecho tierra, arrastrándome. De pronto vi los pies de Adolfo y me puso el cañón en la nuca. *Señor, en tus manos estoy. Padre nuestro. Santificado.* Levantó el cañón. Lo miré. Y él me miró por última vez.

—Vete. Vete lejos. Pero no quiero que te toquen. No te dejes agarrar. Si te dejas, te mato y me los chingo a todos. Si te tocan, los mato. Vete, ya. Bájate. Martín, Álvaro, avienten el dinero. Aviéntenlo. Los voy a matar. Avienta los centenarios.

Disparos. Muchas balas. Incesantes fuegos cruzados. Todo se caía. Se destruía. Adolfo de pie. Parado todo el tiempo. Salí a gatas por las escaleras. Los policías venían hacia mí; no se detuvieron.

—Señor, señor —nadie me tomó en cuenta. Iban preocupados y presurosos.

—El dinero, güey. Vamos antes de que sigan echando más.

—Córrele. Córrele.

Me aventaron escaleras abajo. Cuando llegué a la puerta de la calle, venía corriendo un policía, me tomó del brazo. Adolfo nos disparó. Él policía me aventó a la pared. Una bala le rozó el pecho.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son los que disparan? ¿Tú eres la del recado? ¿Tú diste parte?

—Sí, señor. Yo lo hice. Yo avisé.

Me subieron a la patrulla. Me sacaron. Me subieron a la ambulancia. Me bajaron. Y me dejaron en otra ambulancia

blanca, de la procuraduría o de alguna delegación, pero eran judiciales los que ahí estaban. Luego me pasaron a otra patrulla.

Estoy salvada. Ya todo se va a arreglar. Pero apenas se iniciaba la segunda pesadilla. Llegué a odiar a quienes me detuvieron, aunque cuando llegaron, los amé. Todo se tomó de un color más oscuro del que ya había vivido durante casi un mes. Golpes al alma, al cuerpo, partiéndome el corazón. Adolfo junto al cadáver de Martín. Fui yo quien le tenía que sacar el corazón a su cuerpo. Era yo quien tenía que tocar el cuerpo frío y duro, sin ojos. Sin dientes. Sin una parte que no tuviera agujeros. Ahora era yo quien estaba frente a su cadáver. Con las manos dentro de su costillas, que estaban abiertas de par en par. *Sácale el corazón a tu diablo*. Pero él ya no lo tenía. ¿Y yo qué iba a hacer con el corazón que aún latía dentro de mí? ¿Qué debo hacer con todo lo que viví? Con todo el infierno al que me llevaron. Qué duro he pagado su muerte.

En juzgados, Álvaro y Omar me contaron su versión de la aprehensión. Álvaro me platicó:

—Por supuesto que no los maté. Yo salí detrás de Omar. Ahí me agarraron a golpes. Me golpearon muy gacho. Me deformaron la cara. Oí disparos cuando me estaban pegando. Me dijeron que tenía que decir que me había caído de la escalera.

—Pero dicen que saliste con pólvora en las manos cuando te examinaron —le señalé.

—Sí, porque *El Padrino* me dio el arma para dispararles en lo que él tiraba el dinero y los centenarios junto con Martín.

[...] Sin más aviso, los agentes de la policía judicial que

custodiaron por casi seis días el edificio central de la Procuraduría de Justicia capitalina, en cuyos separos estaban los *narcosatánicos*, desaparecieron y entonces se dio paso libre a las personas sin ser revisadas.

Un convoy de varios automóviles, que rodeaba a la camioneta donde fueron introducidos los cómplices de Constanzo, salió rápidamente del patio trasero de la Procuraduría hacia el Reclusorio Oriente, donde periodistas extranjeros esperaron presenciar el rápido ingreso de la caravana al penal. Decenas de agentes fuertemente armados custodiaban la camioneta que recorrió alrededor de 24 kilómetros.

La ruta, previamente estudiada y cambiada para evitar cualquier contratiempo, fue vigilada no sólo por las patrullas que cercaban la camioneta, sino desde puntos estratégicos en esos 24 kilómetros de distancia.

La Procuraduría no informó de los avances de la investigación logrados hasta ayer, y únicamente se limitó a señalar la consignación de los *narcosátanicos*, que tal vez hoy rindan su declaración ante el juez. [...]

12 de mayo, *El Universal*, Antonio Arellano, pp. 25-26.

—Sí, yo vi cuando el dinero caía a la calle —dijo Omar—. Y la policía lo quería. Cuando subieron, lo primero que preguntaron fue *dónde esta la lana. Dónde la tienen. Ya no la tiren, cabrones*. Yo había puesto unos fajos de billetes a quemar en la estufa por orden de Adolfo. No supe qué fin tuvieron, pero todavía había mucha lana en la maleta.

—Yo ya estaba abajo —les dije.

—Sí, yo salí despuecito que tú.

—Ajá —le contesté aunque la verdad no recordaba cómo había salido del departamento. Lo que sí recuerdo era la prisa que todos los agentes tenían por subir cuando yo iba bajando por las angostas escaleras.

✱✱✱

El 12 de mayo de 1989, pasaban de las 12 de la noche, cuando ingresé al Reclusorio Oriente Varonil.

—¡Culeros, péguense a la pared, ojetes! —me patearon las nalgas.

—Suéltalos, ya quítales las esposas.

No podía verlos; sólo los escuchaba. Participó mucho personal en el traslado al Reclusorio Oriente desde que me subieron a la camioneta y cuando hicimos cambio a otro vehículo, pues se quedó varada a media salida de alguna de las procuradurías.

—Ya, ya bájenle, no le peguen. No la pateen. Es mujer, cabrones.

Busqué con la mirada para ver al que me defendía. Era un agente, diferente de los demás. Todos traían la gorra volteada, con la visera hacia atrás. Ese hombre, no. Era alto, medio rellenito, blanco, con anteojos.

—Carajos, ¿que no se dan cuenta de que es mujer?

—Sí, es cierto, güey —dijo uno de ésos a otro que nos golpeaba y nos levantaba, a fuerza de las patadas que nos ponían en el trasero—. Si es vieja.

—Chale, a ver si no le rompimos el coxis, uy sí, ja-ja-ja.

Cuando me tocó mi tumo, me introdujeron en la enfermería.

—¿Cómo te llamas? Ve bajándote los pantalones. Quítate la chamarra y la camiseta.

—Sara —sin dejarme terminar de decirle mi nombre, el doctor me interrumpió.

—Cómo, ¿eres mujer? ¿Qué haces aquí? —se levantó del escritorio y se fue a hablar con uno de los hombres que me habían llevado—. Ella debe llegar al módulo femenil.

—No, doc, chéquela aquí, son órdenes.

—No, esto no se debe hacer. Pero, bueno, dejen que la cheque.

—A ver, hija, bájate el pantalón y levántate la camiseta. Pon la chamarra a un lado, aquí en la silla. La enfermera me miró y me dijo:

—No temas, aquí vas a estar bien. ¿Quién te golpeó? ¿Qué te hicieron? Vienes muy maltratada. Ay, doctor está muy golpeada. ¡Qué barbaridad! Son unos animales. Súbete los pantalones y ponte la chamarra —se salió la enfermera por unos minutos y volvió a entrar—. Ni modo. Échale ganas, muchachita.

La última frase me la sigue diciendo la enfermera Rebeca cada vez que me la encuentro cuando voy a checarme el nivel de azúcar en la sangre en Servicio Médico.

Me pasaron por un largo túnel que conecta a ambos reclusorios. Puertas de hierro. Otra puerta. Cadenas. Una gran puerta enrejada. Cadenas chocando con el metal de la puerta. Un pasillo largo y oscuro. Me golpearon en el trayecto del túnel. Me arrastraban de los cabellos por el suelo.

—Así como basura, putita. Ahora sí vas a saber lo que es

amar a Dios en tierra santa, hija de la chingada. Ahora sí, cabrona.

Llegamos. Subimos escaleras. Se abrió otra puerta. Y luego un pasillo largo; entonces lo vi largo; ahora cada vez que lo he caminado me parece tan corto. Se abrió una puerta de madera. Luego otra de metal y luego la que me encerraría por casi tres meses en el apando. Castigada. Y empezó mi tercera pesadilla. Antes de entrar a la celda, los guardias la rociaron con agua bendita:

—Que se vaya el Diablo, que venga Jesús —a mí también me echaron agua bendita, en cruz; tres veces lo repitieron para que se me saliera el diablo. Me pusieron la hoja de una revista donde se reproducía una cruz.

—Déjenla que se muera, pinche bruja.

—Encuérenla. Desvistan a esta pinche vieja.

Estaban dos custodias frente a mí. Vestían de color gris. La chaparrita de cabello corto me guiñó el ojo; era Irene, quien siempre me trató bien. Cuando se retiraron los hombres que me conducían, la otra custodia me dijo:

—Ya no te preocupes, duerme un rato. Ya no tarda en amanecer.

Ellas se quedarían a cargo. Eran Silvia León, jefa de seguridad del lado femenil e Irene B., la chaparrita.

La luz blanca del reflector daba por una esquina de la ventana. Era la única luz que tenía ese lugar oscuro, tan frío. La gran torre de vigilancia con el número uno. Era la torre del Reclusorio Varonil. Es un cuarto muy pequeño. Tal vez mida dos metros de largo por un metro con diez o veinte centímetros de ancho. Había un excusado, pero no había agua; era sólo un hoyo. Las paredes, de ladrillo naranja, fríos,

sudorosos, con olor a barro mojado. Del suelo al techo son 34 o 35 ladrillos. El suelo es de cemento helado. Entraba aire por los vidrios rotos que daban al frente de la celda por el angosto pasillo. Había mucho silencio. Algunas voces cercanas a la pared trasera se alcanzaban a escuchar. Casi no hablaban. "Se me hace que no llega a mañana". "De a tiro está muy mal y no se puede llamar a ningún médico". Hablaban de mí. Y después, nada. Me deslicé poco a poco por la pared, me senté en una esquina y esperé a que llegara el día. Mi primer amanecer en prisión. Presa del terror. Presa del ahora, del mañana que se aproximaba entre ruidos de uno que otro automóvil. Ya no había policías llenándome la cabeza de cosas. Ya no me pegaban. Estaba descansando. Ya llevaba largo rato sin golpes. Esto era la cárcel. Yo estaba semidesnuda; solo en pantaletas. Acompañada de murciélagos y ratas y arañas. Por la ventana que tenía al frente veía. Pensé que allí viviría siempre, mientras estuviera en prisión.

—Aquí vas a estar en lo que te ven en el juzgado; a ver si eres inocente. Dime tu nombre.

Empezaba a clarear el día. *Dios, qué hermoso cielo. Qué lindas nubes.*

—Sara.

—Dime tu nombre completo.

Anotaban mis datos en una hoja. El sol empezaba a resplandecer. Mi vida empezaba a cambiar.

Hubo guardias que me visitaban y decían entenderme. Otros me declaraban su odio por asesina, mataniños y bruja y como tal me trataban: "Báñenla. Échenle agua". Temblaba sin parar. A veces escuchaba voces de muchas mujeres que platicaban no sé dónde.

Ese día las custodias me dijeron:

—Sara, ponte esto —y me extendieron un pantalón y una camisola de poliéster casi caqui—. Vas a juzgado. ¡Cierra la puerta! Que no entre nadie al pasillo. ¡Va a salir Aldrete!

Cayó en contradicciones Omar Francisco Orea O.

[...] La versión, que es ilógica desde cualquier punto de vista, ya que se les hizo ver a los *narcosatánicos* que ninguna persona se puede suicidar de 16 balazos, nueve de los cuales se encuentran en el cráneo, tanto Omar Francisco como Álvaro Darío, visiblemente asesorados por internos y abogados; al ser careados al mismo tiempo, negaron que alguno de los miembros de la secta hubiera matado a Adolfo de Jesús Constanzo.

Cayeron en múltiples aberraciones y ofreciendo argumentos infantiles dejaron claro que ningún policía mató a Constanzo, por lo que una persona que se encontraba en el departamento fue el ejecutor. Sin embargo, ahora resulta que por arte de magia Martín y Adolfo se metieron en el clóset y "debido a sus poderes se suicidaron nada más y nada menos que de 16 balazos cada uno".

Ya que Álvaro Darío, *El Duby*, negó haber matado a Constanzo y a Martín mientras Omar fingió amnesia y dijo que no le consta que Álvaro haya sido el ejecutor.

17 de mayo, *La Prensa*, Humberto Huerta Míreles

y Alfredo Moraflores, pp. 27, 32.

[...] Con voz clara, los ojos llorosos, la joven de 24 años explicó que fue ella quien avisó a la policía (a través de un recado escrito en un papel que arrojó por la ventana del edificio de Rio Sena 19) de que ahí estaban las personas que andaban buscando.

[...] Ella escuchaba con atención la lectura de sus declaraciones y sólo cuando se percató de la presencia de su padre, la mirada se le llenó de lágrimas. Lo mismo ocurrió con su progenitor, quien escondía el rostro de las cámaras fotográficas.

13 de mayo, *El Universal*, Carlos Martínez, pp. 21, 24.

Era muy temprano. Volví a atravesar el largo pasillo, escaleras, puertas y cadenas y candados. No sabía qué era *ir a juzgados* o lo que significaba. Todo me resultaba extraño. Pude ver a Omar y a Álvaro y a los otros dos coacusados: Jorge Montes y su amigo Juan Carlos. Todos debidamente resguardados.

Al llegar debíamos presentarnos dentro de una puerta. Yo no sabía qué había detrás de ella. Una custodia, la jefa Emma, abrió. De inmediato se dispararon decenas de flashes. Y otra vez las preguntas de los periodistas. Gente empujándose. Grabadoras en la repisa de cemento. Una ventana blindada; a los lados, las rejillas. Y muchas personas arremolinándose hasta la rejilla donde me encontraba. Miraba a todos lados, sin ver. Oía sin escuchar. De pronto vi la figura de un hombre

de cabello cano y bigote aún más encanecido. Muy delgado. Se abrió paso entre todos:

—¡Permítanme, por favor, con permiso! ¡Hija! ¡Hija! Permiso. Mi hijita.

—Papá, papacito —las lágrimas se me salían; trataba de evitarlas. No quería que me viera mal. Por fin podía llorar.

—¡Hija, estamos contigo!

—¡Soy inocente, papá! ¡Soy inocente!

—Creemos en ti.

—Y mamá, ¿cómo está mamá?

—Todos estamos bien.

Puse mis dedos por las rejillas y él me tocó. Sentí ganas de derribar las rejas. Deseos de borrar a todos esos desconocidos y abrazarme fuerte a mi padre. Pero sólo podía tocarle sus dedos. Y eso fue suficiente para tomar fuerzas y seguir adelante. Saberlos conmigo. A mi lado.

—Papá... Yo...

—No digas nada, hija. Te traje un abogado. Vas a salir de aquí. Mira, tu mamá te manda esto. Es una estampita del Justo Juez. Rézale, hija. Pídele a Dios.

—Sí, papá. Diles que los quiero, que voy a salir. Yo no hice nada.

Flashes a mi papá, a mí. Nadie se callaba. Preguntas. Una verdadera locura. Las custodias me sacaron. Una de ellas, Tere, me dijo:

—Tranquila. Tranquila. Sólo di lo que sabes y te vas a ir.

No podía hablar con mis coacusados. Ellos no podían voltear a verme. Después volvimos al juzgado, al pequeño cubículo detrás de la ventana, ya que habían puesto en orden a los periodistas. Se leyeron las declaraciones, que según

habíamos rendido ante un supuesto Ministerio Público. Mi declaración la desconocía en la mayoría de sus partes; mientras nos la iban leyendo mis coacusados decían: "Yo no dije eso". "Yo no hablé eso". Después preguntaban:

—¿Ratifican sus declaraciones?

¿Qué es eso? ¿Ratificar o rectificar? Todos hablaban, preguntaban y más flashes y flashes.

—No sé. No sé. Eso no es mío —a cada momento decía.

—¿Reconoce las firmas de cada hoja?

—Unas sí; otras no son mías.

Se mencionaron varios nombres del medio artístico: Lucía Méndez, Yuri, Þscar Athie, Irma Serrano, Alfredo Palacios y una larga lista de personas. Y más flashes.

¿Dónde está mi papá? Lo alcancé a ver de lejos. Lo empecé a mirar sin cesar. Dejé de escuchar lo que decían. *Están conmigo. Estoy metida en algo muy grueso. En algo grande. Lo veo venir. Adolfo, ¿por qué no les dijiste todo antes de morir? Y de lo que me dijiste, no sé qué es verdad y qué es mentira. Estabas tan loco los últimos días.*

Largas horas pasamos ahí. Bajo los reflectores de las cámaras de televisión. Mi papá se acercó de nuevo a la rejilla.

—¡Señor, retírese! —le dijo un tipo.

—Por favor, señor, déjeme verla.

—Está bien. Pero no se tarde.

—Hija, pensamos que estabas muerta. No te preocupes; todo va a salir bien. ¿Cómo te sientes? ¿Qué te hicieron? ¿Te pegaron, mi hijita?

—Estoy bien. Estoy viva.

—Voy a hablar con el director de donde estás para saber cuándo te puedo ver, hija.

El director del Reclusorio Oriente era Rodolfo Félix Cárdenas, quien recién había tomado posesión del cargo.

Múltiples contradicciones por un mensaje de la sacerdotisa

El delegado regional de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal en la zona de Hidalgo-Cuajimalpa, Federico Ponce, dijo que efectivamente existe dicho documento, al igual que muchos más que fueron hallados en la casa de Rio Sena 14.

Sin embargo, Federico Ponce asegura que la carta escrita estaba en la mesa del inmueble donde fueron detenidos y nunca fue lanzada por ninguna ventana.

El papel del que se habla fue hallado a la hora de la detención con un sinfín de documentos como poesías y otros, por lo que al parecer dejó entrever el funcionario que tal vez se trate de una artimaña de parte de Aldrete Villarreal para que tuviera una coartada para poder salir del problema.

En su oportunidad los agentes que intervinieron en la detención comentaron que ya tenían informes fidedignos sobre la ubicación de los *narcosatánicos* y que por tal motivo se montó desde temprano el operativo.

En esta versión coincidió Federico Ponce, pero en ningún caso explican detalladamente cómo localizaron a los *satánicos* y si fue por medio de la carta o no.

Explicaron que fue el *Duby* quien fue detectado al igual que Sara, el primero por su vistoso peinado y porque

efectuaba compras de pánico en el Superama y pagaba con billetes de 100 dólares, lo que causó extrañeza entre los investigadores y empezaron a seguirles la pista.

De esta forma fue como comenzó el bloqueo cerca de las calles aledañas para que al filo de las 13:30 horas fuera detectado un vehículo con las siglas PGJDF por Adolfo de Jesús Constanzo y comenzara la refriega que alarmó a todas las corporaciones policiacas.

16 de mayo, *La Prensa*,

Humaberto Huerta Mireles y Guillermo Ríos Munive, pp. 25, 27.

Al anochecer me regresaron al mismo pasillo. Cada reja que se cerraba a mis espaldas con esas pesadas cadenas me helaba la espina dorsal; cada reja parecía reírse de mí. De mis esperanzas de libertad. *Todo se va a aclarar*. No sabía bien a bien de qué me acusaban. Dijeron que era responsable del homicidio de dos personas, de Adolfo y de Martín. Resistencia a particulares (en la detención) y encubrimiento por la muerte de Ramón Paz Esquivel, alias la *Claudia*. Por asociación delictuosa, por pertenecer a una banda de más de dos personas. No entiendo nada. *¿La muerte de Adolfo y de Martín? Eso no puede ser. A menos que estén tomando en cuenta que como yo pedí auxilio, mediante el mensaje, me responsabilicen de su muerte. No entiendo. Y si estaba secuestrada, ¿cómo podía denunciar los supuestos asesinatos de Adolfo? Y no me resistí en la detención. Mi relación con Adolfo y Martín no era para planear ningún delito.*

Después supe, recién ingresada al reclusorio, que a mi abogado no le permitían entrar al penal para entrevistarse conmigo. Seguí caminando por el pasillo largo y oscuro. Ecos de voces y pasos. Voces de los a guardias y mis pasos entre los suyos. Estaba feliz. Había visto a mi papá. *Me quieren. No me interesa más. Voy a irme a la casa. Allá les contaré todo.* Llegamos a mi cuartito de ladrillos. La custodia me dijo:

[...] La Embajada de Estados Unidos en México recogió ayer el cadáver de Adolfo de Jesús Constanzo, para trasladarlo a la ciudad de Miami, a petición de Aurora González del Valle, madre del criminal ejecutor.

Personal de la representación diplomática en el país se presentó hacia el mediodía de ayer en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal para reclamar el cadáver de Constanzo, que estuvo en una gaveta refrigerada de la morgue capitalina 13 días.

20 de mayo, *El Universal*, p. 25.

—Ah, por cierto, dame lo que te dio tu papá.

—¿Por qué, señorita?

—Porque lo digo yo. No lo debes tener. No se puede.

Me extrañó que ella supiera, puesto que ella no me había acompañado. Tal vez se lo dijeron las que me habían llevado.

Sentí que se me iba la parte que acababa de recuperar de mi madre. Le entregué la imagen del Justo Juez.

—Dame la ropa. Bueno, quédate con la camisola. Volví a quedar en pantaletas, pero ahora cubierta de arriba.

Me llegaban a bañar, semidesnuda, con unas ollas grandes de agua. En un rincón del cuartito. Me daban de comer del suelo. Y comí, tenía hambre; me daban de comer cuando se acordaban. O a veces no comía porque llegaba tarde del juzgado, en la madrugada. No tenía con qué taparme. Y estaba encadenada. Me bajaban al túnel para golpearme cuando se les antojaba a los visitantes del Varonil. A mi padre le pedían que depositara las cosas que necesitaba, cobijas, shampoo, jabón, pasta de dientes, cepillo para el cabello, etcétera, y nunca me llegó nada. No enteré a mi familia de este hurto, y no lo sabrán hasta que lean estas líneas. Después, una jefa de grupo se apiadó de mí y me dio un pedazo de cobija para taparme. Y poco a poco mis compañeras, a las que no conocía, me mandaban al apando, a escondidas, pants, sudaderas, calcetas. Maripaz y Vicky (después sabría sus nombres) me mandaban comida con alguna custodia. Es increíble cómo se solidarizaron conmigo personas que estaban siendo juzgadas por algún delito, y todavía se dieran tiempo para entender mi sufrimiento. Pidieron, exigieron que me sacaran del apando y que se me tratara humanamente. El director también tuvo un gesto de bondad, cuando permitió que mi padre y yo nos viéramos a solas. Nos pudimos abrazar. Lo vi llorar como un niño.

[...] El cadáver de Adolfo de Jesús Constanzo, de 26 años, llegó el sábado en la noche a Miami y fue cremado antes de su funeral, ayer, informó el hermano Fausto a radio WOWA en Miami.

23 de mayo, *La Prensa*, AP, p. 23.

Casi a los tres meses le permitieron a él y a mi familia visitarme en el área de locutorios. Al principio, 15 o 30 minutos; después, un par de horas. Ahora sí me entregaron la ropa y mis enseres personales por él depositados.

Salí del apando en agosto de 1989 por instrucciones de la doctora Irma García de Cuevas, nueva directora del Femenil, y del director general de reclusorios Alfonso Cabrera Morales, quien después ordenaría hacerme una serie de estudios psicológicos, pedagógicos y criminológicos. A los dos se les debe la independencia del Centro Femenil del Varonil. La doctora reformó muchas cosas. Desde entonces vivo en el dormitorio del Reclusorio Preventivo Femenil Oriente, donde sigo luchando por mi libertad. Clamo por justicia, más que perdón. No pierdo las esperanzas de que alguien, algún día llegue y me dé, a mis casi 36 años de edad, mi salida. Sigo esperando con renovada fe mis amparos y revisiones de amparo. Mi expediente consta de 26 o 28 tomos, si es que todavía existen, pues se han perdido varias veces.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal dio a conocer el documento del *padrino*, Adolfo de Jesús Constanzo:

"Éste es mi testamento, si me muero. Todas mis propiedades y carros van a ser de Martín y Omar. El departamento se lo dejo a Omar con todo y lo que hay dentro y la casa se la dejo a Martín con todo lo que hay dentro. El Mercedes que se venda y el dinero que se parta

en dos partes; una para Martín Quintana y la otra para Omar Orea Ochoa, igual que se reparta el dinero, una parte para Martín y otra para Omar. También el dinero que tengo que se divida en partes para Martín Quintana y Omar Orea. Mis joyas que se las repartan Omar y Martín. Mis herederos son Martín (9 de diciembre de 1964). Y Omar Orea Ochoa (nació en octubre de 1965). Firma Adolfo de Jesús Constanzo.

17 de mayo, *La Jomada*, p. 16.

Éstos son mis recuerdos. Los que creí haber velado y sepultado, pero fui descubriendo que aún estaban frescos, tan reales, que escribirlos fue como volver a escupir sangre. Desenterré a mis muertos.

Seguiré escribiendo. Ejerciendo mi libertad.

Ciudad de México,
enero de 1999-marzo de 2000

Epílogo

El 30 de abril de 1994 Sara Aldrete fue sentenciada a 62 años de cárcel por su participación en:

13 homicidios.

Delitos contra la salud, en las modalidades de posesión y exportación de mariguana (26. 5 kilogramos y 105 gramos de cocaína).

Acopio de armas de fuego.

Profanación de cadáveres.

Asociación delictuosa.

Posteriormente se le absolvió del delito de portación de arma de fuego. Así como del delito de inhumación y exhumación de cadáveres. También se le absolvió de usurpación de funciones públicas y secuestro.

El 31 de octubre de 1995, en apelación, se le confirmaron las penas que había recibido del juzgador. Con modificación a los homicidios. En esa ocasión se le dieron las siguientes sentencias:

47 años, seis meses por cada homicidio calificado.

10 años por delitos contra la salud.

12 años por acopio de armas de fuego.

2 años por profanación de cadáveres.

5 años por asociación delictuosa.

618 años, cinco meses, nada más por los asesinatos; a eso habría que agregar los otros 29: 647 años y 5 meses en total.

Pocos meses después le disminuyeron la pena a 62 años hasta dejarla en 50. En la parte medular de la sentencia dice: La pena privativa de libertad que deberán compurgar cada uno de los sentenciados Elio Hernández, Sara María Aldrete, Serafín Hernández García, David Serna Valdez y Sergio Martínez Salinas será de cincuenta años, de conformidad con lo establecido por las reglas que para la aplicación de sanciones en caso de concurso determina el artículo 64, segundo párrafo, del Código Penal Federal. Los tres últimos están cumpliendo su sentencia en Matamoros; Elio Hernández, en Almoloya de Juárez.

El amparo le fue concedido en 1995. Ahora tiene otro amparo, quejas y una revisión de amparo al cual está esperando respuesta. El caso no se ha cerrado para ella.

Álvaro de León separó su proceso del resto de los involucrados. Está siendo procesado desde Almoloya de Juárez. Sara Aldrete rindió ampliación de su declaración en el caso de Álvaro el día 5 de diciembre de 1997.

Jorge Montes y Juan Carlos Fragoso recibieron sentencias de 35 años de cárcel.

En abril del año 2000 Sara Aldrete continúa presa en el Reclusorio Femenil Oriente en espera de que se le haga justicia.

Agradecimientos

Gracias le doy a Dios por haberme dado la oportunidad de traducir en palabras todo el pensamiento que me venía ahogando. De escribir mi primer libro. Le agradezco que me haya permitido conocer a aquellas personas que no me han visto sólo como un expediente más, sino a la mujer que está detrás del expediente.

Gracias a las personas que han considerando que, casi siempre, detrás de un delito achacado a una mujer hay detrás de ella un hombre. Lo hemos constatado infinitas veces las mujeres que aquí vivimos.

Y a toda la gente que me ha apoyado o me ha manifestado su amor, cariño, amistad y confianza de muchas maneras. A todos y cada uno, gracias. Otra vez.

A toda mi familia, que nunca me olvida. A mis tíos y tías, primos y primas, por todo su apoyo y sus visitas.

Al licenciado Jesús Horacio García Vallejo, mi abogado: ¡Ya sácame de aquí!

A Flor Berenguer, Verónica Velasco, Amira Cervera, Paco Huerta, Elma Laura Ahumada y Lilia Gallego: por creer en mí, en mi inocencia.

A Esther Garduño de Montoya, a Ray, a Lalo y Caro.

A Jorge Velásquez T., y familia.

A Familia Herrera Dag Dug

A Familia Velasco Martínez A Familia Navarro Chávez. A Ester y Maries.

A Magdalena Pineda, Laura Hernández

A Mary Paz B. y Virginia.

Natalie y Michael; Max y Paco.

A Roxy Rocha y Aidee.

A Rosa María Prado.

A Mayte Irigoyen

A Guille Medina.

Nathasha Ermoshkina

A Martha Jiménez y Rafa.

A Ana Martínez y Lina.

A Gaby Lombardo y Adolfo.

A Gaby Fernández y Sergio Ocampo.

Al Padre Carlos Vera y al Padre José Luis.

A Ana Lilia Gutiérrez M.

Al licenciado Víctor F. Pérez.

A Jaime Guerrero y Fernanda Platas.

A Ana Ocampo y Corma.

A Alejandra P. y Rafael Vásquez.

Al licenciado Américo Delgado de la Peña y Jorge Mendoza.

A Norma Chávez Franco.

A Ale Ayala y Beto Cano.

A José Luis y Betty Rivera.

A Silvia y Susana Villarreal.

A Rocío.

A Magos González. A Yas. S.

Al doctor Antonio Martínez. Al doctor Mauricio López R.

A Haydeé Marroquín.

A Lulis, Beto y Paty Escobedo.

A Beba y Blanca Ramírez, Amelia, Elvira, Lupita, Yolanda, Martha, Juan y Edgar.

A la profesora Irma Cabrera.

A Martha Yolanda y Ana María Aguirre.

A Mónica M.

A Chelo Herrera.

A Adrina F. Tere Becerril y Paty.

A Martha Dionisia.

A Desiree K. y Adi.

Al Club de la Cobija Roja: Paty, Silvia, Alma, Coco, Lore, Nayeli, Carmen O. y Carmen R.

A Berthita.

A Lupe O. y Sony.

A Gaby V. y Marisol Soto.

A Karla, Denise, Steph, Pequitas, Jenny, Ari, Benny.

A mis actuales compañeras de estancia: Mercedes Velasco, Martha Moctezuma, Magos Melchor, Paola Durante y Dulce León. Y a mis compañeras de zona y dormitorio.

Mi reconocimiento, admiración y deuda a las personas que trabajan o han laborado en las diferentes áreas de Reclusorios: doctora Irma García de Cuevas. Licenciado Jaime Abasólo Rizada. Licenciada Magdalena Wong B. Licenciada Magda Guzmán. Licenciada Adriana Hernández Ravelo. Licenciado Rodolfo Félix Cárdenas. Licenciada Yola Caro. Licenciada Martha P. Vázquez. Licenciada Petra Muñoz, Licenciada Elvia Campos. Licenciada Barberi. Licenciada Lilia Pacheco. Licenciada Dulce María Rodríguez C. Licenciada Rosa Evangelina Cardozo. Licenciada Virginia Lorandi. Licenciado

Clinton Castro Heftye. Licenciada Lilia Rincón Castillo. Licenciado Rafael Solís Díaz. Licenciado César Nezahualcoyótl. Licenciado Noé Cruz. Licenciado Armando Silva. Doctor J. Antonio Solé. Licenciada Margarita Villar. Doctora Del Villar Ámbar. Doctor Nava. Doctor Anaya. Doctor Madrid. Doctor García Nataret.

Al departamento de Psicología. Al departamento de Pedagogía. Criminología. Organización del Trabajo. Trabajo Social. A Seguridad y Custodia: Irene Bedian E. Silvia León A. Angeles Blancas. Angela Gutiérrez Villalba. Juana Chávez. Juana Monroy. Juana Sánchez. Luz Cardoso. Hortensia. Luisa. Gabina. Antolina. Chela. Rebeca. Aurorita L. Andrés. Luis Antonio y Cecilia.

Al personal de la actual administración del Reclusorio Femenil Oriente: Licenciada Martha Patricia Lozano, directora. Licenciada Catalina Borceguí Carrillo, encargada del área técnica. Licenciada Rosa María Lara, encargada del área de educación. A las chicas de Trabajo Social. Psicología: Paco, Mony y Rosa María. Criminología, Pedagogía y Organización del Trabajo. Así como a los profesores de los diferentes artes y oficios que aquí laboran. Servicio Médico: Doctora Parra. Doctora Camargo. Doctora Lara. Doctora E. Vega. Doctor Bautista. Doctor Ábrego. A la jefa Angeles Ruiz García, comandante de seguridad y custodia. A las jefas de apoyo: Martha R., Juana M., y Angélica. A Angeles B. y a Gela. Y todos y cada uno de los grupos de Seguridad y Custodia que me han apoyado, a don Luis, especialmente; a los grupos que dirige Graciela, Blanca Estela y Laura.

Un agradecimiento especial a los médicos que laboran en la Torre Médica de Tepepan: a mi cardiólogo, el doctor Castillo,

Zaragoza, Sánchez, Ramos y Hernández, y a todos los que laboran en ese lugar.

Asimismo, envío un macro agradecimiento al doctor Luis de la Barreda Solórzano. Licenciada Angélica Ortiz y a la C.D.H.D.F. Al licenciado Miguel Sarré. Licenciado Adrián Carro, de la C.N.D.H.

Al licenciado Jaime Álvarez Ramos, director general de Prevensión y Readaptación Social del D.F. Mi sincero agradecimiento por el apoyo que le brinda a la mujer en reclusión.

A los exdirectores de la D.G.R., ahora D.G.P.R.S., del Distrito Federal: licenciado Alfonso Cabrera Morales. Licenciado David Garay Maldonado. Licenciada Ángeles Nava. Licenciada Verónica Navarro. Licenciado Domínguez Morfín. Licenciado Ávila Ceniceros. Licenciado Marcos Castillejos. Licenciado Raúl Gutiérrez S. Doctor Carlos Tornero Díaz.

Gracias a las compañeras de cuarto que he tenido, que han sido muchas. Y también muchas gracias a mis compañeras de prisión por confiarme sus pesares. Por contarme sus hazañas y aventuras y, sobre todo, por darme la oportunidad de conocerlas y tratarlas. Gracias por dejarme aprender de la vida a partir de su vida.

A todos los que me metieron a la cárcel, no les dedico ni les agradezco nada. Pero les deseo que desconozcan la tranquilidad del sueño. Es el deseo de una bruja: la que ustedes inventaron.

Apéndice

Revelaciones del *narcosátanico* Omar Francisco Orea

Homosexualismo, sida, magia negra, paganismo, sacrificios

(*viernes 15 de diciembre de 1989*)

Flor Berenguer/1

Acusado de asociación delictuosa, resistencia a la autoridad e instigación al asesinato (cargo este que originalmente era de homicidio calificado), se encuentra en el hospital de la Penitenciaría del DF, en calidad de "depositado", Omar Francisco Orea Ochoa. Fue detenido el 6 de mayo de 1989 y se le dictó auto de formal prisión seis días después, involucrado en ilícitos cometidos por el cubano Adolfo de Jesús Constanzo, *El Padrino*, quien comandaba a jóvenes manipulados mediante ritos de santería cubana. Omar Francisco, primer miembro del grupo, era el *mayordomo*.

De 24 años de edad, Omar Francisco está en el hospital porque en el Reclusorio Oriente le diagnosticaron sida: el sarcoma de Kaposi le provocó manchas moradas en la cara y el cuello, y su rostro está tumefacto. Por eso no quiso fotografías, pero habló para *uno*masu*no*.

Con otros 11 enfermos del mismo mal. Omar espera tranquilamente su sentencia, que le dictaran seguramente en febrero. Por miedo al contagio, un abogado que le paga su familia, José Luis Aguirre, nunca ha hablado con él. Todo se "arregla" por conducto del padre de Omar, que lo visita a diario.

Menudo, de facciones finas y aniñadas, Omar asegura que no hay pruebas contundentes en su contra; tampoco cree que tenga sida. Confía en que dentro de poco tiempo estará libre.

¿De dónde su tranquilidad? ¿Por qué su optimismo? ¿Cuál fue la participación real del *mayordomo* en los asesinatos cometidos por el grupo *narcosatánicos* de Adolfo de Jesús Constanzo? Ésta es su versión:

"Nací el 22 de octubre de 1965; soy el quinto de seis hijos. Aunque mi familia vive por el rumbo de Satélite, en el fraccionamiento Las Alamedas, yo acostumbraba desde la prepa frecuentar sitios en el sur y en la Zona Rosa. Precisamente allí fue donde conocí en abril de 1983 a Adolfo de Jesús Constanzo. A mí me gustaba mucho todo lo relacionado con el esoterismo y quería que me leyera el tarot porque ya me habían dicho otros amigos que era muy bueno echando cartas. Una tarde lo vi fuera del *Kineret* y le hablé. Él me dio su telefono para que hiciera una cita. Adolfo vivía entonces en las calles de Sadi Carnot y tenía una novia con él. Después me enteré que en Miami había estado casado y su ex mujer cuidaba a su hija, pero a ellas no las conocí.

"Cuando Adolfo me leyó las cartas me dijo muchas cosas, incluso cosas que ahora me están pasando. Él me vio letra de cárcel y ya ve, aquí estoy. Pero hace seis años no lo creía. Sin embargo, de lo que me pasaba entonces me sacó muchas cosas

que me hicieron confiar en él.

"Aunque Adolfo vivía con su novia también le gustaban los hombres, como a mí; es decir que era bisexual. Yo he tenido experiencias con hombres y mujeres pero desde hace tiempo me considero asexual. Ya no me interesa ni unos ni otras, aunque en aquel tiempo sí me enamoré de Adolfo y me fui a vivir con él. Yo tenía muchos problemas en mi casa y encontrar a Constanzo me dio una solución.

"Adolfo se peleó con su novia al poco tiempo y nos quedamos solos él y yo en Sadi Carnot. Como a los dos meses se le acabó el dinero y se regresó a Estados Unidos y yo me fui a mi casa mientras terminaba la prepa. Dos meses después él regreso, me llamó y me fui con él para siempre.

"Adolfo vivía de hacer trabajos a gente rica. A diferencia de lo que dicen, yo nunca vi a Irma Serrano ni a otros artistas. Iban empresarios, gente de mucho dinero a los que les cobraba entre cinco y diez mil dólares por los trabajos para el amor o el dinero. Al principio no les pedía tanto; es más, tenía poquita clientela hasta que se fue haciendo de fama, pero conforme lo buscaban, iba aumentando los precios porque era muy ambicioso. Ése era su peor defecto.

"Al regreso de Adolfo nos fuimos a vivir a las suites Mansión Havre, donde duramos como tres meses. Adolfo hacía también algunos trabajos de modelaje, porque era muy atractivo y tenía mucha personalidad. Quizá modelando es como conoció Costanzo a otro santero, Jorge Montes, quien está acusado de la muerte de *la Claudia*, un homosexual que vivía en el cuarto de servicio de su casa en la calle de Londres y ahora está con su supuesto cómplice, Juan Carlos Fragoso, y con Álvaro de León, el *Duby*, en el reclusorio Oriente. Jorge

Montes, que ya pasaba de los 50 años, era también modelo y a mí siempre se me figuró como el señor De Martino, de la telenovela *El maleficio*. Practicaba santería, era *babalau*; es decir, que él obedecía a los santos en lo que se llama la santería blanca o cristiana.

"En cambio Adolfo hacía magia negra; él era palero, del palo *mayombe*, y los santos lo obedecían. Practicaba la santería judía o negra. En el *fundamento* o caldero se ponían palos a cuyos espíritus se tenía que alimentar con sangre de gallo y de chivo y otras cosas más que yo no sé, y para agradar a esos espíritus se quemaban puros y se les ponía aguardiente. Nunca me dijo Adolfo que en el caldero se pusiera sangre o carne humana; es más, si me lo dice ni le creo. Lo que sí sabía es que el *fundamento* o caldero del que emanaba todo su poder se hallaba en Matamoros; por eso iba tan seguido para allá. Cuando se desató el problema Adolfo dijo que era porque alguien había roto su *fundamento* principal y se acabó la protección y la obediencia de los santos.

"Como digo, el tipo de magia de Adolfo de Jesús Constanzo y Jorge Montes era distinto. Adolfo como palero o sacerdote nunca utilizó flores ni pirú ni huevos para limpias, como lo hacía el *babalau*, y además todos sus protegidos estaban rayados aunque ahora por miedo lo nieguen sus ahijados. Es más, al primero que rayó fue a mi en octubre de 1983 y aquí están las marcas de las cortadas que me hizo con un cuchillo que luego talló con ceniza. Como yo fui el primero, no tengo madrina o testigo como se le debe llamar.

"Cuando me rayó, todavía vivíamos en la Zona Rosa; luego nos fuimos a la calle de Tíber, adonde ya llegaba más clientela. Precisamente una mujer es la que llevó a Martín

Quintana Rodríguez, que supuestamente estaba enfermo de leucemia y al que curó Constanzo. Martín se quedó a vivir con nosotros y me desplazó en los afectos de Adolfo. Tenía sólo 16 años y para mi gusto no era atractivo. Tenía pelo oscuro y las cejas muy tupidas. Desde que llegó me cayó mal; además, una mujer que rondaba por aquí metió mucha cizaña y Adolfo prefirió que Martín fuera con él de un lado a otro. Para entonces, que ya era 1984, yo estaba inscrito en la universidad, en la carrera de Comunicación. Me iba a la escuela y tenía otros amigos. Dejó de interesarme lo esotérico y ya no me encargaba de buscar las cosas para los trabajos de los clientes. Si Martín era el que siempre iba a todos lados con Adolfo, ¿por qué iba yo a tener que comprar los gallos y los chivos?

"Yo me concretaba a ir a la escuela para que Constanzo me diera dinero, ropa y coche. Incluso lo engañaba con lo de las calificaciones, porque cuando nos cambiamos de nuevo a la Mansión Havre en 1985, a mi me fue muy mal en la universidad. Le conté a mis compañeros lo que hacía Adolfo y me dijeron que era un esclavo y un tonto; por eso me levantaba, desayunaba y me iba a la universidad pero no entraba a clases. Estaba muy deprimido y Adolfo no lo notaba porque se la pasaba con Martín. Además, cada vez tenía más clientela.

"Precisamente por tanta gente que lo buscaba ya no cabíamos en el departamento amueblado, así que por primera vez pusimos casa en la calle de Pomona. Allí nos fuimos en abril de 1985. Adolfo era muy vanidoso y muy ambicioso y a veces ni recibía a la gente, pero le gustaba no sólo que lo miraran con respeto sino enriquecerse a costa de los apuros

de los demás. Él decía que era para difundir la religión del Palo Mayombe y para demostrar que no era charlatán.

"En la calle de Pomona, en la semana santa de 1988, se llevó a cabo la ceremonia de rayado de Elio Hernández. A Martín ya lo había rayado desde que llegó con nosotros en mayo de 1984. Yo no conocía a Elio, sabía que era gente de Matamoros y que Sara María Aldrete Villareal se lo había presentado a Adolfo. Tampoco de Sara sabía gran cosa, sólo que se la encontraron en la calle en Matamoros y por un tiempo se hizo novia de Adolfo hasta que descubrió que éste era amante de Martín y que después se resignó a ser sólo amiga de los dos. Yo la había visto una vez y me dio la impresión de que era *hippie*. Se vestía como hombre, en fachas. A mi me importa mucho la apariencia física de las personas y Sara no me cayó bien por fodonga. En vez de arreglarse, llegaba de camiseta, *jeans* y tenis. No puedo decir si ella estaba rayada porque nunca lo supe, pero sí fue madrina de rayamiento de Elio y se supone que para serlo había que estarlo.

"Adolfo me dijo que vendría al departamento de Pomona un ranchero del norte que pedía protección para sus cosechas. En 1988 casi todo el tiempo vivíamos en la casa de Las Alamedas porque le había ido muy bien a Constanzo y el departamento ese y el de la calle de Jalapa eran para recibir a los clientes.

"Cuando vi a Elio me cayó mal; era muy guajiro, como diríamos naco, más corriente que común. Como se necesitaba para la ceremonia Martín y yo, que éramos los rayados más antiguos y principales, fuimos los mayordomos, y Sara, que lo presentó, fue la *madrina*. Estaban también otros ahijados de Adolfo como testigos. Todos le decían *El Padrino*, porque le

gustaba darse importancia; nosotros nunca lo llamamos así.

"En las ceremonias de rayado, que eran todas iguales, se vestía al ahijado de blanco, se le cortaban las marcas de protección y para invocar a los espíritus se ponía más sangre de gallo y de chivo en el *fundamento* o caldero, se quemaban puros y se ponía aguardiente. La ceremonia se decía en *patois*, que es un dialecto del Caribe, y se le daba un santo protector al *ahijado*. El mío es *Elewá*, el Santo Niño de Atocha; el de Martín era Cobaved o San Lázaro; el de Sara, San Francisco de Asís u *Orunmilia*. A Adolfo lo protegía también *Elewá*, pero traía la medalla de *Changó* que es Santa Bárbara Bendita. A los santos también les gustan las frutas. La del Santo Niño de Atocha es el coco; la de Santa Bárbara, la manzana, y la de *Ochín*, La Virgen de la Caridad del Cobre, es la papaya. Los collares de colores que Sara notó cuando conoció a Adolfo representan también a los santos. Adolfo usaba el blanco y rojo por Santa Bárbara, aunque cuando le empezó a ir bien dejó los collares de cuentas para usar muchas alhajas".

Narra Omar el acoso policiaco a la banda de *narcosátanicos* y el Fin de El Padrino / II
(*Sábado 16 de diciembre de 1989*)

En el hospital de la Penitenciaría del DF, Omar Francisco Orea Ochoa prosigue su relato. Pasmosamente tranquilo, evoca:

"Yo nunca supe lo que sucedió en Matamoros. De hecho sólo fui allá dos veces. Una a Brownsville, de compras, donde me acompañó todo el tiempo Sara María Aldrete, y la otra hace un año, a Harlinger, donde nos tomaron una foto con Santa Claus, a los cuatro, a Martín, Sara, Adolfo y a mí. Esa

foto ahora la tiene el licenciado Federico Ponce Rojas, quien nos detuvo y nos tomó las primeras declaraciones.

"De la gente de Matamoros, como digo, vi a Elio únicamente cuando vino a su rayado, y como era muy guajiro no me interesó hacer amistad con él. Al otro que traté fue al *Duby*, Álvaro de León, que llegó un día a las Alamedas porque, me dijo Adolfo, había tenido un problema y no podía regresar a Matamoros. Después me enteré que había matado a otro en un pleito de cantina. Eso lo supe cuando ya andábamos huyendo de la policía, en abril de este año, y ya habían detenido a Elio en Matamoros.

"Si Elio era guajiro, Álvaro lo era aun más; me parecía zonzo, tonto, como muy poca cosa. Lo tomamos como un criado. Me iba a la escuela y le dejaba la lista del supermercado, y cuando volvía de clases ya había hecho la comida y limpiado la casa".

"Yo me estaba apurando con las clases porque en los tiempos en que andaba deprimido y no asistía, perdí muchas y debía 10 materias; supuestamente terminaría la carrera en 1987, pero no fue así. Adolfo se enteró el día de la graduación y me amenazó con quitarme el coche y no darme dinero ni dejarme ver a mi mamá, si no estudiaba.

"Tenía un New Yorker nuevecito, y me había comprado un reloj Cartier precioso; también a Martín le compró uno y un Thunderbird. Todos los coches eran negros. A Adolfo le gustaban así.

"Los coches, los relojes, lo que había en las casas, alhajas de Adolfo que eran muchas, 25 centenarios y dinero, todo se perdió cuando nos detuvieron. Con decirle que en el maletín negro donde estaban las joyas y los centenarios había una

boleta de la reparación de un reloj de oro *Baume Mercier*, que estaba en la Piaget de Torcuato Tasso en Polanco. A nosotros nos detuvieron un día 6 y retiraron el reloj el 8...

"Pero eso es otra cosa ... Estábamos con lo del *Duby*. Yo casi no le hablaba; me limitaba a darle órdenes. De hecho lo comencé a tratar cuando el 8 de abril llegó Adolfo a decirme que los muchachos en Matamoros habían tenido problemas y que tenían que irse los tres —Martín, Álvaro y él— a solucionarlos, y que yo me fuera para el departamento de la calle de Jalapa; el de Pomona ya lo habíamos dejado.

"Dos días después regresaron muy nerviosos. En la noche, se me hizo raro ver entrar a Sara. De ahí en adelante las cosas cambiaron y Adolfo se volvió muy déspota y, en vez de pedir, ordenaba. Siempre estaba nervioso; nos comenzó a maltratar y a amenazar con la metralleta; incluso, por miedo a que tramáramos algo en su contra, no nos dejaba hablar entre nosotros; eso hizo que, paradójicamente, nos uniéramos, cuando en realidad a mí nunca me había interesado tratar a Sara o al *Duby*. Con Martín, a últimas fechas, me había reconciliado, y Adolfo, él y yo salíamos juntos. Íbamos al Alfredos, al Ciceros o a Les Célébrités, porque al *Padrino* le daba por presumir que tenia tanta clientela y ganaba mucho dinero. Pero cuando llegó Sara, él ya no nos dejó salir. Puedo decir que nos secuestró.

"Esa noche dormimos en la calle de Jalapa. Después nos fuimos a otro lado del que no quiero hablar (se refiere al departamento de un *ahijado* de Adolfo en la colonia Tránsito; aparentemente éste es judicial). Luego Karla, otra *ahijada*, nos dejó quedarnos unos días en su casa, pero Adolfo no se sentía seguro y salimos para Popo Park; posteriormente a Oaxtepec,

donde estuvimos en dos diferentes lados; más tarde regresamos a casa de Karla. Aquí fue donde él empezó con la idea de cambiar la apariencia. Los dos nos teñimos el pelo de rubio y él se lo cortó punk, como mohicano; Sara de negro y se lo cortaron todo disparejo. Como ella no quería comer, porque decía que Adolfo nos iba a envenenar, estaba muy flaca, y con el pelo negro era la que menos se parecía a como era antes. Quizá por eso cuando Karla consiguió un departamento en Río Sena, en la Cuauhtémoc, Adolfo dejaba salir a Sara para buscar un cirujano plástico que les cambiaría las facciones. No sé por qué ella no aprovechó para huir; tal vez la habían amenazado como a todos nosotros con hacerle algo mediante brujería; o quizá porque estábamos muy asustados; ni siquiera confiábamos en Martín. A él nada más le importaba darle gusto a Adolfo, sentíamos como que nos había traicionado.

"En el último lugar donde estuvimos, yo dormía con Sara, Martín con Adolfo, y el *Duby* en el cuarto de servicio. Un día se le ocurrió a Sara aventarles un recado por la ventana a unos colocadores de alfombras que estaban en la calle; después llegó la policía, cuando Adolfo estaba preparando su comida. Yo estaba viendo la televisión en la sala y no sé bien cómo sucedieron las cosas.

"Recuerdo que Adolfo empezó a pedir a gritos la metralleta que estaba en su cuarto y del maletín negro sacó como cinco mil dólares y los tiró por la ventana. A mí me dio orden de quemar el resto de los billetes. Quemé unos 45 mil dólares. *El padrino* estaba como loco y gritaba que todo se había acabado. No me extrañó verlo así, pues de él me esperaba cualquier cosa. Mi ídolo se había derrumbado cuando comenzamos a

huir y él cambió: de ser tierno y dulce pasó a ser déspota y cruel. Lo que sentía por él se había muerto; lo único que quería era que terminara esa pesadilla.

"Los disparos de pronto venían de todos lados. Yo estaba quemando los billetes en la cocina; para protegerme de las balas me metí al baño y luego al cuarto con Sara. Volaban pedazos de pared por los balazos. Agachados, casi tirados en el piso, decidimos intentar salir de allí. Adolfo disparaba por el balcón de la sala y Martín le cargaba la metralleta; el *Duby*, en un descuido, se salió con nosotros mientras Sara en las escaleras les gritaba a los agentes que subieran al tercer piso.

"Abajo nos metieron a unos coches. Nos llevaron a declarar a la Delegación Miguel Hidalgo. Yo esperaba ver a Martín y a Adolfo, y cual va siendo mi sorpresa al enterarme que —según los agentes— los había matado el *Duby* dentro de un clóset, como parte de un pacto suicida en el que yo estaba incluido, pero que en el último momento no quise cumplir.

"En cuanto llegamos a la Delegación me vendaron los ojos y me amarraron las manos a la espalda. También me amarraron un trapo en la cabeza y me comenzaron a golpear, a jalarme los cabellos y a insultarme. A pesar de los golpes, nunca grité; tal vez por eso me maltrataron más. En cambio Sara y el *Duby* gritaban muchísimo, los oí todo el tiempo que nos tuvieron allí".

Pese al sida y la prisión, el *narcosátanico*

Omar Francisco hace planes para el futuro

(*domingo 17 de diciembre de 1989*)

III/ y último

Después de una pausa, Omar Francisco relata cómo fue su interrogatorio:

"Los interrogatorios eran algo horrible porque me repetían una y otra vez lo mismo, para ver si en una de esas aceptaba las acusaciones que me hacían. Lo más raro es que sólo insistían en unos crímenes que se habían cometido hace tiempo en una casa de la calle de Barcelona y los cadáveres habían ido a aparecer al río Zumpango. Los agentes querían a fuerza que yo dijera que los había cometido Adolfo. Hubo un día que me interrogaron de las 10 de la mañana hasta las 5 de la madrugada. Y dale y dale con lo mismo. Ellos intentaban que dijera que sí a nombres y fechas de esos crímenes. Insistían en que en esa casa, después de los asesinatos habíamos dejado huevos y ajos, ramas de pirú y sangre humana en una maceta. Esto ni siquiera correspondía al tipo de trabajos que hacía Adolfo, como expliqué antes.

"Intentaron hacerme declarar diciendo que tenían a mi hermana, la que sigue de mí. Efectivamente, la habían detenido pero para que declarara lo que sabía. Me repetían además que mi familia se avergonzaba de mi y que ya me habían dejado solo. Todo este tiempo estuve vendado de los ojos. No podría reconocer a los agentes; tal vez sus voces.

"Un día nos sacaron a Sara, a Joge Montes y a mí para obligarme a declarar lo de Zumpango. Al *Duby* no se lo llevaron porque ya estaba muy mal, tendido en una camilla. Pensaron que si lo presionaban más, se les quedaba en el interrogatorio. Ese día me vendaron como momia, con trapos mojados, y me pusieron una tira de cuero en la frente; creo que es para que no se noten los golpes. Luego, cuando estaba inmóvil, me aventaron agua en la cara para ahogarme y hacer

que confesara. Así mojado, me dieron toques en los genitales y me golpearon en la cabeza. No me llevaron al forense a ver el cuerpo de Adolfo; sólo me amenazaron con dormirme con el cadáver. A donde sí me llevaron fue a un panteón, dizque a que señalara las tumbas donde *El Padrino* invocaba a los espíritus para realizar sus trabajos.

"Le cuento todo esto con mucho miedo. No quisiera que la denuncia de estas torturas me perjudicara más. Incluso no me siento seguro aquí adentro, porque tras la entrevista que Sara María Aldrete tuvo con usted, me dijeron que la han ido a amenazar al Reclusorio. Me da miedo hasta que le hagan algo a usted por publicar lo que contamos.

"Pero con todo y el temor que siento, creo que incluso hubiera sido mejor contarlo antes. Me considero una víctima de los medios de comunicación que han abusado de nosotros al decir cosas inventadas y al hacer escarnio de mi relación íntima con Adolfo. Cuando el señor Paco Huerta me entrevistó, no le dije muchas cosas, entre ellas lo de las torturas. No sabía que era *buena onda*. Me enteré tarde de que ese señor sí es derecho y no como la gente de *60 Minutos*, que sin más ni más se metió con sus cámaras, aprovechando que afuera estaban los agentes que nos habían torturado. Llegaron con su lucezota, prendieron su cámara y muchas de las cosas que les dije ni las recuerdo. Me presionaron para esa entrevista.

"Finalmente, el 12 de mayo, luego de seis días de este infierno, nos llevaron al Reclusorio Oriente. Estaba muy asustado porque los agentes nos habían dicho que los otros presos nos iban a matar, no sin antes violarnos y torturarnos, pero cuál va siendo mi sorpresa cuando se portaron de lo

mejor.

"Al principio estábamos solos en una sección. Yo en la celda ocho, el *Duby* en la 10, Jorge Montes en la cuatro y Juan Carlos Fragoso en la dos, pero posteriormente pasaron a otros presos. Los reclusos, los primeros días, no se querían acercar, pero poco a poco iban, al principio con curiosidad y luego a llevarnos cobijas, comida, café o té. Uno de ellos llegó cargado de ajos, cebollas y con una estampita de San Judas Tadeo pegada en la camisa. Al preguntarle por qué traía todo eso, nos dijo que para protegerse de nosotros. Quizá pensó que así nos iba a ahuyentar, como a los vampiros de las novelas, con un collar de ajos.

"Los médicos del Reclusorio Oriente, al saber que yo había tenido relaciones homosexuales, me sacaron sangre para la prueba del sida y, como según ellos salió positiva y ahí no tienen cómo tratar a estos enfermos, me trasladaron a Santa Martha Acatitla. En el Reclusorio ya me había acostumbrado a los custodios y vigilantes, que eran buenas personas. Por eso me dio miedo que aquí la cosa fuese distinta; sin embargo, desde que llegué todos me han tratado de lo mejor: los compañeros enfermos, la población en general, los vigilantes y hasta Chelito, la enfermera. El único *mala onda* es el doctor Valencia, que cuando llegué me dijo que le daba gusto que tuviese sida y me fuese a morir pronto, porque era la escoria de la sociedad, y que ojalá algún otro preso me pusiera la corbata, es decir me ahorque.

"Sin embargo, a pesar de las manchas moradas y de lo hinchado que estoy, no me siento mal. Se supone que con el sida uno se pone todo flaco y yo no he bajado de peso, con todo que la comida de aquí no me gusta y el sitio me da asco

porque los compañeros, la verdad, son muy lacras, muy sucios.

"Mi auto de formal prisión decía que estaba acusado de homicidio calificado, pero como la prueba de la parafina fue negativa, cambiaron la acusación a instigamiento de asesinato, porque dicen que Sara y yo le ordenamos al *Duby* que matara a Adolfo y a Martín. Sin embargo, no hay pruebas y mi papá me dice que tenga confianza.

"Si llego a salir de aquí, lo primero que haría sería irme de vacaciones a una playa como Zihuatanejo, Puerto Vallarla o mejor aun a San Rafael, Veracruz. Ese sitio me gusta mucho, incluso siempre he dicho que soy de allá, pero no es cierto. Después me regresaría a vivir con mis papas; ya no podría vivir solo. Aunque estudié Ciencias de la Comunicación y realmente casi terminé la carrera, no creo que con este escándalo me conviniera continuar con ella, porque a mí me gusta lo que es producción, sobre todo de reportajes de fondo o de telenovelas, y no creo que en Televisa o en Imevisión se atrevieran a darme trabajo con todo lo ocurrido.

"Aunque como me gusta escribir, tal vez elaborando guiones podría firmar con un seudónimo para que nadie supiera que se trata de mi. Desde que vivía con Adolfo escribía poesía. Ésa pudiera ser otra opción para el futuro, o estudiar turismo, quizá. Sólo que hay días en los que pienso que el futuro no existe y ya todo se acabó para mí. En cambio en otras ocasiones, cuando estoy más optimista, tengo la idea de escribir un libro de todo lo que pasó. Empezaría con el día en que nos detuvieron y por medio de una retrospectiva cíclica relataría mi vida con Adolfo de Jesús Constanzo.

"A pesar de lo ocurrido y de que por su culpa estoy aquí,

tengo de Adolfo buenos recuerdos. Cuando quería, era como un niño tierno; otras veces era un padre protector, incluso no sé muchas cosas de las que hacía, porque él pensaba que si algo sucedía, saberlas me podría perjudicar. Ahora pienso que fue peor, porque si me hubiese enterado que mataba gente, no me quedo con él. De hecho ya había pensado irme, porque si bien es cierto que materialmente me daba lujos, yo no era libre de nada, con el cuento del coche y el dinero controlaba todos mis actos.

"A Adolfo le gustaba sentirse superior, que lo admiraran; le gustaba el dinero, lucirlo y gastarlo, aunque decía que a la larga todo iba a ser para Martín y para mí. Cuando supe lo de los muertos en Matamoros, a los que dicen que también mutilaron, se me hizo imposible que Adolfo o Martín fuesen capaces de algo así.

"Para mi que fue venganza de narcos, algo que utilizaron Elio Hernández y su gente como pretexto para sus asuntos y lo disfrazaron de satanería, pero la verdad no sé bien lo que hubo allá.

"Odio a los mediocres. Quizá por eso me junté con Adolfo, porque era diferente, con tanta personalidad y poder, y porque a mí lo que más me interesaba era la apariencia de las personas, que ahora que estoy aquí, donde a veces me siento destrozado, pienso que me equivoqué con él. Mi ídolo se derrumbó: Adolfo no era lo que yo creía".

Hasta aquí el relato de Omar Francisco Orea Ochoa, el *mayordomo*, que enfermo de sida espera su sentencia en el hospital de la Penitenciaría del Distrito Federal.

CON EL DESCUARTIZAMIENTO DE UN HOMOSEXUAL

(*VIERNES, 22 DE DICIEMBRE DE 1989*)

I

En abril de este año, México se conmovió con la noticia de asesinatos rituales cometidos en Matamoros, Tamaulipas, atribuidos a la banda de *Narcosatánicos* comandada por el cubano Adolfo de Jesús Constanzo. Pero un crimen ocurrido en julio de 1988 en el DF, cuando un trasvesti llamado Ramón Paz, alias *Edgar*, mejor conocido como *La Claudia*, fue salvajemente descuartizado, se uniría a la larga lista de hechos de sangre de esta secta en que aparentemente la santería caribeña era el origen y el motivo de los asesinatos.

Ramón Paz vivía en el cuarto de servicio de un apartamento de la calle de Londres 31, esquina con Dinamarca, que le rentaba Jorge Montes, hoy internado en el Reclusorio Oriente como coacusado de homicidio calificado, asociación delictuosa y encubrimiento, junto con Juan Carlos Fragoso, quien también rentaba una habitación dentro del apartamento de Jorge Montes y que además está acusado de violación a las leyes de inhumación y exhumación, todo esto por la muerte y el descuartizamiento de *La Claudia*.

El día que uno*más*uno llegó hasta el reclusorio Oriente para realizar las entrevistas a Jorge Montes, Juan Carlos Fragoso y Álvaro de León (*El Duby*), que se encuentran presos allí, hubo dificultades para encontrar al santero Jorge Montes, porque ése no es su verdadero nombre. Finalmente se logró averiguar la identidad del mismo y éste llegó hasta la sala de juntas, anexa a la oficina del director del Reclusorio, para ser

entrevistado, ya que no era posible hacerlo en la sección donde se encuentra su celda, pues corresponde al área de máxima seguridad.

Jorge Montes es un hombre de mediana estatura y actualmente muy delgado; moreno, de facciones fuertes, pulcramente arreglado, algo que no extraña si se toma en cuenta que por 30 años fue modelo profesional, tanto de pasarela como de fotonovela. Incluso en un tiempo él fue quien interpretó a *Carta Brava*, un personaje de las historietas de José G. Cruz.

Montes acepta hablar para unomásuno con la única condición de que lo que aquí se relate sea la verdad, sin deformarla, ya que las mentiras y exageraciones relatadas en otros medios —dice— lo han dañado muchísimo. Inicia su relato:

"Mi verdadero nombre es Salvador Antonio Gutiérrez Juárez y nací en esta ciudad el 23 de junio de 1934. Jorge Montes es mi nombre profesional. Durante muchos años fui un modelo muy cotizado en el mundo de la moda mexicana, y exclusivo de Pierre Cardin y Valentino durante varias Semanas Internacionales de la Moda. Hasta hace cuatro años todavía hacía yo pasarela; después me retiré. Incluso hice pequeños papeles en el cine, básicamente como extra. Fue en ese ambiente que hace 37 años conocí a un cubano, que ya murió, que me inició en la santería cubana. Entre los artistas y cantantes cubanos radicados en México está muy difundida esa religión. En ella conocí al cantante *Lázaro*, a *Olguita* Guillot y a su hermana Ana Luisa, así como al boxeador Ultiminio Ramos, por citarle a algunos".

"Yo no soy *babalau*, como dijo Omar (unomásuno, 15 de

diciembre), qué más quisiera. En la santería cubana es la máxima jerarquía a la que se puede aspirar, yo sólo soy *santero*, estoy iniciado a través de la ceremonia del *nicho santo*, donde me sentaron al santo en la cabeza. Mi padrino eligió para mí a *Yemayá,* que es la Virgen de la Regla en Cuba o María Aparecida en Brasil. Los santeros creemos que los *santos* o *potencias* son entidades superiores, a las que hay que respetar y obedecer; es magia blanca. Aquel que se inicia desde niño llega a ser *babalau*. Los que empezamos ya grandes nada más llegamos hasta *santeros*. En ambos casos no se puede obligar a un santo a que haga lo que pedimos. Le solicitamos el favor mediante la ceremonia del coco, en la que después de hacer una *limpia* al santo, se le pregunta mediante cuatro pedazos de coco, que pueden dar cuatro distintas respuestas, si quiere hacer el favor solicitado. De esta manera la *potencia* decide así: *ocana* significa no, *eyeite* es sí, *etawa-meyi* indica que lo que se sabe no se pregunta y si se obtiene *alafia*, es señal de la bendición suprema y, por ende, el máximo éxito. A través de este complicado proceso se le pregunta al santo qué animal, fruta, flores y dulces desea como compensación por el servicio. Cuando esto se sabe, se le informa al consultante que debe comprarlo todo y regresar para que el santo le abra camino.

"Cuando dejé de modelar me dediqué de lleno a la santería, leyendo la baraja española y haciendo *limpias*.

"Un día, a fines de 1984, estaba yo en la plaza Washington, frente a mi casa, paseando a mis perritos *french poodle*, cuando un hombre joven se me acercó y al ver mis collares de cuentas de la santería, que en mi caso por *Yemayás* son azules y color cristal, me dijo que él era practicante de la misma religión.

"Este hombre era Adolfo de Jesús Constanzo, que, según me dijo, había llegado a México a modelar y se había dado cuenta que a la gente mexicana le gustaba eso de las cartas y las *limpias* y por ello cambió de giro dedicándose de lleno a ello.

"Al hablar más sobre *santería* me di cuenta que Adolfo no era *santero* sino palero, es decir, que se dedicaba a la parte negra de la magia caribeña donde se toma al santo en su parte que fríe humana y se le invoca como un muerto, ordenándosele en vez de rogarle el favor.

"En Cuba esta religión se llama *Palo Santo* o *Palo Monte*; sin embargo, Constanzo se había iniciado en Haití, desde que era niño, en una magia aún más potente: la del *Palo Mayombe*. La madre de Adolfo, Aurorita, una *santera* muy conocida en Miami, lo había mandado aprender esto al Caribe; de allí que las ceremonias de rayamiento del *Padrino* se llevaban a cabo en *patois*, el francés haitiano, ese dialecto que hablan sobre todo los negros y al que le han mezclado sus vocablos africanos.

"La magia de Adolfo era muy potente, generada —según me dijo— de su *calderito* o *fundamento* que le entregaron cuando su iniciación. En él había siete trozos de palos llamados atañes que le servían de habitación al espíritu de los *santos* o *potencias*, que a su vez se nutrían de la sangre de animales que se depositaban en el caldero. Adolfo nunca me lo explicó. Si supe, sin embargo, que alguien se lo rompió antes de que se descubrieran los asesinatos de Matamoros, de ahí que se acabara su poder. Nosotros, los *santeros*, no tenemos *fundamento* o *caldero* cuando los siete babalúes hacen la ceremonia del *nicho* para iniciamos; se nos entrega una copa que tiene arriba un gallito y cuatro cascabeles; existe la

creencia que cuando esta copa se rompe el *santero* muere. *El Padrino* sabía que estaba perdido desde que su *fundamento* se rompió, y mire que él era poderoso; de ahí que se diera el lujo de cobrar unas sumas altísimas en dólares y de ponerse sus moños para seleccionar a la clientela. Yo con trabajo cobraba 10 mil pesos por leer las barajas españolas".

Por temor, el *santero* no acusó a los asesinos del homosexual

(*sábado 23 de diciembre de 1986*)

II

En su celda de máxima seguridad del Reclusorio Oriente, acusado de homicidio calificado, el *santero* Jorge Montes continúa el relato sobre su participación en los ritos *narcosatánicos* y su relación con *El Padrino*, Adolfo de Jesús Constanzo: "Precisamente en aquellos tiempos en que conocí a Constanzo, recurrí a él porque mi mamá estaba muy enferma y él me dijo que con sus poderes podría hacer algo por ella. Mi madre murió a principios de 1985, pero en medio de una gran paz que atribuí a la intervención de Adolfo. Por ello dejé que me rayara sobre los rayados que yo ya tenía y asumió en mi vida el papel de un nuevo *padrino* que sin embargo me frecuentaba poco, una, dos o tres veces por año y era muy seco con sus afectos y muy, pero muy voluble. Le gustaba darse mucha importancia y rodear todos sus actos de misterio y por lo regular con muy poca educación: no presentaba a la gente que lo acompañaba. Desde que conocí a Adolfo supe que vivía con Omar y Martín, que siempre iban

con él, aunque el más cercano a Constanzo era Martín. A Sara la vi en la iniciación de Elio y me la presentó como su esposa, al mismo tiempo que me pidió que le hiciera una cena cubana para homenajearla, porque yo guiso muy bien. Sara me pareció una chica muy simpática, parlanchína y fresca, más bien inocente, que no sabía gran cosa de *santería*, por lo que me sorprendió que fuese la esposa de Adolfo.

"Yo le conocí tres esposas: la primera fue Mará, quien según Adolfo era brasileña, pero a mi nunca me lo pareció. Con ella vivía cuando lo encontré por primera vez. Después vino Sara y él tenía una mujer guatemalteca llamada Corina cuando ocurrió lo de *La Claudia*.

"Yo vivía con una védete, Ninoshka, y ella me pidió como un favor muy especial que le rentara el cuarto de servicio a *Edgar, La Claudia*. Aquí ya vivía como huésped un muchacho de Sinaloa al que había conocido como cliente en lectura de barajas y limpias: Juan Carlos Fragoso. *Edgar* nunca me cayó bien; me latió que me iba a traer problemas desde el principio, sobre todo porque se vestía de mujer para traer tipos a la casa, se emborrachaba y fumaba mariguana, además de no pagarme. *La Claudia* también comerciaba con antigüedades que subía y bajaba todo el día y era una lata. Incluso ya le había yo pedido el cuarto y, como no se quería salir, un día me agredió y yo levanté una demanda en su contra por lesiones.

"El día de su muerte, el domingo 17 de julio de 1988, Juan Carlos Fragoso se había ido al cine y yo estaba en mi casa cuando llegó una prima. Poco después, como a las cinco de la tarde, llegaron Adolfo, Martín, Omar y Corina. Yo no tenía nada que ofrecerles y se fueron los muchachos por unas

pizzas, pollos, refrescos y cervezas.

"Habíamos terminado de comer, que más bien era cena, cuando salí al patio a guardar mis palomas y gallos que tenía en el corredor que daba acceso al cuarto que le rentaba a *Edgar*. Este salió muy tomado o mariguano y me anunció que me había contrademandado por lo de las lesiones y que me pensaba denunciar a la Procuraduría del Consumidor por lo de la renta. Estábamos en esa discusión cuando detrás de mí llegó Adolfo, seguido por Martín y se abalanzaron sobre *La Claudia*. Yo pensé que lo querían golpear y les pedí que no hicieran el lío más grande. Vi que lo metieron al cuarto y que Martín se le subió al cuello con las rodillas apoyadas para inmovilizarlo. Como me disgusta la violencia y mi prima me llamaba para decirme que ya se iba, aproveché para sacar a pasear a los perros junto con Omar y calmarme así de la escena.

"Corina, la compañera de Adolfo, se fue también. Salimos los cuatro y en compama de Omar comencé a caminar por la Zona Rosa.

"Cuando regresamos no estaban Adolfo ni Martín ni *La Claudia*. Nos sentamos Omar y yo a platicar en la sala hasta que escuchamos el claxon del coche de Adolfo. Omar salió y Juan Carlos subió a decirme que en mi ausencia Adolfo y Martín habían matado a *La Claudia*, que él los había sorprendido con el cadáver en el cuarto y que lo habían obligado, bajo amenazas de hacerle a él lo mismo, a presenciar cómo descuartizaban el cuerpo en el baño para llevárselo y tirar en cuatro bolsas de plástico los pedazos a los que habían reducido al infeliz trasvesti.

"Muy asustado, Juan Carlos me dijo que habían aventado

las bolsas por el rumbo del Ajusco y que debían planear una coartada.

"Cuando la policía comenzó a investigar fue horrible, una tensión nerviosa tremenda, pero al principio sólo nos interrogaron sin detenernos. La primera vez que me llevaron los agentes fue el 7 de abril de 1989, cuando ya se había descubierto lo de Matamoros. Esa vez fui directamente a la Federal de Seguridad, a la calle de López. Me detuvieron 20 agentes sin orden de aprensión ni nada, todo a punta de metralleta.

"Esa vez me tuvieron como siete horas amarrado y me golpearon, me echaron por las narices tehuacán con chile piquín y alcohol. Después me soltaron así nomás, tras cinco días de torturas físicas y mentales. Me dejaron volver a mi casa sólo para detenerme de nuevo. Eso lo hicieron tres veces. Me detenían, me golpeaban y me soltaban para ver si les decía dónde estaba Adolfo. Desde lo de *La Claudia* yo no lo volví a ver; no tenía ni idea dónde andaba, pero eso los agentes no lo aceptaban.

"Aparentemente me dejaron en paz sólo para detenerme en forma definitiva el 10 de mayo de este año, cuatro días después de la muerte de Martín y Adolfo y de que habían detenido a Sara, Omar y a Álvaro de León, El *Duby*. A este último sólo lo había yo visto una vez en calidad de criado de Adolfo.

"A partir de ese momento las torturas se intensificaron. Lo demás no fue nada. Una vez nos sacaron a "pasear" a Sara, a Omar, a Juan Carlos y a mí. Álvaro ya no aguantaba y ese día lo dejaron en paz. Entre otras cosas me dieron *pocito*, es decir, te meten en agua hasta que casi te ahogas, luego te pegan

para quéjales aire y se te llenen de agua los pulmones.

"Los agentes insistían todo el tiempo para que afirmara que los crímenes de Zumpango y de una tal señora Klein eran obra nuestra. Yo no tenia idea de lo que me decían. Sólo sabía lo de *La Claudia* y no lo denunciamos Juan Carlos ni yo por puro miedo. Imagínese que Adolfo nos decía que nos iba a hacer lo mismo que a *Edgar*, que nos iba a descuartizar. Alardoso como era de que tenía muchos ahijados que se iban a encargar de despachamos sobre todo cuando mandó golpear a Juan Carlos Fragoso, y mi familia y la suya comenzaron a recibir llamadas de amenazas.

"Y en eso de los ahijados, Adolfo se las daba que tenía clientela muy importante, políticos, gente de mucho dinero y artistas. A *La Tigresa*, Irma Serrano, y a Alfredo Palacios sí los vi cuando iban a consultar para que les adivinara el futuro mediante una tabla con signos que interpretaba al tirar cinco espolones del gallo.

"Adolfo no hacía limpias sino rayamientos de protección, como el que le hizo a Juan Carlos Fragoso y a Óscar Athié. En la ceremonia de este último estuve presente. Constanzo presumía que a Lucía Méndez y a Yuri les había ido bien desde que lo consultaban, pero yo jamás las vi, y conociendo a Adolfo y lo echador que era, supongo que decía eso sólo para darse importancia y cobrarle más a su clientela.

"Por esos alardes de poder no lo denunciamos; además, sabía que su hermano Alejandro también estaba en México y Corina varias veces habló para advertimos que si hablábamos, de seguro nos mataban porque tenían, aquí en México, gánsteres cubanos de Miami, dispuestos a todo.

"Yo nunca vi el cadáver de Adolfo, sólo me dijeron que ya

había muerto. En medio de estos sufrimientos es como perdí tanto peso, al igual que Sara. Pero si los agentes me han dañado física y emocionalmente, quizá lo que más me dolió es lo que hicieron las personas *de 60 Minutos* que se metieron a mi casa y organizaron un "altar" con una muñeca de trapo y pusieron unos billetes de la época de don Venustiano Carranza, dizque de ofrenda satánica. Utilizaron unos machetes y cuchillos para simular que con eso matábamos a la gente y tomaron mi ropa para decir que era de los muertos. Metieron una muñeca negra a un clóset explicando quién sabe qué rito *vudú*. Seguro que quien vio esas tonterías en su reportaje y sabía algo de *santería* se debe estar riendo.

"Porque aunque no lo crea, para mí la *santería* es una cosa muy seria, y no me arrepiento de practicarla, pues tiene como fin aliviar a la gente de sus pesares, abrirles camino para que les vaya bien. Con mi baraja española veía lo que le preocupaba a la gente y las ayudaba con las limpias pero nunca para el mal. Por eso me ha dado mucho coraje la sarta de mentiras que han inventado en la televisión y en los periódicos en forma por demás amarillista y sólo para hundimos más.

"Mi situación es grave, lo sé, aunque el defensor de oficio que tengo, puesto que no puedo pagar un abogado, dice que todo va bien. Yo lo dudo, pues ese señor casi nunca viene a vernos y sólo sé que se llama Miguel Angel. Ni siquiera sé su apellido, ya por allí se imaginará la defensa que podemos esperar.

"Aquí en el Reclusorio Oriente se han portado muy bien aunque llegamos con mucho miedo de que las torturas se prolongaran. Creo que ninguno de nosotros —Sara María

Aldrete, Juan Carlos Fragoso, Omar Orea o Álvaro de León— leyó siquiera lo que nos hicieron firmar".

"Ahora ya no tengo mis barajas, pero antes de que todo esto sucediera, vi en ellas mi situación, y mis santos me aconsejaron paciencia y serenidad, y como están las cosas ya no me queda sino eso.

"Cuando supimos lo de Matamoros y nos enteramos de las mutilaciones a los cadáveres entortados allá, tras haber vivido lo que *La Claudia* y las amenazas posteriores, y como ya sabíamos que Adolfo era en realidad malo, no me extrañaba nada de lo que supe. Lo creo capaz de haber cometido las peores atrocidades que ahora nosotros vamos a tener que pagar".

Juan Carlos Fragoso, desde el Reclusorio Oriente, explica cómo se relacionó con Adolfo de Jesps Constanzo. Tras una vida de fracasos, una lectura de barajas, una "limpia" y una ceremonia de "magia". Su ingreso, de lleno, al grupo

(*domingo 24 de diciembre de 1989*)

III

En la reconstrucción de los motivos que condujeron a los asesinatos atribuidos a una secta que practicaba rituales afrocaribeños, con conexiones en Miami, Matamoros y la ciudad de México, cada uno de los implicados que ha dado su versión aporta una pieza distinta de este extraño rompecabezas cuya clave era el jefe: el cubano Adolfo de Jesús Constanzo.

Como un calidoscopio en que los mismos pedazos dan figuras diferentes según se vayan acomodando, lo luminoso y

lo oscuro se entremezclan.

Coinciden a veces, y difieren profundamente desde otras perspectivas.

Así por ejemplo, Sara María Aldrete Villareal, la primera entrevistada, habla de un Adolfo dulce, tierno y generoso que luego dio paso a un hombre pasional y vengativo que la retuvo a su lado a fuerza de amenazas y que en los días de secuestro, cuando huía de las autoridades, la sometió a numerosas torturas físicas y mentales, convirtiendo su existencia en un verdadero infierno. En esta versión coincide Omar Francisco Orea Ochoa, primero su amante, luego una mera compañía por costumbre, quien además indica lo extremadamente ambicioso que Adolfo se volvió en vista de su éxito como procurador de suerte y fortuna. Omar también descubrió al final, según su testimonio, que Constanzo tenia una cara oculta, nada grata y sumamente cruel.

Sara y Omar, ligados a Adolfo por una relación afectiva y en el caso de este último, declaradamente sexual, indicaron que fue necesario el descubrimiento de los crímenes ocurridos en Matamoros, atribuidos a Constanzo, Martín Quintana y Elio Hernández, para que finalmente supieran quién era ese hombre guapo, carisrnático, obsequioso y juguetón. Otros, sin embargo, no requirieron tanto tiempo para saber que Adolfo de Jesús Constanzo era un ser desequilibrado, capaz de las peores atrocidades, movido por una obsesión religiosa que acrecentaba su vanidad inflada y su ambición desmedida.

Uno de los que descubrió esto hace tiempo, pero que por miedo no lo relató a las autoridades, es Juan Carlos Fragoso, quien actualmente se encuentra en el Reclusorio Oriente acusado de asociación delictuosa, encubrimiento, homicidio

calificado y violación a las leyes de inhumación y exhumación como coacusado junto con Jorge Montes, *El Santero*, del asesinato y descuartizamiento del trasvesti Ramón Paz, alias *Edgar*, alias *La Claudia*, que al igual que Fragoso era huésped de Montes en el departamento de la calle Londres número 31.

En el siguiente relato, Juan Carlos Fragoso complementa esta historia de sangre y locura que iniciara para este diario Antonio Salvador Gutiérrez, mejor conocido como Jorge Montes, *El santero*.

He aquí el relato pormenorizado de cómo Juan Carlos Fragoso pasó de ser ocupante de una recámara rentada, a convertirse en un interno en la sección de máxima seguridad del Reclusorio Oriente. "Soy Juan Carlos Fragoso. Nací en Villa Juárez, Sonora, el 14 o 15 de septiembre de 1967. La fecha es confusa porque dicen que nací en realidad el 15, pero estoy registrado con fecha 14. Mi pueblo se encuentra entre Navojoa y Ciudad Obregón, pero viví poco tiempo allá. Mi padre, que era agricultor, nunca nos ayudó ni se ocupó de legalizar su unión con mi madre a pesar de que somos varios hermanos, en total dos hombres y dos mujeres. Por eso mi mamá decidió mudarse a Guamúchil, Sinaloa, donde es muy conocida. Vivianita, que así se llama, puso el primer salón de belleza en ese lugar y es muy buena peinadora. A mi me dio —me da— por *peluquear* a la gente, incluso en el reclusorio les corto el pelo a otros internos. Sin embargo, no me quise dedicar a eso. Me gustaba todo lo relacionado con el turismo y me inicié trabajando a los 15 años en un motel de Guamúchil, El York. Luego cuando terminé la secundaria me fui a Los Mochis a hacer la preparatoria y decidí independizarme económicamente. Allí en Mochis conocí a una chicana,

Angélica, con la que tuve un hijo que ahora tiene nueve años y vive en Los Angeles. Él es Charlie la Valle Urias. No me quise casar con su mamá por miedo a la responsabilidad, a atarme a una situación que no me permitiera progresar, aunque siempre le he dado todo el apoyo a la chica, y el niño me adora: siempre pasaba conmigo las vacaciones. Quizás ésta sea la única responsabilidad a la que le he rehuido porque tenía la idea de conocer el mundo, de viajar y porque me acuerdo mucho de mi papá, que nunca nos dio nada económicamente. Aunque gracias al trabajo de mi mamá no pasamos hambre, fue muy difícil para ella. De ahí que me imaginé que para hacer feliz a una mujer, necesitaba primero vivir y conocer mucho, y luego, ya maduro, casarme para ofrecerle algo positivo. Cuando nació mi hijo tenía yo sólo 23 años y no estaba en plan serio con Angélica; fue un embarazo a consecuencia del libertinaje y de la irresponsabilidad de ambos".

"Entré luego a trabajar a una agencia de viajes que se llama Flamingo y allí me fue muy bien. Los dueños, incluso, me mandaron a un curso intensivo a la Universidad de Phoenix, a estudiar turismo, que es lo que más me gustaba. En Mochis ya había trabajado en lo que fue el Holiday Inn y tenía experiencia. Mis patrones me dieron todo cuando estuve estudiando: casa coche, sueldo, todo. En Phoenix me habían ofrecido empleo pero regresé a Sinaloa porque allí iba a ser gerente de la agencia, pero eso para mi no era suficiente. Yo desde chico quise ser piloto, pero como uso lentes de contacto, no me dieron oportunidad por la vista, así que no entré ni de sobrecargo por la misma causa. Con todo y eso intenté entrar a Mexicana y a Aeroméxico como personal de

tierra. Por eso me vine a México".

"Aquí llegué en el ochenta con lo que había ahorrado e hice solicitud en esas líneas aéreas. Entre finalmente a Aeroméxico y figúrese, que después de haber sido gerente de agencia en Mochis aquí era sólo ETG, empleado de trabajos generales, que es una forma elegante de decir *mozo*. En mi primer día de trabajo, mi responsabilidad fue limpiar los baños de la primera torre, allí en Reforma".

"Con el tiempo pasé a la oficina de boletos y luego fui encargado de la oficina de objetos perdidos, ya en el aeropuerto.

"Cuando llegué a México vivía en la colonia Condesa, enfrente del Parque México, en un departamento de unos paisanos al que le decían la Embajada de Sinaloa. La casa estaba llena siempre de gente a la que le dábamos asilo. Allí también vivía mi hermano. Cuando empecé a trabajar y me dieron la planta, me salí de allí porque no se tenía privacía. Me fui a vivir a una casa de huéspedes en Dinamarca 33, muy respetable, y cuya dueña es muy estricta. Allí jamás le falté el respeto a la casa. Me salí porque me prestaron un departamento en la calle de Zacatecas donde viví hasta que perdí el trabajo en Aeroméxico y ya no lo pude sostener.

"Yo soy buena gente y un pasajero me involucró en el supuesto mal uso de un boleto de avión. Me pidió que lo ayudara a abordar y tras checar el boleto para ver que no fuera robado, se descubrió que el señor le entregó el pase de abordar a otra persona que fue la que subió al avión. Con eso me movieron el tapete y duré un año en litigio con la empresa".

"En el intermedio, mientras esperaba que se arreglara mi

asunto, entré a trabajar en un videobar en la Zona Rosa, el J.J. de la calle de Amberes, donde le hacía yo de todo. En ese tiempo fue cuando conocí a Jorge Montes. Él vivía a la vuelta y me llamó la atención porque paseaba muchos perritos *french poodle*. Así comenzamos a platicar y me preguntó si tenía problemas y le respondí que montones de ellos. Jorge me dijo que leía las cartas y hacía limpias para la buena suerte. A mí nunca me había interesado esto, pero todo mundo me decía que eso era lo que necesitaba, así que me decidí a ir con Jorge que me leyó las cartas y sin conocerme sacó todo lo que me pasaba. Me impresionó que supiera tanto de mi vida. Eso me hizo confiar en él y proseguir con la limpia que me hizo en su casa, tras lo que me prometió que mi asunto mejoraría. Y yo, como que vi que mi problema tomaba buen camino y ya me hacía de regreso a Aeroméxico cuando me jugué la última carta y chin, que la pierdo. Ahora sí estaba desesperado. Fue cuando conocí a Adolfo".

Cuando Juan Carlos Fragoso está a punto de relatar cómo conoció a Adolfo de Jesús Constanzo, *El Padrino*, cambia la expresión de su rostro. La sonrisa franca y el tono amable se borran para dar paso a recuerdos trágicos que lo entristecen. Al inicio de la entrevista con uno*más*uno Juan Carlos se negó a permitir que le fueran tomadas fotografías. En este punto se le insiste de nuevo. Admite la primera, vuelve la cara de perfil en la segunda y, para la tercera, en una extraña reacción violenta, se cubre el rostro con el brazo y la mano. No se le insiste más. Prosigue su relato: "En casa de Jorge Montes conocí a Adolfo de Jesús Constanzo, a Martín Quintana y Omar Orea. Llegaron de pronto y Jorge me dijo que era su *padrino*. Esto fue en 1987, creo que en el mes de junio. Allí platicamos

de cosas superficiales y, cuando se fueron, Jorge me dijo que le iba a pedir ayuda en mi caso porque Adolfo era un brujo más fuerte. Yo no creí que quisiera porque no tenía yo dinero y sabía que *El Padrino* cobraba caro y en dólares. Jorge le contó mi problema y Adolfo aceptó hacer algo más fuerte dentro de la brujería. Yo, un poco en broma, acepté. Me dijo que comprara puros y aguardiente y me citó en su departamento de la calle de Pomona donde se hizo toda la ceremonia de la que quedé todo mareado y me dieron instrucciones de que no fuera a salir a la calle por unos días. A mí me hizo unas pequeñas cruces con cuchillo entre el índice y el pulgar. En la ceremonia sólo estuvo Martín y si me entró más miedo que otra cosa. Me metieron en un cuarto que olía horrible, pero como estaba vendado no vi lo que tenían allí. Adolfo me dijo que había dado un paso muy importante en la vida y que ahora ya me iba a ir muy bien, algo así como pa'rriba y adelante. Yo creí que con esa *limpia* que traía ahora sí se componía todo y le puse un poco de fe al asunto, pero las cosas no se arreglaron.

"Por la limpia le di lo último de mis ahorros, que serían unos 50 dólares, porque no quería pesos. Nada se resolvió como yo quería y Adolfo me dijo que tuviera paciencia porque esto no funcionaba de un momento a otro. Hasta me nombró de protectora a *Changó*, Santa Bárbara, la santa que *El Padrino* traía en su medalla, pero ni así la hice.

"Seguí encontrando a Adolfo cuando iba a la casa a visitar a Jorge y ya no le dije nada ni le pedí otra limpia. Para entonces me había ido a casa de Jorge Montes, que me rentaba una recámara. Jorge se portó muy bien conmigo cuando las cosas se pusieron peor y ya no pude sostener el departamento de la

calle de Zacatecas. Al principio me molestó la idea porque siempre he sido muy independiente, pero no me quedó otra. Le daba para los gastos de la casa pero seguía inconforme e hice planes para irme a Europa con los boletos que me había dado Aeroméxico, como pago de mi liquidación. Luego, con la quiebra, esa compañía dejó de volar a París y todo se arruinó, incluso mi posibilidad de ingresar a otra aerolínea, porque en cuanto hacía solicitud y mencionaba que había trabajado para Aeroméxico me rechazaban automáticamente".

Mi error fue aceptar una religión equivocada

Narra Juan Carlos Fragoso, el descuartizador de *La Claudia*

(*martes 26 de diciembre de 1989*)

IV / y último

Juan Carlos Fragoso, que al igual que Ramón Paz, *La Claudia*, vivía en el departamento de Londres 31, en la colonia Juárez, pensaba irse del país a Francia y Suiza el 24 de junio de 1988, con los boletos que a modo de liquidación laboral le daría Aeroméxico. Pero se atravesó la quiebra de la empresa en abril de ese año, ya no hubo boletos y el viaje se frustró.

Acota Juan Carlos en su relato a uno*más*uno, en el Reclusorio Oriente:

"Ahora sí que me dejó el avión completamente". Y prosigue su relato:

"Yo seguía viendo a Adolfo porque visitaba a Jorge, pero no intimé con él. Además de que su *limpia* no me solucionaba nada, me molestaba su manera de ser, siempre lleno de joyas muy caras, ropa de moda, bien vestido. Traía un Mercedes

Benz plateado y era muy presumido, pero sólo de acordarme de él se me enchina el cuerpo porque era muy canijo, por no decirle otra palabra más dura, y le agarre miedo desde lo de *La Claudia*.

"*La Claudia* era un trasvesti que rentaba el cuarto de servicio en casa de Jorge Montes. Era una persona muy conflictiva, escuchaba el estéreo a todo volumen, se emborrachaba y metía hombres a la casa cuando se vestía de mujer. En las noches, mientras trabajaba yo en el J.J., me tocó verlo con su peluca y maquillaje *ligando*. En el día comerciaba antigüedades que muchas veces le ayudé a subir hasta su cuarto. Yo le decía *Edgar*, pero se llamaba Ramón Paz. Tendría unos 35 años y era más bien gordito, moreno, de cabello quebrado y como de 1.70 de altura. Cuando se vestía de mujer se ponía una peluca rubia larga y se maquillaba y vestía como si fuera a debutar en Bellas Artes. No puedo decir si era prostituto, pero vestido así en la noche, en la Zona Rosa, se puede suponer. Una vez me lo encontré en la puerta de la casa alegando con un chavo.

"Nunca voy a entender por qué mató Adolfo a *La Claudia*. Yo regresaba a la casa del cine el domingo 17 de julio de 1988, y veo que *El Padrino* me hace señas para que entre al cuarto de *Edgar*, que estaba tirado en el piso, y supe que estaba muerto porque en los sismos vi cadáveres. Adolfo me dijo que lo tenía que ayudar. A mí me entró un pánico enorme. Constanzo me gritaba ... Cabrón ... Hijo de la gran puta ahora me vas a ayudar ... Quería que lleváramos el cadáver al baño del departamento de Jorge, que estaba separado del cuarto de *Edgar* por un patio. Me pedía que le subiera a la radio y televisión para que no se oyera. No tengo idea cómo lo mató;

el cadáver no sangraba, estaba tirado nomás. Adolfo me gritaba "Si dices algo, te voy a matar; me vas a ayudar". Aun así me negué a ayudarlo y me abofeteó diciendo: "No seas cobarde, cabrón". Me mandó a la sala a esperarlo. Martín y Adolfo lo metieron arrastrando en una cobija al baño de Jorge, que tenia tina, y van por mí a la sala. Me metieron al baño y me encerraron y me dice Adolfo que tenía que ayudarlo, que tenía que obedecerlo. Después entró al baño Martín con unas bolsas de plástico y un cuchillo.

"Desnudaron el cadáver y me mandaron a un rincón. Adolfo se acercó a mí y me amenazó con estas palabras: "Si le dices a alguien lo que viste, te voy a hacer lo mismo que a esta persona". Yo pensé *me va a matar*; nunca me imaginé que lo fueran a descuartizar. Me abofeteó para apoyar sus amenazas de que si no los ayudaba, iban a matar a mi familia y, al último, a mí. A esas horas ya no era miedo sino pánico lo que sentía; estaba seguro que de ésa no salía vivo. De pronto veo que lo comienzan a descuartizar y yo nada más veía y veía porque cuando se dio cuenta que cenaba los ojos me volvió a amenazar.

"Lo más horrible de todo era la expresión de su cara, como si sintiera un gran placer. Martín estaba transfigurado también y mientras destazaban el cuerpo, se veía de una manera espantosa mientras les corría la sangre en medio de un olor nauseabundo, y metía los pedazos de cadáver en las bolsas de plástico. Le iban quitando la carne como si fuera un pollo. Nunca me había dado tanto asco ni en el temblor cuando rescatamos cadáveres ya de días y putrefactos.

"Tardaron más de una hora en empaquetar todo el cuerpo de *La Claudia* y, entre mí, pensé: "Cómo son las cosas; hace una

hora y tantos esta persona estaba aquí y ahora está metida en cuatro bolsas.

"Allí fue donde me dio un miedo enorme morirme, quizá no tanto porque me mataran sino porque me despedazaran. No creía que eso estuviera sucediendo.

"Entonces fue cuando entendí que Adolfo estaba loco. ¿Usted cree, señorita, que después de todo eso los iba a denunciar? Se necesita un tipo especial de maldad para hacer eso, porque si bien hay gente que mata por venganza o en un arrebato de pasión, esto era otra cosa; aquí había saña y un placer maligno a la vez, porque para descuartizar a alguien se necesita estar loco.

"Cuando Martín terminó de meter el cuerpo en las bolsas, me dijo Adolfo... 'Ahora te vas a ir con nosotros ... si no, te mato ...'. Para entonces yo ya le hacía caso a lo que ordenara porque ese miedo que sentía me paralizaba. Me dijo que llevara las bolsas al coche y claro, cómo no, me convertí en el mejor *cerillo* del mundo.

"Subí las cuatro bolsas a la cajuela de un coche grande, como un Gran Marquis; ese día no llevaba el Mercedes. No me atrevía a hacer nada sin que me lo ordenara. Se subieron ellos adelante y yo atrás y nos fuimos por el rumbo de Tlalpan hacia el Ajusco, hasta un pueblo donde me dijo "Bájate, saca las bolsas y tíralas". Así lo hice y cuando quedé a espaldas de ellos pensé qué me iban a matar a mansalva, porque siempre creí que, además de esto, yo nunca le había caído bien.

"Iba yo temblando como gelatina cuando me chiflaron, y me gritan que me regresara. Tiré las bolsas junto con otra que traía Martín y regresé corriendo al coche. Me ordenaron que me subiera y salimos de escapada rumbo al periférico norte.

Ellos se miraban sin hablar y eso me asustó más porque estaba seguro que planeaban lo que harían conmigo. Regresamos, sin embargo, a casa de Jorge donde me bajaron no sin antes amenazarme. Jorge estaba adentro de su casa con Omar. No creo que él se diera cuenta hasta que se lo conté y decidirnos, para protegemos, planear una coartada.

"Esa noche no dormimos. Ya habíamos decidido callarnos de puro miedo. Adolfo, incluso, cuatro meses después me mandó golpear cuando salía de trabajar del J.J. Todavía traigo un navajazo aquí en la espalda. De allí me dio mucho temor salir, incluso para ir a trabajar, que era sólo cuatro cuadras; pedía radiotaxi y le daba una propina al chofer para que se esperara hasta que me viera entrar al local. Un día a mis espaldas llegó Adolfo en su Mercedes para recordarme que, si hablaba, me mataba a mí y a mi familia, tras lo cual me habló mi mamá desde Guamúchil para decirme que le habían llamado para amenazarla, y quería saber si estaba bien.

"La verdad, no la quise espantar; no estaba bien. No comía, no dormía, bajé como 12 kilos. Sólo salía a trabajar. Estaba con la paranoia todo el tiempo.

"Como ya no aguantaba la tensión nerviosa, en diciembre de 1988 decidí irme a Puerto Vallarla. Trabajé allí vendiendo condominios y en el Kristal Vallarla. Allí me hice novio de una chava y me remordía la conciencia eso que llevaba adentro. Hasta hice cartas por si Adolfo me mataba, para que se supiera la verdad, pero me dio miedo tenerlas y las rompí.

"Para esto, una semana después de la muerte de *La Claudia* nos detuvieron para interrogamos. Esto es a fines de julio de 1988. Jorge y yo ya teníamos una coartada porque para esas horas Adolfo ya había amenazado a Jorge también.

"En Puerto Vallarla era yo GEO, o director de recreación y entretenimiento, y cuando terminó la temporada me fui a Ixtapa como gerente de relaciones públicas, pero en un hotel distinto, el Ixtapa Regis. El día 9 de mayo de 1989 vi agentes en el hotel y supe que venían por mí. Por eso no me extrañó que me aprehendieran el 10 de mayo, el Día de las Madres, cuando me dieron en la *idem*.

"Nunca intenté huir; ya estaba harto de eso. En cuanto me detuvieron, comenzaron las torturas, nada más llegamos a Topacio. Me dieron lo que llaman el primer tratamiento: toques, tehuacán, golpes y con el aparato publicitario tan adverso que llevaba, los agentes se sentían con derecho a torturarme. Lo más horrible fue cuando me dijeron que Adolfo estaba vivo y también detenido allí, y que me iban a meter en la misma celda con él porque ya sabía que había dado mi primer concierto, que ya había cantado, es decir, declarado. Me dio pavor que me dejaran con *El Padrino*; después de ver lo que le hizo a *La Claudia*, me asustaba más su compañía que la de los agentes. Luego de esta tortura psicológica me salieron con que ya estaba muerto y era broma.

"Yo ofrecí decirles lo que sabía, pero no les bastaba. A fuerza querían que me echara la culpa de unos homicidios del río Zumpango, de los que sólo había leído en el periódico. Es más, ese día que se cometieron, que fue el primero de mayo de 1988, yo estaba con mi hermano que vivía en Toluca. Pero los agentes estaban necios. Me daban unas golpizas terribles. El cadáver de Constanzo nunca lo vi, sólo me enseñaron una foto cuando me preguntaron de los crímenes de Matamoros, en donde nunca he estado.

"Por otro lado considero amarillista a la prensa; nos ha dañado mucho porque alteraron todos los hechos. Incluso los de *60 Minutos* se metieron a casa de Jorge y tomaron mi colección de billetes antiguos y los pusieron en un dizque altar para mostrarlos como ofrendas, según ellos, y me sacaron como *narcosatánico* cuando no estoy ni acusado por delitos contra la salud.

"A Jorge Montes, a Álvaro de León y a mí nos lleva el caso el defensor de oficio, que viene poco y sólo sé que se llama Miguel Angel y nunca me ha dicho cuál es mi situación real. Aunque quizá sea mejor porque no me quiero esperanzar. Yo sé que encubrí el delito, pero si usted ve cómo descuartizan a alguien y el asesino lo amenaza con hacerle lo mismo, a ver si no se calla.

"A Álvaro de León, *El Duby*, lo vine a conocer ya detenidos; ignoraba su existencia. Conocí a Adolfo, Martín y Omar, y a Sara María Aldrete la oí mencionar, pero verla sólo hasta que nos aprehendieron.

"Dicen que soy una lacra pero soy un hombre de trabajo que es productivo y siempre ha pagado sus impuestos. El error que cometí es haber recurrido a la religión equivocada para arreglar mis problemas. Sólo intenté ayudarme y cometí la peor equivocación de mi vida. Me he arrepentido mil veces".

No hay, por parte de Juan Carlos Fragoso, nada más que decir. Se encuentra fatigado. Estos recuerdos han removido los meses de pánico que vivió, guardando el terrible secreto del descuartizamiento de *La Claudia*. Se levanta y con gran cordialidad, con una sonrisa amarga como mueca, extiende la mano para despedirse y sale de la oficina del director del

Reclusorio Oriente donde se llevó a cabo esta entrevista para unomásuno, al tiempo que nos deja su testimonio, una pieza más en ese extraño rompecabezas que fue Adolfo de Jesús Constanzo.